



Diccionario marxista

*Conceptos del marxismo definidos desde la
experiencia histórica de la clase trabajadora*

ESCUELA DE MARXISMO

diccionario.marxismo.school

Índice

Acendrar	Discriminación
Acumulación de capital	Ecologismo
Alienación	Empirismo
Antifascismo	Estado
Antiparlamentarismo	Explotación
Burguesía	Fascismo
Burocracia	Feminismo
Capital	Fetichismo de la mercancía
Capital ficticio	Feudalismo
Capital financiero	Financiarización
Capitalismo	Frente popular
Capitalismo ascendente	Frente único
Capitalismo de estado	Fronteras de clase
Centralismo	Fuerza de trabajo
Centrismo	Fuerzas productivas
Clase	Huelga de masas
Colektividades	Ideología
Composición orgánica del capital	Imperialismo
Comunismo	Individualismo
Comunismo primitivo	Internacionalismo
Consciencia de clase	Izquierda Comunista
Cultura	Izquierda Comunista Española
Decadencia	Juvenalismo
Defensismo	Liberación nacional
Democracia	Lucha de clases
Derecho a la autodeterminación	Lumpenproletariado
Derrotismo revolucionario	Marxismo académico
Dialéctica	Materialismo histórico
Dictadura	Maximalismo

Mercancía
Mercantilización
Militarismo
Modo de producción
Modo de producción asiático
Modo de producción esclavista
Moral comunista
Nación
Nacionalismo
Oportunismo
Opresión
Pacifismo
Países semicoloniales
Partido
Pauperización
Pequeña burguesía
Plustrabajo
Plusvalía
Plusvalía absoluta
Plusvalía relativa
Precarización
Progreso
Proletariado
Proletarización

Pueblo
Reformismo
Religión
Revisionismo
Revolución permanente
Salario
Sectarismo
Sindicato
Socialismo
Socialismo en un solo país
Soviet
Stalinismo
Subsunción formal y real del trabajo en el capital
Tareas nacionales y democráticas de la revolución burguesa
Tasa de ganancia
Tasa de plusvalía
Trabajo
Trabajo asalariado
Tragedia de los comunes
Trotskismo
Utopía
Valor
Zinovietismo

Acendrar



Definirse en la crítica de la experiencia histórica de clase hasta ganar la claridad necesaria para adoptar posiciones políticas netas y defenderlas sin medias lenguas.

Munis y el uso político de acendrar

El término *acendrar* se lo debemos al dirigente de la **Izquierda Comunista Española**, Manuel Fernández Grandizo («G.Munis»). Munis, pasó su adolescencia en Llerena, de donde era su familia y había sido uno de los fundadores de la ICE en la comarca, que se convertiría en la mayor sección de la Izquierda Comunista Española.

En Llerena y su región, el mundo minero estaba muy presente. Aunque la mayoría de los trabajadores eran jornaleros, buena parte de ellos trabajaban también en las cercanas **minas de Guadalcanal**. No son unas minas cualquiera, **según las investigaciones históricas más recientes**, fueron junto con otras minas de la sierra, el primer lugar de

Europa donde la relación capital-trabajo ordenó la economía regional... en el siglo I a.e.c., mucho antes de que el capitalismo se impusiera como modo de producción en una sociedad entera.

Acumulación de capital



Ciclo en el que:

- 1. Se explota la fuerza de trabajo produciendo plusvalía*
- 2. Se realiza la plusvalía en el mercado de bienes y servicios;*
- 3. Se distribuye el resultado de la explotación en forma de ganancia en el mercado de capitales para finalmente...*
- 4. ...reincorporarse a la producción como capital ampliado.*

Fases de la acumulación de capital

1. Explotación de la fuerza de trabajo

A diferencia de anteriores **modos de producción**, la explotación en el capitalismo toma una forma completamente económica y mercantil. La burguesía no se lleva por la fuerza de las armas el producto del

trabajo de los trabajadores. Al revés, compra su **fuerza de trabajo** en el mercado bajo las condiciones aparentes de un libre intercambio entre iguales.

Lo que caracteriza; pues, a la época capitalista, es que la fuerza de trabajo reviste para el obrero mismo la forma de una mercancía que le pertenece, y su trabajo la forma de trabajo asalariado. Por otro lado, a partir de ese momento se generaliza por primera vez la forma mercantil de los productos del trabajo.

Carlos Marx. El Capital, 1867.

El precio que el capitalista individual paga por la **fuerza de trabajo** es el salario. Pero si el trabajador tuviera la oportunidad de producir por su cuenta, el salario no sería tal porque se negaría a vender su trabajo a cambio de menos cantidad de bienes que la que podría producir por sí mismo. Por eso la implantación del capitalismo requiere la existencia previa de los trabajadores como **proletariado**, es decir clase desposeída que no tiene otras mercancías para vender distintas de su propia **fuerza de trabajo**.

Para la transformación del dinero en capital el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo.

Carlos Marx. El Capital, 1867

La ausencia de mercancías alternativas que vender lleva a los trabajadores a vender su **fuerza de trabajo** por su coste de producción. Dicho de otra manera: la masa de salarios pagada por el capital equivale al coste social de reproducir una cantidad y calidad similar de fuerza de trabajo para el siguiente periodo. La fuerza de trabajo en esto no es diferente al resto de mercancías que compra la burguesía para producir.

Los economistas dicen que el hecho de producir -es decir, el consumo de una serie de mercancías para transformarlas en otras mercancías- produce «valor». En el capitalismo eso tiene un significado: «crear valor» significa que la masa de dinero en términos constantes que vuelve al balance de los propietarios del capital al final del ciclo es mayor.

La crítica marxista recuerda que ese «valor añadido» en la producción no es otra cosa que horas de trabajo no remuneradas, el **plustrabajo**. El **plustrabajo** es todo el secreto del incremento de valor, es decir de la existencia de esa **plusvalía** que fascina y ocultan a la vez los economistas con sus teorías del valor.

La producción capitalista, en esencia es producción de plusvalor, absorción de plustrabajo.

Marx. El Capital, 1867

Como las clases dominantes de las sociedades basadas en la división de clases que le precedieron, la burguesía mide el éxito de su economía por su capacidad para apropiarse y dirigir para sus propios fines el resultado del trabajo social. Pero a diferencia de los **modos de producción** anteriores, el capitalismo tiende a aumentar continuamente la producción y expandir el mercado, transformar las

relaciones sociales anteriores en relaciones mercantiles y modificar los medios de producción para permitirle disfrutar de una mayor cantidad de producto social.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores.

Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Carlos Marx y Federico Engels. «**Manifiesto del Partido Comunista**», 1848

Para entender cómo el capitalismo lleva en sus propios fundamentos la necesidad de expandirse y aumentar tanto la producción como las capacidades productivas, tenemos que pasar a las siguientes fases del proceso de acumulación e incorporar el mercado de bienes y servicios primero y el de capitales después.

2. Realización de la plusvalía en el mercado

La plusvalía, como toda forma de valor, no existe como tal, no es una propiedad física, es la idealización de una relación social: la relación de explotación del trabajo por el capital que permite a los poseedores de capital apropiarse de fuerza de trabajo sin remunerarla. Pero para el capitalista eso no acaba en la fábrica, no es un acumulador de las mercancías que produce, su objetivo no es acumular un tesoro sino acumular capital.

Y para eso tiene que ir al mercado y convertir la mercancía producida en dinero vendiéndola. Solo cuando la producción sale al mercado y se vende en un nuevo intercambio (el primero fue la compra de materias primas, medios de producción y fuerza de trabajo), la explotación del trabajo se traduce en una cantidad de dinero superior a la invertida. Ese es el momento en que la plusvalía «se realiza», se hace material bajo la forma de dinero.

Una vez realizada, la plusvalía se reintegra al ciclo para producir nueva plusvalía en aún mayor cantidad.

El misterio bajo la circulación de mercancías en el sistema capitalista (dinero que se utiliza para comprar mercancías que, en una forma nueva, se vuelven a vender por una cantidad mayor de dinero) resulta no ser otra cosa que la conversión del dinero en **capital**. El ciclo de circulación de mercancías que en economías mercantiles anteriores producía todo lo más «atesoramiento», acumulación de dinero que se separaba del ciclo de la producción, en el **capitalismo** se convierte en ciclo de acumulación de capital.

En su condición de vehículo consciente de ese movimiento, el poseedor de dinero se transforma en capitalista. Su persona, o, más precisamente, su bolsillo, es el punto de partida y de retorno del dinero. El contenido objetivo de esa circulación —la valorización del valor— es su fin subjetivo, y sólo en la medida en que la creciente apropiación de la riqueza abstracta es el único motivo impulsor de sus operaciones, funciona él como capitalista, o sea como capital personificado, dotado de conciencia y voluntad. Nunca, pues, debe considerarse el valor de uso como fin directo del capitalista.

Tampoco la ganancia aislada, sino el movimiento infatigable de la obtención de ganancias. Este afán absoluto de enriquecimiento, esta apasionada cacería en pos del valor de cambio, es común a capitalista y atesorador, pero mientras el atesorador no es más que el capitalista insensato, el capitalista es el atesorador racional. La incesante ampliación del valor, a la que el atesorador persigue cuando procura salvar de la circulación al dinero, la alcanza el capitalista, más sagaz, lanzándolo a la circulación una y otra vez.

Las formas autónomas, las formas dinerarias que adopta el valor de las mercancías en la circulación simple, se reducen a mediar el intercambio mercantil y desaparecen en el resultado final del movimiento. En cambio, en la circulación D - M - D funcionan ambos, la mercancía y el dinero, sólo como diferentes modos de existencia del valor mismo: el dinero como su modo general de existencia, la mercancía como su modo de existencia particular o, por así decirlo, sólo disfrazado. El valor pasa constantemente de una forma a la otra, sin perderse en ese movimiento, convirtiéndose así en un sujeto automático.

Si fijamos las formas particulares de manifestación adoptadas alternativamente en su ciclo vital por el valor que se valoriza, llegaremos a las siguientes afirmaciones: el capital es dinero, el capital es mercancía. Pero, en realidad, el valor se convierte aquí en el sujeto de un proceso en el cual, cambiando continuamente las formas de dinero y mercancía, modifica su propia magnitud, en cuanto plusvalor se desprende de sí mismo como valor originario, se autovaloriza.

El movimiento en el que agrega plusvalor es, en efecto, su propio movimiento, y su valorización, por tanto, autovalorización. Ha obtenido la cualidad oculta de agregar valor porque es valor. Pare crías vivientes, o, cuando menos, pone huevos de oro.

Como sujeto dominante de tal proceso, en el cual ora adopta la forma dineraria o la forma mercantil, ora se despoja de ellas pero conservándose y extendiéndose en esos cambios, el valor necesita ante todo una forma autónoma, en la cual se compruebe su identidad consigo mismo. Y esa forma sólo la posee en el dinero. Es por eso que éste constituye el punto de partida y el punto final de todo proceso de valorización. Era £ 100, y ahora es £ 110, etcétera.

Pero el dinero mismo sólo cuenta aquí como una forma del valor, ya que éste tiene dos formas. Sin asumir la forma mercantil, el dinero no deviene capital. El dinero, pues, no se presenta aquí en polémica contra la mercancía, como ocurre en el atesoramiento. El capitalista sabe que todas las mercancías, por zaparrastrosas que parezcan o mal que huelan, en la fe y la verdad son dinero, judíos interiormente circuncidados, y por añadidura medios prodigiosos para hacer del dinero más dinero.

Carlos Marx. «El Capital», libro I, capítulo IV

Un elemento a tener en cuenta en esta fase es que debido a las «restringidas bases» del sector capitalista de toda economía solo puede haber «sobreproducción», es decir, por definición los salarios no son suficientes para comprar todo lo producido... el proceso de acumulación o lo que es lo mismo, el **capitalismo**, **necesita** desde el primer momento expandirse. En primer lugar hacia sus mercados no-capitalistas internos. En segundo lugar hacia los exteriores. Ese fue el motor material de la expansión mundial del capitalismo.

Puesto que el fin del capital no es la satisfacción de las necesidades, sino la producción de ganancias, y puesto que sólo logra esta finalidad en virtud de métodos que regulan el volumen de la producción con arreglo a la escala de la producción, y no a la inversa, **debe producirse constantemente una escisión entre las restringidas dimensiones del consumo sobre bases capitalistas y una producción que tiende constantemente a superar esa barrera que le es inmanente.** Por lo demás, el capital se compone de mercancías, y por ello la sobreproducción de capital implica la sobreproducción de mercancías.

De ahí el curioso fenómeno de que los mismos economistas que niegan la sobreproducción de mercancías, admitan la de capital. Si se dice que dentro de los diversos ramos de la producción no se da una sobreproducción general, sino una desproporción, ello no significa sino que, dentro de la producción capitalista, la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción se establece como un proceso constante a partir de la desproporcionalidad, al imponérsele aquí la relación de la producción global, como una ley ciega, a los agentes de la producción, y no sometién dose a su control colectivo como una ley del proceso de producción captada por su intelecto asociado, y de ese modo dominada.

Además, de esa manera **se exige que países en los cuales el modo capitalista de producción no está desarrollado, hayan de consumir y producir en un grado adecuado a los países del modo capitalista de producción.** Si se dice que la sobreproducción es sólo relativa, ello es totalmente correcto; pero ocurre que todo el modo capitalista de producción es sólo un modo de producción relativo, cuyos límites no son absolutos, pero que sí lo son para él, sobre su base.

¿Cómo, de otro modo, podría faltar la demanda de las mismas mercancías de que carece la masa del pueblo, y cómo sería posible **tener que buscar esa demanda en el extranjero, en mercados más distantes, para poder pagar a los obreros del propio país el promedio de los medios de subsistencia imprescindibles?**

Porque sólo en este contexto específico, capitalista, el producto excedentario adquiere una forma en la cual su poseedor sólo puede ponerlo a disposición del consumo en tanto se reconvierta para él en capital. Por último, si se dice que, en última instancia, los capitalistas sólo tienen que intercambiar entre sí sus mercancías y comérselas, se olvida todo el carácter de la producción capitalista, y se olvida asimismo que se trata de la valorización del capital, y no de su consumo.

En suma, todos los reparos contra las manifestaciones palpables de la sobreproducción (manifestaciones éstas que no se preocupan por tales reparos) apuntan a señalar que los límites de la producción capitalista no son limitaciones de la producción en general, y por ello tampoco lo son de este modo específico de producción, el capitalista. Pero la contradicción de este modo capitalista de producción consiste precisamente en su tendencia hacia el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, la cual entra permanentemente en conflicto con las condiciones específicas de producción dentro de las cuales se mueve el capital, y que son las únicas dentro de las cuales puede moverse.

Carlos Marx. Capítulo XV del libro III de «El Capital», 1894.

La carencia crónica de mercados del capitalismo solo podía llevar a alcanzar un límite. Límite que supone el paso del **capitalismo ascendente** a la **decadencia** del modo de producción capitalista. Ese

límite vendría anunciado por la entrada del capitalismo en su fase imperialista y precedido por «vientos de catástrofe» bélica.

La existencia de adquirentes no capitalistas de la plusvalía es una condición vital directa para el capital y su acumulación. En tal sentido, tales adquirentes son el elemento decisivo en el problema de la acumulación del capital. Pero de un modo o de otro, de hecho, la acumulación del capital como proceso histórico, depende, en muchos aspectos, de capas y formas sociales no capitalistas. (...)

El capitalismo necesita, para su existencia y desarrollo, estar rodeado de formas de producción no capitalistas. (...) La segunda condición previa fundamental, tanto para la adquisición de medios de producción, como para la realización de la plusvalía, es la ampliación de la acción del capitalismo a las sociedades de economía natural.(...)

El imperialismo es la expresión política del proceso de la acumulación del capital en su lucha para conquistar los medios no capitalistas que no se hallen todavía agotados. Geográficamente, estos medios abarcan, todavía hoy, los más amplios territorios de la Tierra.

Pero comparados con la potente masa del capital ya acumulado en los viejos países capitalistas, que pugna por encontrar mercados para su plusproducto, y posibilidades de capitalización para su plusvalía; comparados con la rapidez con la que hoy se transforman en capitalistas territorios pertenecientes a culturas precapitalistas, o en otros términos: comparados con el grado elevado de las fuerzas productivas del capital, el campo parece todavía pequeño para la expansión de éste.

Esto determina el juego internacional del capital en el escenario del mundo. Dado el gran desarrollo y la concurrencia cada vez más violenta de los países capitalistas para conquistar territorios

no capitalistas, el imperialismo aumenta su agresividad contra el mundo no capitalista, agudizando las contradicciones entre los países capitalistas en lucha.

Pero cuanto más violenta y enérgicamente procure el capitalismo el hundimiento total de las civilizaciones no capitalistas, tanto más rápidamente irá minando el terreno a la acumulación del capital. El imperialismo es tanto un método histórico para prolongar la existencia del capital, como un medio seguro para poner objetivamente un término a su existencia. Con eso no se ha dicho que este término haya de ser alegremente alcanzado. Ya la tendencia de la evolución capitalista hacia él se manifiesta con vientos de catástrofe.

Rosa Luxemburgo. «La acumulación de capital», 1913.

3. Distribución del resultado de la explotación en forma de ganancia a través del mercado de capitales

El capital ampliado con nuevas ganancias no está atado a una empresa. En realidad, las distintas empresas no son sino colocaciones posibles del capital que compiten entre sí en el mercado de capitales por ser más atractivas, es decir, ofrecer mejores **tasas de ganancia** a los capitales que buscan colocación. La función del mercado de capitales es precisamente homogeneizar las tasas de ganancia de las distintas colocaciones.

Se comportan entre sí como se comportarían si nos representasemos la suma global de los capitales que forman el capital de las clases capitalistas como una magnitud sobre la que se calculara la plusvalía total[...] No cabe duda de que, calculado así, cada fragmento de este capital global percibiría una parte alícuota de la plusvalía total, con arreglo a la proporción en la que participara de ella.[...]

El volumen de ganancia depende del volumen del capital, del número de *shares in that general capital which are owned by the capitalist*, de ahí que la competencia entre los capitales trate de considerar cada capital de por sí como un fragmento del capital global, regulando a tono con ello su participación en la plusvalía y, por tanto, en la ganancia.

Los capitalistas tienden a repartirse entre ellos (tendencia en la que consiste precisamente la competencia) la cantidad de trabajo no retribuido que estrujan a la clase trabajadora -o los productos de esa cantidad de trabajo- no en la proporción en que un capital **específico** produce directamente plustrabajo, sino, *primero*, en aquella en que este capital específico representa una parte alícuota del capital global y, *segundo*, en la proporción en que el capital global produce plustrabajo. Los capitalistas se reparten el botín del trabajo ajeno apropiado como enemigos fraternales, de tal modo que por término medio, el uno se apropia de la misma cantidad de trabajo no retribuido que el otro.

Carlos Marx. Teorías de la Plusvalía, capítulo VIII.

Al igualar -o tender a igualar- las tasas de ganancia de las posibles colocaciones del capital, la equivalencia entre el plustrabajo/plusvalor extraído y la ganancia obtenida por el capital en un país o un ramo industrial salta por los aires, ni hablemos de una empresa particular.

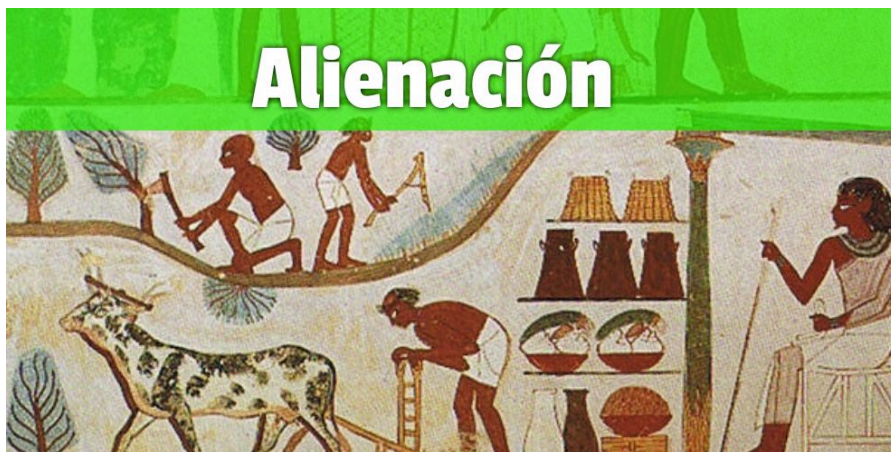
Se vuelve en el mejor de los casos una casualidad, un anómalo estadístico. De hecho, de forma general, la plusvalía será diferente de la ganancia en cada empresa particular.

4. Reincorporación a la producción como capital ampliado (objetivo de la acumulación de capital)

El mercado de capitales «cierra» como sistema al capitalismo, orientando los usos del capital, es decir, las formas concretas de explotación hacia sus formas más eficientes para los objetivos del sistema, es decir, «revoluciona incesantemente los medios de producción» incorporando innovaciones técnicas y organizativas que permitirán al capital como un todo extraer más plustrabajo.

No obstante, una de las características del capitalismo en su **decadencia** es que la ausencia crónica de mercados produce una carencia de aplicaciones rentables para el capital. No todo puede colocarse sin ahogar la tasa de ganancia. El capital «sobre-acumulado» en relación a la demanda, se deriva hacia la especulación y se convierte en **capital ficticio**: el que vemos en las bolsas, los mercados de futuros, etc. Una masa gigantesca de capital, es decir, de derechos de explotación, separada de la producción y por tanto con pies de barro, que actúa como acelerante del carácter catastrófico de las crisis financieras.

Alienación



Fractura, debida a las relaciones sociales históricamente específicas, entre la auto-consciencia de la especie y sus propias necesidades y naturaleza. La alienación es producto del desgarramiento de la humanidad en clases que hace aparecer a la humanidad como opuesta al resultado de su trabajo y por tanto a sí misma y a la Naturaleza en su conjunto.

Origen de la alienación

La división de la sociedad en clases, probablemente hace unos 6.000 años, es un fenómeno reciente en la vida de una especie que lleva 500.000 en el planeta y que durante la mayor parte de ese tiempo vivió bajo un régimen de comunismo primitivo basado en una economía de caza, pesca y recolección. El régimen comunal se

mantuvo en las primeras ciudades y parece que ciudades organizadas en torno a formas de **comunismo primitivo** perduraron en Europa hasta fechas tan recientes como el siglo IV AEC.

Pero la división en clases era inevitable con el desarrollo de las **fuerzas productivas** que se estaba produciendo con la nueva tecnología. Sin duda supuso un salto adelante en el **progreso** de la especie, pero significó también un trauma profundo. Llegan hasta hoy los mitos de una «Edad de Oro» anterior salpicando religiones y creencias, ellas mismas nacidas para paliar aquella escisión dolorosa de la especie, tan explosiva que tuvo que aparecer un cuerpo social especializado y costoso, el **estado**, para mantener al conjunto social mínimamente cohesionado bajo el nuevo tipo de relaciones productivas dominante: la explotación.

Con la fractura de la sociedad entre clases explotadas y explotadoras, aparece la división del trabajo entre personal y social; la división sexual del trabajo y la división entre trabajo manual e intelectual. La propiedad privada opone las cosas a los miembros de la sociedad que las produce y a estos entre sí. Se oponen ciudad y campo. La consciencia de la especie se escinde. Del difuso animismo del comunismo primitivo que trataba de representar los entonces incomprensibles ciclos naturales, se pasa a las teogonías de dioses superiores y ordenadores que abstraen el carácter vengativo, parasitario y brutal de las primeras clases dominantes.

Con la separación entre el trabajo y la vida, entre comunidad social y comunidad productiva, la vida misma se rompe y huye hacia los cielos. Comienzan las creencias en el «más allá». Lo humano se ha hecho ajeno a lo humano, se ha «alienado» y la alienación define a la nueva sociedad.

El proletariado como expresión máxima de la alienación

Si los regímenes agrarios se basaban fundamentalmente en la exacción, en la explotación extraeconómica mediante tributos o impuestos, el capitalismo integra la explotación en el corazón mismo de las relaciones sociales. Al mercantilizarse el trabajo y consagrarse la plusvalía como base del sistema de acumulación, la explotación misma se hace invisible, la división en clases se presenta como «natural».

Y al mismo tiempo, la contradicción intrínseca a la propiedad privada -la oposición entre productores y producto- se hace universal: en una sociedad capitalista las crisis de «sobreproducción» van acompañadas de la pauperización de grandes masas del **proletariado**. La clase explotada se ve así universalmente negada: se niega la explotación misma que la define y se niegan sus propias condiciones de existencia como clase por las contradicciones del sistema.

Esta revolución es llevada a cabo por la clase a la que la sociedad no considera como tal, no reconoce como clase y expresa ya de por sí la disolución de todas las clases, nacionalidades, etc., dentro de la actual sociedad

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1846

Es esa negación total la que le convierte en realidad en clase universal, pues solo enarbolando las necesidades humanas genéricas puede salir de su situación

En el proletariado plenamente desarrollado se hace abstracción de toda humanidad, hasta de la apariencia de la humanidad; en las condiciones de existencia del proletariado se condensan, en su forma más inhumana, todas las condiciones de existencia de la sociedad actual; el hombre se ha perdido a sí mismo, pero, al mismo tiempo, no sólo ha adquirido consciencia teórica de esa pérdida, sino que se ha visto constreñido directamente, por la miseria en adelante ineluctable, imposible de paliar, absolutamente imperiosa -por la expresión práctica de la necesidad-, a rebelarse contra esa inhumanidad; y es por todo esto que el proletariado puede libertarse a sí mismo.

Pero no puede él libertarse sin suprimir sus propias condiciones de existencia. No puede suprimir sus propias condiciones de existencia sin suprimir todas las condiciones de existencia inhumanas de la sociedad actual que se condensan en su situación. No en vano pasa por la escuela ruda, pero fortificante, del trabajo.

Marx y Engels. *La Sagrada Familia*, 1844

El comunismo como fin de la alienación

El **proletariado** al negarse a sí mismo como clase mediante la revolución, empujando la sociedad entera hacia el **comunismo**, es la negación de una negación. Ofrece por tanto la única salida posible a la Humanidad, su afirmación como tal y con ella la superación de la alienación. El **Comunismo**, una sociedad sin división del trabajo y sin división de clases, «el verdadero comienzo de la historia humana», supone el fin de toda división creada por la fractura en clases y por tanto el fin de la alienación social. Marx se da cuenta muy pronto, en 1844, cuando está preparando las notas que servirán de base al núcleo de su trabajo.

El comunismo como superación positiva de la propiedad privada en cuanto autoextrañamiento del hombre, y por ello como apropiación real de la esencia humana por y para el hombre; por ello como retorno del hombre para sí en cuanto hombre social, es decir, humano; retorno pleno, consciente y efectuado dentro de toda la riqueza de la evolución humana hasta el presente.

Este comunismo es, como completo naturalismo = humanismo, como completo humanismo = naturalismo; es la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre, la solución definitiva del litigio entre existencia y esencia, entre objetivación y autoafirmación, entre libertad y necesidad, entre individuo y género [humano]. Es el enigma resuelto de la historia y sabe que es la solución.

Carlos Marx. *Manuscritos económicos y filosóficos*, 1844

Antifascismo



Política stalinista que encubre la defensa del orden capitalista y la alianza con una parte de la burguesía bajo la supuesta necesidad de derrotar «primero» a la contrarrevolución bajo su forma fascista.

Del tercer periodo y el socialfascismo al antifascismo

En 1928 la IIIª Internacional aprueba en su VIº Congreso el «**socialismo en un solo país**»... es decir, su supeditación -y por tanto la de la Revolución mundial que representaba- al **capitalismo de estado** ruso. **Zinoviev** proclama la entrada en un «tercer periodo» de la oleada revolucionaria en el que el principal enemigo sería la socialdemocracia, convertida, según él, en un apéndice del fascismo. El primer grupo «antifascista» será así el «Roter Frontkämpferbund»,

el grupo paramilitar del KPD, dedicado a la organización de peleas y enfrentamientos callejeros con sus equivalentes nazis y los grupos de jóvenes socialdemócratas.

La teoría del «socialfascismo» solo podía alienar aun más a los millones de trabajadores organizados todavía en sindicatos, organizaciones culturales, deportivas, cooperativas, formalmente socialdemócratas. No tanto por influencia del SPD, como por la experiencia de ver las «Roter Frontkämpferbund» y las SA nazis como problema de seguridad para sus mismas sedes. El resultado son los avances electorales de Hitler y la incapacidad para darles una respuesta de clase desde el KPD. Conscientes, los stalinistas y zinovietistas alemanes proclaman «después de Hitler, llega nuestro turno». Obviamente, una vez Hitler alcanzó el gobierno, no llegó otra cosa que la destrucción del tejido asociativo de clase por el nazismo y la desarticulación y represión del movimiento obrero en Alemania.

La invención del antifascismo como táctica por la Komintern

Cuando la Comintern cierre etapa en 1935 en su VII Congreso, el resultado de su giro será aun peor: el antifascismo se ha convertido en colaboración de clases bajo la consigna del **Frente Popular**: formar alianzas electorales con los partidos «democráticos» para ayudar a su triunfo electoral bajo un discurso patriótico antifascista.

Su congreso proclama al mismo tiempo que todos los países del mundo, desde la Alemania fascista hasta la Noruega democrática, desde Gran Bretaña hasta la India, desde Grecia hasta la China, tienen la misma necesidad de un «Frente Popular» y, donde sea posible, un gobierno del Frente Popular. El congreso es importante porque señala el ingreso definitivo de la Comintern -tras una serie de vacilaciones y pasos en falso- en su «cuarto período», cuyo lema es «todo el poder a Daladier» [ministro republicano francés], su bandera es la tricolor, y su himno la Marsellesa, que ahoga los sonos de la Internacional.

«El viraje stalinista». León Trotski, 1935

El antifascismo ariete contra la Revolución española

La insurrección obrera generalizada el 19 de julio de 1936 da respuesta al golpe de estado militar armando al proletariado y desarticulando el estado republicano en media España. El PCE se convierte entonces en el principal «partido del orden», defensor de la reconstitución del estado y la defensa de la propiedad privada. Su estrategia pondrá a prueba la política «antifascista» del Komintern.

El **stalinismo** trataba de desviar al proletariado en armas, organizado en multitud de comités y organizaciones locales poco o nada coordinadas, a la guerra con el ejército franquista bajo el argumento de «primero la victoria, luego la revolución», mientras alienta la reconstitución del estado -y sus cuerpos represivos y militares- en la retaguardia reconstruir el estado alrededor del gobierno catalán y el **Frente Popular**.

Era este último la expresión electoral de alianza «antifascista» formada con los partidos republicanos, el PSOE, el propio PCE y el POUM sobre un programa de restauración del orden democrático, la

propiedad privada y la disolución de las milicias con el encuadramiento de los obreros armados en el ejército republicano reconstituido con asesores militares rusos; programa que fue el que unió la contrarrevolución interna y los imperialismos externos en la masacre de la revolución española.

El antifascismo como consigna de reclutamiento para la guerra imperialista

Derrotada la Revolución española, el antifascismo se convertirá en consigna de reclutamiento imperialista en España primero, a través de las Brigadas Internacionales y durante la Segunda Guerra Mundial cuando Hitler rompa su pacto con Stalin. Incluso al sector centrista de la IV Internacional, nacida para proclamar el **derrotismo revolucionario** al estallar las hostilidades, utiliza el «antifascismo» como forma de escapar de sus deberes y encontrar un terreno común con el estado.

El S.W.P. retraía deliberadamente las formulaciones revolucionarias contra la guerra imperialista, y se negaba a hacer acto de lucha contra ella. Se justificaba pretendiendo camuflarse al ojo policíaco y adaptar sus tonos a lo receptible por los oídos entonces patrióticos del proletariado.

Pero lo más despreciable y al mismo tiempo trágico del oportunismo es que, cortándose el acceso a la educación y la movilización revolucionaria de las masas, no elude, sin embargo, los golpes de la reacción a menos de someterse por entero. Así los dirigentes del S.W.P. se vieron sarcásticamente acusados por su gobierno de internacionalismo y derrotismo revolucionario, aquello mismo a que daban esquinazo, y fueron a la cárcel durante año y medio o dos por un delito que tenían la obligación de haber cometido, pero que ellos se guardaron siempre de cometer. [...]

Los dirigentes americanos del S.W.P. tenían poco de la fibra y la consistencia mental de un Liebknecht. Proclamaron ante sus jueces, no la necesidad de transformar la guerra imperialista en guerra civil, sino en «verdadera guerra contra el fascismo». Acusaban torpemente al gobierno americano de incapacidad para dar cuenta de Berlín, y su prensa presentaba estupendos programas para derrotar a Hitler.

Las palabras, derrotismo revolucionario les daban grima y les pusieron el veto. Todas las formulaciones internacionalistas fueron cuidadosamente tachadas de revista y periódico, incluyendo la simple voz imperialismo a menos que se refiriese al enemigo nacional. Durante toda la guerra -argumento por sí solo abrumador- no organizaron un sólo acto contra ella, ni tiraron un sólo volante. En fin, comparando su política con la de los partidos centristas de entonces. el I.L.P. inglés y el P.O.U.M. español, la

similitud entre ambas llegaba incluso a la identidad terminológica. En una palabra, el S.W.P. substituyo la política revolucionaria por la política burguesa y stalinista del antifascismo, mero truco de leva imperialista gemelo de la hitleriana lucha contra la plutocracia.

«La IV^a Internacional». G. Munis. 1959

No contentos con eso apoyarán a las «guerrillas partisanas antifascistas» que, organizadas y apoyadas por los imperialismos aliados en Italia, Yugoslavia, Grecia y otros países, reprimirán los movimientos de clase tendentes a convertir la guerra imperialista en revolución tan pronto como rusos, británicos o estadounidenses «liberen» el territorio. Desde las huelgas de masas en el Norte de Italia -que habían vencido al estado fascista y los ocupantes alemanes- a la insurrección griega, donde los stalinistas reprimirán de la mano del ejército británico.

No se puede esperar otra cosa de una ideología que nos llama a «renunciar a todo menos a la victoria»... sobre el fascismo. Es decir, renunciar a todo con tal de mantener una forma de gobierno consagrada a sostener el orden social existente.

Antiparlamentarismo



Táctica que defiende el carácter contraproducente de intentar hoy en día una participación electoral similar a la que tuvieron los partidos socialdemócratas durante la fase ascendente del capitalismo.

Antes del antiparlamentarismo: La socialdemocracia y la participación electoral

Durante el **capitalismo ascendente** el **proletariado** es, en buena parte de Europa, un sujeto político reconocido dentro de la sociedad burguesa. Esta acepta que los trabajadores estén «representados» dentro de sus instituciones de gobierno, consciente de que hay un margen, dentro de su propia dominación, para la consecución por los obreros de ventajas y oportunidades para su propia organización y constitución como clase (reconocimiento legal de las huelgas, del sufragio universal, etc.). El esfuerzo por obtener este reconocimiento

es parte del proceso de constitución política de la clase y del desarrollo de su organización como tal (**centralismo**). En ese marco el antiparlamentarismo hubiera sido un disolvente, una táctica suicida.

El primer gran servicio que los obreros alemanes prestaron a su causa consistió en el mero hecho de su existencia como Partido Socialista que superaba a todos en fuerza, en disciplina y en rapidez de crecimiento. Pero además prestaron otro: suministraron a sus camaradas de todos los países un arma nueva, una de las más afiladas, al hacerles ver cómo se utiliza el sufragio universal.

El sufragio universal existía ya desde hacía largo tiempo en Francia, pero se había desacreditado por el empleo abusivo que había hecho de él el Gobierno bonapartista. Y después de la Comuna no se disponía de un partido obrero para emplearlo. También en España existía este derecho desde la República, pero en España todos los partidos serios de oposición habían tenido siempre por norma la abstención electoral. Las experiencias que se habían hecho en Suiza con el sufragio universal servían también para todo menos para alentar a un partido obrero.

Los obreros revolucionarios de los países latinos se habían acostumbrado a ver en el derecho de sufragio una añagaza, un instrumento de engaño en manos del Gobierno. En Alemania no ocurrió así.

Ya el «Manifiesto Comunista» había proclamado la lucha por el sufragio universal, por la democracia, como una de las primeras y más importantes tareas del proletariado militante, y Lassalle había vuelto a recoger este punto. Y cuando Bismarck se vio obligado a introducir el sufragio universal como único medio de interesar a las masas del pueblo por sus planes, nuestros obreros tomaron inmediatamente la cosa en serio y enviaron a Augusto Bebel al primer Reichstag Constituyente.

Y, desde aquel día, han utilizado el derecho de sufragio de un modo tal, que les ha traído incontables beneficios y ha servido de modelo para los obreros de todos los países. Para decirlo con las palabras del programa marxista francés, han transformado el sufragio universal de «moyen de duperie qu'il a été jusqu'ici en instrument d'émancipation» —de medio de engaño, que había sido hasta aquí, en instrumento de emancipación.

Y aunque el sufragio universal no hubiese aportado más ventaja que la de permitirnos hacer un recuento de nuestras fuerzas cada tres años; la de acrecentar en igual medida, con el aumento periódicamente constatado e inesperadamente rápido del número de votos, la seguridad en el triunfo de los obreros y el terror de sus adversarios, convirtiéndose con ello en nuestro mejor medio de propaganda; la de informarnos con exactitud acerca de nuestra fuerza y de la de todos los partidos adversarios, suministrándonos así el mejor instrumento posible para calcular las proporciones de nuestra acción y precaviéndonos por igual contra la timidez a destiempo y contra la extemporánea temeridad; aunque no obtuviésemos del sufragio universal más ventaja que ésta, bastaría y sobraría.

Pero nos ha dado mucho más. Con la agitación electoral, nos ha suministrado un medio único para entrar en contacto con las masas del pueblo allí donde están todavía lejos de nosotros, para obligar a todos los partidos a defender ante el pueblo, frente a nuestros ataques, sus ideas y sus actos; y, además, abrió a nuestros representantes en el parlamento una tribuna desde lo alto de la cual pueden hablar a sus adversarios en la Cámara y a las masas fuera de ella con una autoridad y una libertad muy distintas de las que se tienen en la prensa y en los mítines. ¿Para qué les sirvió al

Gobierno y a la burguesía su ley contra los socialistas, si las campañas de agitación electoral y los discursos socialistas en el parlamento constantemente abrían brechas en ella?

Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecían nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales de artesanos, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el Gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.

Federico Engels. **Introducción a «La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850»**, 1895.

El «parlamentarismo» de la IIª Internacional

La actividad parlamentaria de los partidos obreros antes de la I Guerra Mundial, tiene como modelo a la socialdemocracia alemana y su consigna «ni una moneda ni un hombre para este sistema», que implica **votar siempre en contra de todos los presupuestos gubernamentales** en todos los niveles de gobierno.

El resultado es contradictorio e interesante por cuanto revela del periodo: en términos generales, la actividad electoral y parlamentaria ayuda, en ese marco intransigente, a fortalecer la organización y la constitución de la clase, se empuja el programa democrático de la burguesía y se obtienen reformas legales favorables a la posibilidad

de la organización obrera y conquistas económicas de largo aliento como la reducción de jornada. Pero también se trasladan al interior de los partidos **tendencias oportunistas**, conciliadoras que acabarán expresándose abiertamente como «**revisiónismo**» y minando a los partidos socialdemócratas desde dentro, incorporándolos a la «unión nacional» con la burguesía y convirtiéndolos en una pieza fundamental de la movilización de los trabajadores para la guerra.

La imposibilidad de un parlamentarismo de clase en la decadencia, el antiparlamentarismo como táctica alternativa

En la **decadencia** capitalista todo aquello que hace posible la actividad y representación parlamentaria de los trabajadores desaparece cuando lo hace el tejido organizado de clase: el espacio de «democracia obrera» formado por las innumerables organizaciones - desde el partido a las organizaciones culturales pasando por las cooperativas. Enfrentada a la revolución y cabalgando un sistema sin capacidad de expansión, la burguesía ya no tiene espacio para partidos obreros en sus instituciones; el antiparlamentarismo se va dibujando como una táctica necesaria.

Durante el periodo que abarca desde la 1ª Guerra Mundial hasta la Revolución Española, se universaliza el **capitalismo de estado** y con él la organización totalitaria de la burguesía en torno a un nuevo tipo de estado «intervencionista» fusionado con el gran capital y los monopolios. Lo mismo que ocurre en el acero o el carbón ocurre con la **fuerza de trabajo**: el **sindicato** pasa de mayorista a monopolista y se integra en el aparato económico estatal. En ese proceso el espacio de «democracia obrera» formado por las innumerables organizaciones - desde el partido a las organizaciones culturales pasando por las cooperativas- será destruido por las dos formas principales de la contrarrevolución: el **fascismo** y el **stalinismo**.

Libre del contrapeso de la «democracia obrera», la «sociedad civil» burguesa organizada (partidos, asociaciones, etc.) es absorbida por la maquinaria estatal: de representante de las fracciones del capital ante el aparato político, pasa a ser representante del estado ante los diferentes sectores de la sociedad.

La **pequeña burguesía** tendrá una relación oscilante: en los periodos de conflicto con la burguesía generará expresiones políticas y parlamentarias propias... que acabarán absorbidas o desaparecidas cuando los conflictos amainen.

El mismo aparato político se transforma de cabeza a pies: la democracia liberal desaparece como tal -en los capitalismos más frágiles ni siquiera se mantienen las formas- y el sistema representativo deja de pivotar sobre un Parlamento que funciona como una metáfora del mercado -el «mercado de las ideas» que chocan y encuentran equilibrios entre intereses particulares- para convertirse en representación de una «opinión» fabricada industrialmente por un nuevo monopolio: los medios de comunicación.

Estos medios reproducen y amplifican el totalitarismo del estado: ocupan todo el espacio de «la opinión» llenando todo el espacio físico -del cuarto de estar al coche, del tren a, en muchos lugares, el ascensor- y el virtual -el móvil, las redes sociales- con noticias y «debates» cuya diversidad enfatiza la «inexistencia» e «imposibilidad» de una alternativa a la **mercantilización** capitalista. De fondo, lo que ocurre es que lejos de poder «abrir la mano» a un marco que permita la constitución en clase, necesita negar la mera existencia de la clase como sujeto político e incluso, en el colmo del delirio discursivo, negar su existencia incluso como clase sociológica. Todo el aparato mediático y de propaganda, infinitamente multiplicado, se dedicará a

fabricar ideologías negacionistas y divisionistas de la clase: **nacionalismo**, racismo, **pacifismo**, **feminismo**... presentado siempre falsas dicotomías «realistas» entre «lo peor y lo aun peor».

«Parlamentarismo revolucionario» y contrarrevolución

El proceso de transición hacia el **capitalismo de estado**, que comienza con el **imperialismo**, deja destrozados a los partidos de la IIª Internacional, el **oportunismo** -que se ha hecho fuerte en los grupos parlamentarios de los partidos obreros- no solo se traduce puntualmente en **reversionismo**, sino que el ala derecha **reformista**, encabezada por las direcciones sindicales, convertirá al estallar la guerra a la gigantesca máquina de la organización obrera en un aparato de reclutamiento bélico disolviéndola en la **nación** y conduciendo a una parte central del proletariado a la matanza imperialista.

Consciente del papel del parlamentarismo en el proceso, que han puesto el centro de los partidos socialistas en la maquinaria electoral, la IIIª Internacional propondrá la táctica del «Parlamentarismo revolucionario» como una forma de actualizar la táctica original de los tiempos de Engels, Liebknecht padre y Bebel.

Se trata de participar en los parlamentos precisamente para romper el monopolio de la opinión, para representar la oposición de clase entre los apaños y «reformas» reaccionarias en curso y los trabajadores, cuyos diputados en los países burgueses votarán en contra o se abstendrán en todas las votaciones.

Sin embargo el «parlamentarismo revolucionario», en ausencia de un tejido organizado de clase capaz de contrarrestar y resistir a la «industria de la opinión» es una ilusión. Pronto se verá que incluso las condiciones que lo hacen en un primer momento imaginable como

táctica han desaparecido ya en la mayoría de los países durante la guerra. En el resto, la contrarrevolución arrasará con ellas. El antiparlamentarismo se convierte en la única táctica posible.

¿Sería posible un «parlamentarismo revolucionario» hoy?

1. La prensa obrera, base de la agitación socialista en el XIX, podía competir en el mercado durante el **capitalismo ascendente** porque existían organizaciones obreras de masas como el **sindicato**, pero también asociaciones culturales y educativas obreras de todo tipo en cada rincón del territorio industrializado. Estamos ante un capitalismo que aunque no alentaba precisamente la organización de clase, tampoco era todavía totalitario. Además, todavía había un cierto libre mercado. Solo en algunos países la burguesía había creado subproductos para enfrentar a la prensa obrera: los primeros «tabloides» británicos. En el mundo del capital hiperconcentrado y articulado alrededor del estado, los periódicos se han convertido en gigantescos conglomerados multimedia inalcanzables por ningún partido o grupo de trabajadores. Pretender competir con ellos en la batalla por la «opinión» cotidiana es tan utópico como pretender que deberíamos tener un Google o un Amazon en cada grupo militante. Y, es obvio recordarlo, no existe un tejido organizado y masivo de clase en barrios y empresas.
2. Una vez estás en el juego aceptas lo que el juego dice medir... aunque sepas que mide otra cosa. La «opinión» no deja de ser un terreno ajeno, un producto más de los monopolios. Movilizar para no conseguir más que la frustración de un fracaso es precisamente lo que le encanta hacer a la izquierda del capital, siempre atenta a destruir la autoconfianza de la clase.

3. Aun si se produjera una «victoria» electoral, un grupo parlamentario de «representantes» de los trabajadores, no podría obtener resultados tangibles para el conjunto de los trabajadores. No hay mejoras sostenibles posibles para el trabajo en un capital en crisis permanente. Solo sería posible el parlamentarismo revolucionario, la negativa a cualquier compromiso y la denuncia de todas las falsas «reformas». Pero ¿podría resistir a la industria mediática sin organizaciones masivas sosteniéndolo?
4. La misma existencia de «representantes» de los trabajadores no surgidos de las luchas, no revocables por el propio proletariado organizado, sino elegidos a través del estado, sería contraproducente. La constitución de la clase en sujeto político, el desarrollo de la **conciencia de clase**, ya no se puede apoyar en un estado ajeno. La emancipación de los trabajadores, es decir, su afirmación al margen de la burguesía, es incompatible con la representación en el **capitalismo de estado**. El antiparlamentarismo es, hoy por hoy, la táctica posible.

Burguesía



Clase explotadora del modo de producción capitalista que organiza y dirige el proceso de producción de plusvalía y la acumulación de capital.

Los orígenes de la burguesía

La burguesía nace como una clase mercantil ligada al comercio de larga distancia. Los mercaderes y cambistas medievales usarán sus beneficios para, progresivamente, hacerse con el control de los gremios y artesanos, empezando la producción de **plusvalía**.

No será sin embargo hasta que consiga la conversión de la tierra en mercancía, que podrá extender el ciclo de **acumulación** y reordenar la sociedad sobre sí misma y las necesidades derivadas de la reproducción del capital. Las masas campesinas expulsadas del

campo se convertirán en la base del primer **proletariado** moderno y la condición que hizo posible para la burguesía la industrialización masiva de la producción.

De los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de China, la colonización de América, el intercambio de las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. El estamento medio industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar del estamento medio industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios — jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo

la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media.

La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna, en unos sitios República urbana independiente; en otros, tercer estado tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías estamentales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno.

Carlos Marx y Federico Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848

La burguesía como clase dirigente de un capitalismo ascendente

A lo largo del siglo XIX, corazón del **periodo ascendente del capitalismo**, conforme extiende el mercado mundial, la burguesía se hará con el poder en prácticamente todos los países donde el capitalismo se ha convertido en el articulador de la sociedad. Encontrará sin embargo un límite objetivo a su expansión revolucionaria por el mundo en la dimensión de los mercados extra-

capitalistas restantes y su capacidad para absorber y realizar **plusvalía**. El capitalismo entra en su **fase imperialista** y las necesidades de la **acumulación** transforman su organización interna y la propia forma de la burguesía.

¿Qué significa, en última instancia, el fenómeno económico de la sociedad por acciones? Representa, por un lado, la unificación de una cantidad de fortunas pequeñas en un gran capital para la producción. Representa, por otro, la separación de la producción de la posesión capitalista. Es decir, denota que se le ha ganado una doble victoria al modo capitalista de producción: pero todavía sobre bases capitalistas.

¿Qué significan, pues, las estadísticas que cita Bernstein, según las cuales un número creciente de accionistas participan en las empresas capitalistas? Las estadísticas demuestran, precisamente, esto: en la actualidad una empresa capitalista no corresponde, como antes, a un único propietario de capital sino a una serie de capitalistas.

En consecuencia, la noción económica de «capitalista» ya no corresponde a un individuo aislado. El capitalista industrial de hoy en día es una persona colectiva, compuesta de cientos, inclusive miles de individuos. La categoría de «capitalista» se ha vuelto una categoría social. Se ha «socializado», en el marco de la sociedad capitalista.

Rosa Luxemburgo. **Reforma o revolución**, 1899

La burguesía decadente

Esta tendencia a la «socialización» del concepto de capitalista se radicalizará con la entrada del capitalismo en **decadencia**. A partir de 1914 la fusión de la burguesía industrial en torno a la banca y del capital financiero resultante en el estado, refugio de los últimos restos de la aristocracia, se convierte en generalización del **capitalismo de estado** en todo el mundo.

Bajo distintas formas que van desde la estatalización casi total del capital nacional bajo los regímenes stalinistas al «liberalismo» nominal de los EEUU, la burguesía se transforma en «burguesía de estado».

Su poder como clase no viene ya definido por la propiedad individual de los medios de producción, desdibujada ya con el cambio de estructura de propiedad que fue la explosión de las sociedades por acciones, sino por su posición *colectiva* como gestora del estado y de un capital nacional que definitivamente ya no «cabe» en sus fronteras.

Burocracia



| *Capa burguesa dedicada a la gestión del aparato estatal*

La burocracia en Europa

En la mayoría de los países europeos la burocracia del **capitalismo de estado** actual es heredera directa -literalmente en muchos casos- de los gestores del estado absolutista característico de la larga **decadencia** del feudalismo. En Francia o Gran Bretaña, no es difícil encontrar entre el «alto funcionariado» o la diplomacia, largas estirpes de burócratas que representan elementos de continuidad del **aparato estatal** entre las clases dirigentes del feudalismo y el **capitalismo**.

Tanto más en España o Portugal, donde la burguesía no llegó al poder de forma revolucionaria, sino a consecuencia de un proceso de fusión con otras capas explotadoras: aristocracia, terratenientes, etc. Este proceso culmina tarde, ya en el siglo XX y en el mismo momento en

que el capitalismo como un todo entra en **decadencia**. Y lo hace precisamente alrededor del estado de la Restauración y sus burócratas, para formar las bases del **capitalismo de estado** que conocemos hoy.

A consecuencia de su propia situación en el estado y de su estabilidad como grupo, la burocracia sigue siendo hoy un eslabón importantísimo en la articulación política de la burguesía, un nexo de unión entre la burguesía gestora, tanto corporativa como financiera y los dirigentes políticos.

Las burocracias stalinistas

El **capitalismo de estado** consolidado con la contrarrevolución en Rusia fue un caso particular, extremo y sin embargo definitorio de la **decadencia** capitalista. Aislada la revolución proletaria en Rusia, ahogada en un mar millones de pequeños propietarios agrarios (pequeña burguesía) y desbandado el proletariado que había hecho la revolución por el hambre y la movilización de la guerra civil, la producción se reconstituyó conscientemente como un **capitalismo de estado** bajo control de unos **soviets** muy debilitados.

El poder real recayó pronto bajo una capa burocrática cuyo futuro estaba ligado a la reconstrucción del capital nacional. Su expresión política sería el **stalinismo**, su primera consigna el «**socialismo en un solo país**», su principal enemigo la revitalización de la Revolución mundial y su legado el largo aliento de la contrarrevolución, una nueva guerra imperialista mundial y un modelo ultra-burocrático de **capitalismo de estado** que con distintas variantes, marcó el siglo XX.

A todo esto, ¿qué clase de relaciones de propiedad estableció la revolución de Octubre? Ciertamente, no socialistas. Esa revolución fue hecha por verdaderos comunistas, pero no tenían por mira más que la revolución permanente (Lenin en las Tesis de Abril) en espera de que el proletariado de los países desarrollados viniese en su auxilio.

Incluso la táctica de los bolcheviques antes de la toma del poder se inspiró por completo esa perspectiva, lo cual basta para rechazarla en la hora actual. Tras la magnífica tentativa llamada comunismo de guerra, que lejos de responder sólo a las urgencias de la guerra civil apuntaba directamente a la desaparición del salariado, se giró hacia el capitalismo de Estado tal como Lenin lo concibió, relaciones capitalistas de producción y distribución, pero poder político real del proletariado, basado en los soviets.

La conservación efectiva de ese poder era, a ojos de Lenin, la única garantía de un futuro desenvolvimiento socialista, la consentiría esperar la victoria de otras revoluciones en países industrializados y pasar juntos a la sociedad de transición y al comunismo. Puede afirmarse hoy que lo único que existió de verdaderamente socialista en la ex-Unión Soviética, fue pese a sus defectos, el poder político.

Una vez el poder de los soviets desaparecido y corrompido el partido bolchevique ya no quedaba sino capitalismo de Estado a secas, que fue consolidándose y reconociéndose cómo tal desde la NEP a los planes quinquenales. Las relaciones de propiedad, de producción y de distribución fueron retrollevadas a las normas capitalistas más rigurosas.

Así se efectuó una contrarrevolución cual nunca conociera la historia y cuya principal tribulación es evitar cualquier revolución proletaria en el mundo. ¿Se necesitan más pruebas de ello después del abandono del poder a Hitler en 1933, del aplastamiento de la revolución española, no por Franco, sino por el gobierno ruso y sus stalinistas españoles, después de la política imperialista de resistencia nacional y de toda la obra reaccionaria de Moscú y sus partidos desde la postguerra?

«Crítica del Esbozo de Manifiesto pro Nuevo Partido Obrero de la Worker's League de Inglaterra», 1961

La burocracia como grupo con intereses y perspectivas propias dentro de la clase dirigente

Por ser producto del estado, la burocracia tiene características propias que reflejan su lógica en el seno de la clase dominante. Características que son tanto más centrales cuanto más avanza la **decadencia**.

A diferencia de la burguesía corporativa, que sigue pretendiéndose reflejo del mito emprendedor y producto del mercado, y de los dirigentes políticos, ligados al mito democrático, la burocracia entiende la naturaleza extra-económica de su poder como la principal garantía de conservación del orden social.

Es pues un grupo fundamentalmente conservador que pondrá el acento en lo procedimental y lo normativo, es decir, en la regulación de las disputas entre facciones de la clase dominante y el encuadramiento y en su caso, represión de la **lucha de clases**.

La burocracia se presenta y se entiende a sí misma como garante de las condiciones de **acumulación** y está llamada a un protagonismo político mayor conforme se agudizan las contradicciones dentro y

alrededor del **capitalismo de estado**: desde su participación como ministros a la «judicialización» de los conflictos políticos, desde los gobiernos «tecnocráticos» a las juntas militares.

Capital



El capital es un derecho de explotación acumulable que garantiza a su poseedor la utilización de una cierta cantidad de recursos sociales y horas de trabajo. Su sistema de circulación y acumulación asegura a aquellas aplicaciones que más aporten al incremento de trabajo impago global disponer de una proporción mayor de recursos y trabajo a explotar en cada ciclo.

El derecho a disponer de trabajo impago

El capital, por tanto, no es sólo la posibilidad de disponer de trabajo, como dice Adam Smith. Es, en esencia, la posibilidad de disponer de trabajo impago. Todo plusvalor, cualquiera que sea la figura particular —ganancia, interés, renta, etc.— en que posteriormente cristalice, es con arreglo a su sustancia la concreción material de tiempo de trabajo impago. El misterio de la autovalorización del capital se resuelve en el hecho de que éste puede disponer de una cantidad determinada de trabajo ajeno impago.

Carlos Marx. **El Capital**, libro I, capítulo XVI, 1867

Como dinero y como mercancía

El capital es pues ante todo, una institución social, un conjunto de relaciones sociales y «derechos» garantizados a sus poseedores. Por eso, a lo largo de su proceso de **acumulación** toma forma de dinero y de mercancía alternativamente. Puede ser el dinero con el que se compran las mercancías necesarias para el proceso de producción, incluida la **fuerza de trabajo** o la máquina y las herramientas, materiales o inmateriales, que se utilizan en éste.

Si fijamos las formas particulares de manifestación adoptadas alternativamente en su ciclo vital por el valor que se valoriza, llegaremos a las siguientes afirmaciones: el capital es dinero, el capital es mercancía. Pero, en realidad, el valor se convierte aquí en el sujeto de un proceso en el cual, cambiando continuamente las formas de dinero y mercancía, modifica su propia magnitud, en cuanto plusvalor se desprende de sí mismo como valor originario, se autovaloriza. El movimiento en el que agrega plusvalor es, en efecto, su propio movimiento, y su valorización, por tanto, autovalorización. Ha obtenido la cualidad oculta de agregar valor porque es valor. Pare crías vivientes, o, cuando menos, pone huevos de oro.

Carlos Marx. «El Capital», libro I, capítulo IV, 1867

Constante y variable

El capital utilizado en la producción puede descomponerse en dos partes, tanto en el proceso de producción como en el de creación del valor. Si en el proceso de producción tenemos un componente objetivo (máquinas, suelo, dinero...) y otro subjetivo, inseparable de personas de carne y hueso (la **fuerza de trabajo**), en el proceso de valorización estos componentes se convierten en «capital constante» y «capital variable».

El primero es la parte que se convierte en objetos útiles para la producción, el segundo el que se convierte en **fuerza de trabajo**, trabajo vivo generador de **valor**.

La parte del capital, pues, que se transforma en medios de producción, esto es, en materia prima, materiales auxiliares y medios de trabajo, no modifica su magnitud de valor en el proceso de producción. Por eso la denomino parte constante del capital o, con más concisión, capital constante.

Por el contrario, la parte del capital convertida en fuerza de trabajo cambia su valor en el proceso de producción. Reproduce su propio equivalente y un excedente por encima del mismo, el plusvalor, que a su vez puede variar, ser mayor o menor. Esta parte del capital se convierte continuamente de magnitud constante en variable. Por eso la denomino parte variable del capital, o, con más brevedad, capital variable. Los mismos componentes del capital que desde el punto de vista del proceso de trabajo se distinguían como factores objetivos y subjetivos, como medios de producción y fuerza de trabajo, se diferencian desde el punto de vista del proceso de valorización como capital constante y capital variable.

Carlos Marx. «El Capital», libro I, capítulo VI

Capital ficticio



Capital dinerario que no se aplica a la producción (de plusvalía) sino que se reproduce parasitariamente bajo la forma de una apuesta sobre los resultados del capital productivo, apuesta que solo dará un resultado global positivo mientras el flujo de capital ficticio hacia los mercados especulativos siga creciendo.

El primer capital ficticio

En el **capitalismo ascendente** aparece ya el capital ficticio como una salida para el excedente de capital que, regularmente, no encuentra aplicación productiva directa. Es el primer capital especulativo: el que se «refugia» en la deuda pública y en la Bolsa -especulando con el valor de las empresas sin que medie un incremento real del capital con que estas actúan. Estando separado de la producción real de **plusvalía**, no siendo otra cosa en realidad que capital dinerario

apostado a la capacidad del estado para recaudar una parte de la plusvalía producida (deuda pública) o al incremento de las expectativas futuras sobre una empresa (especulación bursátil).

[El] capital dinerario ficticio se halla enormemente disminuido en las crisis, y con ello lo está la capacidad de sus propietarios de obtener dinero a cambio de él en el mercado. Sin embargo, la disminución del precio nominal de estos títulos y valores en los boletines de cotizaciones nada tiene que ver con el capital real que representan, pero en cambio sí tiene que ver, y mucho, con la solvencia de sus propietarios.

Carlos Marx. El Capital. Sección V. Capítulo 30. Capital dinerario y capital real.

El capital ficticio se muestra ya entonces tremendamente frágil ante las crisis, pues depende para reproducirse con buenos resultados de la llegada creciente de nuevos capitales ficticios al mercado, pero ese crecimiento se produce como síntoma de que la acumulación ha excedido los límites en que puede reinvertirse en la explotación directa del trabajo. Es decir, cuanto más crece y prospera más débiles son sus bases y más improbable la apuesta global a la que se aplica. Por eso las grandes caídas de los mercados especulativos siempre son bruscas y siguen a largos periodos de crecimiento auto-acelerado, las famosas «burbujas».

El desarrollo del capital ficticio en la decadencia capitalista

Lo que en el **capitalismo ascendente** es un fenómeno importante, aunque relativamente marginal, que muestra la tendencia permanente del capital a la sobre**acumulación** que se acelera en los momentos previos a los espasmos en los que crece el mercado

mundial, con la entrada en **decadencia** se convierte en un elemento central del sistema financiero y en la herramienta a través de la que el «capitalismo de guerra» del periodo 1914-18 se convirtió en el **capitalismo de estado** actual.

El desarrollo normal del ciclo industrial fue interrumpido por la guerra, que se convirtió en el más poderoso factor económico. La guerra creó para los sectores fundamentales de la industria un mercado casi ilimitado, totalmente a cubierto de toda competencia. Al gran comprador nunca le bastaba con lo que se le proporcionaba.

La fabricación de los medios de producción se transformó en fabricación de los medios de destrucción. Los artículos de consumo personal eran adquiridos a precios cada vez más elevados por millones de individuos que no producían nada, que no hacían más que destruir. Este era el propio proceso de la destrucción. Pero, en virtud de las monstruosas contradicciones de la sociedad capitalista, esta ruina adoptó la forma del enriquecimiento. El Estado lanzaba empréstito tras empréstito, emisión tras emisión y los presupuestos que se calculaban en millones pasaron a calcularse en miles de millones.

Se deterioraban las máquinas y las construcciones, y no se las remplazaba. La tierra era mal cultivada. Se paralizaban construcciones esenciales en las ciudades y en los ferrocarriles. Simultáneamente, el número de los valores de Estado, de los bonos de crédito y del Tesoro y de los fondos aumentaban sin cesar. **El capital ficticio creció en la misma medida en que el capital productivo era destruido.** El sistema de crédito, medio de circulación de las mercancías, se transformó en un medio de movilizar los bienes nacionales, incluso los que deberán ser creados por las futuras generaciones.

Por temor a una crisis que hubiese sido catastrófica, el Estado capitalista actuó después de la guerra del mismo modo que durante ella: nuevas emisiones, nuevos empréstitos, reglamentación de los precios de compra y venta de los artículos

más importantes, garantía de los beneficios, productos a precios reducidos, múltiples asignaciones agregadas a los sueldos y salarios... y con todo esto, censura militar y dictadura de los galones.

Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la IC. III Congreso de la Internacional Comunista, junio de 1921.

Tras cada guerra imperialista mundial, el capital ficticio sufrirá un incremento exponencial bajo la forma de mercados especulativos y de futuros. Acabada la reconstrucción, al capital le cuesta cada vez más encontrar dónde vender toda la producción y por tanto donde invertir lo acumulado en nuevas aplicaciones rentables. Si no hay mercado ya casi para todo lo que produce, ¿cómo va a haberlo para producir exponencialmente más?

Una parte del capital desiste de buscar aplicaciones productivas y se coloca como apuesta sobre el resultado de negocios productivos ya existentes, sobre las demandas futuras de ciertos bienes, sobre el pago de paquetes de deudas, etc. Aparece así una masa gigantesca de capital ficticio, separado de la explotación real del trabajo y por tanto con pies de barro, que supera en varias veces el capital productivo y es el detonante y la causa del carácter súbito y hecatómbico de las crisis financieras.

Capital financiero



Fusión del capital bancario y el industrial.

Capital financiero e imperialismo

Con la entrada en su **fase imperialista** el capitalismo transforma la estructura de cada capital nacional. El resultado de la extraordinaria concentración y centralización de capital está a años luz del capitalismo de libre competencia que había operado durante el **capitalismo ascendente**. Cada vez más dependientes de los bancos, los capitalistas individuales cambiarán las acciones de sus empresas por acciones de los propios bancos que se convierten así en mutualizadores del riesgo del capital como un todo.

El resultado, la fusión del capital industrial y el bancario conforma el capital financiero contemporáneo. La burguesía de los patronos y capitanes de industria se transforma en oligarquía financiera y se une

cada vez más a la **burocracia** estatal. La clase dirigente ensaya así la que será su forma característica en la **decadencia** y las primeras formas del **capitalismo de estado**.

Paralelamente se desarrolla, por decirlo así, la unión personal de los bancos con las más grandes empresas industriales y comerciales, la fusión de los unos y de las otras mediante la posesión de las acciones, mediante la entrada de los directores de los bancos en los consejos de supervisión (o directivas) de las empresas industriales y comerciales, y viceversa.(...)

La «unión personal» de los bancos y la industria se completa con la «unión personal» de unas y otras sociedades con el gobierno. «Los puestos en los consejos de supervisión -escribe Jeidels- son confiados voluntariamente a personalidades de renombre, así como a antiguos funcionarios del Estado, los cuales pueden facilitar en grado considerable (!!) las relaciones con las autoridades». (...)

Resulta, de una parte, una fusión cada día mayor, o según la acertada expresión de N.I. Bujarin, el engarce de los capitales bancario e industrial y, de otra, la transformación de los bancos en instituciones de un verdadero «carácter universal». (...)

En los medios comerciales e industriales se oyen con frecuencia lamentaciones contra el «terrorismo» de los bancos (...) En el fondo, se trata de las mismas lamentaciones del pequeño capital con respecto del yugo del grande, solo que en este caso la categoría de «pequeño» capital corresponde a ¡todo un consorcio! La vieja lucha entre el pequeño y el gran capital se reproduce en un grado de desarrollo nuevo e inconmensurablemente más elevado.(...)

Concentración de la producción; monopolios que se derivan de la misma; fusión o engarce de los bancos con la industria: tal es la historia de la aparición del capital financiero y lo que dicho concepto encierra. (...)

La gestión de los monopolios capitalistas se convierte indefectiblemente, en las condiciones generales de la producción mercantil y de la propiedad privada, en la dominación de la oligarquía financiera (...)

[Mientras] los apologistas del imperialismo y del capital financiero no ponen al descubierto sino que disimulan y embellecen el mecanismo» de la formación de las oligarquías, sus procedimientos, la cuantía de sus ingresos «lícitos e ilícitos», sus relaciones con los parlamentos etc., etc.

Lenin. **El imperialismo fase superior del capitalismo**, 1916

Capitalismo



Modo de producción basado en la mercantilización del trabajo humano y sus productos, cuyo objetivo específico es la producción de plusvalía, es decir, la extracción de plusvalía que genere el aumento de la masa de dinero en términos constantes que vuelve al balance de los propietarios del capital al final de cada ciclo de producción.

Las particularidades del capitalismo en comparación con medios de producción anteriores

En el capitalismo la expropiación de la clase trabajadora se produce por medios fundamentalmente económicos

El capitalismo es el primer modo de producción en el que la expropiación de la clase trabajadora se produce por medios fundamentalmente económicos. No es la exacción armada del señor

feudal y el uso de la violencia por el estado la que expropia de forma directa una parte del producto del trabajo ajeno.

Por el contrario, es el **intercambio aparentemente libre y generalizado de mercancías el que permite extraer trabajo no remunerado, en forma de plusvalor**, de la clase trabajadora característica de este modo de producción: el **proletariado**.

Por supuesto sigue existiendo exacción directa en muchas formas -a través del estado, por ejemplo- pero no es ni la fuente principal ni la característica ni la base del funcionamiento del sistema.

El capitalismo es un sistema, no una relación social que pueda existir aislada

Bajo la apariencia de un complejo sistema de intercambios *voluntarios*, el capitalismo esconde en realidad la apropiación de trabajo impago del conjunto de los trabajadores por el conjunto del capital. No es la suma del resultado de la explotación *empresa por empresa*, es un *sistema*: requiere de un marco institucional que domine a toda la sociedad, convierta en mercancía la fuerza de trabajo humana, obligue a la gran mayoría a venderla *libremente* en el mercado de bienes y servicios para sobrevivir y finalmente permita que el capital se organice en un mercado paralelo de capitales que distribuya las ganancias.

Es decir, no hay capitalismo en una sola empresa. Y no hay capitalismo sin estado capitalista. Por eso, por mucho que hubiera una burguesía desde la Edad Media, el capitalismo no comenzó hasta que una serie de revoluciones en Inglaterra, EEUU y Francia dieron el poder estatal a la burguesía. La función específicamente capitalista del nuevo estado nacido entonces, fue establecer las relaciones sociales y jurídicas que convirtieron el trabajo en la única mercancía

que poseía la gran masa de la población. Condiciones que obligaron a esta nueva clase social, el *proletariado*, a venderla *voluntariamente* para sobrevivir.

El capitalismo necesita desarrollar permanentemente las fuerzas productivas

Como las clases dominantes de las sociedades basadas en la división de clases que le precedieron, la burguesía mide el éxito de su economía y su sistema -el capitalismo- por su capacidad para apropiarse y dirigir para sus propios fines el resultado del trabajo social.

Pero a diferencia de los **modos de producción** anteriores, el **capitalismo** tiende a aumentar continuamente la producción y expandir el mercado, transformar las relaciones sociales anteriores en relaciones mercantiles y modificar los medios de producción para permitirle disfrutar de una mayor cantidad de producto social.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes.

Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. [...] Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Carlos Marx y Federico Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848

Cómo el capitalismo hace de la clase trabajadora que crea una clase universal

Este carácter fundamentalmente económico, aparentemente automático, de la explotación bajo el capitalismo, lleva a que la negación del proletariado sea total.

El proletariado mismo se define como lo opuesto de todo lo que caracteriza a la sociedad: en una sociedad definida por el intercambio generalizado de mercancías, no tiene otra mercancía que vender que su propia fuerza de trabajo; en una sociedad cuya clase dirigente se agrupa y organiza la sociedad en estados nacionales, el proletariado tendrá una *condición universal* que representa la *disolución de todas las nacionalidades*.

Todo lo que define la experiencia humana, todo lo que define al *ser humano* bajo el capitalismo -libertad mercantil, igualdad ante el estado, fraternidad en la nación- le es ajeno. La libertad mercantil es para el proletariado esclavitud asalariada; la igualdad ante el estado, negación como clase política; la fraternidad nacional obligación de *sacrificarse* por el capital nacional en crisis y guerras.

Bajo el capitalismo, toda necesidad pasa a estar supeditada a las necesidades del capital y por tanto *universalmente* negada en el proletariado.

Recordemos por un segundo al sindicalista que nos dice que *no se puede reivindicar lo que las cuentas de la empresa no pueden sostener sin pérdidas*, al funcionario que nos dice que los tratamientos médicos o las pensiones *deben supeditarse al objetivo de déficit*, al dirigente que dice que *las fronteras no pueden abrirse* a los migrantes en busca de trabajo porque no hay *capacidad de empleo* o al político que nos dice que no autorizará confinamientos frente a la pandemia porque *la economía sufre...*

...mientras el porcentaje del valor de la producción nacional destinado a satisfacer rentas de capital lleva al alza sesenta años, los hospitales de las clases dirigentes ofrecen todos los tratamientos existentes a quien pueda pagarlos, las fronteras siempre estuvieron abiertas para los capitales y sus gestores, y la burguesía vive en todo el mundo confinada en sus barrios fortaleza sin que suponga ningún problema.

Es de esta negación total y universal de donde nace su característica principal: es una *clase universal*, y no solo por existir mundialmente sino por la naturaleza de las reivindicaciones que aparecen en sus luchas aun en sus formas más limitadas: el proletariado lucha por necesidades humanas genéricas, universales, no por privilegios para

explotar a otras clases sociales. Por eso es la clase revolucionaria del modo de producción capitalista. Solo una clase universal explotada y universalmente oprimida y negada puede ser portadora de un programa que niega a su vez toda forma de explotación, opresión o discriminación: el comunismo.

Capitalismo ascendente



Periodo histórico durante el que las relaciones capitalistas de producción sirvieron al libre desarrollo de las fuerzas productivas de la Humanidad. Es el periodo en el que nace el mercado mundial y los sistemas globales de comunicaciones y transportes, se multiplica la productividad de casi todos los factores, aumenta como nunca hasta entonces la población global y aparece una clase universal: el proletariado.

Capitalismo ascendente y progreso

El capitalismo fue durante un largo periodo un sistema progresivo. **Progresivo** no en el falso sentido moral de «humanitario» o igualitario, nada más lejos, sino porque revolucionó el mundo entero desarrollando las **fuerzas productivas** de la humanidad como nunca se había visto a base de mercantilizar las relaciones sociales y creando una clase universal, el **proletariado**.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel «pago al contado».

Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de

Egipto; a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de pueblos y a las Cruzadas.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes.

Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya

introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo.

En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y eso se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha

subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo Gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra.

¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Carlos Marx y Federico Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848

Crisis y expansión en el capitalismo ascendente

En su fase ascendente el capitalismo tiene oxígeno para realizar la plusvalía que obtiene de los trabajadores: no solo vende a la demanda que él mismo crea -los **salarios** de los trabajadores- sino a los campesinos independientes, los artesanos y demás restos de la feudalidad en su propio territorio y, de modo creciente, en los mercados coloniales y semicoloniales. Con un mundo entero por delante, libera y despierta fuerzas productivas dormidas e impensables en todo el mundo. En esta fase, la burguesía se presenta como revolucionaria frente a las clases dominantes anteriores.

Por supuesto la burguesía no es homogénea ni deja de competir en el mercado entre sí. Esta competencia se daba -y se sigue dando- de dos formas. La más sencilla y evidente es aumentar la **plusvalía en términos absolutos**: simplemente pagar menos por hora trabajada, bajando salarios y alargando jornadas. Pero esta estrategia acababa agravando el problema al reducir aun más la demanda. La forma óptima es incorporar tecnologías que permitan producir más con menos horas de trabajo, es decir, aumentar la **plusvalía relativa** incorporando nuevo capital. En teoría eso permitiría aumentar salarios y aumentar los beneficios al mismo tiempo, pero solo a condición de que el mercado aumentara también.

En el periodo ascendente del capitalismo la dinámica «clásica» de la crisis capitalista en la que la sobreproducción de mercancías, el desempleo y la bajada de salarios van de la mano y se alimentan mutuamente solo se materializaba en periodos breves y a escala nacional. Es decir, la tendencia hacia la **pauperización** solo se materializaba temporal y localmente.

Las crisis, en principio nacionales, se producían generalmente ante la aparición de un límite o una caída de demanda en el mercado extracapitalista interno. No es que «se acabaran» los campesinos, sino que una mala cosecha o la falta de infraestructuras de

comunicaciones limitaban su capacidad de absorción. Para salvar la acumulación, en la cercanía de cada crisis se producían la expansión del crédito -para inflar la demanda artificialmente- y el aumento de la competencia entre capitalistas para aumentar la plusvalía y mantenerse en el mercado existente.

De este modo el ciclo económico típico del capitalismo ascendente resultaría:

--> expansión del mercado y la demanda --> desarrollo tecnológico -> subida de salarios y bajada de coste de más mercancías --> mejora de las condiciones de vida de los trabajadores --> aumento de la masa de trabajadores --> signos de saturación del mercado --> expansión del crédito --> aparición de desempleo y sobreproducción -> aumento de la plusvalía absoluta -->

Es decir, cada ciclo se cerraba con «sobreproducción» de mercancías y pauperización de los trabajadores, y comenzaba con una nueva expansión de los mercados hacia dentro (mediante desamortizaciones, construcción de vías de comunicación, etc.) y hacia fuera del estado nacional (conquista de colonias, unificación nacional, imposición del libre comercio en nuevas regiones, etc.). Como esto era todavía posible porque existía global e incluso localmente una amplia economía precapitalista, cada ciclo de crisis se cerraba con la expansión de un capitalismo empoderado por nuevas tecnologías, más fuerzas productivas, un proletariado ampliado por nuevas masas desposeídas, nuevos desarrollos de los transportes, etc.

Liberación nacional en el capitalismo ascendente

El capitalismo ascendente es el de la expansión y ascenso de la burguesía como clase dirigente. Con las revoluciones burguesas aparece la **nación** como expresión del proyecto de articulación del

conjunto social por la burguesía. En los grandes imperios donde aparecen burguesías regionales que pueden articular una alternativa para todo el territorio del estado estamental, la revolución burguesa puede tomar la forma de **liberación nacional**, es decir, de separación de un territorio del estado dinástico para convertirse en mercado nacional bajo un estado nacional propio.

Mientras no exista un proletariado con capacidad dirigente -como sucederá en el imperio ruso y sus provincias más industrializadas, como Polonia o Finlandia, a partir de 1900- estos movimientos serán progresivos. Progresivos porque apuntan a la expansión del mercado mundial, el desarrollo dentro de las nuevas fronteras de una clase trabajadora masiva y por tanto, a la formación del **proletariado** como clase universal.

Sindicatos, parlamentarismo y lucha de los trabajadores

La burguesía revolucionaria, en su necesidad de liderar al conjunto de clases sociales para su toma del poder, se dotará de un «programa democrático». Es decir, en el marco de una tendencia general e histórica a la expansión, podrá conceder a los trabajadores libertades y garantías para su propia organización política. En ese marco, la participación en parlamentos al modo de los partidos de la II Internacional -sin votar los presupuestos del gobierno ni entrar en las cuitas internas de la organización del estado burgués- juega un papel doblemente positivo.

Por un lado contribuye a visualizar al proletariado como clase en un estado que todavía no ha absorbido en su seno a las expresiones de la «sociedad civil» burguesa ni triturado la «democracia obrera» construida por la II Internacional: todo ese tejido masivo de organizaciones diversas -desde sindicatos a asociaciones culturales y

cooperativas- con las que el proletariado constituye espacios y entornos en los que su consciencia puede desarrollarse y afirmarse en su universalidad, más allá de las divisorias de oficio, taller o territorio.

Por otro, sirve a la clase trabajadora para ganar concesiones que, en el marco del capitalismo ascendente, son duraderas en lo económico y contribuyen a su constitución como clase en lo político: voto universal, reducción de jornada laboral, etc.

Del mismo modo que los parlamentos, los sindicatos, en tanto que mayoristas de la fuerza de trabajo en el mercado, siguen representando las necesidades de agrupación de los trabajadores frente a un capitalismo que, como tendencia, puede conceder mejoras reales en las condiciones de vida, trabajo y acceso al conocimiento.

Todo esto desaparecerá en la **decadencia** capitalista con la contrarrevolución (**stalinista**, **democrática** o **fascista**), el desarrollo del **capitalismo de estado** y la consolidación de distintas formas de totalitarismo estatal.

Capitalismo de estado



Forma que toma la organización del capital en el capitalismo decadente. Materializa la concentración del capital financiero - unión del bancario y el industrial- y los monopolios en y alrededor del estado. Socialmente impulsa la integración de los restos de las clases explotadoras anteriores con la burguesía y la burocracia del estado y políticamente se sustenta sobre el fin de la sociedad civil y la integración de amplias capas de la pequeña burguesía como cuadros medios en el aparato del estado y las grandes empresas.

Origen del capitalismo de estado

No es que la burguesía no tenga patria. Es que la «patria», el estado nacional, es suyo, son ellos organizados frente al resto de la sociedad.

El **imperialismo** impulsará ya una reorganización de la burguesía. Poco a poco la competencia capitalista es sustituida por pequeños grupos de grandes empresas nacidos de fusiones y concentraciones gigantescas de capital. Estas, hasta entonces dueñas de los bancos, se convierten en propiedad de estos. Y todos se entreveran con el estado en lo que no es sino una forma de socialización, es decir, de orientación organizada de toda la sociedad hacia un único objetivo: la **acumulación** del capital. Esta socialización significó también una «socialización del concepto de capitalista» a través, en principio, de la sociedad por acciones y la aparición de una burguesía «gestora».

El triunfo de la tendencia descendente no necesariamente aparecerá como una disminución numérica absoluta de las empresas medianas. Debe aparecer, primeramente, como un aumento progresivo del capital mínimo indispensable para el funcionamiento de las empresas de las viejas ramas de producción; en segundo lugar, en la disminución constante del intervalo de tiempo durante el cual los pequeños capitalistas tienen la oportunidad de explotar las nuevas ramas de la producción.

El resultado, en lo que concierne al pequeño capitalista, es la duración cada vez más breve de su permanencia en la nueva industria y un cambio progresivamente más rápido en los métodos de producción como campo para la inversión. Para los estratos capitalistas medianos en su conjunto hay un proceso cada vez más rápido de asimilación y desasimilación social. [...]

¿Qué significa, en última instancia, el fenómeno económico de la sociedad por acciones? Representa, por un lado, la unificación de una cantidad de fortunas pequeñas en un gran capital para la producción. Representa, por otro, la separación de la producción de la posesión capitalista. Es decir, denota que se le ha ganado una doble victoria al modo capitalista de producción: pero todavía sobre bases capitalistas.

¿Qué significan, pues, las estadísticas que cita Bernstein, según las cuales un número creciente de accionistas participan en las empresas capitalistas? Las estadísticas demuestran, precisamente, esto: en la actualidad una empresa capitalista no corresponde, como antes, a un único propietario de capital sino a una serie de capitalistas.

En consecuencia, la noción económica de «capitalista» ya no corresponde a un individuo aislado. El capitalista industrial de hoy en día es una persona colectiva, compuesta de cientos, inclusive miles de individuos. La categoría de «capitalista» se ha vuelto una categoría social. Se ha «socializado», en el marco de la sociedad capitalista.

Rosa Luxemburgo. **Reforma o revolución**, 1899

Este proceso, que arranca en las primeras fases del **imperialismo** y se generaliza y radicaliza en toda la **decadencia** capitalista cambia la estructura y composición de la burguesía: las fronteras entre las viejas clases latifundistas, los capitanes de industria, los banqueros y la alta **burocracia** del estado se harán borrosas. Buena parte de la burguesía dejará de tener la propiedad legal de una gran industria para convertirse en accionistas de consorcios financieros.

Otros ni siquiera eso. En buena parte de los nuevos estados producto de la **liberación nacional** durante la **decadencia**, comenzando por Turquía, el primer país que la alcanzó en la época imperialista, la nueva burguesía nacional estará formada fundamentalmente por militares, **altos burócratas**, gestores, banqueros y dirigentes del propio aparato político del nuevo estado... desde el que generarán burguesías empresariales.

Las rentas que mantienen e incentivan a la burguesía contemporánea en todo el mundo, han perdido en muchos casos la relación directa con una parte concreta de la producción que tuvieron cuando la burguesía estaba formada por propietarios de fábricas individuales. Las formas de distribuir rentas en la clase dirigente son a estas alturas tan diversas e imaginativas que a veces se clasifican simplemente como «corrupción».

Aunque hoy resulte lejano es algo muy parecido a lo vivido durante la guerra de 1914 por la clase dirigente española o, un poco más tarde, por la argentina, matriz del capitalismo de estado actual en el que la burguesía de estado es descrita como una amalgama de «castas», «oligarcas», «aparatchiks» y «redes de poder».

Esta transformación de la competencia en monopolio constituye uno de los fenómenos más importantes, -por no decir el más importante- de la economía del capitalismo en los últimos tiempos. (...)

(...)La competencia se convierte en monopolio. De ahí resulta un gigantesco progreso de socialización de la producción. Se socializa también, en particular, el proceso de los inventos y perfeccionamientos técnicos.

Esto no tiene nada que ver con la antigua libre competencia de patronos dispersos, que no se conocían y que producían para un mercado ignorado. La concentración ha llegado a tal punto que se puede hacer un inventario aproximado de todas las fuentes de materias primas (por ejemplo, yacimientos de minerales de hierro) de un país, y aun, como veremos, de varios países y de todo el mundo. No solo se realiza este cálculo, sino que asociaciones monopolistas gigantescas se apoderan de dichas fuentes.

Se efectúa el cálculo aproximado de la capacidad del mercado, que las asociaciones mencionadas se «reparten» por contrato. Se monopoliza la mano de obra capacitada, se contratan los mejores ingenieros, y las vías y los medios de comunicación -las líneas férreas de América y las compañías navieras en Europa y América- van a parar a manos de monopolistas.

El capitalismo en su fase imperialista, conduce de lleno a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a los capitalistas, en contra de su voluntad y su conciencia, a cierto régimen social nuevo, de transición de la absoluta libertad de competencia a la socialización completa.(...)

Nos hallamos en presencia, no ya de la lucha competitiva entre grandes y pequeñas empresas, entre establecimientos atrasados y establecimientos adelantados en el aspecto técnico. Nos hallamos ante la estrangulación por los monopolistas de todos los que no se someten al monopolio, a su yugo, a su arbitrariedad.(...)

El desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal que, aunque la producción mercantil sigue «reinando» como antes y es considerada base de toda la economía, en realidad se halla ya quebrantada y las ganancias principales van a parar a los «genios» de las maquinaciones financieras. Estas maquinaciones y estos chanchullos tienen su asiento en la socialización de la producción; pero el inmenso progreso de la humanidad, que ha llegado a esa socialización, beneficia... a los especuladores. Más adelante veremos cómo, «basándose en esto», la crítica pequeñoburguesa y reaccionaria del imperialismo capitalista sueña con volver atrás, a la competencia «libre», «pacífica» y «honrada». (...)

La supresión de las crisis por los cárteles es una fábula de los economistas burgueses, los cuales ponen todo su empeño en embellecer el capitalismo. Al contrario, el monopolio que se crea en varias ramas de la industria aumenta y agrava el caos propio de toda la producción capitalista en su conjunto.(...)

Los capitalistas dispersos vienen a formar un capitalista colectivo. Al llevar una cuenta corriente para varios capitalistas, el banco realiza, aparentemente, una operación puramente técnica, únicamente auxiliar.

Pero cuando esta operación crece hasta alcanzar proporciones gigantescas, resulta que un puñado de monopolistas subordina las operaciones comerciales e industriales de toda la sociedad capitalista, colocándose en condiciones -por medio de sus

relaciones bancarias, de las cuentas corrientes y otras operaciones financieras- primero, de conocer con exactitud, la situación de los distintos capitalistas, después, controlarlos, ejercer influencia sobre ellos mediante la ampliación o la restricción del crédito facilitándolo o dificultándolo, finalmente decidir enteramente su destino, determinar su rentabilidad, privarles de capital o permitirles acrecentarlo rápidamente y en proporciones inmensas, etc.(...)

Paralelamente se desarrolla, por decirlo así, la unión personal de los bancos con las más grandes empresas industriales y comerciales, la fusión de los unos y de las otras mediante la posesión de las acciones, mediante la entrada de los directores de los bancos en los consejos de supervisión (o directivas) de las empresas industriales y comerciales, y viceversa.(...)

La «unión personal» de los bancos y la industria se completa con la «unión personal» de unas y otras sociedades con el gobierno. «Los puestos en los consejos de supervisión -escribe Jeidels- son confiados voluntariamente a personalidades de renombre, así como a antiguos funcionarios del Estado, los cuales pueden facilitar en grado considerable (!!) las relaciones con las autoridades».(...)

Resulta, de una parte, una fusión cada día mayor, o según la acertada expresión de N.I. Bujarin, el engarce de los capitales bancario e industrial y, de otra, la transformación de los bancos en instituciones de un verdadero «carácter universal». (...)

En los medios comerciales e industriales se oyen con frecuencia lamentaciones contra el «terrorismo» de los bancos (...) En el fondo, se trata de las mismas lamentaciones del pequeño capital con respecto del yugo del grande, solo que en este caso la categoría

de «pequeño» capital corresponde a ¡todo un consorcio! La vieja lucha entre el pequeño y el gran capital se reproduce en un grado de desarrollo nuevo e inconmensurablemente más elevado.(...)

Concentración de la producción; monopolios que se derivan de la misma; fusión o engarce de los bancos con la industria: tal es la historia de la aparición del capital financiero y lo que dicho concepto encierra. (...)

La gestión de los monopolios capitalistas se convierte indefectiblemente, en las condiciones generales de la producción mercantil y de la propiedad privada, en la dominación de la oligarquía financiera (...) [Mientras] los apologistas del imperialismo y del capital financiero no ponen al descubierto sino que disimulan y embellecen el mecanismo de la formación de las oligarquías, sus procedimientos, la cuantía de sus ingresos «lícitos e ilícitos», sus relaciones con los parlamentos etc., etc.

Lenin. **El imperialismo fase superior del capitalismo**, 1916

Stalinismo y capitalismo de estado

El capitalismo de estado es un fenómeno general en todos los estados a lo largo de todo el periodo de **decadencia** del capitalismo. En Rusia primero y en sus satélites después, tomó sin embargo una forma particular y característica. La contrarrevolución había cabalgado en Rusia precisamente sobre estas tendencias, encarnándose en la capa gestora de un capitalismo de estado que, por efecto del aislamiento y la guerra civil, no se veía contrapesado ya por el poder político de los trabajadores organizados.

Esta capa gestora, capturará el estado y el partido bolchevique con un programa de defensa y supeditación de los objetivos de clase al capital nacional que representaba. Su fórmula «**socialismo en un solo país**»,

enunciada por primera vez en 1924 e impuesta como dogma de fe en 1928, no significaba otra cosa que la supeditación de los intereses de la revolución mundial al capital nacional que trabajosamente había concentrado el estado posrevolucionario.

Cuando finalmente se haga con todo el poder en 1928, dará rienda suelta a todas las tendencias generadas por ese capital nacional. Tendencias que eran las mismas que las de cualquier otro capital nacional en la **decadencia** capitalista: **imperialismo**, **nacionalismo**, **militarismo**, **pauperización** de la masa trabajadora...

Hay una diferencia importante sin embargo. La nueva burguesía rusa no surgía orgánicamente de la transformación de la propiedad empresarial impulsada por el capital financiero. Nacía del estado mismo.

Y no era un estado cualquiera: era el estado que se había formado para defender la revolución durante la guerra civil. Era por tanto una burguesía que se justificaba políticamente como continuidad de la revolución de Octubre y que en consecuencia intentará por todos los medios vender su particular forma de capitalismo de estado como **socialismo**. Es más, su origen la cohesionará entorno a la captura y dominio del partido de la revolución, que rehará completamente a su imagen y semejanza, conservando tan solo sus símbolos externos y masacrando a la generación de revolucionarios que había protagonizado Octubre.

Capitalismo de estado y totalitarismo

La tendencia totalitaria es una consecuencia directa de la concentración de estado y capital. Durante la contrarrevolución, el estado intenta absorber toda la «sociedad civil» burguesa y destruir o

supeditar los espacios de «democracia obrera» creados durante el **capitalismo ascendente** por la II Internacional. Este es el objetivo central del ascenso del fascismo.

El fascismo no es solamente un sistema de represión, violencia y terror policiaco. El fascismo es un sistema particular de Estado basado en la extirpación de todos los elementos de la democracia proletaria en sociedad burguesa. La tarea del fascismo no es solamente destruir a la vanguardia comunista, sino también mantener a toda la clase en una situación de atomización forzada.

Para esto no basta con exterminar físicamente a la capa más revolucionaria de los obreros. Hay que aplastar todas las organizaciones libres e independientes, destruir todas las bases de apoyo del proletariado y aniquilar los resultados de tres cuartos de siglo de trabajo de la socialdemocracia y los sindicatos. Porque es sobre este trabajo sobre lo que, en última instancia, se apoya el partido comunista.

León Trotski, «**El giro de la Internacional Comunista y la situación en Alemania**», 26 de septiembre de 1930

Exactamente lo mismo hará la contrarrevolución stalinista en Rusia primero y luego en los países integrados en su bloque imperialista tras la segunda gran guerra. Todo el tejido de socialización obrera será destruido de raíz y sustituido, como en los estados fascistas, por parodias dependientes de los ministerios y vigiladas desde dentro por el aparato terrorista del estado.

Es más, en las democracias europeas, PSs y PCs serán fundamentales para producir una versión «democrática» con resultados similares. No ya solo los sindicatos, que habían desarrollado una trayectoria de integración en el estado por sí mismos desde el comienzo de la época imperialista, sino las asociaciones culturales, las cooperativas, los

grupos barriales... serán tomados, controlados e integrados en organismos formales estatales de los que acabarán dependiendo ideológica y financieramente.

El estado no parará su voracidad en las organizaciones que agrupaban trabajadores. Las expresiones políticas de facciones particulares del capital y de la pequeña burguesía -partidos, asociaciones, centros de investigación...- todo cuanto la democracia liberal había articulado bajo un marco que emulaba al mercado, representando la competencia/conflicto de intereses e ideas, pasó a definirse desde las nuevas funciones estatales. Pasaron a ser órganos más o menos autónomos del estado.

La analogía del capitalismo de estado no es ya la «competencia perfecta» entre partes e intereses cuya agregación queda más allá de sus atribuciones, sino la «mesa» en la que los grandes monopolios «planifican» y «pactan». Como consecuencia, los «grupos sociales» -sindicatos, patronal, etc.- dejan de ser expresiones de las diferentes fracciones de la sociedad frente al estado para convertirse en expresiones del estado frente a las diferentes capas de la sociedad. Es particularmente claro en los sindicatos, homologados a monopolistas de la fuerza de trabajo según el modelo de las empresas energéticas o la industria pesada.

Pero es idéntico en la administración territorial. Por ejemplo, hasta entonces la diferencia entre un electo y un gobernador o delegado gubernamental es que el primero representaba a los ciudadanos frente al estado y el segundo al estado frente a los electos. Con el capitalismo de estado, los cargos electos pasan a ser representantes del estado en el territorio, exigiéndoseles esa responsabilidad incluso legalmente. Solo en los momentos de crisis política aguda, el tejido social «sistémico», volverá a ponerse en cuestión cuando no a ser reorientado por una pequeña burguesía en revuelta.

Pero eso no niega, más bien al contrario, la tendencia principal: el capitalismo de estado persigue conscientemente instrumentalizar y ocupar todo el espacio político y social, integrando cuando le es posible a las expresiones de descontento y silenciándolas y reprimiéndolas cuando no. Se ve claramente en el espacio de la «opinión», donde el «pluralismo» que otrora representaba la diferencia de intereses y los sujetos del conflicto político, sirve ahora, ante todo, para afirmar «en la diversidad», los consensos del poder en torno a la gestión del sistema.

Centralismo



Tendencia hacia la unificación organizativa que expresa el carácter del proletariado como clase universal.

Fundamento de clase del centralismo

El centralismo se fundamenta en la identidad y unidad de intereses que corresponde a una clase que no lucha por ningún privilegio ni interés particular, sino por intereses genéricos universales en todo el mundo. Por eso **internacionalismo** y centralismo van de la mano necesariamente en toda expresión genuina de lucha de clases: si el centralismo afirma la unidad de clase dentro de cada una de las expresiones de ésta en un territorio, el internacionalismo la afirma entre ellas.

Centralismo no es concentración del poder en unos pocos sino en todos

En la clase trabajadora, «centralismo» **no** significa la adhesión a un principio formal, la defensa de una cierta tipología de estructuras de *mando*. Y desde luego, no significa concentrar el poder en una única persona o grupo, sino por el contrario, extender el ámbito de decisión de cualquier organización de lucha de la clase a todos sus miembros, reflejando el carácter universal que late bajo cada expresión de clase y anteponiéndolo a cualquier particularismo, a cualquier sentimiento o prejuicio, privilegio imaginario o discriminación real. Dicho de otra manera, el centralismo es la expresión organizativa de la idea de unidad de la clase del **proletariado** como sujeto político universal.

El centralismo de los trabajadores es el de una asamblea que organiza una huelga, no el de un consejo de administración erguido sobre un organigrama. Cuando hay una huelga, la tendencia espontánea es a que su organización recaiga en un único centro: la asamblea de todos los trabajadores y que esa asamblea reúna a todos los trabajadores con independencia de su nacionalidad, su sexo, el contrato de trabajo que tengan -sea fijo o temporal- y quién se lo firme -la empresa principal o una auxiliar.

Cuando la huelga se extiende, los comités (electos, con mandato directo y revocables en cualquier momento) se unen a su vez en «comités de delegados» que, cuando las movilizaciones se generalizan, integran a su vez todo tipo de representaciones de las clases no explotadoras a través de asambleas de barrio, ciudad, etc.

La tendencia a la unidad está también presente en las expresiones comunitarias, defensivas, de clase trabajadora: cajas de resistencia, redes de solidaridad, etc. solo funcionan y se convierten en espacios válidos para el desarrollo de la **conciencia de clase** si son capaces de superar en la práctica las divisiones identitarias impuestas por una

sociedad cuya fractura en clases se expresa bajo mil particularismos y discriminaciones diferenciadas sin superación histórica posible dentro del sistema.

Centralismo y partido

La naturaleza universal de la clase se expresa en todo su ser histórico. Su total **alienación** de la sociedad, el ser la clase negada en cualquiera de las dimensiones del capitalismo, le hacen vivir y afirmar la negación de toda nacionalidad y de todo particularismo. Esta negación se convierte en afirmación positiva de la universalidad de su movimiento y su proyecto.

Esta revolución es llevada a cabo por la clase a la que la sociedad no considera como tal, no reconoce como clase y expresa ya de por sí la disolución de todas las clases, nacionalidades, etc., dentro de la actual sociedad

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1845-1846

En la práctica organizativa del **partido** esto se traduce en **centralismo**.

En toda la socialdemocracia se da un espíritu centralista pronunciado. Por haber crecido en el suelo económico del capitalismo, que es centralista por tendencia, y por estar obligada a presentar su batalla en el marco político del gran Estado centralizado burgués, la socialdemocracia es, ya de nacimiento, una enemiga decidida de todo particularismo y todo federalismo.

Como quiera que la socialdemocracia tiene que defender los intereses generales del proletariado en cuanto clase en el marco de un Estado concreto, frente a los intereses parciales y de grupo del proletariado, manifiesta la tendencia lógica de **fusionar en un solo partido unitario a todos los grupos nacionales, religiosos y profesionales de la clase obrera**. (...) El centralismo socialdemócrata tiene que ser de un carácter esencialmente distinto al blanquista; no puede ser otra cosa más que la concentración impetuosa de la voluntad de la vanguardia consciente y militante de la clase obrera frente a sus grupos e individuos aislados, es, por así decirlo, el «autocentralismo» del sector dirigente del proletariado

Rosa Luxemburgo. **Problemas de organización de la socialdemocracia rusa**, 1904

El centralismo es una herramienta natural del desarrollo de la conciencia de clase. Al disolver las fronteras e «identidades» creadas por la sociedad de clases y el capitalismo *dentro* del proletariado, afirma la unidad y universalidad de su proyecto histórico inmediato, el **socialismo**, al tiempo que desarrolla cada lucha concreta hasta su máximo, que es también el máximo de su centralización.

No es por tanto de extrañar que ya las primeras organizaciones políticas de clase (los «comunistas icarianos» de Cabot y la «Liga de los justos» de Weitling) funcionaran centralizadamente a través de redes

de correspondencia internacional en actividad permanente y congresos únicos en las que los participantes eran auténticos delegados que llevaban las propuestas y resultados del trabajo sobre los textos a debate de los que no podían viajar. Que todavía en la primera mitad del siglo XIX se afirmara la igualdad, dentro de una organización única, de todos sus miembros, con independencia de su sexo, nacionalidad u origen etno-religioso, dice mucho sobre el carácter necesariamente centralista de la organización política de clase.

Más aun si lo ponemos en contraste con las formas de la pequeña burguesía. El federalismo proudhoniano, el caos del secretismo bakuninista y la atomización individualista de los movimientos estudiantiles del 68 o los «occupy» expresan bien a una clase que trata de definirse en el consumo y generar «identidades» a medida, frente a una clase que nace de la producción y se enfrenta a la **alienación** que nace de su organización social.

En la II Internacional, su izquierda -Rosa Luxemburgo, Lenin, Zetkin- lucharon denodadamente contra la formación de grupos «identitarios» nacionales autónomos y contra el planteamiento «federativo» de la organización

La «autonomía» de los Estatutos de 1898 asegura al movimiento obrero judío todo lo que puede necesitar: propaganda y agitación en yiddish, publicaciones y congresos, presentación de reivindicaciones particulares como desarrollo del programa socialdemócrata único común y satisfacción de las necesidades y demandas locales que dimanen de las peculiaridades del modo de vida judío. En todo lo demás es imprescindible la fusión más completa y estrecha con el proletariado ruso, es imprescindible en interés de la lucha de todo el proletariado de Rusia. Y carece de fundamento, por el fondo mismo del asunto, el temor a toda «mayorización» en caso de fusión, pues precisamente la autonomía es una garantía contra la mayorización en las cuestiones particulares del movimiento judío.

Pero en las cuestiones relativas a la lucha contra la autocracia, a la lucha contra la burguesía de toda Rusia, debemos actuar como una organización de combate única y centralizada; debemos apoyarnos en todo el proletariado, sin diferencias de idioma ni de nacionalidad, cohesionado por la solución mancomunada y constante de los problemas teóricos y prácticos, tácticos y de organización, en vez de crear organizaciones que marchen aisladamente, cada una por su propio camino; en vez de debilitar las fuerzas de nuestro embate, fraccionándonos en multitud de partidos políticos independientes; en vez de introducir el aislamiento y la separación para curar después con emplastos de la cacareada «federación» la enfermedad que nos inoculamos artificialmente.

Lenin. «¿Necesita el proletariado judío un partido político independiente?», 1903

Planteamiento que se hacía extensivo a todas las «identidades» que se consideraban en la época -de sexo o generacionales- y que luego se trasladaron a la IIIª Internacional. Como recordaba Clara Zetkin en 1921 a las encargadas de difundir en cada sección nacional el programa de la Internacional entre las mujeres:

No hay más que un sólo movimiento, una sola organización de mujeres comunistas -antes socialistas- en el seno del partido comunista junto a los hombres comunistas. Los fines de los hombres comunistas son nuestros fines, nuestras tareas

Centrismo



Posición política impecable en su literalidad que se enuncia de manera conscientemente ambigua, permitiendo un deslizamiento en la práctica hacia posiciones que, sin requerir un nuevo enunciado, quedan sin embargo fuera de las fronteras de clase (internacionalismo, centralismo).

Naturaleza de clase del centrismo

El centrismo no refleja los intereses de una capa concreta, sino la influencia de la **ideología** capitalista en el seno de la clase a través de las tendencias oportunistas en sus grupos militantes.

El centrismo refleja el proceso transicional en el seno del proletariado, las distintas oleadas dentro de sus distintas capas y las dificultades que estorban el avance hacia posiciones revolucionarias definitivas.

LD Trotski. *¿Qué es el centrismo?*

Centrismo y oportunismo

El centrismo es un **oportunismo** en los hechos que bien se viste de intransigencia teórica en la letra o bien de concesión meramente formal o legal a las circunstancias. Un ejemplo de esta última forma de centrismo se ve con claridad en el proceso degenerativo de la IVª Internacional durante la segunda guerra imperialista.

Todavía estaba ausente de la guerra Rusia, cuando en el partido americano (*Socialist Workers Party*) apuntaron los primeros síntomas de descarrío. Poco después, ya todo el mundo en la degollina, el S.W.P. retraía deliberadamente las formulaciones revolucionarias contra la guerra imperialista, y se negaba a hacer acto de lucha contra ella. Se justificaba pretendiendo camuflarse al ojo policíaco y adaptar sus tonos a lo receptible por los oídos entonces patrióticos del proletariado.

Pero lo más despreciable y al mismo tiempo trágico del oportunismo es que, cortándose el acceso a la educación y la movilización revolucionaria de las masas, no elude, sin embargo, los golpes de la reacción a menos de sometérsele por entero. Así los dirigentes del S.W.P. se vieron sarcásticamente acusados por su gobierno de internacionalismo y derrotismo revolucionario, aquello mismo a que daban esquinazo, y fueron a la cárcel durante año y medio o dos por un *delito* que tenían la obligación de haber cometido, pero que ellos se guardaron siempre de cometer. [...]

Proclamaron ante sus jueces, no la necesidad de transformar la guerra imperialista en guerra civil, sino en *verdadera guerra contra el fascismo*. Acusaban torpemente al gobierno americano de incapacidad para dar cuenta de Berlín, y su prensa presentaba estupendos programas para *derrotar a Hitler*. Las palabras *derrotismo revolucionario* les daban grima y les pusieron el veto. Todas las formulaciones internacionalistas fueron cuidadosamente tachadas de revista y periódico, incluyendo la simple voz **imperialismo** a menos que se refiriese al enemigo nacional.

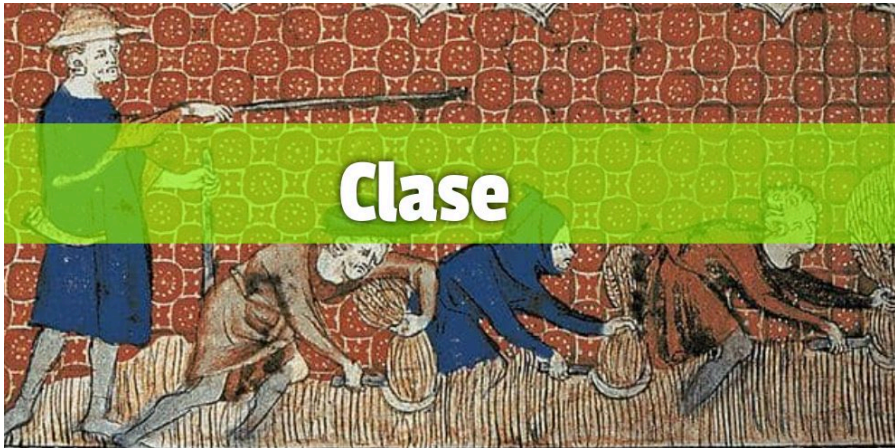
Durante toda la guerra -argumento por sí solo abrumador- no organizaron un sólo acto contra ella, ni tiraron un sólo volante. En fin, comparando su política con la de los partidos centristas de entonces. el I.L.P. inglés y el P.O.U.M. español, la similitud entre ambas llegaba incluso a la identidad terminológica. En una palabra, el S.W.P. substituyo la política revolucionaria por la política burguesa y stalinista del antifascismo, mero truco de leva imperialista gemelo de la hitleriana lucha *contra la plutocracia*.

Todo eso fue hecho en nombre de la táctica y de la eficiencia educativa. Es costumbre vieja en los oportunistas presentar su abandono de los principios como un practicismo o facilidad dada a las masas, al mismo tiempo que; en momentos de represión, como un legalismo protector insoslayable. Pretenden engañar al enemigo de clase cuando en realidad reciben su influencia; se jactan de educar y ganar las masas, mientras reblandecen el contenido revolucionario de sus propios militantes. Las masas no pueden ser atraídas a los principios y la acción revolucionarias sino por formulaciones y actitudes de la mayor netitud.

El ejemplo del S.W.P. cundió. Poco después de su giro oportunista, la sección inglesa de la IVª Internacional, que había conseguido un desarrollo considerable apoyando las huelgas que laboristas y *Trade Union* condenaban patrióticamente, fue sometida también a proceso. Su principal dirigente y acusado eligió para defenderse, invocando también razones practicas, el mísero palabreo oportunista del *Socialist Worker's Party*.

G. Munis. *La IVª Internacional*

Clase



Cada uno de los grupos sociales definido por las relaciones productivas vigentes en una sociedad.

A la división en clases propia de cada **modo de producción** corresponden intereses de clase diferenciados y distintas formas, más o menos incompletas y deformadas de **consciencia** de ellos, que se expresan a través de las distintas **ideologías** presentes en cada época.

El concepto de clase -y con él el de **lucha de clases**- es la premisa sobre la que se levanta la posibilidad de **una crítica materialista de la Historia**.

La idea fundamental de que está penetrado todo el «Manifiesto» — a saber:

que la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época;

que, por tanto, toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de la lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social;

y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases.

Federico Engels. **Prefacio a la edición alemana del Manifiesto Comunista**, 1883

Colectividades



Colectividades fue el nombre que, hasta la Revolución española, recibieron en español las cooperativas -tanto de trabajo como de consumo- y las explotaciones en régimen comunal puestas en pie por trabajadores. Durante la Revolución el término se extendió a las organizaciones que espontáneamente organizaron la producción y distribución de bienes intentando abastecer a las milicias pero, sobre todo, abolir desde su base el trabajo asalariado y ensayar un metabolismo productivo centrado en la satisfacción directa de las necesidades humanas.

De las primeras cooperativas a la Revolución española



Aunque se considerasen *colectividades* a las cooperativas de consumo, no se consideraban *colectividades* las agrupaciones de propietarios minifundistas o ganaderos ni las asociaciones industriales. En ese sentido *colectividad* es mucho más preciso y al tiempo más amplio que *cooperativa*. Abraza tanto a cooperativas de trabajo como de consumo, pero deja fuera a las cooperativas de empresas y propietarios.

Fueron *colectividades* las que pusieron en marcha los primeros sistemas de educación y salud obrera en el siglo XIX, las que levantaron las **casas del pueblo** a principios del XX y las que financiaron buena parte de las grandes huelgas industriales.

Además, durante los años de la revolución (1936-37) se llamó *colectividades* a las organizaciones que espontáneamente organizaron la producción y distribución de bienes intentando abastecer a las

milicias pero, sobre todo, abolir desde su base el trabajo asalariado y ensayar un metabolismo productivo centrado en la satisfacción directa de las necesidades humanas.

Esta segunda acepción es en realidad la que da pleno sentido al término al revelar las intenciones y objetivos profundos de las experiencias que las precedieron. De hecho, durante la Revolución española, en la mayoría de los casos fueron viejas colectividades de jornaleros -que en pueblos como Llerena integraban consumo y producción- las que sirvieron de esqueleto a las colectividades comarcales y de pueblos enteros que, a partir del 19 de julio, abolieron el salario y procedieron distribuir alimentos y bienes de primera necesidad en función de las necesidades de cada familia.

Vistas en perspectiva, las colectividades fueron un mimbres importante para la organización de la clase trabajadora durante su ascenso como sujeto político y el punto de partida desde el que, en la Revolución, intentó hacerse con el aparato productivo para superar su organización capitalista.

Las colectividades en la Revolución española

Las colectividades en el marco de la Revolución se convirtieron en un momento de la toma del aparato productivo por los trabajadores.

La expropiación del capitalismo por obreros y campesinos tiene necesariamente que iniciarse, como en España, por la toma de posesión por los trabajadores de los grupos económicos tal cual existan. En el campo, carente de la aglutinación celular de la industria, la agrupación se produce espontáneamente sobre la base de pueblos y comarcas que poseen una cierta unidad. Es el punto de partida de la propiedad socialista, pero no la propiedad socialista misma. Se trata de la propiedad de grupo. Ese fue el defecto principal de las colectividades, que aprovechó la combinación reaccionaria de stalinistas, reformistas y burgueses, para expropiar al proletariado.

Las colectividades se extendieron a todo el país en el campo y la ciudad, inmediatamente después de Julio. También contra ellas, los enemigos de la revolución no iniciaron el ataque hasta sentirse protegidos por suficientes fuerzas armadas. La propiedad obrera y campesina fue reconocida generalmente como un hecho consumado.

G. Munis. *La propiedad* (capítulo VIII de «Jalones de derrota, promesa de victoria», 1947

Pero atención: es un momento en un proceso dinámico. Es la totalidad -la revolución política y social- la que le da sentido. Pero la propiedad de grupo -que eso es una colectividad- solo es eso, un momento, no es socialismo en sí, ni revolucionario en sí, ni siquiera por atacar la mercantilización de la fuerza de trabajo.

La propiedad de grupo no puede ser más que un momento en la transformación socialista de la producción. Es imposible que se conserve sino el tiempo mínimo necesario para que los trabajadores en posesión de las antiguas empresas capitalistas articulen toda la producción y el consumo a escala nacional.

La intención del proletariado y los campesinos al expropiar a la burguesía, no fue en manera alguna la de convertirse ellos mismos en propietarios, sino crear la economía socialista.

La experiencia propia de las colectividades les llevó a comprender que éstas deberían ser el punto de partida de una organización a escala nacional de la producción y la distribución.

La economía socialista debe plantearse siempre dos objetivos principales: satisfacer las necesidades de la población pobre y aprovechar hasta el máximo todos los recursos naturales y posibilidades técnicas. Lo segundo constituye la base de la satisfacción de las necesidades de la población pobre y, desarrollado en escala internacional, ha de crear las condiciones para la desaparición completa de las clases y del Estado.

Tarea irrealizable sin planificar la economía, faltando lo cual ni siquiera es posible aprovechar toda la productividad que permite la técnica moderna. La incautación y puesta en marcha de los centros productores por los trabajadores respectivos era un primer paso obligado. Quedarse en él debía resultar funesto.

G. Munis. **La propiedad (capítulo VIII de «Jalones de derrota, promesa de victoria»**, 1947

Las colectividades no son la punta de lanza solo de los jornaleros (proletariado), también del campesinado independiente en régimen de subsistencia o, al menos, sin asalariados

La derrota no quita valor al ejemplo dado por los campesinos. Hasta ahora, la alianza de éstos con el proletariado, particularmente en los países con restos de organización agraria feudal, planteábase en un terreno desigual.

En el terreno industrial y urbano, expropiación de la burguesía (medidas socialistas); en el campo, distribución de la tierra a los campesinos (medidas democrático-burguesas). La revolución española ha revelado que puede plantearse, al menos en España, la alianza del proletariado y los campesinos sobre una base socialista. Las insuficiencias técnicas del país pueden ser suplidas provisionalmente por la suficiencia revolucionaria del campesinado.

La lucidez socialista de los campesinos aragoneses llegó hasta comprender la necesidad de una coordinación económica entre sus colectividades y las colectividades industriales del proletariado. Del campo vino la primera iniciativa en ese sentido, proponiendo un solo sistema de producción y administración para todas las colectividades.

Por propia experiencia, la idea se impuso también a las colectividades industriales. Pero era absolutamente irrealizable sin la posesión íntegra del poder político por el proletariado y los campesinos. Cuando la idea llegó a ser más o menos clara, ya el Estado capitalista expropiaba al proletariado y el armamento, los órganos de poder y la energía revolucionaria de éste habían sido destruidos en Mayo.

G. Munis. **La propiedad** (capítulo VIII de «Jalones de derrota, promesa de victoria», 1947

Finalmente, no se debe caer en la manipulación y reinterpretación - constante después de 1968- de las colectivizaciones obreras y las colectividades jornaleras y campesinas como «autogestión».

Las colectividades de 1936-37 en España no son un caso de autogestión antes del nombre. Algunas organizaron una especie de comunismo local sin otras relaciones mercantiles que hacia el exterior, precisamente como las antiguas sociedades de comunismo primitivo. Otras eran cooperativas de oficio o de pueblo, cuyos miembros se distribuían los antiguos beneficios del capital. Todas abandonaron más o menos la retribución de los trabajadores según las leyes del mercado de la fuerza de trabajo, así como, unas más que otras, según el trabajo necesario y el sobretrabajo de donde el capital saca la plusvalía y toda la substancia de su organización social. Además, las colectividades hicieron a las milicias de combate dones en especies tan abundantes como reiterados.

No se puede pues definir las colectividades sino por sus características revolucionarias, en suma, por el sistema de producción y de distribución en ruptura con las nociones capitalistas de valor (de cambio necesariamente), siendo la autonomía de gestión mera forma en contradicción con su contenido profundo. Tanto, que esa fue no sólo causa de sus dificultades, sino lo que permitió al stalinismo y al gobierno a él inфеudado, combatir las y finalmente destruirlas. La autonomía de gestión fue pues la negación de las colectividades. Ellas mismas se dieron cuenta, pero demasiado tarde.

G. Munis. Carta de protesta a la revista «Autogestion et Socialisme» (1972)

Composición orgánica del capital



Relación entre capital constante y variable adelantados por los capitalistas. Mide el peso relativo de lo que los capitalistas adelantan en máquinas respecto a lo que adelanta en salarios.

Composición orgánica del capital y tendencia a la baja de la tasa de ganancia

La tendencia a la baja de la **tasa de ganancia** y el paralelo aumento de la masa de producto, se produce porque para mejorar su ganancia los capitalistas necesitan invertir en tecnologías que aumenten su productividad. Al hacerlo aumentará la composición orgánica del capital, es decir el porcentaje de lo que adelantan en máquinas y se reducirá el porcentaje de lo que adelantan en salarios. El resultado inevitable es que su **tasa de ganancia** (el plusvalor por unidad de inversión) será más baja.

Para compensar la reducción de plusvalía por unidad producida y obtener más plusvalía, fabricará más unidades, es decir, aumentará la masa de producto.

Composición orgánica del capital = ca / va

Comunismo



Modo de producción de una sociedad desmercantilizada donde la abundancia es una realidad, el estado no existe y la producción social se orienta como objetivo directo a la satisfacción de las necesidades. En ella el trabajo y sus productos han perdido ya la condición de mercancías, las clases sociales han desaparecido y con ellas la diferencia entre tiempo de ocio y trabajo, campo y ciudad, la división del trabajo y en general todas las divisiones sociales que reflejan la fractura de las sociedades de explotación.

El Comunismo como sociedad de abundancia

En el comunismo el consumo está determinado por las necesidades y éstas, exclusivamente, por cada individuo dentro del marco de una consciencia colectiva de especie.

Cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!

Carlos Marx. **Crítica del programa de Gotha**, 1875

La reducción progresiva de la jornada durante el **socialismo** ha eliminado el trabajo asalariado. El trabajo en cambio, funde la expresión y desarrollo de la propia personalidad con la actividad consciente y colectiva, como especie, de transformación de nuestro medio. La socialización de la producción llega así a su culmen, no al modo burdo del **capitalismo de estado** sino de una forma orgánica, como ese *trabajador social* que hoy se intuye, en medio de las contradicciones capitalistas, bajo el *big data* o las comunidades de desarrollo de software libre.

En resumen, cae en el sentido que el tiempo de trabajo inmediato no podrá estar siempre opuesto al tiempo libre, como es el caso en el sistema económico burgués. (...) El tiempo libre -que es a la vez ocio y actividad superior- transformará naturalmente a su poseedor en un sujeto diferente, y en tanto que sujeto nuevo entrará en el proceso de la producción inmediata.

Carlos Marx. **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)**, 1857-1858

En el comunismo, con la desaparición del trabajo asalariado desaparece también la división del trabajo y la **alienación**.

La división del trabajo nos brinda ya el primer ejemplo de cómo, mientras los hombres viven en una sociedad primitiva, mientras se da, por tanto, una separación entre el interés particular y el interés común, mientras las actividades, por consiguiente, no aparecen divididas voluntariamente, sino por modo natural, los actos propios del hombre se erigen ante él en un poder ajeno y hostil, que lo sojuzga, en vez de ser él quien los domine.

En efecto, a partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada cual se mueve en un determinado círculo exclusivo de actividades, que le es impuesto y del que no puede salirse; el hombre es cazador, pescador, pastor o crítico, y no tiene más remedio que seguir siéndolo, si no quiere verse privado de los medios de vida;

En el comunismo en cambio, cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico, según los casos.

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1846

Y con la división del trabajo la fractura artificial entre trabajo manual e intelectual.

Habrá desaparecido la avasalladora sujeción de los individuos a la división del trabajo, y con ella también la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, el trabajo no será ya sólo medio de vida, sino que incluso se habrá convertido en la primera necesidad vital, (y) con el desarrollo multifacético de los individuos habrán crecido también sus capacidades productivas y todos los manantiales de la riqueza colectiva fluirán con plenitud.

Carlos Marx. **Crítica del programa de Gotha**, 1875

El fin de la división del trabajo no es un mero hecho organizativo, transforma toda la experiencia vital de las personas, liberando sus capacidades y socializ ndolas.

La concentración exclusiva del talento artístico en individuos únicos y la consiguiente supresión de estas dotes en la gran masa es una consecuencia de la división del trabajo (...) en todo caso, en una organización comunista de la sociedad desaparece la inclusión del artista en la limitación local y nacional, que responde pura y únicamente a la división del trabajo, y la inclusión del individuo en este determinado arte, de tal modo que sólo haya exclusivamente pintores, escultores, etc. y ya el nombre mismo expresa con bastante elocuencia la limitación de su desarrollo profesional y su supeditación a la división del trabajo.

En una sociedad comunista, no habrá pintores, sino, a lo sumo, hombres que, entre otras cosas, se ocupan también de pintar.

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1846

Con todas estas divisiones desaparece también la **alienación** característica de las sociedades de explotación se desvanece desde su centro. En el comunismo, una sociedad desmercantilizada, no hay **fetichismo de la mercancía**. El producto no aparece ya mediado por el

dinero ni siquiera como un intercambio, sino como materialización del trabajo social, del metabolismo común con la Naturaleza en el que se ha convertido el trabajo humano organizado socialmente.

En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente.

Carlos Marx. **Crítica del programa de Gotha**, 1875

El Comunismo como elemento dinámico del presente

El Comunismo no es solo, en tanto que única alternativa posible al capitalismo, una necesidad de la Humanidad y el «verdadero comienzo de la Historia humana» como señala Marx, sino un elemento determinante del presente a través del **proletariado**, cuyas luchas reivindican necesidades universales haciendo presente el principio definitorio del metabolismo social comunista por venir: «a cada cual según sus necesidades».

Bajo todas las luchas en las que el proletariado se afirma, por modestas que sean sus reivindicaciones, se afirma el principio de la necesidad humana sobre la lógica de la **acumulación**, y por tanto se esboza ya el programa comunista: organización a escala universal -la de la clase- de las necesidades humanas universales.

Es a esto a lo que se refieren Marx y Engels ya en 1846 cuando definen el Comunismo no como un estado a implantarse sino como un movimiento que opera ya en el presente de manera persistente.

El comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual.

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1846

Comunismo primitivo



Modo de producción anterior a la ruptura de la sociedad en clases bajo el que la Humanidad vivió durante más de medio millón de años. Aunque la mayor parte de este periodo las comunidades humanas se nutrieron de la caza, la pesca y la recolección, el Comunismo primitivo descubrió la agricultura, protagonizó la primera sedentarización y animó grandes ciudades durante siglos.

El comunismo primitivo cubre un periodo de más de doscientos mil años. Bajo la forma de una organización comunitaria, la Humanidad pasó la mayor parte de ese tiempo viviendo de la caza y la recolección. Hace unos 9.000 años, el descubrimiento y desarrollo paulatino de la agricultura y la ganadería puso en crisis este modo de producción. En algunos lugares se transformará y evolucionará bajo

la forma de un comunismo agrario basado en la propiedad de la tierra durante unos miles de años más. En otros, la sociedad se escindiría en clases, generalmente a través de la conquista.

El comunismo primitivo y la revisión del relato tradicional por la Arqueología contemporánea



Los descubrimientos arqueológicos de las últimas décadas nos pintan un mundo en el que el comunismo primitivo desarrolló la agricultura y la ganadería sin escindir la sociedad en clases, produjo grandes ciudades muy distintas a las del «Creciente fértil» -aunque es probable que estas en su origen fueran también «comunistas»- y se resistió a la aparición de clases explotadoras hasta fechas relativamente recientes, llegando a convivir en el tiempo con los primeros reyes romanos y la primera democracia esclavista griega.

En el relato que nos enseñaron en la escuela, el descubrimiento de la agricultura produjo casi automáticamente la sedentarización, la urbanización y la división en clases. Tenía, eso sí, fallos evidentes. La primera gran revolución productiva de nuestra especie, el fin de medio millón de años de vida nómada que abrió la puerta a la división en clases sociales, la escritura, las religiones desarrolladas, los primeros estados... no podía explicarse como una mejora de la productividad.

Cultivar requería más recursos y producía menos que seguir siendo nómadas cazadores. Durante décadas se intentaron todo tipo de modelos explicativos, pero ninguno conseguía llegar a resultados realmente satisfactorios. Parecía que nuestros antepasados habían pasado hambre y penurias voluntariamente para aprender a cultivar granos y criar ganado, a pesar de que estas prácticas tardarían muchas generaciones en ser más provechosas que la caza y la recolección.

Klaus Schmidt, el arqueólogo que dirigió la excavación de Göbekli Tepe, para muchos el descubrimiento arqueológico más importante hasta el día de hoy, fue el primero en elaborar a partir de la nueva evidencia, una teoría satisfactoria. Göbekli Tepe, descubierto en 1994 y construido hace unos 11.500 años, unos tres milenios antes de la fundación de Uruk/Sumer, ha sido conocido mediáticamente como «el primer templo», pero sobre todo es el primer vestigio material descubierto hasta ahora de la sedentarización y de producción agrícola.

Schmidt defendió que Göbekli Tepe había sido el centro desde el que se difundieron el cultivo y la ganadería hacia eso que llamamos «el Creciente Fértil». Pero los constructores de aquellas edificaciones eran todavía nómadas y cazadores. Habrían sido las necesidades de

mantenimiento de las propias estructuras del santuario las que habrían generado los incentivos para invertir recursos en la ardua labor de cultivar cereales salvajes y domesticar algunas especies.

Podría ser antieconómico en relación con la caza, pero la caza exigía largos viajes en un ciclo estacional, si quería permanecerse en Göbekli había que dedicar cada vez más tiempo a cuidar de los granos salvajes que lo rodeaban. Más aun si, como parece, el santuario recogía y albergaba regularmente tullidos y enfermos, funcionando como una especie de «base» de un grupo que seguía siendo nómada.

Faltaba con todo una pieza por pulir: ¿Qué sentido tenía mantener una estructura tan costosa y a la vez tan precaria? ¿Qué proveían estos santuarios que fuera tan importante como para organizar a su alrededor toda la vida comunitaria? La respuesta la daría de nuevo Göbekli Tepe. El descubrimiento de grandes cubas de fermentación iluminó un nuevo elemento. Excavaciones paralelas en China, mientras tanto, dieron pie a las primeras teorías que afirmaron que la agricultura fue un subproducto de la necesidad de producir bebidas alcohólicas para las celebraciones periódicas de aquellas partidas de cazadores nómadas.

En 2004, las excavaciones en Jiahu, la aldea Neolítica china más antigua descubierta hasta ahora, fundada hace unos 9000 años, aportaron una nueva pista. El arqueólogo Patrick McGovern descubrió restos de una bebida, una especie de chicha, que debió tener unos diez grados de alcohol. Lo que es más interesante, es que la elaboración de esta primitiva «cerveza» habría sido, según McGovern, la causa de la sedentarización. Santuarios como Göbekli Tepe o asentamientos como Jiahu o los que habrían de dar lugar a Sumer, habrían sido producto de la necesidad de las comunidades y partidas de caza nómadas de reencontrarse para celebrar y redistribuir el fruto del trabajo.

Como en Göbekli Tepe, Jiahu no alojaba originalmente a toda la tribu. Es muy posible que naciera como un asentamiento de tan solo unas pocas personas que cuidaban de cultivos «fermentables» que en cada ciclo estacional permitían la elaboración de la bebida. Se trataba de bebidas cuya función era integrarse en una suerte de fiesta en la que la comunidad nómada se reencontraba con sus tullidos y con los menos productivos y sacrificados agricultores. McGovern remarca:

Comoquiera que caractericemos a estas bebidas neolíticas y la domesticación de estas plantas, encontraremos que se trata de un esfuerzo igualitario, con todos trabajando juntos.

En la economía del comunismo primitivo, la celebración es el principal mecanismo colectivo de cohesión social. Uniendo la redistribución entre agricultores y cazadores a través de ceremoniales, la comunidad no escindida en clases, afirmaba sin fricciones su igualitarismo.

La fermentación de granos salvajes -la forma más primitiva de cerveza- empieza a jugar un papel cada vez más importante en estas fiestas porque de forma natural se convierten en el «objetivo» de todos. Toda celebración necesita algo especial. De ese modo algo en apariencia anti-económico, como sembrar y cultivar a tiempo completo se convierte en el objeto de una primera división del trabajo que no sirve a la explotación de unos por otros.

Hay todavía ejemplos de esta lógica característica del comunismo primitivo operando en sociedades vivas, por ejemplo los Enawene-Nawe, cuya sociedad combina caza y agricultura articulándose alrededor de un festival cíclico central. Cada vez que vuelven las partidas conjuntas de caza y pesca, una casa distinta -los encargados de un huerto- organiza un festival comunitario donde se redistribuyen los resultados de la caza y el cultivo manteniendo la

organización social. Las casas están distribuidas radialmente y la casa que debe organizar el festival va cambiando de radio a radio como el calendario cíclico amazónico.

Esta lógica redistributiva parece haber sido también el origen de las primeras redes «globales». Con toda probabilidad un intercambio no mercantil más parecido a las extensas redes de intercambio ritual polinésicas o las de los kwakiutl hasta el siglo XX, que al comercio posterior de fenicios o griegos. Recientes investigaciones sobre el ADN de la flora británica llevaron a un equipo de científicos a concluir que las comunidades neolíticas del Sur de Europa compartían semillas de granos cultivados con sus vecinos más atrasados del Norte hace más de ocho mil años, dos mil años antes de las primeras evidencias conocidas de agricultura en las islas.

Es decir, los «santuarios» -originalmente el centro de los itinerarios de caza de las partidas de una tribu- posiblemente sirvieron también para la redistribución entre tribus, difundiendo e igualando los avances en distintas regiones geográficas. La revolución agraria creó un mundo interconectado con intercambios a larga distancia mucho antes del nacimiento de la mercancía.

El resultado global es un cuadro de la Revolución Neolítica y el nacimiento de la civilización muy diferente del que se tuvo durante el siglo XX. La primitiva comunidad agraria no tenía una estructura social ni un ciclo productivo esencialmente diferente de los de la tribu nómada. Tras el comunismo primitivo de cazadores recolectores que fascinó a los primeros antropólogos, no vinieron inmediatamente el estado, la propiedad privada y la división sexual y social del trabajo, sino una larga fase de comunismo agrario que seguía sosteniéndose en parte de la caza, la pesca y la recolección.

Este sistema productivo ocupaba amplios espacios geográficos, seguramente más conectados entre sí de lo que imaginamos. Y lo que es más importante: el gran salto no fue el descubrimiento de la agricultura en sí, sino el nacimiento del comunal agrario a partir de la lógica ceremonial de la celebración.

La ciudad en el comunismo primitivo



En los años 70, comenzaron los primeros descubrimientos arqueológicos de lo que más tarde se llamó cultura de Tripilia-Cucuteni. En una vasta región de las actuales Ucrania, Rumanía y Moldavia, se han descubierto desde entonces docenas de «megasites», ciudades neolíticas. Su apogeo estuvo entre el 4500 y el 3000 A.e.C. El problema de los arqueólogos es que el número de casas de cada uno de ellos resulta abrumador. En uno de los últimos megasitios explorados, Nebelivka, durante...

...más de seis años de trabajo de campo desde 2009, los investigadores han excavado y mapeado estructuras ubicadas en más de un kilómetro cuadrado. Fotos aéreas, imágenes satelitales y datos geomagnéticos, complementados con excavaciones de 88 pozos de prueba, identificaron 1,445 casas residenciales y 24 estructuras comunales llamadas casas de asambleas.

Pero lo interesante es que...

Los investigadores dicen que no hay signos de un gobierno centralizado, una dinastía gobernante o disparidades de riqueza o clase social en el antiguo asentamiento. Las casas eran en gran medida similares en tamaño y diseño. Las excavaciones produjeron pocos bienes de «prestigio», como artículos de cobre y adornos de conchas. Aparecieron muchos ejemplos de cerámica pintada y figuras de arcilla típicas de la cultura Tripilia, y más de 6.300 huesos de animales desenterrados en el sitio sugieren que los residentes comieron mucha carne de res y cordero. Esas pistas sugieren que la vida diaria era muy parecida en los distintos barrios de Nebelivka.

La población de estos *megasites* del comunismo primitivo no tenía nada que envidiar a las ciudades mesopotámicas formadas ya bajo la división en clases. Los dos mayores megasites investigados, Talianki y Maidanets albergaron en su momento de máximo desarrollo a 26.000 y 46.000 personas respectivamente. Eso sí, bajo un urbanismo y unas prioridades tan radicalmente diferentes como su ordenación social.

Una de las cosas que más ha llamado la atención de los investigadores ha sido la diversidad y sofisticación de la dieta. En los megasites se cultivaba trigo, avena, mijo, centeno y cebada -además de cáñamo

usado para textiles- pero también tenían zonas de huertos y frutales donde se han encontrado restos de cultivo de albaricoques, ciruelas, cerezas, uvas, guisantes y habas.

La ganadería, esencial para permitir la inclusión productiva de los miembros físicamente más débiles, estaba muy desarrollada y parece que la dieta era rica en proteínas provenientes de cerdos, cabras y ovejas domesticados, pero también de caza y pesca. Y evidentemente, se elaboraban fermentados de los granos -la cerveza antigua- y posiblemente vino de uva.

Pero además del igualitarismo de las casas y la diversidad dietética, en lo que estas ciudades del comunismo primitivo se diferenciaron de las mesopotámicas en su baja densidad espacial. Mientras Ur, en su máximo momento de esplendor ocupó 89 Hectáreas y tuvo unos 60.000 habitantes, las 3.000 casas de Maidanets ocupaban unas 270 Hectáreas y las 2.700 de Talianki nada más y nada menos que 450 Hectáreas.

La alta densidad de las primeras ciudades clasistas frente a las del comunismo primitivo refleja evidentemente la explotación, pero también la centralización del poder estatal que acaba de nacer para «mediar» entre las clases sí, pero sobre todo para mantener el sistema de explotación. Una población concentrada es más fácil de controlar y contingentar con menos recursos.

La estructura urbana de las ciudades del comunismo primitivo no solo refleja una distribución igualitaria del espacio y el acceso a los productos del trabajo colectivo -como vimos en la dieta- sino la diferente naturaleza del poder político en una sociedad sin estado.

En Nebelivka por ejemplo, las casas se agrupaban en 153 vecindarios, la mayoría de los cuales tenía entre tres y siete casas, que se agrupaban a su vez formando 14 barrios, cada uno con una o más

casas de asambleas. Estos lugares para la coordinación y decisión social, necesitaban, por su propia naturaleza, disponer de un área abierta. La comunidad no escindida en clases necesita espacio.

La proto-lucha de clases superando el comunismo primitivo



Otra cosa que ha llamado la atención de los arqueólogos de los megasites es la aparición de casas quemadas en distintas épocas. En muchos casos no se reconstruían. Solo se dejaba el hueco con las ruinas. Los investigadores en un principio lo achacaron a alguna forma de ritual. Era uno de esos «misterios» arqueológicos. Pero en realidad... no tanto.

Por todo el Este de Europa, al mismo tiempo y después de los «megasitios» de Cucuteni aparecieron ciudades igualitarias más o menos grandes pero muy parecidas. Se les conoce por la palabra latina «oppida». Y existe evidencia arqueológica de que prosperaron hasta el 580 AeC y que todavía hace poco más de 2000 años quedaban algunas. Al aumentar el marco de comprensión de este tipo de

ciudades del comunismo primitivo, han aparecido otras vías de interpretación mucho más interesantes que el «deus ex machina» ritual.

Okolište in Bosnia, había sido fundada alrededor del 5200 AeC y contenía grupos familiares que, aparentemente, desarrollaron distintos potenciales económicos y demográficos en su desarrollo. Las casas de las familias más ricas, que ejercían una creciente posición de poder dentro de la gran aldea, fueron quemadas alrededor del 4900 AC.

Después de este momento, mucho cambia en Okolište: el tamaño de la aldea, que originalmente era muy grande para las condiciones neolíticas con aproximadamente 3500 habitantes, se reduce a un «tamaño estándar para el sudeste de Europa» de 100-200 habitantes. Además, las diferencias entre los hogares pasan a no ser reconocibles y las funciones específicas de la centralidad de Okolište dentro del asentamiento circundante son, del mismo modo, indiscernibles. En este sentido, en el caso de Okolište podemos asumir que estamos ante una rebelión interna contra las crecientes diferencias sociales y las crecientes diferencias en la gestión de los recursos.

En los tres ejemplos mencionados, las certezas e incertidumbres en el manejo y la reconstrucción de los conflictos sociales internos se hacen evidentes. Sin embargo, los procesos, por ejemplo, en Heuneburg y Okolište pueden compararse. En ambos casos, el desarrollo de los crecientes potenciales económicos de un grupo de hogares dentro de la población total lleva a conflictos sociales internos.

Mientras que una concentración de actividades y poder político en ciertos hogares es reconocible en la Okolište neolítica, en Heuneburg existe un distrito entero -separado del resto del asentamiento- en el que se concentran la artesanía y el control

político. En ambos casos, los conflictos sociales llevan a un patrón de asentamiento más disperso y a una reducción de las diferencias sociales dentro de sociedad.

Johannes Müller. «**Rebellion and Inequality in Archaeology**», 2017

Es decir, diferencias en el desarrollo demográfico de los distintos grupos o tribus que convergían en la ciudad y la extensión desigual dentro de la comunidad de determinadas actividades -dicho de otro modo, el desarrollo de las **fuerzas productivas** bajo el comunismo primitivo- habrían incitado conflictos tendentes a la aparición de clases. Alcanzado ese punto, el comunismo primitivo agrario solo podía reprimir el proceso -debilitando el tejido y la capacidad productiva del conjunto social- o transformarse en una sociedad de clases.

El registro de casas quemadas nos muestra que el comunismo primitivo tuvo capacidad de defenderse de sus propias dinámicas internas. Pero es muy posible que en algunos lugares -como el Este europeo- las grandes concentraciones se atomizaran a consecuencia de estos conflictos internos. Lo que sabemos es que las comunidades bajo el comunismo primitivo se dispersaron o fueron sometidas por tribus bárbaras.

Este sometimiento en principio tribal, se convierte en dominación de clase al desarrollarse el estado como instrumento para la exacción del conquistado, como vemos en los albores tanto del modo de producción asiático como del esclavismo.

Consciencia de clase



Conocimiento y afirmación de las necesidades y posibilidades máximas abiertas históricamente a la clase revolucionaria y de los medios necesarios para realizarlas.

Consciencia de clase y constitución como sujeto político

Desde que el **proletariado** aparece su posición antagónica a la sociedad burguesa como un todo le obliga a afirmar las necesidades humanas genéricas. Como **clase universal** y universalmente negada por el capitalismo, solo puede formarse en un auto-reconocimiento, una auto-afirmación de su propio programa, el **comunismo**, y de los medios para hacerlo realidad (**internacionalismo**, **centralismo**, etc.). Es decir, el proceso de constitución como clase es, ante todo, el proceso de desarrollo y extensión de la consciencia de clase.

En el desarrollo de las fuerzas productivas se llega a una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de comunicación e intercambio que, bajo las relaciones existentes, solo pueden ser fuentes de males, que no son ya tales fuerzas productivas sino más bien fuerzas destructivas (maquinaria y dinero);

Y, a la vez, surge una clase condenada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad sin gozar de sus ventajas, que se ve expulsada de la sociedad y obligada a colocarse en la más resuelta contradicción con todas las demás clases; una clase que se formaría de todos los miembros de la sociedad y de la que nace la consciencia de que es necesaria una revolución radical, la consciencia comunista.

Marx y Engels. *La ideología alemana*, 1845-1846

La consciencia de clase no es un «estado de opinión» ni nace de él. Nace de una necesidad histórica que está inscrita en el ser mismo del **proletariado** en tanto que clase explotada y revolucionaria: los únicos intereses que puede defender coherentemente son los que reflejan las necesidades humanas genéricas, universales.

En cualquier lucha, por pequeña que sea, el proletariado necesita afirmar una práctica que, aun inconscientemente, se revele **internacionalista** y **centralista**, una manera de enfrentar el orden de cosas que disuelve todas las barreras, todos los particularismos, opresiones y privilegios producidos por una sociedad **escindida**.

No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser. Su finalidad y su acción histórica le están trazadas, de manera tangible e irrevocable, en su propia situación de existencia, como en toda la organización de la sociedad burguesa actual.

Marx y Engels. *La sagrada familia*, 1844

Consciencia de clase, emancipación y Revolución

El desarrollo de esta consciencia de clase que expresa la necesidad histórica solo es alcanzable en el curso de la lucha de clases. Cuando Marx insiste en que «la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos» al punto de colocarla como divisa de la Iª Internacional está remarcando que la consciencia de clase no «viene del exterior», sino que nace y se desarrolla en el propio movimiento de la clase.

Porque la palabra clave es «emancipación». Emancipación no significa **socialismo**, sino liberación de la tutoría, del patronazgo del pensamiento de la clase dominante. La emancipación de los trabajadores es el proceso en el que su acción colectiva -y tras ella su consciencia de clase- se libera de la **ideología** dominante, proceso que se confunde con la Revolución misma.

Tanto para engendrar en masa esta consciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesaria una transformación en masa de los hombres que solo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución, y que por consiguiente, la revolución no solo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.

Marx y Engels. *La ideología alemana*, 1845-1846

Emancipación y expresiones militantes de la clase trabajadora

Que la consciencia de clase no sea algo impuesto o «inoculado» desde el exterior a la clase, no quiere decir que se desarrolle de un modo homogéneo. El proletariado no es solo la última clase revolucionaria, también es una clase explotada y oprimida y como tal no puede desarrollar su consciencia de una manera generalizada desde el primer momento.

El proletariado cuando no reacciona es sólo la fuerza mediante la cual el capitalismo se reproduce aprovechando la apatía general de su enemigo histórico. La clase obrera es entonces sólo un conglomerado amorfo de personas que se las arreglan lo mejor que pueden para sobrevivir en una sociedad insoportable, reproduciendo el ambiente de competencia y enemistad, el espíritu insano del capitalismo. En una palabra, no actúa como clase con intereses comunes frente a las alimañas capitalistas.

Otras veces, sin embargo, el proletariado actúa unido como una clase portadora del único devenir humano posible: el comunismo. Entonces dos tipos de sociedades pueden enfrentarse entre sí, una reaccionaria y otra revolucionaria.

Entre estos dos estados de hecho y estos mismos hechos hay individuos que son revolucionarios independientemente del estado momentáneo en el que se encuentre la clase en su conjunto, sólo su número varía según la situación social. Son revolucionarios porque son conscientes de que su objetivo y el de la clase en su conjunto es el comunismo.

Estos individuos revolucionarios tienden a organizarse por afinidad de ideas, ideas que no caen del cielo sino que provienen de una interpretación particular de la historia de la lucha de clases. De cada confrontación entre el capital y el proletariado se aprenden lecciones, de las cuales nace la teoría revolucionaria y lo que la hace evolucionar.

G. Munis. **Organización y actividad revolucionaria**, 1979

El papel de estos **acendramientos** es fundamental. Son órganos específicos en los que, colectivamente, grupos de trabajadores y elementos afines desarrollan la crítica (=demolición) de la **ideología**

desde las experiencias históricas de la clase para alimentar y aportar dirección (=sentido) a las luchas presentes y venideras.

Las condiciones objetivas de la revolución comunista no bastan para garantizar su victoria, y las condiciones subjetivas no serán necesariamente engendradas por las primeras. Las condiciones subjetivas no son otra cosa que la consciencia teórica de la experiencia anterior y de las posibilidades máximas ofrecidas al proletariado; es el conocimiento anhelante de acción humana y listo para mudar su existencia subjetiva en existencia objetiva.

Partido-estado, stalinismo, revolución. G. Munis, 1976

Ese elemento subjetivo forma el **partido**, partido *en devenir*, presente y necesario desde las primeras manifestaciones políticas del **proletariado**. No es un cuerpo externo ni una entelequia. Es el proceso de constitución de una minoría consciente con capacidades efectivas de dirección política del conjunto de la clase.

Aúna por tanto, programa y voluntad de acción, aunque su constitución no es un acto voluntarista, sino un desarrollo paralelo al de la constitución de la clase como partido de la sociedad burguesa y finalmente, como clase dominante en el **socialismo**, transición a su propia desaparición como clase, el **comunismo**. Partido y organización masiva unitaria de la clase son por tanto dos dimensiones del mismo proceso de constitución del proletariado como sujeto político y del desarrollo de su consciencia de clase.

Cultura



Conjunto de modos de comportamiento y atribución de significado social, incluidas formas de representación y comunicación que se empieza a entender como unidad a partir del nacimiento del mercado nacional.

La cultura un fenómeno ideológico que, alentado por la burguesía, le permitirá la «nacionalización», esto es la absorción y dirección bajo su programa, de clases sociales con intereses locales -pequeña burguesía, campesinado, artesanado- o universales -y por tanto anacionales- como el proletariado, dentro del sujeto político llamado «nación».

Para ello la burguesía revolucionaria no solo creará el concepto de cultura sino que homogeneizará lenguas, inventará tradiciones a partir de restos feudales y constituirá modelos de comportamiento a la medida de las necesidades del mercado nacional. Para ello se dotará de expresiones artísticas, medios de comunicación e incluso modos de representación.

La invención de la cultura

El concepto de cultura comenzó como una metáfora ilustrada: la persona se «cultivaba» mediante el estudio y el acceso al conocimiento y como cualquier campo cuanto más trabajo y fertilizantes incorporara tal cultivo («cultura»), más frutos ofrecería.

Es con Fichte, Herder y el nacimiento del romanticismo alemán cuando la cultura toma por primera vez adjetivo y comienza a ser «nacional». Ya no es el reflejo de la exposición individual al conocimiento, sino un fenómeno colectivo: el reflejo, común a todos los miembros de la colectividad nacional, de un «espíritu popular» que transitaría la historia materializando la esencia nacional a lo largo del tiempo.

El proceso social de educación y el de nacionalización se hace sinónimos. Es un razonamiento con trampa: **Fichte batallaba precisamente para crear para un sistema educativo que produjera nacionales...** luego no los habría sin intervención estatal.

Pero su estrategia es la de una profecía autocumplida, una vez la burguesía se haga con el poder político, nacionalización y educación serán lo mismo, una *segunda génesis del hombre*, según la frase famosa de Herder.

A partir de ahí, los argumentos románticos parecerán *naturales*, los humanos tendremos una *segunda naturaleza* cultural y *por tanto* nacional.

Pero permanezcamos en la tierra y veamos en su amplitud más general lo que la naturaleza, la que mejor debe conocer el fin y carácter de su criatura, nos pone antes los ojos como la misma formación humana: ésta no es otra que la tradición de una educación para alguna forma de felicidad y de modo de vida humanos.

Permanece el hombre entre hombres: entonces no puede escapar de esta cultura formadora o deformadora; la tradición lo alcanza y forma su cabeza y conforma sus miembros. Tal como es aquélla y como se forman éstos, así será el hombre, así está él configurado.

Herder, *Ideas para la Filosofía de la Historia de la Humanidad*, 1791

La definición y exaltación de la «cultura nacional» fue el «descubrimiento» del «ADN» de un sujeto político nuevo capaz de envolver e involucrar a todas las clases sociales: la **nación**.

La cultura nacional fue el elemento definitorio de la nación, la madre de las esencias del **nacionalismo**, la ideología del ascenso de la burguesía como clase política en Alemania, el invernadero ideal en el que germinó su liderazgo social.

Cultura y pequeña burguesía

La cultura fue fundamental en la nacionalización de una pequeña burguesía y un campesinado cuyos intereses económicos inmediatos seguían siendo, como se vio en la revolución cantonal española, fundamentalmente locales.

Así desde sus comienzos, la «cultura nacional» ofreció un protagonismo y financiación a la pequeña burguesía a través de las artes, convirtiéndola en intérprete plástico, arquitectónico y literario

del espíritu nacional, diseñadora por tanto de las formas «populares» de la ideología nacional y, hasta cierto punto, en guardián de sus esencias.

El capitalismo de estado, las «culturas» y las «identidades»

Con el desarrollo del **capitalismo de estado** durante el siglo XX, el estado extendió sus políticas de control social. Y para eso aprendió a pensar como «sujetos políticos» a aquellas categorías sociológicas que le eran útiles. Por ejemplo, en los años veinte «la juventud» se convierte en concepto político y con ella nacen las primeras «culturas juveniles».

En la posguerra, el desarrollo de la industria cultural y la publicidad se unirá al desarrollo de las políticas sociales, fractalizando esas identidades.

Como consecuencia, a finales de los años cincuenta en EEUU y en los sesenta en Europa, se «descubren» las «subculturas» juveniles, estudiantiles, urbanas, barriales, migratorias, femeninas... Las «identidades culturales» se multiplican dentro del molde nacional conforme el estado hace más fino el grano de las imágenes a partir del cual diseña sus políticas.

En la lógica monopolística del capitalismo de estado todas esas categorías suponen además una oportunidad de encuadramiento organizativo y todo encuadramiento ofrece una oportunidad de «representación» colectiva: subvenciones al «tejido social», técnicos especializados, procesos participativos de diseño de «políticas públicas»...

No faltan incentivos para organizar el descontento en mil identidades que reclamen «reconocimiento» y un espacio para nuevas élites «representativas».

No es casualidad si los estudios de Sociología y los de «Ciencias Políticas» se conciben en las universidades estatales como derivaciones de un tronco común.

Cultura e «identidad de clase»

Algunas escuelas académicas e historiográficas, desde EP Thompson a los historiadores posmodernos norteamericanos, han tratado de redefinir la conciencia de clase como «identidad» definida por una «cultura obrera». Trasladando la «conciencia de sí» de la lucha de clases -la existencia de luchas de los trabajadores en tanto que trabajadores- al plácido terreno de la sociología cultural.

La «cultura», todo eso que permite reconocer a otro como «alguien de la misma condición», fundamentaría la «identidad histórica» de los trabajadores.

La conciencia de clase se dirimiría pues en el territorio que va desde las letras de canciones populares al repulgue, desde los lugares comunes a las prácticas comunitarias de resistencia cotidiana.

Aquello de lo que la clase trabajadora es capaz en términos políticos, vendría delimitado por la proyección de los valores reflejados en estas prácticas y costumbres. Prácticas y costumbres que como toda cultura bajo el capitalismo, son fundamentalmente nacionales.

De este modo la misma idea de **consciencia de clase** es maleada y subvertida para, a través del concepto de cultura, nacionalizar a los trabajadores y ligarlos al capital nacional -aunque normalmente se haga bajo la capa de un rechazo de la burguesía nacional. Estamos en las antípodas del pensamiento revolucionario, por supuesto.

Para Marx, la «identidad histórica» de la clase, aquello en lo que consiste su **conciencia de clase**, no es otra cosa que el programa al que históricamente se ve abocada por razón del lugar que ocupa en la sociedad capitalista. Programa que es universal, idéntico en cada país como la condición asalariada misma.

«Cultura global» e imperialismo

Como expresión ideológica del capital nacional, el desarrollo independiente de la cultura nacional nacerá ya con fecha de caducidad: solo será posible mientras lo sea el del capital nacional.

La aparición de una «cultura internacional» ligada a la lengua y las «industrias culturales» de las potencias imperialistas hegemónicas en cada momento pondrá en cuestión a partir del desarrollo del **imperialismo** el supuesto carácter «esencial» y «nacional» de las artes y las costumbres

Sin embargo, esto será a su vez reintrepretado y reutilizado por el nacionalismo como una «agresión» más ante la que llamar a la «unidad» en torno al estado y el capital nacional para la defensa de «su cultura».

Decadencia



Un modo de producción entra en fase de decadencia histórica cuando las relaciones de producción que lo caracterizan dejan de ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas para convertirse en trabas al libre desarrollo de esas mismas fuerzas. En consecuencia, desarrollo y crecimiento económico se disocian.

Las bases de la decadencia del capitalismo

Desde el mismo Manifiesto de 1848 el movimiento comunista tuvo claro que la tendencia expansiva del capitalismo alcanzaría un límite objetivo y que para ese momento la clase obrera ya supondría una fuerza social y productiva prácticamente universal.

El desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

¿Pero cuáles eran los límites objetivos del desarrollo *progresivo* del capitalismo? ¿Cuándo entraría en decadencia el sistema haciendo necesaria su superación como programa inmediato para los trabajadores? Para descubrirlo Marx inicia una investigación de años, que quedará en buena parte inconclusa, pero que desvela lo esencial bajo la nube ideológica de la Teoría Económica burguesa: «El Capital».

Su primer descubrimiento es que el capitalismo es un sistema mercantil, centrado en la producción de mercancías. No todo producto es una mercancía, la mercancía se produce no para ser consumida sino para ser vendida, supone por tanto la propiedad privada. Hay sin embargo distintas economías mercantiles diferentes del capitalismo. Lo que define al capitalismo es una relación social nueva: la relación capital-trabajo.

El trabajo, la fuerza de trabajo en realidad, en el capitalismo es una mercancía más. Una mercancía que tiene un precio de mercado, el salario. Y que tiene una propiedad única: genera el incremento de valor de los productos respecto al coste de sus componentes, incluido el trabajo (cuyo coste es el salario). Es ese incremento de valor (la plusvalía), el que al realizarse (venderse la mercancía a un precio mayor que el de sus componentes sumados) produce la ganancia, el beneficio... beneficio que se acumula en una nueva forma: el capital.

Capital que a su vez tendrá que «rentabilizarse» aplicándolo (invirtiéndolo) a nuevos ciclos de producción que generen nuevas plusvalías y por tanto beneficios **engrosando de nuevo el capital**.

Marx entonces estudia cómo son las dinámicas de evolución del capital en el supuesto de una economía ideal 100% capitalista donde solo existe un único capitalista y la producción se vende íntegramente. Esto permite desenmascarar el origen del crecimiento del valor en el trabajo impago sin tener que entrar en el análisis del mercado de capitales y como se reparte la ganancia entre los capitalistas.

En el modelo del primer libro de «El Capital» plusvalía y ganancia son iguales porque solo hay una empresa. Esa reducción le permite además aislar las tendencias más importantes, entre ellas la de la **tendencia a la baja de la tasa de ganancia** que conlleva el aumento de la masa de productos fabricados y el del peso relativo del trabajo muerto (el capital invertido en máquinas, edificios, etc.) sobre el trabajo vivo (trabajo realizado por personas comprado por el capitalista).

Todo esto es importantísimo porque explica cómo y por qué en su propia lógica interna el capitalismo empuja, acerca a la humanidad hacia la abundancia, desarrollando sus capacidades productivas y el conocimiento entre los estremecimientos y miserias propias de un sistema que en cada ciclo tiende a pauperizar a más y más trabajadores hasta llegar al absurdo de la super-producción capitalista en tiempos de crisis.

Pero eso no niega que Marx sea plenamente consciente de que entre crisis y crisis hay algo más y que ese algo más está relacionado precisamente con el sector no capitalista de la economía *mercantil* mundial: todos esos campesinos independientes que no explotan trabajadores, los artesanos, etc. que producen mercancías sin producir plusvalor. Los sectores productivos que habían sido mayoritarios hasta la llegada del capitalismo y a los cuales el capitalismo parasita.

¿Por qué los parasita? Porque dado que la plusvalía es trabajo no pagado, por definición los trabajadores no pueden pagar el total de la producción. Darles crédito para hacerlo, solo deja el problema para más adelante. Que la propia burguesía «consume» la plusvalía total producida imposibilitaría la acumulación del capital. Mover los excedentes de unos sectores más capitalizados a otros tampoco podría hacerse si no es a costa de destruir el capital.

Debido a las «restringidas bases» del sector capitalista solo puede haber «sobreproducción», es decir, los salarios no son suficientes para comprar todo lo producido... el capitalismo **necesita** desde el primer momento expandirse. En primer lugar hacia sus mercados no-capitalistas internos. En segundo lugar hacia los exteriores. Ese fue el motor material de la expansión mundial del capitalismo.

Puesto que el fin del capital no es la satisfacción de las necesidades, sino la producción de ganancias, y puesto que sólo logra esta finalidad en virtud de métodos que regulan el volumen de la producción con arreglo a la escala de la producción, y no a la inversa, **debe producirse constantemente una escisión entre las restringidas dimensiones del consumo sobre bases capitalistas y una producción que tiende constantemente a superar esa barrera que le es inmanente.**

Por lo demás, el capital se compone de mercancías, y por ello la sobreproducción de capital implica la sobreproducción de mercancías. De ahí el curioso fenómeno de que los mismos economistas que niegan la sobreproducción de mercancías, admitan la de capital.

Si se dice que dentro de los diversos ramos de la producción no se da una sobreproducción general, sino una desproporción, ello no significa sino que, dentro de la producción capitalista, la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción se establece como un proceso constante a partir de la desproporcionalidad, al imponérsele aquí la relación de la producción global, como una ley ciega, a los agentes de la producción, y no sometién dose a su control colectivo como una ley del proceso de producción captada por su intelecto asociado, y de ese modo dominada.

Además, de esa manera **se exige que países en los cuales el modo capitalista de producción no está desarrollado, hayan de consumir y producir en un grado adecuado a los países del modo capitalista de producción.**

Si se dice que la sobreproducción es sólo relativa, ello es totalmente correcto; pero ocurre que todo el modo capitalista de producción es sólo un modo de producción relativo, cuyos límites no son absolutos, pero que sí lo son para él, sobre su base. ¿Cómo, de otro modo, podría faltar la demanda de las mismas mercancías de que carece la masa del pueblo, y cómo sería posible **tener que buscar esa demanda en el extranjero, en mercados más distantes, para poder pagar a los obreros del propio país el promedio de los medios de subsistencia imprescindibles?**

Porque sólo en este contexto específico, capitalista, el producto excedentario adquiere una forma en la cual su poseedor sólo puede ponerlo a disposición del consumo en tanto se reconvierta para él en capital. Por último, si se dice que, en última instancia, los capitalistas sólo tienen que intercambiar entre sí sus mercancías y comérselas, se olvida todo el carácter de la producción capitalista, y se olvida asimismo que se trata de la valorización del capital, y no de su consumo.

En suma, todos los reparos contra las manifestaciones palpables de la sobreproducción (manifestaciones éstas que no se preocupan por tales reparos) apuntan a señalar que los límites de la producción capitalista no son limitaciones de la producción en general, y por ello tampoco lo son de este modo específico de producción, el capitalista.

Pero la contradicción de este modo capitalista de producción consiste precisamente en su tendencia hacia el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, la cual entra permanentemente en conflicto con las condiciones específicas de producción dentro de las cuales se mueve el capital, y que son las únicas dentro de las cuales puede moverse.

Carlos Marx. Capítulo XV del libro III de «El Capital», 1894.

De lo que se deduce que hay un límite al desarrollo *progresivo* del capitalismo, una frontera a partir de la cual podemos decir que el sistema ha entrado en decadencia. Como en todos los modos de producción anteriores, existe un momento a partir del cual las relaciones de producción...

de formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social.

Carlos Marx. **Prefacio a la «Contribución a la Crítica de la Economía Política**, enero de 1859

Imperialismo y decadencia

La carencia crónica de mercados del capitalismo solo podía llevar a alcanzar tal límite y dar paso a la decadencia. Un momento que se expresaría «con vientos de catástrofe» bélica.

La existencia de adquirentes no capitalistas de la plusvalía es una condición vital directa para el capital y su acumulación. En tal sentido, tales adquirentes son el elemento decisivo en el problema de la acumulación del capital. Pero de un modo o de otro, de hecho, la acumulación del capital como proceso histórico, depende, en muchos aspectos, de capas y formas sociales no capitalistas. (...) El capitalismo necesita, para su existencia y desarrollo, estar rodeado de formas de producción no capitalistas. (...) La segunda condición previa fundamental, tanto para la adquisición de medios de producción, como para la realización de la plusvalía, es la ampliación de la acción del capitalismo a las sociedades de economía natural.(...)

El imperialismo es la expresión política del proceso de la acumulación del capital en su lucha para conquistar los medios no capitalistas que no se hallen todavía agotados. Geográficamente, estos medios abarcan, todavía hoy, los más amplios territorios de la Tierra.

Pero comparados con la potente masa del capital ya acumulado en los viejos países capitalistas, que pugna por encontrar mercados para su plusproducto, y posibilidades de capitalización para su plusvalía; comparados con la rapidez con la que hoy se transforman en capitalistas territorios pertenecientes a culturas precapitalistas, o en otros términos: comparados con el grado elevado de las fuerzas productivas del capital, el campo parece todavía pequeño para la expansión de éste. Esto determina el juego internacional del capital en el escenario del mundo.

Dado el gran desarrollo y la concurrencia cada vez más violenta de los países capitalistas para conquistar territorios no capitalistas, el imperialismo aumenta su agresividad contra el mundo no capitalista, agudizando las contradicciones entre los

países capitalistas en lucha. Pero cuanto más violenta y enérgicamente procure el capitalismo el hundimiento total de las civilizaciones no capitalistas, tanto más rápidamente irá minando el terreno a la acumulación del capital.

El imperialismo es tanto un método histórico para prolongar la existencia del capital, como un medio seguro para poner objetivamente un término a su existencia. Con eso no se ha dicho que este término haya de ser alegremente alcanzado. Ya la tendencia de la evolución capitalista hacia él se manifiesta con vientos de catástrofe.

Rosa Luxemburgo. «La acumulación de capital», 1913.

La *catástrofe* que levantaría acta de la entrada del sistema en decadencia vino en la forma de una guerra mundial que abrió también la era de las revoluciones proletarias.

El capitalismo es la primera forma económica con capacidad de desarrollo mundial. Una forma que tiende a extenderse por todo el ámbito de la Tierra y a eliminar a todas las otras formas económicas; que no tolera la coexistencia de ninguna otra.

Pero es también la primera que no puede existir sola, sin otras formas económicas de qué alimentarse, y que al mismo tiempo que tiene la tendencia a convertirse en forma única, fracasa por la incapacidad interna de su desarrollo. Es una contradicción histórica viva en sí misma. Su movimiento de acumulación es la expresión, la solución constante y, al mismo tiempo, la graduación de la contradicción.

A una cierta altura de la evolución, **esta contradicción sólo podrá resolverse por la aplicación de los principios del socialismo**; de aquella forma económica que es, al mismo tiempo, por naturaleza, una forma mundial y un sistema armónico, porque no se encaminará a la acumulación, sino a la satisfacción de las necesidades vitales de la humanidad trabajadora misma y a la expansión de todas las fuerzas productivas del planeta.

Rosa Luxemburgo. «La acumulación de capital», 1913.

Guerra mundial imperialista y decadencia

El síntoma de que el capitalismo no podía ya expandirse sin consecuencias cataclísmicas fue un fenómeno inédito, una guerra imperialista que era también *mundial* porque mundial era ya la expansión del sistema. Es el momento en el que las contradicciones que expresaba el **imperialismo** se hacen evidentes e irresolubles a escala mundial. El momento en el que se puede decir que el capitalismo, como un todo, ha entrado en decadencia.

Federico Engels dijo una vez: «La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie». ¿Qué significa «regresión a la barbarie» en la etapa actual de la civilización europea?

Hemos leído y citado estas palabras con ligereza, sin poder concebir su terrible significado. En este momento basta mirar a nuestro alrededor para comprender qué significa la regresión a la barbarie en la sociedad capitalista. Esta guerra mundial es una regresión a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la destrucción de la cultura, esporádicamente si se trata de una guerra moderna, para siempre si el periodo de guerras mundiales que se acaba de iniciar puede seguir su maldito curso hasta las últimas consecuencias.

Así nos encontramos, hoy tal como lo profetizó Engels hace una generación, ante la terrible opción: o triunfa el imperialismo y provoca la destrucción de toda cultura y, como en la antigua Roma, la despoblación, desolación, degeneración, un inmenso cementerio; o triunfa el socialismo, es decir, la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo, sus métodos, sus guerras.

Tal es el dilema de la historia universal, su alternativa de hierro, su balanza temblando en el punto de equilibrio, aguardando la decisión del proletariado. De ella depende el futuro de la cultura y la humanidad. En esta guerra ha triunfado el imperialismo. Su espada brutal y asesina ha precipitado la balanza, con sobrecogedora brutalidad, a las profundidades del abismo de la vergüenza y la miseria. Si el proletariado aprende a partir de esta guerra y en esta guerra a esforzarse, a sacudir el yugo de las clases dominantes, a convertirse en dueño de su destino, la vergüenza y la miseria no habrán sido en vano.

Rosa Luxemburgo. La crisis de la socialdemocracia alemana, 1915.

¿Decadencia significa crisis permanente?

Como hemos visto, la tendencia a la crisis está presente en la propia lógica de la acumulación de capital. Una vez acabados los periodos de reconstrucción que siguen a las grandes guerras imperialistas generalizadas, la tendencia a la crisis actúa de forma sostenida y permanente en la decadencia.

Pero una tendencia no significa que la acumulación cese o que el capital se autodevalúe, ni siquiera que, de forma continuada, la producción disminuya. Lo que se transforma es el significado de la acumulación y lo que emerge es la **incapacidad del sistema en decadencia para desarrollar su principal fuerza productiva del sistema: el proletariado.**

Al contrario de lo que cree la mayoría de la vanguardia revolucionaria de hoy (y entiendo por tal únicamente grupos y personas que señalan en Rusia la contrarrevolución y el capitalismo de Estado), no todo desarrollo de los instrumentos de producción es positivo, por más que arroje índices ascendentes de mercancías, haga ingenieros y acrezca el número de trabajadores.

Es tiempo de terminar con un materialismo de tan simplón jaez, engendrador de torpezas teóricas y de derrotas proletarias. Para ser progresivo, el desarrollo de los medios de producción debe ir acompañado de un aumento del consumo de la población laborante, de su cultura y su libertad. La propia burguesía lo ha realizado así en línea relativamente recta hasta el momento de su crisis decisiva.

G.Munis. La antigua china de Mao Tse-tung, 1959

El resultado es, en primer lugar una crisis permanente como *civilización*, como **modo de producción** capaz de generar desarrollo humano. En la decadencia, de hecho, y esto es lo decisivo, **el desarrollo *económico***, es decir, **los avances de la acumulación del capital**, cada vez están más reñidos con el desarrollo humano.

Una sociedad o tipo de civilización está en desarrollo mientras van ampliándose y propagándose los factores estructurales y superestructurales contenidos en su original impulso, aquellos que han constituido su razón de ser, su necesidad histórica, su justificación humana. Porque un tipo de civilización -vale decir una clase- nunca se ha formado y elevado al rango de dominante sino como representación positiva, siquiera incompleta, de todas las clases, incluso de las que cargan con la peor suerte. Su sistema ha de consentir a todos un mejor estar material, cultural, moral, una brizna siquiera de libertad relativamente a la situación anterior. Ese contenido es lo único que cabe llamar desarrollo social.

Lo hemos visto con gran claridad durante el ascenso de la sociedad capitalista. Más que ninguna otra civilización desde la aparición de las clases y del Estado ha acrecido ella la cultura general, la libertad política, las posibilidades nutritivas y cuanto toca a la producción y reproducción de la vida humana, sin mencionar la multitud de consecuencias buenas que trajeron consigo esos tres factores. El mayor dominio de la Naturaleza característico de la civilización capitalista, aún siendo por y para la burguesía principalmente, repercutía más o menos en las clases pobres y explotadas.

Del capitalismo actual ya no puede decirse lo mismo. Su dominio de la Naturaleza, desde la física y la química hasta la genética y psicoanálisis, sigue aumentando. Pero en general ya no redundo sino en peoría para la gran masa de clases pobres.

Se fabrican hoy metales tan resistentes que permiten a las cabinas espaciales atravesar las capas densas de la atmósfera, pero, desde la cacerola hasta el automóvil, los productos ofrecidos en el mercado son de una mala calidad calculada para obligar a

renovarlos pronto; se sabe fabricar tejidos de duración más que vitalicia, pero el traje o las medias vendidos por decenas o centenares de millones están confeccionados para convertirse pronto en harapos; se sabe producir alimentos de excelsa calidad y pureza, pero se han vuelto inencontrables, manjar de potentados, para la gran masa, a partir del simple pan;

productos adulterados, cuando no tóxicos, envueltos en plásticos que modifican su composición química; se sabe seleccionar especies animales de carnicería y establo del mejor abasto pero el bistec, el pollo, el cerdo, etc. contienen las hormonas con que los animales han sido cebados artificialmente, mientras la leche es un aguachirle empobrecido de las sustancias más indispensables a la nutrición infantil; se pueden construir edificios de habitación más resistentes que una catedral, pero la casa o el apartamento del común de los hombres entran en ruina antes de terminados de pagar.

Complemento inseparable de lo anterior, la radio y la televisión, potentísimos instrumentos de información y de formación cultural, engañan y embrutece premeditadamente y en todos los continentes a miles de millones de personas, siempre secundadas por la prensa cotidiana; en los centros de enseñanza técnica y universitaria, la juventud es canalizada y conformada según proyectos estatal-capitalistas, al paso que la calidad de la enseñanza va degradándose año tras año; el propio psicoanálisis sirve en fábricas, establecimientos de orientación, publicitarios y policíacos, a operaciones repugnantes que rebajan la mente individual y colectiva.

No tendría fin enumerar todos los aspectos en que el capitalismo (más precisamente dicho, para que el lector no excluya país alguno: la sociedad basada en el trabajo asalariado) esta

pervirtiendo la vida cotidiana, corrompiendo cuanto él mismo creó. Hay que completar sin embargo el rápido esbozo anterior señalando dos aspectos aún más graves.

El primero es la **condición actual de la clase obrera**, esclava del trabajo y del sueño, sin tiempo de solaz en esta época de automatización, sin ninguna libertad en la fábrica, cuartelariamente disciplinada y vigilada por el trío capital, sindicatos, Estado, que por añadidura la someten al destajo, la forma más vil de explotación; obligada para evitar la miseria, a someter al torbellino de esa misma explotación a la mujer además del marido; privada de oficio por el trabajo en briznas [= trabajo precario, NdE]; siempre a merced de la programación dirigista; cada vez más desposeída relativamente a lo que produce y al monto total de la riqueza usurpada por el capital.

Nunca los instrumentos de trabajo y los productos de su trabajo le fueron tan ajenos y oprimentes. El propio automóvil en que circulan numerosos obreros echa varios nudos más a las ataduras que los apresan, miserias que han convertido la sociedad entera en campo de concentración cotidianamente saqueado por sus organizadores, comercio y fisco mediante.

El segundo y más terminante de los dos aspectos mencionados es el **totalitarismo político**, simultáneamente **policíaco y militarista**, que ha ido invadiendo el mundo entero, incluso los países en que pervive, carcomida, la democracia burguesa.

Por sí solo, el peso cada vez mas abrumador de ejércitos; producción de guerra y policía representa un factor degenerativo de primer orden en la civilización actual. No se trata únicamente del gasto a pérdida completa que su existencia comporta, mucho mayor de lo que fijan los presupuestos oficiales, ya enorme;

tampoco del trabajo baldío, parasitario, perjudicial o criminal encomendado a decenas de millones de personas; lo peor de todo es la función que han adquirido las industrias de guerra, las actividades militares y las policíacas, sin distinción de bloques ni de regímenes políticos.

En efecto, si la industrialización fomentada por el capitalismo nunca fue para el consumo sino a través de la venta de mercancías y del enriquecimiento burgués, con el ingente volumen de la producción bélica -sin olvidar la de los artículos de pacotilla-, conviértese en industrialización por la industrialización, cuya relación con el consumo necesario es cada vez más tenue y falsa.

Y por su parte, policías y ejércitos encarnan el poder por el poder de un capital anónimo, superado por la técnica y las exigencias humanas, que se sobrevive a sí mismo como forma de organización social. En el antiguo Egipto llegó un momento en que el culto de la muerte consumía mas de la mitad del trabajo de la población. En el capitalismo hogañero no se trata de culto, sino de una práctica industrial y física de la muerte que se aproxima al mismo saldo y que ya es apta para asesinar en pocos minutos a la totalidad de la especie humana.

G. Munis. **La imposibilidad de desarrollo capitalista**, 1972

Esta **contradicción entre desarrollo del capital y desarrollo humano** -definición canónica de decadencia- se expresa en la tensión hacia todo cuanto prepara la guerra en la cotidianidad del capitalismo en su decadencia: un «crecimiento» malforme en los momentos de bonanza, con un desarrollo monstruoso del estado y la burocracia, el **capitalismo de estado**, que atiende a la dificultad estructural creciente

de mantener cohesionada a la sociedad organizada en torno a una civilización que tiende a descomponerse bajo las fuerzas que ella misma ha creado.

Hace más de cuarenta años que el capitalismo, cubierta su etapa progresiva, contraría las necesidades de libertad económica y política de la Humanidad.

Grandes hecatombes imperialistas, guerras menores, dictaduras militares, stalinistas, fascistas, mengua y corrupción de la libertad en los antiguos países de democracia burguesa, explotación acentuada del proletariado, alargamiento de la jornada de trabajo, reintroducción del destajo, crecimiento monstruoso de la burocracia estatal y privada, de contraamaestres, controladores y cronometradores en la industria, de la policía, los ejércitos permanentes y la producción de guerra, conversión de los sindicatos en reguladores de la explotación, manifestaciones todas de la corrupción reaccionaria del capitalismo, lo mismo si se considera cualquier país aislado que todos juntos, los atrasados igual que los adelantados, bloque oriental y occidental a una.

El capitalismo está destruyendo la civilización y degradando al hombre. La más ostentosa señal de esa degradación es que Moscú y Washington puedan aniquilar con un solo gesto a la humanidad entera, mientras intentan hacer creer al mundo que los ejércitos rusos son preferibles a los americanos o los americanos a los rusos. La sola amenaza atómica justificaría de sobra una sublevación que acabase al mismo tiempo que con las bombas nucleares, con todo el aparato bélico y el sistema económico que los necesita.

G.Munis. **Llamamiento y exhorto a la nueva generación**, 1966

Defensismo



Invocación al «derecho a la defensa nacional» para apoyar el reclutamiento y matanza de trabajadores en la defensa de un estado nacional -o aspirante a serlo- frente a otro.

Contexto histórico del defensismo

La guerra de 1914, la primera guerra imperialista mundial, marca un punto de no retorno en el desarrollo del **imperialismo** y la entrada del sistema en su **decadencia histórica**.

Cada capital nacional vende la guerra como la solución última a las **tareas pendientes de la revolución burguesa del siglo anterior**. Alemania toma la bandera de acabar con el zarismo, último bastión de la reacción feudal en Europa, Francia y Gran Bretaña dicen representar la democracia frente al bárbaro sistema prusiano y junto con los EE.UU. defenderán el **derecho a la autodeterminación** como

herramienta para la *liberación nacional* en Europa central y el Este. Sin pudor alguno la guerra es etiquetada como la *guerra para acabar con todas las guerras*.

Pero la realidad es que la gigantesca organización de la producción capitalista se ha convertido en una máquina de aniquilación. Millones de trabajadores mueren en masa en los campos de Europa en una guerra organizada al modo taylorista, a golpe de planes de batalla y cronómetro. El discurso defensista, la invocación del derecho a la defensa nacional frente a una invasión extranjera es el último argumento imperialista: cada burguesía defendiéndose de sus vecinas no es otra cosa que una matanza total.

Las principales figuras de la II Internacional y la dirección de sus partidos y sindicatos, convertirán el defensismo, una vez empezada la guerra, en una forma de alentar a los trabajadores a seguir sacrificándose en masa y matándose entre ellos hasta que se alcanzara «una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones».

Crítica marxista del defensismo por Rosa Luxemburgo y Lenin

Inevitablemente, la invocación del «derecho a la defensa nacional» irá de la mano de toda una hojarasca reivindicando un «Derecho Internacional» inexistente e infinitas discusiones sobre quién es el «agresor» o el «culpable». Pero...

Independientemente de cuál sea la verdad acerca de la responsabilidad directa del estallido de la guerra, una cosa es cierta: la guerra que ha producido este caos es el resultado del imperialismo, del intento por parte de las clases capitalistas de cada país de satisfacer su codicia de beneficios a través de la explotación del trabajo humano y de los recursos naturales del mundo entero.

Manifiesto de Zimmerwald contra la guerra. LD Trotski, 1915

O en palabras de Rosa Luxemburgo:

En la discusión acerca de las causas generales de la guerra y su significación, no se trata de resolver el problema del «culpable». Alemania ciertamente no tiene el menor derecho de hablar de una guerra de defensa, pero Francia e Inglaterra no tienen mayor justificación. Ellos tampoco protegen su existencia nacional, sino su existencia política mundial, sus viejas posesiones coloniales, de los ataques del advenedizo alemán.

Rosa Luxemburgo. **La crisis de la socialdemocracia** (Folleto Junius), 1916

El argumento de fondo de Rosa Luxemburgo es que el **imperialismo** es una etapa del capitalismo como un todo. Incluso cuando, durante algún tiempo, algunos países pudieran haber quedado relativamente al margen, la entrada en una etapa de guerras **mundiales** expresaría por sí misma la **imposibilidad de un desarrollo del capital nacional independiente de las condiciones del imperialismo** durante la nueva fase de **decadencia** en la que se sumergía el sistema.

Si el término «nacional» permaneció, su contenido real y su función se han convertido en su contrario; actúa sólo como mísera tapadera de las aspiraciones imperialistas y como grito de batalla de sus rivalidades, como único y último medio ideológico para lograr la adhesión de las masas populares y desempeñar su papel de carne de cañón en las guerras imperialistas.

Rosa Luxemburgo. **La crisis de la socialdemocracia** (Folleto Junius), 1916

Como insistirá en otro folleto ese mismo año:

En esta era de imperialismo desatado ya no pueden haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sirven únicamente como pretexto para poner a las masas populares al servicio de su enemigo mortal: el imperialismo.

Rosa Luxemburgo. Las tareas de la socialdemocracia, 1916

Lo mismo que hace de la superación del capitalismo una necesidad inmediata, la entrada del **capitalismo en decadencia**, convierte en reaccionario **crear nuevos estados nacionales o defender de una manera u otra a los existentes**. Solo el **derrotismo revolucionario** representa ya los intereses de los trabajadores en los conflictos interburgueses.

El resultado de la gran guerra es que a las clases capitalistas les es imposible salir de sus dificultades mientras sigan en el poder. Comprendemos ahora la verdad que encerraba la frase que formularon por primera vez Marx y Engels como base científica del socialismo, en la gran carta de nuestro movimiento, el Manifiesto Comunista. El socialismo, dijeron, se volverá una necesidad histórica.

Discurso en el Congreso fundacional del Partido Comunista en Alemania. Rosa Luxemburgo, 1919

Derrotismo revolucionario no significa otra cosa que conversión de la guerra imperialista en guerra civil entre clases.

Para embaucar al proletariado y distraer su atención de la única guerra verdaderamente emancipadora, es decir, de la guerra civil contra la burguesía, tanto de su «propio» país como de los «ajenos», la burguesía de cada país se esfuerza, con frases mendaces acerca del patriotismo, por enaltecer el significado de «su» guerra nacional y por asegurar que aspira a vencer al adversario no en aras del saqueo y las conquistas territoriales, sino en aras de la «emancipación» de todos los demás pueblos, salvo el suyo propio.(...)

La transformación de la actual guerra imperialista en guerra civil es la única consigna proletaria justa, indicada por la experiencia de la Comuna, señalada por la resolución de Basilea (1912) y derivada de todas las condiciones de la guerra imperialista entre los países burgueses altamente desarrollados. Por muy grandes que parezcan las dificultades de semejante transformación en uno u otro momento los socialistas jamás renunciarán a efectuar un trabajo preparatorio sistemático, perseverante y continuo en esta dirección, ya que la guerra es un hecho.

Solo siguiendo esta vía podrá librarse el proletariado de su dependencia de la burguesía chovinista y dar, en una u otra forma y con mayor o menor rapidez, los pasos decisivos hacia la verdadera libertad de los pueblos y hacia el socialismo.

«La guerra y la socialdemocracia de Rusia». Lenin, 1914

Democracia



Forma de organización del aparato político del estado burgués que se legitima a través de la representación del conflicto social como un mercado -el Parlamento- en el que las grandes tendencias de opinión -sustanciadas en los partidos- intercambian intereses bajo un juego de reglas que garantiza la supervivencia y desarrollo del propio estado y la nación que conforma.

Democracia y representación bajo la burguesía

La **burguesía** para afirmar su liderazgo sobre el conjunto social, esto es, para imponer a través del estado las necesidades de la acumulación del capital nacional en un territorio/mercado determinado que hace propio, no necesitó darle al aparato político del estado una forma específica. Sus primeras experiencias en el poder político tomaron formas tan diferentes como una república

oligárquica en Venecia, un estado corporativo en Florencia, el asambleismo comunero en Castilla o la dictadura cromwelliana en Inglaterra.

Todas ellas tenían en común sin embargo un elemento: propiciaban distintas formas de *representación* de las clases subalternas en el estado y sus rituales. Esta representación por lo general iba poco más allá de lo ceremonial: en Venecia los gremios menores y los asalariados se veían incluidos en el estado y luchaban por su consideración batallando por ocupar mejores posiciones en las procesiones públicas.

El sentido de representación en este marco es más el de la representación teatral que el que luego el liberalismo adoptaría como idea de representación política. Pero muestra como desde el comienzo la burguesía es consciente de la necesidad de un aparato político que ejerza su la *dictadura* de sus intereses involucrando al resto de las clases.

Y por otro lado, las procesiones, coreografías de masas y representaciones ceremoniales nunca desaparecieron como forma de intentar representar a los trabajadores en el estado burgués, llegando al paroxismo en la Alemania nazi, la Italia fascista, la Rusia stalinista o la China maoísta.

Será solo al alcanzar su madurez y plantearse la *constitución del cuerpo social en nación*, es decir al plantearse la dirección sobre una estructura de clases impulsada ya por la producción industrial, cuando elevará los mitos liberales a principio de gobierno, cediendo espacios de poder político al *pueblo*, esto es, aceptando un espacio político específico en el estado para las aspiraciones de la *pequeña*

burguesía e, indirectamente, del naciente **proletariado**. La *democracia moderna* se empieza a definir como un sistema de *representación* basado en el sufragio universal de los individuos poseedores.

El proletariado y la democracia en el capitalismo ascendente

Será la aparición del proletariado como sujeto político a partir de la revolución de 1848 la que aconseje a la burguesía y las clases dominantes conceder un espacio de auto-organización a los trabajadores... aunque solo tras virulentas luchas que fueron objeto de represión, casi siempre sangrienta, por los estados liberales y democráticos del momento.

El **capitalismo ascendente** acepta entonces al proletariado en una parte de Europa, como un sujeto político reconocido dentro de la sociedad burguesa. Acepta que los trabajadores estén *representados* dentro de sus instituciones de gobierno, consciente de que hay un margen, dentro de su propia dominación, para la consecución por los obreros de reformas legales útiles a su propia organización y constitución como clase (legalización de partidos y organizaciones, reconocimiento legal de las huelgas, del sufragio universal, etc.).

En este momento, aunque alimente las tendencias **reformistas** y **revisionistas**, el esfuerzo por obtener este reconocimiento es parte del proceso de constitución política de la clase y del desarrollo de su organización como tal (**centralismo**).

El resultado de todo este periodo es la aparición de un espacio de *democracia obrera* al margen y en paralelo a la democracia estatal en el tejido organizativo masivo que aparece alrededor de las sedes partidarias, los sindicatos, las cooperativas y las numerosas organizaciones culturales obreras.

Democracia, fascismo y stalinismo contra la democracia obrera

La entrada en la **fase imperialista** transformará la organización de la burguesía y su relación con el estado, impulsándola hacia las formas propias de la **decadencia**: las del **capitalismo de estado**.

El capitalismo de estado ya no es un capitalismo de libre concurrencia sino un capitalismo monopolista y el aparato político del estado se transforma reflejándolo. La guerra imperialista y la participación en la administración de la economía de guerra por los parlamentos impulsa a los grandes partidos políticos a pasar de ser expresiones de intereses concurrentes en busca de representación frente al estado a *partidos de estado*, representantes especializados del estado frente a sectores sociales determinados, monopolistas especializados en la gestión de grandes grupos sociales y corrientes de opinión.

La contrarrevolución jugará un papel central en esta reorganización global de la burguesía y el estado que se solapa con la reorganización de burguesía *en* el estado. Las dos formas específicas de vanguardia de la contrarrevolución, el **fascismo** y el **stalinismo**, se aplicarán a la destrucción del espacio democracia obrera creado durante décadas por la IIª, la IIIª Internacional y, en España, también por la CNT.

El fascismo no es solamente un sistema de represión, violencia y terror policíaco. El fascismo es un sistema particular de Estado basado en la extirpación de todos los elementos de la democracia proletaria en sociedad burguesa. La tarea del fascismo no es solamente destruir a la vanguardia comunista, sino también mantener a toda la clase en una situación de atomización forzada.

Para esto no basta con exterminar físicamente a la capa más revolucionaria de los obreros. Hay que aplastar todas las organizaciones libres e independientes, destruir todas las bases de apoyo del proletariado y aniquilar los resultados de tres cuartos de siglo de trabajo de la socialdemocracia y los sindicatos. Porque es sobre este trabajo sobre lo que, en última instancia, se apoya el partido comunista.

León Trotski, «¿Y ahora? - Problemas vitales del proletariado alemán», 25 de enero de 1932.

La destrucción del espacio de democracia obrera y la integración de los sindicatos en el encuadramiento bélico de los trabajadores se aceleraron en los 30 y se llevaron a sus últimas consecuencias bajo la bandera **antifascista** durante la contrarrevolución en España y tras ella durante la segunda guerra imperialista mundial. Casi siempre con la dirección sobre el terreno de los partidos stalinistas y socialistas.

Así, al segar la base masiva desde la que surgía la organización política de clase, la contrarrevolución -bajo todas sus formas- desbrozará el camino a las tendencias más totalitarias capitalismo de estado.

Paradoja: serán estas formas totalitarias las que sirvan a las potencias *democráticas* para construir la oposición fascismo-democracia... y luego, durante la guerra fría, la oposición democracia-comunismo.

Pero para entonces quedaba tan poco de democracia obrera bajo los estados democráticos, como bajo el capitalismo de estado stalinista.

La democracia hoy

Hoy no queda nada de la democracia obrera masiva que la contrarrevolución arrancó de raíz. El sindicato ya no es un mero intermediario, sino un monopolista de la fuerza de trabajo, al par con otros monopolios industriales. Y, lo que es más importante, **no puede ser otra cosa**. Pero esto no quiere decir que tengamos que abandonar el objetivo de construir un espacio de democracia de clase. De hecho es fundamental. Pero no puede partir de las formas propias de un capitalismo ascendente que no volverá.

Las dificultades son obviamente inmensas. Vivimos universalmente bajo distintas formas de **capitalismo de estado**. La lógica omnipresente del mercado y la competencia del **capitalismo ascendente**, dejó el lugar a la fusión, a través del sistema financiero y el estado, de los capitales individuales en grandes grupos monopolistas.

En conjunto el estado se convirtió en una suerte de todo orgánico, un monopolio de monopolios que, a través de sistemas más o menos formales, regula el conjunto de la vida social de arriba a abajo: desde los salarios a través de la coordinación y el convenio de patronales y sindicatos, hasta la *cesta energética* pasando por la información que se distribuye a través de los monopolios mediáticos.

En un marco así, en el que *la opinión* es el producto de una industria monopolista más, el Parlamento deja de ser el lugar de encuentro y negociación de las distintas fracciones e intereses de clase. La burguesía no se organiza ya a través de un *mercado de ideas e*

intereses sino como un todo orgánico que segrega opiniones para el consumo masivo a través de mil canales. Canales que distribuyen el mismo producto con distintos sabores.

Las elecciones pasan a ser un mero ejercicio gimnástico de la capacidad de la burguesía de estado para generar opinión. Por supuesto sin dejar de vendernos la sacralidad de las elecciones como expresión de una inexistente *voluntad popular* o un ilusorio *poder de la ciudadanía*.

Eso no quiere decir que la burguesía controle todo sin cuestionamiento desde un *cuadro de mandos* perfecto. Aunque capitaneé el estado y los grandes grupos financieros y de capital, ni es monolítica ni está sola en la sociedad. Una manada de hienas no es precisamente un modelo de armonía por coordinada que esté y como toda dictadura de una clase explotadora, su dominio requiere la complicidad activa de las capas intermedias.

No faltan ejemplos de distinto calado de revueltas de la **pequeña burguesía** en las noticias diarias de todo el mundo. En ellas unos y otros nos llamarán a *defender la democracia* una y otra vez. Son conscientes de que en ese campo no podremos, en ningún caso, afirmarnos como clase políticamente independiente, pero no cejan en la esperanza de encuadrarnos alrededor del estado democrático como carne de cañón de sus disputas internas y externas.

Derecho a la autodeterminación



Derecho que asistirá a una burguesía o pequeña burguesía de un territorio dentro de un estado a someter a referendum entre el conjunto de la población o la parte considerada «connacional» de ella, la formación de un estado independiente.

El Derecho a la autodeterminación y los imperios feudales

La consigna del *derecho de las naciones a la autodeterminación* fue incorporada por la II Internacional como forma de abordar la **liberación nacional** de las burguesías sometidas bajo los últimos grandes imperios feudales: Austria-Hungría, Rusia, etc. Posteriormente el *derecho a la autodeterminación* se aplicó también a las colonias y protectorados de los estados europeos.

La crítica del derecho a la autodeterminación y la comprensión del imperialismo

Sin embargo, el derecho a la autodeterminación encontró pronto su crítica entre los marxistas que empezaban a elaborar una comprensión del **imperialismo**.

El desarrollo hacia el Gran Estado que caracteriza la época moderna y que gana en importancia con el progreso del capitalismo, condena de entrada al conjunto de mini y micronacionalidades a la debilidad política.

Al lado de algunas naciones muy potentes, que son los auténticos gerentes del desarrollo capitalista porque disponen de los medios materiales e intelectuales indispensables para preservar su independencia económica y política, la «autodeterminación», la existencia autónoma de las mini y micronaciones, es cada vez más ilusoria.

Este retorno a la existencia autónoma de todas o, al menos, de la gran mayoría de las naciones actualmente oprimidas solo sería posible si la existencia de pequeños estados tuviera posibilidades y perspectivas de futuro en la época capitalista. Por ahora son tan necesarias las condiciones económicas y políticas propias de un gran estado en la lucha por la existencia de las naciones capitalistas, que incluso los pequeños estados políticamente independientes, formalmente iguales en derechos, que existen en Europa, solo desempeñan un papel simbólico y la mayor para de las veces son títeres de otros estados.

¿Puede hablarse de autodeterminación para los montenegrinos, los búlgaros, los rumanos, los serbios o los griegos, formalmente independientes, o incluso, en cierta forma para los suizos? (...)

El segundo aspecto fundamental de la evolución reciente, que hace utópica esta consigna, es el imperialismo capitalista. (...) El resultado de esta tendencia es la liquidación permanente de la independencia de un número cada vez mayor de países, de pueblos y de continentes enteros. (...)

Teniendo en cuenta esta evolución y la necesidad que tienen los grandes estados capitalistas de la lucha por la existencia en el mercado internacional, de la política universal y de las posesiones coloniales, *lo más adecuado para realizar sus funciones en las condiciones actuales*, es decir, lo que mejor corresponde a las necesidades de la explotación capitalista, no es el *estado nacional* - como supone Kautsky- sino el estado imperialista. (...)

Tal como lo entienden los socialistas, este derecho [la autodeterminación] debe tener, por su misma naturaleza, un carácter universal, y el solo hecho de reconocerlo así basta para poner de manifiesto que la esperanza de realizar este «derecho» en el sistema existente es una utopía en contradicción directa con la tendencia del desarrollo capitalista, sobre cuya base se ha constituido la socialdemocracia. Volver al objetivo de dividir todos los estados existentes en unidades nacionales y limitarlas mutuamente según el modelos de los estados y los pequeños estados nacionales es una tentativa desesperada y, desde un punto de vista histórico, reaccionaria.

Rosa Luxemburgo. *La cuestión nacional y la autonomía*, 1908

La posición de Lenin sobre el derecho a la autodeterminación

Parte de la socialdemocracia rusa, encabezada por Lenin, rechazó las conclusiones tempranas de Rosa Luxemburgo, cambiando la fórmula del derecho a la autodeterminación de *derecho de las naciones a derecho de los pueblos*.

Pueblo es, fundamentalmente, el proletariado junto o bajo la dirección de la *pequeña burguesía*. Si es la pequeña burguesía la que dirige, no cambia el sentido utópico y reaccionario que ésta le da al *derecho a la*

autodeterminación.

Después de la bancarrota de los partidos burgueses, nuevas fuerzas sociales -la intelectualidad y la pequeña burguesía, que buscan refugio en el movimiento obrero- tienden a imponer a éste sus deseos irrealizables. Si los partidos socialistas no hubieran tenido la posibilidad de verificar objetivamente lo que corresponde en realidad a las necesidades de la clase obrera y se hubieran limitado a imaginar lo «bueno» y lo «útil», su programa hubiera resultado un conjunto de utopías.

Rosa Luxemburgo. La cuestión nacional y la autonomía, 1908

Y si es el proletariado el que dirige, ¿qué sentido tendría que marchara hacia atrás, hacia la creación de un estado nacional? El estado nacional se crea para organizar su explotación, el proletariado no creará estados nacionales.

La idea de que el proletariado consciente de sí mismo pueda crear un estado moderno es tan absurda como la de proponer a la burguesía una nueva instauración del feudalismo.

Rosa Luxemburgo. La cuestión nacional y la autonomía, 1908

Pero la cuestión de fondo que está señalando Rosa Luxemburgo y que Lenin no ve, aunque escribe su respuesta al texto de Luxemburgo a pocos meses del estallido de la guerra mundial, es que una vez desarrollado el mercado capitalista mundial, no puede haber un desarrollo independiente del capitalismo nacional y no hay, por tanto, espacio para una verdadera independencia nacional. En ese marco, el derecho a la autodeterminación y la independencia dejan de tener un sentido históricamente progresivo por lo que con ella la *autodeterminación nacional* pasa a ser una consigna reaccionaria.

El argumento final de Rosa Luxemburgo contra el *derecho a la autodeterminación* afirmará que lo mismo que hace del **defensismo** y su consigna de la *defensa sin anexiones* una consigna imposible, reaccionaria y de facto, imperialista, es lo que convierte la consigna de *derecho a la autodeterminación* en un regalo al imperialismo y un tiro en el pie al propio movimiento revolucionario:

Mientras existan los Estados capitalistas, mientras la política mundial imperialista determine y configure la vida interna y externa de los Estados, el derecho a la autodeterminación nacional no tendrá nada que ver con su práctica, ni en la guerra, ni en la paz.

Más aún: en el medio imperialista actual no puede existir en modo alguno ninguna guerra de defensa nacional, y toda política socialista que haga abstracción de ese determinado medio histórico, que quiera guiar en medio de este torbellino mundial sólo por los puntos de vista unilaterales de su país, no será desde un principio otra cosa que un castillo de naipes.

Rosa Luxemburgo. **La crisis de la socialdemocracia**, 1916

La experiencia del derecho a la autodeterminación durante la Revolución Rusa

Rosa Luxemburgo, entendía el **imperialismo** como una fase histórica del capitalismo como un todo. Lenin, en cambio, pensaba que el imperialismo era una fase en el desarrollo de cada capital nacional. Por eso la consigna leninista de la *autodeterminación de los pueblos* y su hincapié en los *movimientos de liberación nacional* no podían para Rosa Luxemburgo ser más que una manifestación de optimismo sin límites y tener, como tuvieron, consecuencias funestas para la revolución rusa.

¿Qué se supone que significa este derecho a la autodeterminación? Que el socialismo se opone a toda forma de opresión, incluso la de una nación por otra, constituye el ABC de la política socialista.

A pesar de esto, políticos tan serios y críticos como Lenin, Trotski y sus amigos, que responden sólo con un irónico encogerse de hombros a cualquier tipo de fraseología utópica como desarme, Liga de las Naciones, etcétera, en este caso hicieron de una frase hueca exactamente del mismo tipo su hobby preferido. Ello se debe, me parece, a una política fabricada para la ocasión.

Lenin y sus camaradas calcularon que no había método más seguro para ganar a los pueblos extranjeros del Imperio Ruso para la causa de la revolución, para la causa del proletariado socialista, que el de ofrecerles, en nombre de la revolución y el socialismo, la libertad más extrema e ilimitada para determinar sus propios destinos. Es una política análoga a la que se dieron los bolcheviques con el campesinado ruso, satisfaciendo su hambre de tierra con la consigna de apropiación directa de las propiedades nobles, en el supuesto de que así se los ganaría para la revolución y el gobierno proletario. En ambos casos, desafortunadamente, el cálculo resultó completamente erróneo.

Está claro que Lenin y sus amigos esperaban que, al transformarse en campeones de la libertad nacional hasta el punto de abogar por la «separación», harían de Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, los países bálticos, el Cáucaso, etcétera, fieles aliados de la Revolución Rusa.

Pero sucedió exactamente lo contrario. Una tras otra, estas «naciones» utilizaron la libertad recientemente adquirida para aliarse con el imperialismo alemán como enemigos mortales de la Revolución Rusa y, bajo la protección de Alemania, llevar dentro

de la misma Rusia el estandarte de la contrarrevolución. Un ejemplo perfecto lo constituye el jueguito que se hizo en Brest con Ucrania, que provocó un giro decisivo en las negociaciones y sacó a luz la situación política, tanto interna como externa, a la que se ven enfrentados en la actualidad los bolcheviques. La actitud de Finlandia, Polonia, Lituania, los países del Báltico, los pueblos del Cáucaso, nos demuestra de manera convincente que aquél no es un caso excepcional sino un fenómeno típico.

Seguramente, en todos estos casos no fue realmente el «pueblo» el que impulsó esta política reaccionaria sino las clases burguesas y pequeñoburguesas. Estas, en total oposición a sus propias masas proletarias, pervirtieron el «derecho a la autodeterminación», transformándolo en un instrumento de su política contrarrevolucionaria.

Pero (y llegamos al nudo de la cuestión), aquí reside el carácter utópico, pequeñoburgués de esta consigna nacionalista: que en medio de las crudas realidades de la sociedad de clases, cuando los antagonismos se agudizan al máximo, se convierte simplemente en un instrumento de dominación de la burguesía.

Los bolcheviques aprendieron, con gran perjuicio para ellos mismos y para la revolución, que bajo la dominación capitalista no existe la autodeterminación de los pueblos, que en una sociedad de clases cada clase de la nación lucha por «determinarse» de una manera distinta, y que para las clases burguesas la concepción de la liberación nacional está totalmente subordinada a la del dominio de su clase. La burguesía finesa, al igual que la de Ucrania, prefirió el gobierno violento de Alemania a la libertad nacional si ésta la ligaba al bolchevismo.

La esperanza de transformar estas relaciones de clase reales en su opuesto, de ganar el voto de la mayoría para la unión con la Revolución Rusa, haciéndolo depender de las masas revolucionarias, tal como seriamente lo pretendían Lenin y Trotski, refleja un grado de optimismo incomprensible.

Y si solamente se trataba de un recurso táctico en el duelo entablado con la política de fuerza de Alemania, entonces era un juego con fuego muy peligroso. Incluso sin la ocupación militar de Alemania, el resultado del famoso «plebiscito popular», suponiendo que se hubiera llegado hasta allí en los estados limítrofes, hubiera proporcionado pocos motivos de alegría a los bolcheviques.

Tenemos que tener en cuenta la psicología de las masas campesinas y de grandes sectores de la pequeña burguesía, y las miles de maneras con que cuenta la burguesía para influir sobre el voto. Por cierto, debe considerarse una ley absoluta que en estos asuntos de plebiscitos sobre la cuestión nacional la clase dominante siempre sabrá evitarlos cuando no sirven a sus propósitos, o, cuando se realizan, utilizará todos los medios para influir sobre sus resultados, los mismos medios que hacen imposible introducir el socialismo mediante el voto popular.

El simple hecho de que la cuestión de las aspiraciones nacionales y tendencias a la separación fuera introducida en medio de la lucha revolucionaria, incluso puesta sobre el tapete y convertida en el santo y seña de la política socialista y revolucionaria como resultado de la paz de Brest, produjo la mayor confusión en las filas socialistas y realmente destruyó las posiciones ganadas por el proletariado en los países limítrofes.

En Finlandia, donde el proletariado luchó formando parte de la estrecha falange socialista rusa, logró una posición predominante en el poder; tenía la mayoría en el Parlamento y el ejército, redujo a su burguesía a una impotencia completa y, dentro de sus fronteras, era dueño de la situación.

O tomemos Ucrania. A comienzos de siglo, antes de que se inventaran la tontería del «nacionalismo ucraniano» con sus rublos de plata y sus «universales», o el hobby de Lenin de una Ucrania independiente, Ucrania era la columna vertebral del movimiento revolucionario ruso. Allí, en Rostov, Odesa, la región del Donetz, brotaron los primeros ríos de lava de la revolución, que encendieron todo el sur de Rusia en un mar de llamas (ya en 1902-1904), preparando así el alzamiento de 1905. Lo mismo sucedió en la revolución actual, en la que el sur de Rusia proveyó las tropas selectas de la falange proletaria.

Polonia y las tierras del Báltico fueron desde 1905 los núcleos revolucionarios más poderosos e importantes, y en ellos el proletariado jugó un rol de primera magnitud.

¿Cómo puede ser entonces que en todos estos países triunfe la contrarrevolución? El movimiento nacionalista, justamente porque alejó de Rusia al proletariado, lo mutiló y lo entregó a manos de la burguesía de los países limítrofes.

Los bolcheviques no actuaron guiándose por la misma genuina política internacionalista de clase que aplicaron en otros asuntos. No trataron de lograr la unión compacta de las fuerzas revolucionarias de todo el imperio. No defendieron con uñas y dientes la integridad del Imperio Ruso como área revolucionaria, oponiendo a todas las formas del separatismo la solidaridad e

inseparabilidad de los proletarios de todos los países que están bajo la esfera de la Revolución Rusa, haciendo funcionar a ésta como el comando político superior.

En lugar de eso, los bolcheviques, con su hueca fraseología nacionalista sobre «el derecho a la autodeterminación hasta la separación», lograron todo lo contrario, y le dieron a la burguesía de los países limítrofes los pretextos más refinados, más deseables, para sus esfuerzos contrarrevolucionarios.

En vez de prevenir al proletariado de los países limítrofes de que todas las formas del separatismo son simples trampas burguesas, no hicieron más que confundir con su consigna a las masas de esos países y entregarlas a la demagogia de las clases burguesas.

Con esta reivindicación nacionalista produjeron la desintegración de la misma Rusia y pusieron en manos del enemigo el cuchillo que se hundiría en el corazón de la Revolución Rusa. Seguramente, sin la ayuda del imperialismo alemán, sin «los rifles alemanes en los puños alemanes», como decía el *Neue Zeit* de Kautsky, los Lubinski y otros bribonzuelos de Ucrania, los Erich y Mannerheim de Finlandia, los barones bálticos, nunca hubieran ganado a lo mejor de las masas trabajadoras socialistas de sus respectivos países. Pero el separatismo nacional fue el caballo de Troya dentro del cual los «camaradas» alemanes, bayoneta en mano, hicieron su entrada en todas esas tierras.

Los antagonismos de clase reales y la verdadera relación de fuerzas en el plano militar provocaron la intervención alemana. Pero los bolcheviques proporcionaron la ideología con la que se enmascaró esta campaña de la contrarrevolución; fortalecieron la posición de la burguesía y debilitaron la del proletariado.

Rosa Luxemburgo. La revolución rusa, 1918

Derrotismo revolucionario



Táctica que es la única respuesta internacionalista posible a toda guerra o conflicto entre dos facciones burguesas o burocráticas en la decadencia del capitalismo. Consiste en la denuncia de ambas partes («el enemigo está en el propio país») y el llamamiento correspondiente a convertir la guerra en guerra civil revolucionaria, es decir en guerra de clases («guerra a la guerra»).

Guerra imperialista, decadencia y derrotismo revolucionario

El estallido de la primera guerra imperialista que se desarrolló en un campo de batalla mundial, en agosto de 1914, marcó un punto de no retorno en el desarrollo del **imperialismo**. El capitalismo mostraba

haber encontrado un límite en su expansión geográfica a partir del cual toda ampliación del ámbito de los mercados nacionales se convertiría necesariamente en conflicto entre los estados.

Por otro lado, las condiciones del crecimiento económico durante la guerra y en la reconstrucción, sobre pilas de cadáveres y ciudades derruidas, y por estados marcados estructuralmente por el **militarismo**, cada vez más totalitarios, señalaban a las claras que la disociación entre desarrollo y crecimiento económico era ya una realidad mundial. El capitalismo ya no permitía un libre desarrollo de las fuerzas productivas. Había entrado en su fase de **decadencia**.

En **decadencia** todas las guerras entre dos facciones burguesas son reaccionarias, ya que lo que está a la orden del día históricamente es la superación del capitalismo. No puede haber capitalismo **progresivo**, **capitalismo ascendente** en un solo país... pues las condiciones globales, sistémicas, lo hacen imposible. De hecho todo conflicto entre estados es necesariamente imperialista, sea quien sea formalmente el «agresor», pues en realidad todo capital nacional sufre la posibilidad de expandirse, de alcanzar nuevos mercados con sus correspondientes oportunidades de venta e inversión.

El capital nacional está constreñido dentro de las fronteras que creó en su día para desarrollarse, se verifica una tendencia permanente a la crisis y un hambre de mercados que, al no poder ser saciada, transforma la **organización del capital nacional y su relación con el estado**.

El imperialismo ha enterrado completamente el viejo programa democrático burgués; la expansión más allá de las fronteras nacionales (cualesquiera que fuesen las condiciones nacionales de los países anexionados) se convirtió en la plataforma de la burguesía de todos los países. Si el término «nacional» permaneció, su contenido real y su función se han convertido en su contrario; actúa sólo como mísera tapadera de las aspiraciones imperialistas y como grito de batalla de sus rivalidades, como único y último medio ideológico para lograr la adhesión de las masas populares y desempeñar su papel de carne de cañón en las guerras imperialistas.

Rosa Luxemburgo. *La crisis de la socialdemocracia*, 1916

Los estados europeos mandan uno tras otro a sus propios trabajadores a morir y matar en masa a otros trabajadores en una guerra de exterminio que expresa a qué punto se ha llegado en la sobre-acumulación y hasta qué punto los mercados, tanto los nacionales como los coloniales, se estaban tornando insuficientes a velocidad acelerada para todos y cada uno de los capitales nacionales. **La guerra es mundial porque el capitalismo ya no «cabe» en el mercado nacional, porque el capital ha entrado en contradicción aguda con el estado nacional.**

Por tanto, no hay salida progresista posible a ninguna guerra o conflicto que no pase por la derrota de la burguesía y el capitalismo como un todo. No hay ningún posible bando progresista en una guerra. El derrotismo revolucionario es la única opción para los trabajadores en cualquier conflicto entre dos facciones burguesas.

La primera consigna del derrotismo revolucionario: «El

enemigo está en casa»

La guerra precipita la ruptura entre la izquierda y el oportunismo en el seno de la Internacional. Con una excusa u otra -la guerra para Francia tendría solo un carácter defensivo, para Alemania el objetivo sería acabar con el régimen feudal zarista, etc.- prácticamente todos los grandes partidos socialistas cierran filas en torno al esfuerzo de guerra de sus burguesías.

El grupo parlamentario del SPD vota en bloque aprobar los créditos de guerra. Solo Carlos Liebknecht vota en contra y se le impide leer su argumentación, incorporarla al orden de sesiones y publicarla en cualquier periódico. Sin embargo, el derrotismo revolucionario ha tenido su primera voz.

Mi voto contra el proyecto de Ley de Créditos de Guerra del día de hoy se basa en las siguientes consideraciones: Esta guerra, deseada por ninguno de los pueblos involucrados, no ha estallado para favorecer el bienestar del pueblo alemán ni de ningún otro. Es una guerra imperialista, una guerra por el reparto de importantes territorios de explotación para capitalistas y financieros.

Desde el punto de vista de la rivalidad armamentística, es una guerra provocada conjuntamente por los partidos alemanes y austríacos partidarios de la guerra, en la oscuridad del semifeudalismo y de la diplomacia secreta, para obtener ventajas sobre sus oponentes. Al mismo tiempo la guerra es un esfuerzo bonapartista por desorganizar y escindir el creciente movimiento de la clase trabajadora.

Carlos Liebknecht. **Voto contra los créditos de guerra**, 1914

Cuando Lenin, en Zurich, lee el Vorwarts, el periódico oficial de la socialdemocracia alemana, apoyando la guerra y los créditos, piensa que el ejemplar que tiene entre sus manos es una falsificación creada por la inteligencia militar alemana. El colapso de la Internacional es total y es hora de darla por muerta. Tiene claro que lo que hay que desarrollar, la única opción posible, es el derrotismo revolucionario.

La traición al socialismo cometida por la mayoría de los jefes de la II Internacional (1889-1914) significa la bancarrota política e ideológica de esta Internacional. La causa principal de dicha bancarrota está en el predominio efectivo en ella del oportunismo pequeñoburgués, cuyo carácter burgués y cuyo peligro vienen señalando desde hace largo tiempo los mejores representantes del proletariado revolucionario de todos los países.

Los oportunistas venían preparando hace ya tiempo la bancarrota de la II Internacional,

al negar la revolución socialista y sustituirla con el reformismo burgués;

al negar la lucha de las clases y su indispensable transformación, en determinados momentos, en guerra civil, y

al propugnar la colaboración entre las clases; al preconizar el chovinismo burgués con los nombres de patriotismo y defensa de la patria y al omitir o negar la verdad fundamental del socialismo, expuesta ya en el Manifiesto Comunista, de que los obreros no tienen patria;

al limitarse en la lucha contra el militarismo al punto de vista sentimental pequeñoburgués en lugar de reconocer la necesidad de la guerra de los proletarios de todos los países contra la burguesía de todos los países;

al convertir la utilización ineludible del parlamentarismo burgués y de la legalidad burguesa en un fetichismo de esta legalidad y en el olvido de que, en épocas de crisis, son obligadas las formas clandestinas de organización y de agitación.

Lenin. Tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea, 1914

La socialdemocracia revolucionaria, la izquierda de la Segunda Internacional, se pone en marcha bajo un nivel de represión general desconocido hasta entonces. Son pocos, poquísimos, luchan contra un ambiente de histeria belicista promovido machaconamente por los medios de comunicación y resguardado por la censura más estricta. Propugnar el derrotismo revolucionario se ha convertido en crimen de traición.

La absurda consigna «aguantemos» ha tocado fondo. Sólo nos lleva más y más hondo dentro del vórtice del genocidio. La lucha de clases del proletariado internacional contra el genocidio imperialista internacional es el mandato socialista de la hora.

¡El enemigo principal de cada uno de los pueblos está en su propio país!

El enemigo principal del pueblo alemán está en Alemania. El imperialismo alemán, el partido alemán de la guerra, la diplomacia secreta alemana. Este enemigo que está en casa debe ser combatido por el pueblo alemán en una lucha política, cooperando con el proletariado de los demás países cuya lucha es contra sus propios imperialistas.

Carlos Liebknecht, **El enemigo principal está en casa**, 1915

Volver las armas contra el verdadero enemigo, transformar la guerra en revolución. Cuando Lenin lanza las primeras consignas características del derrotismo revolucionario suena irreal en medio del ambiente opresivo del hooliganismo patriótico.

Hacer amplia propaganda, extendiéndola tanto a las tropas como al teatro de operaciones militares, de la revolución socialista y de la necesidad de dirigir las armas no contra nuestros hermanos, los esclavos asalariados de otros países, sino contra los gobiernos y partidos reaccionarios y burgueses de todos los países. Organizar obligatoriamente células y grupos clandestinos entre las tropas de todas las naciones para realizar esa propaganda en todas las lenguas.

Combatir implacablemente el chovinismo y el «patriotismo» de los pequeños burgueses y burgueses de todos los países sin excepción. Contra los cabecillas de la Internacional actual, que han traicionado el socialismo, apelar obligatoriamente a la conciencia revolucionaria de las masas obreras, las cuales soportan sobre sus espaldas todo el peso de la guerra y, en la mayoría de los casos, son enemigas del oportunismo y el chovinismo.

Lenin. Tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea, 1914

No hay internacionalismo sin derrotismo revolucionario

A partir de la primera guerra imperialista mundial, es imposible afirmar el **internacionalismo** sin poner en práctica el derrotismo revolucionario.

[La] acepción revolucionaria [del internacionalismo es la] Solidaridad del proletariado mundial como unidad frente al capitalismo internacional. Solidaridad tanto en las ideas como en los hechos, dirigida contra la nación y el patriotismo en primer término, países coloniales incluidos.

No puede existir interés superior al del proletariado mundial, ni siquiera el de un país donde la revolución hubiese triunfado.

Los internacionalistas combaten con igual saña a los dos bandos contendientes en las guerras imperialistas locales (Vietnam) tanto como en las guerras de carácter mundial, y señalan como traficantes de carne humana a los respectivos parciales y propagandistas.

Proponen y se esfuerzan en organizar la acción de los explotados, en el frente y en la retaguardia, contra sus respectivos gobiernos y mandos militares.

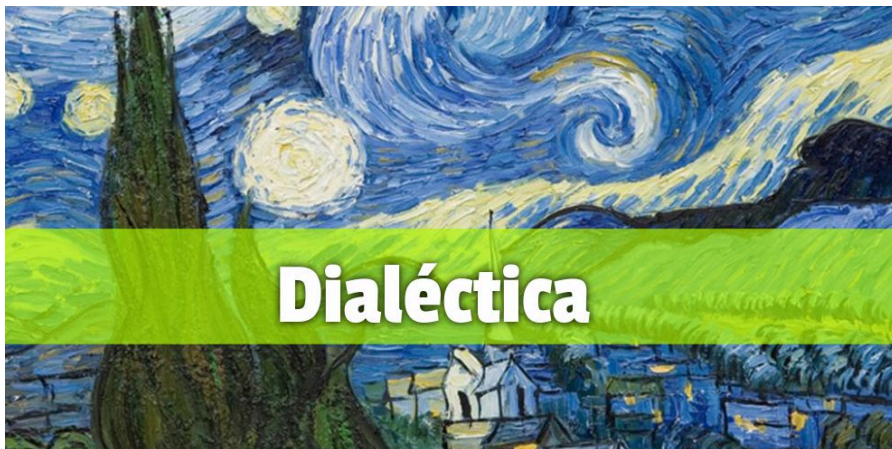
Toda defensa nacional -incluso en su grado de resistencia - encubre la explotación y la opresión. El enemigo inmediato está, para cada proletariado, en su propio país; hostilizarlo al máximo es condición para desencadenar la lucha del proletariado en otros países y emprender, unidos, la destrucción del capitalismo en todo el mundo.

Por ende, los internacionalistas rechazan como reaccionario el lema: «No injerencia en los asuntos interiores de otro país». Está destinado a impedir la solidaridad y la acción colectiva del proletariado en los diversos países, mientras que auspicia la injerencia económica constante de las grandes potencias en los asuntos de las pequeñas y acarrea a menudo su intervención militar: guerras locales, invasión del Tibet, de Santo Domingo, de Hungría y Checoslovaquia, de Cuba, más el comercio gigantesco de

armas. El proletariado de cualquier país tiene, más que el derecho, la obligación de intervenir en las luchas del proletariado de cualquier otro país.

«Léxico de la truhanería política contemporánea, comparado con el léxico revolucionario». G. Munis, 1970

Dialéctica



Concepción de la realidad como un sistema dinámico y complejo, de partes densamente interrelacionadas.

Dialéctica vs Metafísica

La concepción dialéctica de la realidad, está presente desde Heráclito y los epicúreos (el «Rerum Natura» de Lucrecio) hasta Spinoza entre los pensadores materialistas y de Aristóteles a Hegel entre los idealistas.

La filosofía moderna, en cambio, aunque también ella tenía brillantes representantes de la dialéctica (por ejemplo, Descartes y Spinoza), había cristalizado cada vez más, por la influencia inglesa, en el modo de pensar llamado metafísico, el cual dominó también casi exclusivamente a los franceses del siglo XVIII, por lo menos en sus trabajos específicamente filosóficos. [...]

Para el metafísico, las cosas y sus imágenes mentales, los conceptos, son objetos de investigación dados de una vez para siempre, aislados, uno tras otro y sin necesidad de contemplar el otro, firmes, fijos y rígidos. El metafísico piensa según rudas contraposiciones sin mediación: su lenguaje es sí, sí, y no, no, que todo lo que pasa de eso del mal espíritu procede.

Para él, toda cosa existe o no existe: una cosa no puede ser al mismo tiempo ella misma y algo diverso. Lo positivo y lo negativo se excluyen lo uno a lo otro de un modo absoluto; la causa y el efecto se encuentran del mismo modo en rígida contraposición. Este modo de pensar nos resulta a primera vista muy plausible porque es el del llamado sano sentido común.

Pero el sano sentido común, por apreciable compañero que sea en el doméstico dominio de sus cuatro paredes, experimenta asombrosas aventuras en cuanto que se arriesga por el ancho mundo de la investigación, y el modo metafísico de pensar, aunque también está justificado y es hasta necesario en esos anchos territorios, de diversa extensión según la naturaleza de la cosa, tropieza sin embargo siempre, antes o después, con una barrera más allá de la cual se hace unilateral, limitado, abstracto, y se pierde en irresolubles contradicciones, porque atendiendo a las cosas pierde su conexión, atendiendo a su ser pierde su devenir y su perecer, atendiendo a su reposo se olvida de su movimiento: porque los árboles no le dejan ver el bosque. [...]

[Y entonces] Descubrimos que causa y efecto son representaciones que no tienen validez como tales, sino en la aplicación a cada caso particular, y que se funden en cuanto contemplamos el caso particular en su conexión general con el todo del mundo, y se disuelven en la concepción de la alteración universal, en la cual las causas y los efectos cambian constantemente de lugar, y lo que ahora o aquí es efecto, allí o entonces es causa, y viceversa.

Todos estos hechos y métodos de pensamiento encajan mal en el marco del pensamiento metafísico. Para la dialéctica, en cambio, que concibe las cosas y sus reflejos conceptuales esencialmente en su conexión, en su encadenamiento, su movimiento, su origen y su perecer, hechos como los indicados son otras tantas confirmaciones de sus propios procedimientos.[...]

La dialéctica, en cambio, concibe las cosas y sus reflejos conceptuales esencialmente en su conexión, en su encadenamiento, su movimiento, su origen y su perecer. [...] Sólo, pues, por vía dialéctica, con constante atención a la interacción general del devenir y el perecer, de las modificaciones progresivas o regresivas, puede conseguirse una exacta exposición del cosmos, de su evolución y de la evolución de la humanidad, así como de la imagen de esa evolución en la cabeza del hombre.

«**Anti-Dühring**». Federico Engels 1878

La dialéctica en la crítica marxista

La dialéctica aparece en el pensamiento marxista como un conjunto de concepciones implícitas sobre la realidad. Entre ellos:

- La realidad, cualquier realidad, forma un todo único en continua transformación.

- La totalidad determina y da sentido a sus partes; la mera suma o agregación de las partes no permite una descripción coherente del conjunto, si no es capaz de integrarse en un marco global de conocimiento sobre el todo, se convertirá en una mera casuística, conocimiento **alienado** de su propio objeto.
- Las categorías comunes para explicar el cambio en el **empirismo**, como causa y efecto, la distinción entre lo genitivo (que da origen) y lo sustantivo (producido por él), la cantidad y la cualidad, el carácter antagónico de los opuestos... son en realidad arbitrarias, producto de una mirada parceladora y alienante. Causas y efectos se entrelazan y funden en la visión total (lo determinante es lo global, no las cadenas causales lineales); la acumulación de cambios cuantitativos no produce otra cosa que cambios cualitativos; etc. etc...
- La compartimentación del conocimiento en distintas ciencias, disciplinas, saberes, etc. no responde a la estructura de la realidad sino a las limitaciones del **empirismo** y la metafísica que le acompaña. Son un resultado más de la **ideología**.

Dictadura



Imperio de un interés particular sobre la totalidad del aparato político y a través suya sobre el conjunto social.

Toda clase dominante ejerce su dictadura a través del estado

Todas las sociedades de clase se han organizado políticamente como dictaduras del interés de su clase dominante, con independencia de la forma concreta de su organización política. La democracia griega no dejaba de ser una dictadura de la clase esclavista sobre el conjunto social, igual que lo era el gobierno aristocrático de sus rivales. Son en realidad formas de gobierno de la misma dictadura, todas pensadas para defender, de distintas maneras y en distintos contextos, un mismo interés de clase e imponerlo como objetivo de toda la sociedad.

Por eso, en cualquier dictadura de clase, afirmar un interés opuesto nunca parecerá sensato y, a veces, ni siquiera legítimo. En cambio parecerá lo más «sensato» la preponderancia del interés de la clase explotadora sobre las necesidades universales de la especie, no hablemos ya sobre de los de la clase trabajadora de esa sociedad.

Lo vemos todos los días. El sindicalista que nos dice que no se puede reivindicar «lo que las cuentas de la empresa no pueden sostener sin pérdidas», o el político que nos dice que los tratamientos médicos o las pensiones deben supeditarse al «objetivo de déficit», están diciendo en realidad que las necesidades humanas genéricas, universales, más básicas -el bienestar, la salud, etc.- solo pueden satisfacerse una vez lo haya hecho la necesidad del capital: **acumular ganancias en cada ciclo para no devaluarse.**

Cuando un ecologista defiende que debemos acostumbrarnos a vivir con menos, está diciendo también lo mismo. Está dando por hecho que el capital no puede devaluarse ni siquiera para reducir sus prácticas más destructivas. Y desde esa perspectiva, la de la sostenibilidad del **capital**, la única forma de reducir el impacto ecológico, es reducir nuestro consumo, forma social que bajo el capitalismo toma el acceso a cuanto necesitamos para satisfacer nuestras necesidades.

Y es que el capitalismo, bajo cualquiera de sus formas políticas -desde sus formas liberales originales al **capitalismo de estado stalinista**- ha sido y será mientras exista, una dictadura de la **burguesía** en y desde el **estado** centrada en asegurar la **acumulación** del **capital**.

La dictadura del proletariado

El paso de la dictadura de la burguesía a la dictadura del proletariado, significaría que por primera vez, la clase explotada, la más numerosa de la sociedad, ejercería su dictadura. Una dictadura que por su propia naturaleza no tendría formas y contenidos radicalmente distintos. El **proletariado es la clase universal**, el interés que defiende y el principio rector que le mueve es el de las necesidades humanas genéricas, universales.

Esto, desde sus primeras experiencias revolucionarias, la Comuna de París de 1871, ha condicionado su relación con el **estado**. Para empezar, no puede simplemente apropiarse de un aparato pensado para la **opresión** y el reforzamiento de la **explotación**, tiene que destruirlos y levantar sus propias formas.

Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines. [...]

La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

Carlos Marx. **La Guerra Civil en Francia**, 1871.

Sus fines en realidad no son otros que la reordenación de la producción y la sociedad entera sobre el criterio de la necesidad humana, es decir, la dictadura del proletariado es la fase de transición entre lo que las luchas de los trabajadores plantean implícitamente (en sí) y la realización consciente y universal de esa lógica: el **comunismo**.

La Comuna primero y el **soviet** después, no son más que las formas en las que esta dictadura se impone desde la base de la producción a los diferentes aspectos de la vida social. Y a diferencia de la dictadura de una clase explotadora, tanto más represiva cuanto más democrática quiera aparentar ser, la dictadura del proletariado se muestra sin ambages mientras lleva a las más amplias capas de los trabajadores y la sociedad a tomar directamente en sus manos la organización y transformación de la producción y las relaciones sociales todas.

Organizaremos la gran producción nosotros mismos, los obreros, partiendo de lo que ha sido creado ya por el capitalismo, basándonos en nuestra propia experiencia obrera, estableciendo una disciplina rigurosísima, férrea, mantenida por el Poder estatal de los obreros armados;

reduciremos a los funcionarios del Estado a ser simples ejecutores de nuestras directivas, «inspectores y contables» responsables, amovibles y modestamente retribuidos (en unión, naturalmente, de técnicos de todas clases, de todos los tipos y grados):

he ahí nuestra tarea proletaria, he ahí por dónde se puede y se debe empezar al llevar a cabo la revolución proletaria.

Este comienzo, sobre la base de la gran producción, conduce por sí mismo a la «extinción» gradual de toda burocracia, a la creación gradual de un orden -orden sin comillas, orden que no se parecerá en nada a la esclavitud asalariada-, de un orden en que las funciones de inspección y de contabilidad, cada vez más simplificadas, se ejecutarán por todos siguiendo un turno, acabarán por convertirse en costumbre, y, por fin, desaparecerán como funciones especiales de una capa especial de la sociedad.

«El estado y la Revolución». Lenin, 1918

Dictadura del proletariado y Revolución social

El objetivo principal de la dictadura de la clase trabajadora no es otro, y desde el primer momento, que la destrucción de la relación capital-trabajo, el trabajo asalariado, institución fundamental y definitoria del capitalismo. Por eso todas las revoluciones proletarias que vienen serán revoluciones sociales desde el día uno.

La revolución será una revolución social en el mismo lugar en el que surja y no simplemente política (toma del poder por el proletariado). Un estado obrero, subrayémoslo, no se puede mantener en ningún caso si no estalla la revolución internacional, por lo que el socialismo no se puede establecer en un solo país.

Añadamos a esto que la supresión de las relaciones capitalistas no es de ninguna manera equivalente al socialismo (¡ni al comunismo!!) sino sólo -y en todo ésto damos por hecho que se trata de una destrucción llevada a cabo por la propia clase trabajadora- un paso hacia el socialismo.

Pero este paso, afirmamos, debe ser dado lo más rápidamente posible por el ataque inmediato y la supresión del trabajo asalariado incluso antes de que el proletariado tome el poder a nivel casi global. Sin esto, por muy proletario que sea el poder, se convertirá en lo contrario, ya que la devastación de la revolución no es un corte claro e inmediatamente perceptible.

Carta a la Tercera Conferencia Internacional de grupos de la «Izquierda Comunista», FOR, 1980

Es decir, el *movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual*, el movimiento del proletariado como clase, no es el de un motor de dos tiempos, no conoce una ruptura mecánica entre lo político y lo social. Es un movimiento contra el trabajo asalariado en todas sus fases y momentos. Y cuando alcanza la forma de revolución política, siquiera a una escala local, no puede sino emprenderla contra su objetivo principal.

Aun cuando no se produzca más que en un único distrito industrial, una revolución social se sitúa en el punto de vista de la totalidad porque es una protesta del hombre contra la vida deshumanizada, porque parte del punto de vista de cada individuo real, porque el ser colectivo del que el individuo se esfuerza en no permanecer separado es el verdadero ser colectivo del hombre, el ser humano.

Por el contrario el espíritu político de una revolución consiste en la tendencia de las clases sin poder político a suprimir su aislamiento respecto del ser del Estado y del poder. Su punto de vista es el del Estado, una totalidad abstracta que tan sólo existe por la separación de la vida real, que sería impensable sin la contradicción organizada entre la idea general y la existencia individual del hombre.

De acuerdo con su naturaleza limitada y ambigua, una revolución con espíritu político crea pues una esfera dominante en la sociedad a expensas de la propia sociedad... Toda revolución disuelve la antigua sociedad: en este sentido es social. Toda revolución derroca el antiguo poder: en este sentido es política.

Marx en **El rey de Prusia y la reforma social por un prusiano**

La dictadura del proletariado es lo opuesto a la dictadura stalinista

El **stalinismo**, expresión de la contrarrevolución **capitalista de estado** en Rusia puede surgir y afirmarse porque los organismos de la dictadura de clase, los **soviets** están ya muy debilitados por la guerra civil y por la NEP, la política de construir un capitalismo de estado bajo vigilancia de los soviets como forma desesperada de intentar mantener las bases de la dictadura durante el estancamiento de la

primera oleada de la Revolución mundial en los años veinte. La Revolución rusa, una **Revolución permanente**, corta así en seco el ataque a las relaciones capitalistas de producción que era la guía de su fase socialista. La **burocracia**, que está al mando de la reconstrucción del capital nacional, reimplantará paulatinamente su dictadura.

Para 1936, los soviets, ya completamente supeditados a la nueva clase gestora por mil procedimientos y a través de una represión brutal, serán sustituidos legalmente en la nueva Constitución del estado por órganos formados exclusivamente por burócratas. Por razones políticas obvias, los nuevos órganos a través de los que el estado controla a los trabajadores mantienen el nombre de aquellos en los que los trabajadores ejercían su dictadura. Pero bastaba mirar cualquiera de sus expresiones o prácticas más básicas para descubrir que no eran son órganos de la dictadura del proletariado, sino de una dictadura sobre el proletariado.

Dictadura del proletariado, [es, en su] acepción truhanesca, [un] Despotismo policíaco, militarista y burocrático, enderezado contra la revolución proletaria en el interior y en el extranjero. Estado-partido del capital supremamente centralizado en que el poder es ejercicio, sin control ni responsabilidad, por un puñado de dirigentes todoterroristas y todopoderosos. Históricamente, su origen es la destrucción de la revolución de 1917 y el exterminio de sus protagonistas. Es una dictadura sobre el proletariado.

[En su] Acepción Revolucionaria, [en cambio, es el] Gobierno del proletariado basado en su propio armamento, previo desmantelamiento de los cuerpos represivos capitalistas, en la gestión obrera de la economía, y de la distribución del producto social del trabajo. Realiza así la supresión del trabajo asalariado, y como resultado de ella la desaparición de las clases y del Estado.

Es, por tanto, la más completa democracia, no ya en derecho, sino de hecho. Con la dictadura del proletariado empezará a regir el primero y más importante de los Derechos del Hombre: el derecho de vivir y realizarse cada persona sin tener que vender su capacidad de trabajo y creación, ni que comprar o vender los productos de una y otra. Segundo derecho a garantizar, el derecho de insurrección contra toda tentativa de vuelta atrás. Por medio del proletariado la humanidad entra en posesión de sí misma, iniciándose una civilización enteramente nueva.

«Léxico de la truhanería política contemporánea, comparado con el léxico revolucionario», 1970

Discriminación



Exclusión o trato diferenciado que sufre una persona por presentar una serie de características arbitrarias, ajenas a aquello de lo que se le excluye o, que no siéndolo, se le atribuyen por asociación con un perfil demográfico tan arbitrario como cualquier otro.

Los incentivos en el origen de la discriminación

A pesar de los cantos a las virtudes de la «libre competencia», el capitalismo nunca ha conocido una competencia como la que se enseña en las asignaturas de economía. Como vemos todos los días en la guerra comercial, las leyes mercantiles, los impuestos... la competencia capitalista es una guerra total que no se da más que parcialmente en el «lenguaje de los precios».

Crear monopolios para chantajear a muerte a millones, imponer ventajas comerciales mediante la fuerza militar, someter a cargas mayores al capital más débil... son el día a día de la competencia entre capitalistas. Hasta el pequeño burgués más mísero sabe que los «buenos márgenes» y los «grandes negocios» nacen de posiciones de fuerza normalmente avaladas por el estado o sustentadas en la propiedad de grandes masas de capital; no de la competencia en precio y calidad, sino de la posibilidad de utilizar el mercado para imponer exacciones amañadas fuera de él.

Así que por mucho que nos vendan la «igualdad de oportunidades» como la esencia misma del sistema, **es el propio sistema el que constantemente recrea los incentivos a la discriminación.**

Cuando la izquierda nos dice que hay que enfrentarse y perseguir con toda la fuerza del estado tal o cual discriminación, está tomando el punto de vista del gran capital. A éste, que dirige el **capitalismo de estado**, lo que le interesa es homogeneizar en la medida de lo posible las condiciones de explotación para garantizar la movilidad de los grandes capitales entre sus colocaciones posibles.

Pero el capital en competencia, como el gigantesco parásito social que es, no duda en usar cualquier medio a su alcance para sobrevivir y reproducirse. Si hay posibilidad de discriminar, hay posibilidad de aumentar la explotación y con ella, la ganancia.

Es más, muchas veces, desde el punto de vista de los capitales individuales, es la única forma de hacerlo. La tendencia igualadora del gran capital, chocará una y otra vez con las necesidades de la competencia real, sobre todo para la **pequeña burguesía**, pero también entre grandes capitales. Si una discriminación deja de ser útil, resurgirá otra antigua o aparecerá una nueva.

Para el capital no hay nada esencial en las supuestas «identidades» sobre las que en un momento carga con toda la fuerza de la discriminación, solo perfiles demográficos a los que puede ser útil discriminar. La existencia de cualquier resto o prejuicio precapitalista y de cualquier situación de marginalidad -presos, migrantes irregulares, etc.-, será alentada entonces y adoptada una y otra vez por los nuevos concurrentes que aspiran a una acumulación acelerada arañando márgenes. Y si no hay prejuicios a mano, se inventarán otros.

Esa es la competencia real. Tan brutal que el propio **estado** ha de moderarla por su potencialidad subversiva para la propia burguesía y su estado. **La discriminación en el capitalismo es sistemática, necesaria y universal.** Ni siquiera el estado puede ir mas allá de la persecución de excesos sin eliminar el juego de incentivos de la concurrencia de capitales.

La inculturación de la discriminación

Cuando el ejercicio de una discriminación se ejerce en el tiempo de forma no dañina para el sistema en su conjunto, su justificación **ideológica** acaba convirtiéndose en parte de la **cultura**.

Así por ejemplo los valores sociales que condenaban a las mujeres de todas las clases sociales a un lugar subalterno dentro de la clase de cada una de ellas, fueron para el **capitalismo**, en principio, una herencia. El **capitalismo** no necesitaba de una división sexual de trabajo, ni está en su lógica establecer un modo de explotación diferenciado y separada de varones y mujeres.

Lo acogió y lo reprodujo sin embargo desde el primer momento como una forma de aumentar de forma directa la explotación de las obreras. La incorporación temporal de un número aun mayor de

mujeres a la producción industrial durante las dos grandes guerras imperialistas eliminó buena parte de las restricciones legales que quedaban a las mujeres en los países del centro capitalista, aunque no bastó para cambiar la cultura.

Para que se produzcan cambios en la cultura hasta la condena social de una determinada forma de discriminación hace falta un cambio en las necesidades de la **acumulación** tal que permee al estado y mueva a este primero a liberar a la **acumulación** de las trabas que le suponga, materialmente, las estructuras surgidas de una discriminación de carácter general y segundo que le lleve a enfrentar la transformación de la **cultura**.

La cultura es por definición «nacional» y cuando los valores y prejuicios que dan base cierta discriminación pasan a ser contraproducentes o dañinos para la **acumulación**, el **estado** o simplemente, la paz social, el estado intentará «reformar la cultura», «depurarla» o «modernizarla». Se establecerá entonces una cierta contradicción en lo **ideológico** que irremediablemente generará partidarios y detractores de todas las clases sociales. Verdaderos fuegos de artificio, estos conflictos pueden eternizarse bajo la forma de «guerras culturales», reforzando en torno a sí, la capacidad de encuadramiento del estado.

El ejemplo del machismo español

Si las guerras mundiales no cambiaron de forma permanente el papel de las mujeres en el aparato productivo, si lo hizo una de sus consecuencias: el desarrollo del **capitalismo de estado**.

Con la proliferación de estructuras burocráticas tanto en el estado como en las empresas en todo el mundo comienza a principios de los años sesenta la incorporación de una generación de mujeres de la pequeña burguesía a la vida asalariada. El desarrollo del sector

servicios que acompañó al proceso durante la segunda postguerra - expresión de unos mercados cada vez más insuficientes- y la pérdida de participación de los salarios en la renta nacional producto del desarrollo de la **acumulación**, extendió el proceso durante los años 70 hasta afectar a la clase trabajadora como un todo.

Las familias se transformaron de familias más o menos extensas en las que trabajaban los varones adultos y solo algunas mujeres para obtener «ingresos complementarios», en «familias nucleares» en las que, para mantener la capacidad de consumo, padre y madre tenían que tener un trabajo a jornada completa.

Veamos un ejemplo en España. Entre 1978 y 2017 la población activa femenina creció en un 177% y la tasa de actividad de las mujeres pasó del 27,75% al 53,13%. En el mismo periodo, la tasa de actividad masculina caía del 74,63% al 65,04%. El grueso de esa transformación del mercado laboral tiene lugar en los ochenta, el periodo en el que la burguesía española emprende su proyecto «modernizador» que incluye la reconversión industrial y la preeminencia de los servicios.

Las mujeres trabajadoras de la época se incorporan pues a una economía que demanda trabajadores cualificados. Las encontrarán en las nuevas promociones de la enseñanza universitaria, donde el cambio había arrancado ya en los 60. Cuando se aprueba la Constitución en 1978 casi el 40% de los estudiantes son mujeres. A mediados de los 80 ya había más mujeres que hombres recibiendo enseñanza superior. Es decir, las mujeres que vivieron en primera persona el cambio estructural del mercado de trabajo en España, las que tuvieron que batallar «de verdad» con jefes machistas y procesos de selección infames, son las que hoy tienen 60 años o más.

El cambio económico fue acompañado de una serie de cambios culturales impelidos por el cambio legal. En 1981, el gobierno Suárez presenta y consigue aprobar la ley del divorcio y en 1985 el de Felipe González la primera ley del aborto. Desde las elecciones municipales de 1979, que produjeron una mayoría de ayuntamientos PSOE-PCE, los centros de «planificación familiar» difunden educación sexual básica y facilitan el acceso a los anticonceptivos a una nueva generación.

Los valores ligados al sexo cambian, se «modernizan» y en general las relaciones personales, familiares y laborales se hacen -no sin roces- más igualitarias en función del sexo de cada cual. Una tendencia que va pareja al colapso de la iglesia católica como referencia y creadora de modelos en la sociedad española. España pasa de casi un 70% de católicos practicantes a un 12%. El cambio en la moral sexual y las costumbres sigue adelante.

Cuando en 2004 el gobierno Zapatero apruebe el matrimonio entre personas del mismo sexo, el 56% de la población será ya partidaria y solo poco más del 20% estará en contra. Por supuesto el machismo seguía, sigue y seguirá mientras las relaciones sociales como un todo se basen en la violencia y la exclusión, pero aquel insoportable y burdo machismo español que había sido hegemónico hasta finales de los 80 se había convertido ya en subcultura de la derecha más recalcitrante, en *tic* reprochable en los políticos, en argumento de por qué era insoportable la «televisión basura» que despegaba desde la llegada de Berlusconi y su «Tele5».

El cambio cultural, sorprendentemente rápido en términos históricos, generó también sus resistencias y víctimas. Pero es significativo que el primer gobierno en reconocerlo, movilizándolo a los medios de

comunicación afines para establecer el problema y aprobando la primera ley sobre la violencia contra las mujeres fuera el de Aznar en 2001, en año de instauración del euro.

Es decir, el grueso del cambio cultural, la generación que impuso en casa que los hermanos varones limpiaran los platos y no solo las hijas, las que normalizaron para las mujeres las mismas prácticas sexuales y relaciones afectivas que los hombres, las que vivieron el paso en la consideración de la violencia de género de vergüenza íntima a lacra social, es la de las mujeres que hoy tienen más de 45 años. O dicho de otro modo, la generación anterior a la consagración del **feminismo** como ideología de estado.

El fin del machismo como elemento definitorio y característico de la cultura española tuvo como motor la terciarización de las aplicaciones de capital a partir de los sesenta. Fue acompañado desde el principio por el estado, que proveyó de educación superior a cada vez más mujeres y transformó el aparato legal que consagraba la discriminación a partir de 1978.

Es significativa la ausencia de un movimiento feminista con capacidad de movilización durante todo este proceso. Solo a partir de 2015, una década después de que culminara la transformación socioeconómica, el **feminismo** aparecerá como forma de encuadramiento político masiva. Lo hará directamente desde el estado o muy apoyado por éste.

Por supuesto re-escribirá la historia social de los 60, 70 y los 80 como si las transformaciones materiales hubieran sido empujadas por una inexistente movilización feminista. El nuevo **feminismo**, ideología de estado, era en realidad el producto y no la causa ni el motor, de un cambio cultural que ya se había producido y que el estado pasaba a reivindicar como elemento definitorio de la cultura social del país.

La posición de clase contra las discriminaciones

El movimiento del proletariado representa en su propio proceso de constitución como clase la superación de todas las discriminaciones. Aunque no, desde luego, al modo de un *movimiento cultural*, sino como expresión y resultado del **centralismo** que precisa para salir adelante.

El proletariado solo puede luchar de una manera efectiva venciendo las divisiones impuestas artificialmente dentro de sí. Incluso al nivel más elemental de su lucha, el de una huelga local, o supera las fracturas impuestas por los distintos sistemas de discriminación por tipo de contrato, edad, raza, sexo, lengua, origen, etc. o la lucha quedará aislada e impotente. Para ir más allá, para convertirse en lucha de clase y una vez planteada como tal, para prosperar, necesitará poner en cuestión todas las opresiones y discriminaciones.

Es importante entender que, en cada fase de la lucha, en cada momento, esta superación es el resultado de una práctica colectiva y de una necesidad de la lucha concreta. La superación de las discriminaciones no es el resultado de una iluminación ideológica que afecta a los individuos uno a uno. Las luchas no son magia pentecostal que genera súbitas y profundas convicciones morales que transforman individualmente a los esclavos en santos iluminados.

Estamos en las antípodas de la famosa consigna puritano-feminista *lo personal es político*. Lo político, el combate de clase, transforma las relaciones humanas como expresión de una necesidad material. Es cierto que, al hacerlo afirma en los hechos una **perspectiva moral**. Pero esa perspectiva que no es otra que la de una **sociedad no fracturada en clases ni esclava de la escasez** manifestándose en la

lucha como negación de toda opresión y discriminación. Es decir, el principio general del comunismo como *movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual*.

El deber de protestar contra la opresión nacional y de combatirla, que corresponde al partido de clase del proletariado, no encuentra su fundamento en ningún «derecho de las naciones» particular, así como tampoco la igualdad política y social de los sexos no emana de ningún «derecho de la mujer» al que hace referencia el movimiento burgués de emancipación de las mujeres.

Estos deberes no pueden deducirse más que de una oposición generalizada al sistema de clases, a todas las formas de desigualdad social y a todo poder de dominación. En una palabra, se deducen del principio fundamental del socialismo.

Rosa Luxemburgo. *La cuestión nacional y la autonomía*, 1908

Consecuencias en las organizaciones de clase

El **centralismo** es la expresión organizativa de la idea de unidad de la clase como **sujeto político universal**. Cuando ésto se lleva a la organización de los trabajadores más esclarecidos, al **partido de clase**, resulta evidente que la organización que persigue impulsar el desarrollo de la conciencia de clase tiene que centralizar todos los esfuerzos, unir a todos sin diferencias por su origen nacional o religioso, su sexo, su edad o su lengua. Es lo que Rosa Luxemburgo recuerda discutiendo precisamente sobre la organización de la socialdemocracia rusa.

En toda la socialdemocracia se da un espíritu centralista pronunciado. Por haber crecido en el suelo económico del capitalismo, que es centralista por tendencia, y por estar obligada a presentar su batalla en el marco político del gran Estado centralizado burgués, la socialdemocracia es, ya de nacimiento, una enemiga decidida de todo particularismo y todo federalismo. Como quiera que la socialdemocracia tiene que defender los intereses generales del proletariado en cuanto clase en el marco de un Estado concreto, frente a los intereses parciales y de grupo del proletariado, manifiesta la tendencia lógica de **fusionar en un solo partido unitario a todos los grupos nacionales, religiosos y profesionales de la clase obrera.** (...) El centralismo socialdemócrata tiene que ser de un carácter esencialmente distinto al blanquista; no puede ser otra cosa más que la concentración impetuosa de la voluntad de la vanguardia consciente y militante de la clase obrera frente a sus grupos e individuos aislados, es, por así decirlo, el «autocentrismo» del sector dirigente del proletariado.

Rosa Luxemburgo. **Problemas de organización de la socialdemocracia rusa**, 1904

Es decir, el partido, la organización de militantes, no puede organizarse como una federación de *particularismos*, de «intereses parciales», de orígenes religiosos, como si el proletariado fuera la suma de una serie de frentes identitarios, de sujetos en lucha contra distintas opresiones diferenciadas. El centralismo del partido significa afirmar la centralidad de la lucha contra el trabajo asalariado.

La discriminación y el alcance de los *grupos especializados*

Los debates en el seno de la socialdemocracia rusa que dan lugar al folleto al que pertenece la cita de arriba, son muy ilustrativos de la comprensión del centralismo por los marxistas.

Lenin llevaba en campaña desde 1903 para llevar al **Bund**, el partido socialista mayoritario en las concentraciones obreras judías del imperio ruso, a la integración plena en el POSDR. En aquella época los judíos dentro del imperio ruso solo podían vivir dentro de un **área de confinamiento**, legalmente tenían restringidos sus derechos políticos, educativos y económicos y sufrían regularmente «**pogroms**» azuzados por el propio aparato represivo que liberaba así tensiones sociales.

Con un antisemitismo convertido en ideología de estado, si había unas víctimas arquetípicas de la discriminación y la opresión zarista esos eran los judíos. El Bund reclamaba autonomía dentro del partido en nombre de su identidad diferenciada, basada en esa opresión específica. El partido, con Lenin -y no pocos dirigentes de origen judío- a la cabeza entendía que esa autonomía no debía pasar de la lógica autonomía de un grupo de trabajo especializado en aportar al desarrollo de la conciencia de clase dentro de un sector específico del proletariado: el de lengua yidish. Para los bundistas significaba por contra una «federación» de facto. Los problemas no tardarían en surgir.

La «autonomía» de los Estatutos de 1898 asegura al movimiento obrero judío todo lo que puede necesitar: propaganda y agitación en yiddish, publicaciones y congresos, presentación de reivindicaciones particulares como desarrollo del **programa socialdemócrata único común** y satisfacción de las necesidades y demandas locales que dimanen de las peculiaridades del modo de vida judío. En todo lo demás es **imprescindible la fusión más completa y estrecha con el proletariado ruso**, es imprescindible en interés de la lucha de todo el proletariado de Rusia. Y carece de fundamento, por el fondo mismo del asunto, el temor a toda «mayorización» en caso de fusión, pues precisamente la autonomía es una garantía contra la *mayorización* en las cuestiones particulares del movimiento judío. Pero en las cuestiones relativas a la lucha contra la autocracia, a la lucha contra la burguesía de toda Rusia, debemos actuar como una organización de combate única y centralizada; debemos apoyarnos en **todo el proletariado, sin diferencias de idioma ni de nacionalidad, cohesionado por la solución mancomunada y constante de los problemas teóricos y prácticos, tácticos y de organización**, en vez de crear organizaciones que marchen aisladamente, cada una por su propio camino; en vez de debilitar las fuerzas de nuestro embate, fraccionándonos en multitud de partidos políticos independientes; en vez de introducir el aislamiento y la separación para curar después con emplastos de la cacareada «federación» la enfermedad que nos inoculamos artificialmente.

Lenin. «¿Necesita el proletariado judío un partido político independiente?», 1903

Aunque en la época no recibieran este nombre, vemos ya todos los ingredientes de los debates con el identitarismo y sus trampas. Al definir a una parte del proletariado como «judío», el resto empieza a

ser definido como «gentil» (*goyim*) o «cristiano» e insinuarse que es «partícipe a título lucrativo» de la discriminación ajena. Lenin responde airadamente en una nota:

A «organizar la impotencia» sirve el Bund cuando emplea, por ejemplo, esta expresión: nuestros camaradas de las «organizaciones obreras cristianas». Esto es algo tan absurdo como toda la diatriba contra el Comité de Ekaterisnoslav. No conocemos ninguna organización obrera «cristiana». Las organizaciones pertenecientes al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia nunca han hecho distinción alguna entre sus miembros según su religión, jamás les han preguntado por ésta ni lo harán jamás. ni siquiera cuando el Bund en realidad, «se constituya en partido político independiente».

Lenin. «¿Necesita el proletariado judío un partido político independiente?», 1903

El peligro de este tipo de trampas retóricas, que en realidad solo buscan fraccionar a la clase para consolidar una pequeña *burocracia sectorial* aprovechando el hartazgo ante una discriminación aberrante, estuvo bien presente desde los primeros momentos de la IIIª Internacional. No solo es que el movimiento de mujeres, jóvenes o cooperativistas comunistas limitara su actividad a la propaganda específica, es que organizativamente **no estaba *junto* a la Internacional y sus partidos, sino *dentro* de ellos**, como grupos sectoriales.

No hay más que un sólo movimiento, una sola organización de mujeres comunistas -antes socialistas- en el seno del partido comunista junto a los hombres comunistas. Los fines de los hombres comunistas son nuestros fines, nuestras tareas.

Clara Zetkin

Ecologismo



Ideología que considera que la contradicción histórica principal es Humanidad-Naturaleza, o en ciertas versiones, capitalismo-Naturaleza; proponiendo como alternativa un abanico de «reformas» que van desde el «capitalismo verde» al «decrecimiento».

El ecologismo como ideología del cambio tecnológico verde

En un lado del espectro del ecologismo tendríamos todas las tendencias que presentan la superación la contradicción entre medio natural y capitalismo como el producto de un *cambio tecnológico* que puede ser llevado a cabo dentro del sistema. El problema es que no hay cambio tecnológico al margen de las relaciones sociales y por tanto que no afecte desigualmente a la situación de las clases que definen la sociedad. Al invisibilizar la centralidad de la **lucha de clases**

para poner en su lugar el daño medioambiental, el ecologismo olvida el significado necesariamente reaccionario de toda *reforma ecológica* bajo el capitalismo.

El cambio de modelo energético, de transporte y de producción agraria implica poner en marcha un cambio tecnológico. Pero es importante entender que no es la tecnología la que mágicamente permitiría dar bríos a la **acumulación**, sino la transferencia de rentas del trabajo al capital. La tecnología es puramente instrumental y se desarrolla no por el genio de investigadores solitarios sino por la demanda y las inversiones de capital interesado. Por eso se exige a las nuevas tecnologías supuestamente más «sostenibles» que sean, ante todo, más productivas. No se refieren a la productividad física, a la cantidad de producto obtenido por hora de trabajo medio, sino a la productividad para el capital: la cantidad de ganancia producida por cada hora de trabajo contratada. Por eso la regulación estatal global es central en la «transición ecológica»: impuestos y normas no modifican la capacidad física de producción pero si la ganancia esperada por hora de trabajo social explotado.

Esa es la lógica de toda «revolución tecnológica» en el capitalismo. No es que el capitalismo se «adapte a las nuevas tecnologías», es que las tecnologías no son consideradas como viables si no aumentan la productividad desde la perspectiva de la ganancia, es decir, si no sirven para aumentar el porcentaje de rentas del capital sobre el total de la producción.

El capitalismo es un sistema de explotación de una clase por otra. Su objetivo no es producir coches y, menos aún, salvaguardar el clima. Su único objetivo es producir y aumentar a cada ciclo la explotación incrementando el capital. Bajo la promesa de verdes y utópicos paisajes urbanos modelados digitalmente, de silenciosos coches eléctricos no contaminantes, está como siempre la punzante realidad de la lucha de clases. Toda esa renovación global de infraestructuras energéticas, de transporte y de

producción industrial que imaginan capaz de *reiniciar* el ciclo global del capital, no es sino la mayor transferencia de rentas del trabajo al capital desde la Segunda Guerra Mundial.

Contra la Unión Sagrada Climática, comunicado de Emancipación.

El ecologismo decrecimentista como forma contemporánea del malthusianismo

Otro ala del ecologismo, la llamada *extincionista*, *decrecimentista* o *ecologismo profundo*, heredera del *Club de Roma* y del neo-malthusianismo, con estrellas reconocidas como Hardin y su famosísima *tragedia de los comunes* (escrita originalmente como un panfleto racista), insistirá una y otra vez en el carácter finito de los recursos naturales para asegurar una contradicción entre ellos y el volumen de población mundial actual. La Humanidad no sería más que una especie depredadora incontrolable, una plaga a contener o erradicar, como en los modelos simplones de las clases de ecología.

La única alternativa para este ecologismo sería catástrofe o *decrecimiento*, implicando este una reducción que sus propios portavoces estiman en 7/8 de la población. A diferencia de Malthus intentarán explicar sus ratios de «sostenibilidad» y para ello incurrirán en todo tipo de falacias. Las más conocidas: pronosticar reiteradamente un colapso energético por falta de petróleo suficiente en al menos dos ocasiones en la década de los 2000, y proyectar a partir de los datos de calentamiento global una extinción de la especie en 2050.

Pero la falacia principal de esta rama, cada vez más numerosa y promocionada mediáticamente del ecologismo, es que equipara industrialización a capitalismo para reafirmar la moral burguesa en sus términos más crudos, aquellos utilizados por Malthus.

Malthus y la moral burguesa

El Reino Unido de finales del XVIII no era el lugar más propicio para la empresa industrial. Desde la aristocracia terrateniente y mercantil hasta los campesinos cuya moral comunitaria no había sido destrozada aún bajo la pobreza más miserable, suponían un obstáculo para la burguesía industrial y las luminarias liberales. A finales de siglo siguen en pie las «Poor Laws» isabelinas que obligaban al trabajo forzado, pero también daban apoyo alimentario y básico a las grandes masas de pobres echados del campo por la codicia mercantilista de la acumulación primitiva.

Periódicamente se producen revueltas contra el precio del pan y la situación en Francia causa gran preocupación entre las élites británicas. Siguiendo los pasos de Adam Smith y cerrando el tratado moral smithiano por abajo, Thomas Malthus propone en el momento más oportuno un nuevo orden moral que rompe con todo lo anterior. Allí donde Smith apunta que el *laissez faire* librecambista lleva al mejor de los resultados gracias a la acumulación, Malthus ordena poner en funcionamiento lo que él mismo llama la «máquina» social cortando el sistema Speenhamland de ayudas y forzando a los pobres a trabajar a cualquier precio para sobrevivir.

La vida es actividad, y esta actividad sólo puede ser garantizada por la amenaza del mal de la escasez. Toda la obra estadística de Malthus sobre la necesidad de controlar la población, cuyas famosas ratios nunca demuestra, sirven de justificación para el argumento moral que ocupa los dos últimos capítulos del tratado.

Malthus empezó su teodicea con un análisis crítico de la naturaleza humana. Como en la teoría Aristotélica del movimiento, el estado natural de la humanidad era el reposo. Los hombres eran «inertes, lentos y reacios a trabajar» era el movimiento lo que necesitaba una explicación. Algún empujón era necesario para «despertar a la materia inerte y caótica en espíritu, para sublimar el polvo de la tierra en alma; para causar una chispa etérea a partir del montón de arcilla». Este empujón eran los males físicos y morales causados por la ley de poblaciones. Para evitar el dolor, los hombres entraban en actividad.

Evitar el mal, y perseguir el bien, parece ser el gran deber y ocupación del hombre; y este mundo parece estar peculiarmente calculado para ofrecer oportunidades para los mayores esfuerzos de este tipo; y es por este ejercicio, por esta estimulación, que se forma la mente.

Los hombres eran por naturaleza pasivos; las incomodidades de la vida causaban el movimiento. El Mal era la fuerza motriz del reino humano. Era por lo tanto la fuerza tras la civilización. Malthus se enfrentó a este problema potencialmente vergonzante transformándolo en una teoría de incentivos. En el nivel más bajo el hambre o el frío obligaban a los hombres a buscar comida y formar una sociedad de cultivadores, en los niveles más altos *algunos de los ejercicios más nobles de la mente humana han sido puestos en movimiento por la obligación de satisfacer las necesidades humanas.*

DL LeMahieu, «Malthus and the Theology of Scarcity»

Para horror de una parte de sus contemporáneos -y regocijo de otros-, Malthus no sólo tolera sino que celebra el mal y la escasez como fuerzas creativas. La escasez, como garantía de hambre y suplicio

para los trabajadores, debe ser mantenida artificialmente para asegurar el funcionamiento de la gran máquina de acumulación hidráulica: el **capitalismo**.

Y entonces resulta claro que una sociedad constituida según las formas más bellas que la imaginación pueda concebir, con la benevolencia como su principio motor, en lugar de el interés propio y con cada predisposición al mal de sus miembros corregida por la razón y no la fuerza, acabaría, por las leyes inevitables de la naturaleza y no por alguna depravación original del hombre, degenerando en un corto plazo en una sociedad regida por un plan no muy diferente al que prevalece en todos los estados conocidos hoy en día; quiero decir, en una sociedad dividida en una clase de propietarios y una clase de trabajadores, y con el interés propio como el principal mecanismo de la gran máquina.

Thomas R. Malthus, *An Essay on the Principle of Population* 1798

Malthus conseguirá que se rechacen las ampliaciones a las ayudas a los pobres y se convertirá en toda una figura de su época, influyendo políticos en las islas y formando funcionarios de las Indias que aplicarán sus principios sobre el control de la población a las colonias británicas. La moral de Malthus y Bentham servirá de sustento a todas las discusiones sobre las leyes de pobres y la formación del nuevo proletariado independiente y «libre de vender su fuerza de trabajo»:

El Poor Law Report de 1834, que resumía los resultados de la Comisión Real, estaba repleto de lenguaje Malthusiano: *Hemos visto que uno de los objetivos a los que intenta llegar la presente administración de las Poor Laws es repeler por tanto esa ley de la naturaleza por la cual la imprevisión o mal comportamiento individual de cada hombre deben recaer sobre él y su familia. El efecto de este intento ha sido repeler por tanto la ley por la cual cada hombre y su familia disfrutan los beneficios de su propia prudencia y virtud.*

Uno de los principales objetivos del nuevo régimen, el informe afirmaba era «la disminución de los matrimonios imprevisos y estropeados; deteniendo así el aumento de la población». Abolviendo las ayudas a los hombres capaces de trabajar y sus familias, la *New Poor Law*, afirma Dean, reveló su objetivo Malthusiano de *convertir al... trabajador independiente en el único reponsable del bienestar de su mujer e hijos.*

James P. Huzel, «The Popularization of Malthus in Early Nineteenth Century England»

Culpabilización de los trabajadores y milenarismo

En el discurso decrecimentista y extincionista que es mayoritario en el ecologismo, la *imprevisión individual* ha sido sustituida por la *imprevisión colectiva*. El desarrollo legado por el **capitalismo ascendente**, desde la masificación de las vacunaciones al crecimiento de la producción agraria, por no hablar de la industrialización, habrían alimentado un crecimiento poblacional *por encima de las posibilidades, insostenible*. El único horizonte posible sería *decrecer* es decir, la destrucción en masa de **fuerzas productivas** con la miseria y el genocidio consiguientes. Generosamente nos ofrecen eso sí, hacerlo

poco a poco, a través de *economías de transición*, para que prime la responsabilidad de cada familia y ante la escasez baje la natalidad drásticamente.

Como en Malthus, el argumentario del ecologismo comienza siempre con la perspectiva de una catástrofe inapelable producida por el crecimiento del consumo. Consumo que habría crecido desafortadamente supuestamente *en respuesta* a la insatisfacción permanente de las grandes mayorías sociales. Es una técnica de shock y culpabilización sectaria aplicada a la comunicación social.

En realidad, el consumo es la forma que en una sociedad mercantil toma la satisfacción de las necesidades de los trabajadores. Al atacar su *consumismo* el malthusianismo de hoy pone el foco en el mismo lugar que sus antecesores: la voracidad y el crecimiento de las clases trabajadoras es el principal enemigo del orden social.

Y si Malthus se proponía encauzar -liberalismo mediante- ese impulso al crecimiento hacia la **proletarización** en las condiciones más duras, los ecologistas neo-malthusianos nos proponen simplemente *autocontención* y restricción aún mayor del consumo para salvar a unos pocos en una **utopía** preindustrial **a lo Morris...** que habría que empezar a construir ya.

Lo que es característico en el ecologismo y en el malthusianismo original es la absurdez de sus premisas. Malthus, después de todo un párroco, se oponía tajantemente a la contracepción y para él la fecundidad de la especie no era, sino que *debía ser*, una constante sin cambios históricos.

Para el ecologismo también. El hecho es que lo que se conoce como *transición demográfica*, una bajada marcada de la fecundidad con el desarrollo económico de los territorios, no cuadra con ninguna de las premisas del ecologismo. La humanidad no se reproduce como

conejos en temporada de celo. Gran parte del *boom* poblacional en los **países semicoloniales** es debido a una bajada de la mortalidad infantil gracias a una mejora médica básica que aún no está acoplada a una bajada de la natalidad... debido a que las familias aún viven en la pobreza y necesitan el máximo de manos posibles para trabajar (así como las restricciones al acceso a los anticonceptivos).

Los humanos no maximizamos la cantidad de hijos independientemente del estado de nuestra sociedad. El supuesto problema de la *superpoblación* es el problema de que una buena parte de la Humanidad se encuentra en la pobreza y escasez más mísera debido al capitalismo, no a unas supuestas tendencias naturales a llenar el planeta de niños.

Para Malthus esto era un resultado inevitable de su razonamiento, puesto que su modelo económico preveía que los salarios no iban a aumentar con la **acumulación** (error por el cual se acabó disculpando al final de su vida), por lo que según él, los trabajadores siempre sufrirían gran escasez e intentarían reproducirse lo máximo posible. Hoy en día la posición según la cual hay que restringir el consumo de los trabajadores -causa ella misma de todos los males- es simplemente indefendible.

En realidad el discurso del ecologismo se reduce en tres movimientos: amenaza de catástrofe (*peak* del petróleo, cambio climático, extinción, etc.), culpabilización de los trabajadores por hacer *insostenible* el uso de recursos por consumir *demasiado* y exaltación de la **pauperización**, que habría que abrazar cuanto antes y voluntariamente. Pocos argumentos podrían representar mejor lo que significa la **decadencia** de un **modo de producción**.

Porque el hecho es que todos los modos de producción han generado movimientos similares en su decadencia. En Roma descubrimos una popularidad creciente de la escatología desde la crisis de la República: en los cultos místicos de Isis, los cultos esotéricos -y literalmente castrantes- de Ceres y Apis e incluso en una secta judía helenizada de fuertes tendencias apocalípticas conocida como cristianismo que, convertido ya en **religión** oficial y obligatoria dará todavía marco mitológico a los últimos movimientos sectarios de la descomposición del esclavismo, desde los gnósticos a los priscilianistas.

En la crisis de la feudalidad a partir del siglo XII no faltarán flagelantes, adamitas, joaquinistas... una lista interminable de sectas pauperizantes, castas, penitenciantes y crecientemente violentas que preludian ya el milenarismo de las Germanías valencianas o los puritanos ingleses.

Hoy el ecologismo llama extinción al Apocalipsis y rebautiza la *Ciudad de dios* como ecoaldeá, modelo productivo que no daría para alimentar más que a un séptimo, quizás a un octavo de la población mundial actual según sus propios impulsores. Las clases burguesas, ligadas a un sistema que **ya no produce desarrollo humano**, son incapaces de imaginar un futuro capitalista en el que quepa toda la especie. Así que fantasean una imposible *vuelta atrás* para elegidos impuesta por una catástrofe que la haría obligatoria.

El ecologismo lleva razón en una cosa, no existe ya un futuro en el que el desarrollo de la Humanidad sea compatible con el capitalismo. A la abundancia se va por otro lado, el **comunismo**.

El ecologismo como problema moral

En todas las formas de ecologismo, incluido el llamado *ecosocialismo* en todas sus variantes, coinciden dos características: la negación de que la contradicción **capitalismo-proletariado** sea central o tan siquiera apunte a la superación de las relaciones sociales capitalistas y la imposibilidad de imaginar una sociedad abundante desmercantilizada.

Es decir, el ecologismo ataca de forma directa los dos pilares de la **moral comunista**. Por eso, el resultado de toda aproximación **oportunist**a, aceptar por ejemplo, que la perspectiva de la extinción de la especie por un desastre medioambiental se plantea para las próximas décadas, por mucho que se responsabilice al capitalismo de ello, además de no ser cierta, no puede ser sino desmoralizadora.

No hay *terreno común* posible entre los intereses de clase y el ecologismo en ninguna de sus formas, lo que no implica dejar de lado los problemas ambientales causados por el capitalismo.

Empirismo



Teoría que fundamenta el conocimiento científico en la separación de los hechos «objetivos» -pretendidamente externos al pensamiento- y análisis «subjetivo», pretendidamente propio de la mente individual. Como lo subjetivo es individual, la universalización de los resultados requiere bien una confusión metafísica entre los hechos en sí y los conceptos o categorías con los que se describen o en los que se agrupan o bien aceptar la imposibilidad de una universalización teórica de los resultados empíricos sin una aproximación previa a la totalidad.

Crítica marxista del empirismo

Al partir de una fractura de la realidad entre lo objetivo -pretendidamente natural- y lo subjetivo -pretendidamente individual- el empirismo crea su propio callejón sin salida.

Cuando uno se acostumbra a asignar cierto tipo de realidad, exterior a nuestra mente, a $\sqrt{-1}$, o a la cuarta dimensión no tiene ya gran importancia que se dé un paso más y se acepte también el mundo espiritual de los mediums.

Federico Engels. Las ciencias naturales en el mundo de los espíritus, 1878

La «exterioridad» de una parte de la realidad sobre otra hace imposible la afirmación de una realidad y por tanto de una teoría capaz de explicarla en todas sus interrelaciones simultáneamente. Esta es la base de la imposibilidad de desarrollar una «teoría de complejidad» o incluso de una más modesta «teoría de sistemas», desde la epistemología empirista.

Por grande que sea el desprecio hacia todo pensamiento teórico, sin éste no se puede relacionar entre sí dos hechos naturales o penetrar en el vínculo que entre ellos existe. Lo único que cabe preguntarse es si el pensamiento es correcto o no, y no cabe duda de que el desdén por la teoría constituye el camino más seguro para pensar de un modo naturalista y, por tanto, falso.

Federico Engels. Las ciencias naturales en el mundo de los espíritus, 1878

El dualismo de partida del empirismo se traduce en su propia dicotomía histórica: O bien ha de partir de abstracciones y conceptos ex-ante que no puede ligar sino arbitrariamente a la propia experiencia supuestamente «analizada» a posteriori...

Es el viejo cuento. Primero se convierten todas las cosas sensoriales en abstracciones y luego se las quiere conocer por medio de los sentidos, ver el tiempo y oler el espacio. El empirista se impregna tanto de la costumbre de la experiencia empírica, que cree que aun se encuentra en el campo de la experiencia sensorial cuando está trabajando con abstracciones.

Federico Engels. **Dialéctica de la Naturaleza**.

...O bien se convierte en una casuística que ha de renunciar a pretender cualquier forma de conocimiento universal, paralizado por la *posibilidad empírica* de su refutación.

Hemos visto que el punto de partida y la premisa fundamental de la filosofía del empirocriticismo es el idealismo subjetivo. El mundo es nuestra sensación: tal es la premisa fundamental, velada, pero en nada modificada por la palabreja “elemento” y por las teorías de «la serie independiente», de la «coordinación» y de la «introyección». Lo absurdo de esta filosofía es que lleva al solipsismo, al reconocimiento de que sólo existe el individuo que filosofa.

Lenin. **Materialismo y empirocriticismo**, 1908.

La forma final del empirismo acaba torciéndose en un mundo donde el «solipsismo metodológico» pasa de premisa científica a reinar sobre una sociedad cada vez mas escindida.

Mientras no se haya explicado **cada uno** de los presuntos milagros, todavía les queda espacio suficiente para seguir adelante.

Federico Engels. Las ciencias naturales en el mundo de los espíritus, 1878

Es decir, el empirismo solo puede superar la fractura artificial que supone en la realidad a través de la metafísica o convertirse en el más brutal relativismo. Es por eso que la oposición «modernidad-posmodernidad» en realidad no es tal, sino una consecuencia, presente ya desde sus propios orígenes, de la aproximación al conocimiento de la **burguesía**.

Estado



El estado es un aparato social que aparece con la división en clases para mantener la sociedad constreñida dentro de las relaciones sociales imperantes evitando que colapse a consecuencia de la lucha de clases. Es por tanto fundamentalmente conservador y se presentará como «neutral», por encima de las clases en conflicto, aunque no pueda sino ser una herramienta de la opresión y la explotación de una clase por otra.

Origen

El estado es el producto directo de la fractura de la sociedad en clases.

Acababa de surgir una sociedad que, en virtud de las condiciones económicas generales de su existencia, había tenido que dividirse en hombres libres y en esclavos, en explotadores ricos y en explotados pobres; una sociedad que no sólo no podía conciliar estos antagonismos, sino que, por el contrario, se veía obligada a llevarlos a sus límites extremos. Una sociedad de este género no podía existir sino en medio de una lucha abierta e incesante de estas clases entre sí o bajo el dominio de un tercer poder que, puesto aparentemente por encima de las clases en lucha, suprimiera sus conflictos abiertos y no permitiera la lucha de clases más que en el terreno económico, bajo la forma llamada legal.

Federico Engels. **El origen de la familia, la propiedad privada y el estado**, 1884

Pero que se presente y coloque «por encima» del conflicto de clases no quiere decir que no forme parte de él. El estado es un instrumento de la explotación y la opresión de clase.

Como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida. Así, el Estado antiguo era, ante todo, el Estado de los esclavistas para tener sometidos a los esclavos; el Estado feudal era el órgano de que se valía la nobleza para tener sujetos a los campesinos siervos, y el moderno Estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado.

Federico Engels. **El origen de la familia, la propiedad privada y el estado**, 1884

El estado no es una herramienta mecánica, ciega, de la clase dominante. Es, ante todo, un protector del orden social cuya principal misión es constreñir la lucha permanente que tensa las costuras de una sociedad desgarrada por la existencia de clases y explotación. Su primer objetivo es mantener esas costuras unidas para asegurar la preservación del orden de explotación y con él su autopreservación. Esto, le da una cierta autonomía incluso frente a la clase dominante, especialmente en aquellos periodos donde la lucha de clases se estanca sin perder virulencia y amenaza con producir lo que el Manifiesto describía como «hundimiento de las clases en conflicto». Por eso, Engels continúa el párrafo anterior señalando que...

Sin embargo, por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra. En este caso se halla la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y la burguesía.

Federico Engels. **El origen de la familia, la propiedad privada y el estado**, 1884

Los periodos de lucha abierta entre dos clases explotadoras históricas, una decadente y otra ascendente, es una lucha por el estado, por hacerse con su control, no por destruirlo. Ambas clases están interesadas en mantener el conjunto social dominado y cohesionado para la explotación, aunque bajo relaciones sociales y jurídicas diferentes. Destruir el estado sería equivalente a destruir las condiciones bajo las que prevé construir las formas de su propia dominación.

Ante las clases explotadoras el estado aparece así como «el poder» mismo y por eso, al menos en los momentos previos y posteriores a las grandes revoluciones, la lucha entre los nuevos y viejos amos es precedida y seguida de una guerra de guerrillas, de un juego de posiciones en el interior del propio estado. El mismo estado aparece entonces, cuando la clase económicamente dominante lo es también políticamente, como terreno de una lucha **burocráticamente amortiguada** entre la vieja clase que se resiste a abandonar el poder político y la nueva clase que espera o ha ocupado ya su lugar.

El Proletariado y el estado

Para la burguesía como clase durante buena parte de su vida histórica, el estado se presentó como un organismo a cierto punto externo a sí misma precisamente porque era necesario para ejercer su

dominación social. Esa apariencia se desvanece cuando el protagonismo de la lucha de clase es tomado por el proletariado, la primera clase no explotadora que aspira a tomar el poder político y que por tanto...

...no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines.

El Poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la **burocracia**, el clero y la magistratura -órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo-, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. (...)

Al paso que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el Poder estatal fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del Poder del Estado.

Carlos Marx. **La Guerra Civil en Francia**, 1871

Formas y objetivos del estado obrero

Con la entrada del capitalismo en su etapa **imperialista** primero y su **decadencia** casi inmediatamente después, las formas de la lucha de los trabajadores se transforman. Aparece la **huelga de masas** y con ella los consejos obreros o «**soviets**», organización del conjunto de la

clase que, en el curso de la revolución, se convierten en la forma de ese «estado de transición» a través del que la clase trabajadora impone, es decir, ejerce su **dictadura**, sobre la lógica del capital.

Los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., son incomprensidos no solo en el sentido de que la mayoría no ve con claridad su significación de clase ni su papel en la revolución rusa; son incomprensidos también en el sentido de que representan una nueva forma, o mas exactamente, un nuevo tipo de Estado.

El tipo mas perfecto, mas avanzado de Estado burgués es la república democrática parlamentaria. El poder pertenece al Parlamento; la maquina del Estado, el aparato y los órganos de gobierno son los usuales: ejercito permanente, policía y una burocracia prácticamente inamovible, privilegiada y situada por encima del pueblo.

Pero desde finales del siglo XIX, las épocas revolucionarias hacen surgir un tipo superior de Estado democrático; un Estado que, en ciertos aspectos, deja ya de ser, según la expresión de Engels, un Estado. «no es ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra». Nos referimos al Estado del tipo de la Comuna de Paris, que sustituye el ejercito y la policia, separados del pueblo, con el armamento directo e inmediato del pueblo. En esto reside la esencia de la Comuna, calumniada por los escritores burgueses, y a la que, entre otras cosas, atribuían erróneamente la intención de «implantar» en el acto el socialismo.

La revolución rusa comenzó a crear, primero en 1905, y luego en 1917, un Estado precisamente de ese tipo. La República de los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., congregados en la Asamblea Constituyente de los representantes del pueblo de toda Rusia, o en el Consejo de los Soviets, etc.: he ahí lo que esta encarnando ya en la vida de nuestro país, ahora, en este momento, por iniciativa de un pueblo de millones y millones de hombres, que crea la democracia, sin previa autorización, a su manera, sin esperar a que los señores profesores demócratas-

constitucionalistas escriban sus proyectos de ley para crear una república parlamentaria burguesa, y sin esperar tampoco a que los pedantes y rutinarios de la «socialdemocracia» pequeñoburguesa, como los señores Plejanov o Kautsky, renuncien a sus tergiversaciones de la teoría marxista del Estado. (...)

La república parlamentaria burguesa dificulta y ahoga la vida política independiente de las masas, su participación directa en la edificación democrática de todo el Estado, de abajo arriba. Los Soviets de diputados obreros y soldados hacen lo contrario.

Los Soviets reproducen el tipo de Estado que iba formando la Comuna de París y que Marx calificó de «la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo».

«Las tareas del proletariado en nuestra revolución». Lenin, 1917

Con el «semi-estado» de los Consejos obreros, esa nueva forma de **dictadura** que no es sino la imposición de la satisfacción de las necesidades humanas genéricas y universales, puede enfrentarse a la ley del valor y comenzar la desmercantilización de la sociedad, es decir, dar los primeros pasos al **socialismo** desde las primeras fases de su mundialización. Ese es su objetivo esencial.

La revolución será una revolución social en el mismo lugar en el que surja y no simplemente política (toma del poder por el proletariado). Un estado obrero, subrayémoslo, no se puede mantener en ningún caso si no estalla la revolución internacional, por lo que el socialismo no se puede establecer en un solo país. Añadamos a esto que la supresión de las relaciones capitalistas no es de ninguna manera equivalente al socialismo (¡ni al comunismo!!) sino sólo -y en todo ésto damos por hecho que se trata de una destrucción llevada a cabo por la propia clase trabajadora- un paso hacia el socialismo. Pero este paso, afirmamos, debe ser dado lo más rápidamente posible por el ataque inmediato y la supresión del trabajo asalariado incluso antes de que el proletariado tome el poder a nivel casi global. Sin esto, por muy proletario que sea el poder, se convertirá en lo contrario, ya que la devastación de la revolución no es un corte claro e inmediatamente perceptible.

Aun cuando no se produzca más que en un único distrito industrial, una revolución social se sitúa en el punto de vista de la totalidad porque es una protesta del hombre contra la vida deshumanizada, porque parte del punto de vista de cada individuo real, porque el ser colectivo del que el individuo se esfuerza en no permanecer separado es el verdadero ser colectivo del hombre, el ser humano. Por el contrario el espíritu político de una revolución consiste en la tendencia de las clases sin poder político a suprimir su aislamiento respecto del ser del Estado y del poder. Su punto de vista es el del Estado, una totalidad abstracta que tan sólo existe por la separación de la vida real, que sería impensable sin la contradicción organizada entre la idea general y la existencia individual del hombre. De acuerdo con su naturaleza limitada y ambigua, una revolución con espíritu político crea pues una esfera dominante en la sociedad a expensas de la propia sociedad....Toda revolución disuelve la antigua sociedad: en este sentido es social. Toda revolución derroca el antiguo poder: en este sentido es política.

Marx en El rey de Prusia y la reforma social por un prusiano

«Carta a la Tercera Conferencia Internacional de grupos de la “Izquierda Comunista”», FOR, 1980.

Explotación



Apropiación del producto del trabajo de una clase social por otra.

Históricamente la explotación ha tomado sobre todo formas extra-económicas. El esclavista antiguo, el señor feudal o el mandarín chino organizaban el trabajo social y tomaban una parte del producto de las clases que explotaban mediante la exacción y la amenaza del uso de la violencia.

El **capitalismo** es el primer **modo de producción** en el que la explotación se produce por medios exclusivamente económicos, bajo la forma de un «libre» intercambio generalizado de **mercancías**, aparentemente iguales en valor, en el mercado. Sin embargo, el uso de una **mercancía** particular, la **fuerza de trabajo**, por sus compradores, los poseedores de **capital**, produciría -no se sabe cómo- un incremento de **valor**, una **plusvalía**. La riqueza, es decir el producto del trabajo,

crecería mágicamente a consecuencia de un ciclo interminable y ascendente de intercambios capaces de movilizar en la producción de lo intercambiado a la fuerza de trabajo.

Sin embargo, bajo esa apariencia en realidad se oculta que el **capital** no es sino un derecho de explotación de la fuerza de trabajo. Y que el sistema en su conjunto no es más que una forma, más o menos «automática», de generar nuevos derechos de explotación para los poseedores de capital. La **acumulación** exitosa del capital se presenta como una necesidad para los miembros de la clase explotadora que para mantenerse en ella deben hacer crecer el capital. El sistema premia así con más derechos de explotación a quien utilizó más eficientemente el capital con el que partía.

No es la circulación la que produce **valor**. Tampoco es que el trabajo incorpore valor a los objetos como parecía a los economistas clásicos. **Es que el valor de las mercancías producidas por una economía no es sino el trabajo socialmente necesario para producirlas.** Y si es necesario el capital para producir cada una de ellas, es porque en toda sociedad de clases, hace falta un «derecho» previo para poder organizar y dedicar a la producción de algo una cierta cantidad de fuerza de trabajo y explotarla legítimamente.

Fascismo



Movimiento revolucionarista de la pequeña burguesía que hace de punta de lanza de la contrarrevolución y tiene por misión histórica la destrucción del tejido de organizaciones de clase heredado de la II Internacional, sustituyéndolas por el encuadramiento forzoso de los trabajadores en el capitalismo de estado a través de sindicatos e instituciones derivadas o integradas en el aparato político del estado.

Origen del fascismo

El fascismo surge en Italia en el ambiente **nacionalista** que clama por la participación en la primera guerra mundial para «culminar» la reunificación italiana, es decir, el programa territorial de la revolución burguesa.

Se remonta a los años 1914-15, es decir, a la época que precedió a la entrada de Italia en la guerra mundial, los grupos que pedían esta intervención y que, desde el punto de vista político, estaban formados por representantes de diversas tendencias, constituyeron la primera manifestación del fascismo. Había un grupo de derecha con Salandra, es decir, los grandes industriales interesados en la guerra que antes de reclamar la intervención de la Entente, habían preconizado la guerra contra ella. Allí se encontraban por otra parte tendencias burguesas de izquierda: los radicales italianos, es decir, los demócratas de izquierda y los republicanos, partidarios tradicionales de la liberación de Trento y de Trieste. En tercer lugar se encontraban algunos elementos del movimiento proletario, sindicalistas revolucionarios y anarquistas. A estos grupos pertenecía igualmente (se trata por cierto, de un caso individual pero con una importancia particular) el jefe del ala izquierda del Partido Socialista, director de «Avanti»: Mussolini.

Amadeo Bordiga. **Informe sobre el fascismo. IVº congreso de la Internacional Comunista.**

Estas tendencias «de izquierda», son las que cuajaran alrededor de d'Annunzio, Rossoni y Mussolini en un ***revolucionarismo* de la pequeña burguesía**. Como todo el revolucionarismo de la pequeña burguesía **hasta entonces** será ante todo **nacionalista** y **popular** (=interclasista).

Pero en 1919-20 hay dos elementos que marcan un **cambio de época histórica** que son los que le darán forma específica como fascismo: la revolución obrera y la **integración de los sindicatos en el capitalismo de estado**.

Lo que da la oportunidad al fascismo para convertirse en la esperanza de la gran burguesía serán las vacilaciones y debilidades del movimiento revolucionario en Italia. Tras la incapacidad del partido socialista para dirigir los movimientos masivos de los trabajadores, las ocupaciones de fábricas y los movimientos del proletariado rural, la pequeña burguesía en masa da un giro y la burguesía ve la oportunidad de utilizarla como ariete contra la revolución en marcha.

El proletariado estaba desorientado y desmoralizado. En cuanto vio cómo se le escapaba la victoria, su estado de ánimo sufrió una profunda transformación. Se puede decir que en 1919 y en la primera mitad de 1920, la burguesía italiana se había resignado en cierta forma a asistir a la victoria de la revolución. La clase media y la pequeña burguesía tendían a jugar una función pasiva, a remolque no de la gran burguesía, sino del proletariado al que creían a las puertas de la victoria. Este estado de ánimo posteriormente se ha modificado radicalmente. En lugar de asistir a la victoria del proletariado, se ha visto a la burguesía organizar con éxito su defensa. Cuando la clase media constató que el P. Socialista no era capaz de tomar la delantera, perdió poco a poco confianza en las posibilidades del proletariado y se volvió hacia la clase opuesta. Es en este momento que la ofensiva capitalista y burguesa comenzó. Se aprovechó esencialmente del nuevo estado de ánimo en el que la clase media se encontraba. Merced a su composición extremadamente heterogénea, el fascismo representaba la solución al problema de la movilización de las clases medias en favor de la ofensiva capitalista.

Amadeo Bordiga. **Informe sobre el fascismo. IVº congreso de la Internacional Comunista.**

A pesar de las inevitables incongruencias ideológicas de un movimiento de tal tipo, el fascismo no es solo una ideología nacionalista y revolucionarista que moviliza contra el proletariado a una pequeña burguesía frustrada. Construye una forma específica de **capitalismo de estado** socializante alrededor de los sindicatos: el estado corporativo.

Surgido primeramente en Italia en 1920, con una concepción ideológica basada en las teorías de Sorel sobre la violencia, y su aplicación sistemática, tomó de los núcleos sindicalistas que le apoyaban (Rossoni) la ideación corporativa del Estado, y del campo nacionalista, al mismo como entidad supra—temporal e individual. (*Todo en el Estado; nada contra el Estado: nada fuera del Estado*, Mussolini). El Partido Fascista representa y encarna el Estado; el gran consejo, regentado por éste, es la institución central de gobierno y los sindicatos como instrumento de ligación entre el pueblo y el Estado. (Bien que los tales sindicatos no desempeñan más función que la de someter pacíficamente el proletariado a los patrones). Primitivamente presentose como socialista, al extremo de que en 1919 sostenía un programa de esa índole, apoyando las demandas campesinas de socialización de la tierra y apoyó la ocupación de la fábricas en Lombardía, pareciendo que quedaría en ser una fracción socialista. Apoyándose en el descontento de las masas rurales y pequeño burguesas, los excombatientes y profesionales liberales, que se veían amenazados de sustitución, y sustituidos, por los que no habían ido a la guerra, agitando un programa socializante y aprovechándose principalmente del fracaso de la ocupación de las fábricas y la huelga general del proletariado, debido a la traición de los reformistas, subvencionado abundantemente por el capitalismo, llegó al poder, en donde arrasó con todas las organizaciones de la clase obrera e inclusive de toda oposición burguesa, abjurando asimismo de su primitiva demagogia anticapitalista.

Por todo esto se ve que no sólo es un fenómeno de reacción capitalista sino, hasta un cierto grado, un método político nuevo del capitalismo, cuyo análisis y conocimiento importa sumamente al proletariado. Constituye hoy un poder estatal especial, que ha

abolido todas las formas democráticas, reemplazándolas por el gobierno de un partido militarizado y burocrático que mantiene en un estado de opresión absoluta a toda la población.

Antonio Gallo. **Sobre el movimiento de septiembre**, 1932

El ascenso del nazismo en Alemania

El crack del 29 se traduce en Alemania en un ascenso espectacular del partido nazi en las elecciones de 1930. La Komintern hace un alarde de triunfalismo ignorando los resultados e interpretando los resultados del KPD como una victoria. Trotsky responde tan pronto como tiene los resultados proponiendo «evaluar la victoria parlamentaria del partido comunista a la luz de las tareas revolucionarias».

El resultado, obviamente, no es triunfalista sino alarmante... y en su base está la incapacidad, más que justificada, del proletariado alemán para confiar en el KPD. Incapacidad que aliena a la pequeña burguesía del partido de la esperanza revolucionaria (el comunismo) echándola en brazos del partido de la desesperanza contrarrevolucionaria (el fascismo).

El crecimiento gigantesco del nacionalsocialismo refleja dos hechos esenciales: una crisis social profunda, que arranca a las masas pequeñoburguesas de su equilibrio, y la ausencia de un partido revolucionario que, desde este momento, juegue a los ojos de las masas un papel de dirigente revolucionario reconocido. **Si el partido comunista es el partido de la esperanza revolucionaria, el fascismo, en tanto que movimiento de masas, es el partido de la desesperanza contrarrevolucionaria.** Cuando la esperanza revolucionaria se apodera de toda la masa del proletariado, éste arrastra inevitablemente tras de sí, por el camino de la revolución, a capas importantes y cada vez más amplias de la pequeña burguesía. Sin embargo en este dominio, las elecciones ofrecen precisamente la imagen opuesta: la desesperación contrarrevolucionaria se ha apoderado de la masa pequeñoburguesa con tal fuerza que ha arrastrado tras de sí a capas importantes del proletariado.

¿Qué explicación puede tener esto? En el pasado hemos podido ver un reforzamiento brusco del fascismo (Italia, Alemania), victorioso o, al menos, amenazante, después de una situación revolucionaria agotada o echada a perder, a la salida de una crisis revolucionaria en el curso de la cual la vanguardia proletaria había mostrado su incapacidad para ponerse a la cabeza de la nación, para transformar la suerte de todas las clases, incluida la de la pequeña burguesía. Es precisamente esto lo que ha dado su enorme fuerza al fascismo italiano. Pero hoy, en Alemania, no se trata de la salida de una crisis revolucionaria, sino de su aproximación. Los funcionarios dirigentes del partido, optimistas por su oficio, sacan la conclusión de que el fascismo, llegado «demasiado tarde», está condenado a una derrota rápida e inevitable (Die Rote Fahne) . Esta gente no quiere aprender nada. El fascismo llega «demasiado tarde» si nos referimos a las crisis

revolucionarias pasadas. Pero aparece «demasiado pronto» -en el alba- con relación a la nueva crisis revolucionaria. **Que haya tenido la posibilidad de ocupar una posición de partida tan fuerte en la víspera de un período revolucionario, y no al final del mismo, no es una debilidad del fascismo, sino una debilidad del comunismo.** La pequeña burguesía, por consiguiente, no tiene necesidad de nuevas desilusiones en cuanto a la incapacidad del partido comunista para mejorar su suerte; se basa en la experiencia del pasado, se acuerda de las elecciones del año 1923, de los saltos caprichosos del curso ultraizquierdista de Maslow-Thaelmann, de la impotencia oportunista del mismo Thaelmann, de la bravuconada del «tercer periodo», etc. El fin, y esto es lo esencial, **su desconfianza con respecto a la revolución proletaria se nutre de la desconfianza que millones de obreros socialdemócratas experimentan frente al partido comunista.** La pequeña burguesía, a pesar incluso de que los acontecimientos la han apartado completamente de la rutina conservadora, no puede ponerse del lado de la revolución social más que si esta última cuenta con la simpatía de la **mayoría de los obreros.** Esta condición, muy importante, se echa de menos precisamente en Alemania, y no es por azar.

León Trotski, «El giro de la Internacional Comunista y la situación en Alemania», 26 de septiembre de 1930.

Pero el fascismo, también en su versión alemana, no solo es la expresión de una contrarrevolución en marcha a lomos del revolucionarismo de la pequeña burguesía. Tiene un objetivo claro: destruir la base que hace posible la continuidad del movimiento de clase.

Entre la democracia y el fascismo no hay «diferencias de clase». Eso debe significar, evidentemente, que tanto la democracia como el fascismo tienen un carácter burgués. Nosotros no habíamos esperado hasta enero de 1932 para adivinarlo. Pero la clase dominante no vive en un recipiente cerrado. Mantiene unas relaciones determinadas con las demás clases. En el régimen «democrático» de la sociedad capitalista desarrollada, la burguesía se apoya en primer lugar sobre la clase obrera domesticada por los reformistas. En Inglaterra es donde este sistema encuentra su expresión más acabada, tanto bajo los gobiernos laboristas como bajo los gobiernos conservadores. En el régimen fascista, al menos en un primer estadio, el capital se apoya en la pequeña burguesía para destruir las organizaciones del proletariado. ¡Italia, por ejemplo! ¿Existe diferencia en el «contenido de clase» de los dos regímenes? Si se plantea la pregunta a propósito solamente de la clase dominante, no existe diferencia. Pero si se toma la situación y las relaciones recíprocas entre todas las clases desde el punto de vista del proletariado, la diferencia es muy grande.

A lo largo de varias decenas de años, los obreros han construido (en el interior de la democracia burguesa, utilizándolo todo en la lucha contra ella), sus bastiones, sus bases, sus **focos de democracia proletaria**: los sindicatos, los partidos, los clubs de formación, las organizaciones deportivas, las cooperativas, etc. El proletariado puede llegar al poder no en el marco formal de la democracia burguesa, sino por la vía revolucionaria: esto está demostrado tanto por la teoría como por la experiencia. Pero es precisamente por esta vía revolucionaria que el proletariado tiene necesidad de bases de apoyo de democracia proletaria en el interior del Estado burgués. El trabajo de la II Internacional se ha reducido a creación de esas bases de apoyo, en la época en que desempeñaba todavía un papel progresista.

El fascismo tiene como función principal y única la de destruir todos los bastiones de la democracia proletaria hasta sus mismos cimientos. ¿Tiene o no eso una «significación de clase» para el proletariado? Que se inclinen sobre este problema los grandes teóricos. Tras haber calificado al régimen de burgués -lo que es indiscutible-, Hirsch, al igual que sus maestros, olvida un detalle: el lugar del proletariado en ese régimen. Sustituyen el proceso histórico por una abstracción sociológica estéril. Pero la lucha de clases se desarrolla en el terreno de la historia y no en la estratosfera de la sociología. El punto de partida de la lucha contra el fascismo no es la abstracción del Estado democrático, sino organizaciones vivas del proletariado, en las que está concentrada toda su experiencia y que preparan el porvenir.

«¿Y ahora? Problemas vitales del proletariado alemán». León Trotski. Enero 1932

Este será el logro y el legado histórico que dejará el fascismo, mano a mano con el **stalinismo**, expresión política de la contrarrevolución rusa. Y no solo en los países que habían vivido revoluciones y movimientos masivos de clase (Rusia, Alemania, Hungría, Italia, España...).

El fascismo en España y Argentina

La burguesía española, que en los años veinte vivía con fuerza su fusión con la oligarquía latifundista y la **burocracia** destilada por ésta, sentando las bases del primer **capitalismo de estado** español, fue seguramente la primera en darse cuenta de la utilidad de la nueva ideología para quebrar un movimiento obrero que la había puesto contra las cuerdas ya en el «Trienio bolchevique» y que, con todas sus debilidades, no podía dar por derrotado sino todo lo contrario. La dictadura del general Primo de Rivera, aupado por la burguesía

catalana, que lo tenía por héroe tras su paso por Barcelona, intentará copiar las estructuras partidarias y sindicales del fascismo italiano. El experimento, tutelado abiertamente por los dos pilares de la «tétrica reacción española» (ejército e iglesia católica) no conseguirá convertir a la pequeña burguesía en una fuerza de choque para el estado. La expresión política de la pequeña burguesía española, el republicanismo de izquierda, era demasiado débil y pusilánime todavía, después de un siglo de machaque estatal, como para producir una radicalización creíble, todavía menos de la mano de curas y generales. La dictadura solo encontrará socios atentos en el sindicalismo socialista. Todavía a día de hoy, la estatua de Largo Caballero sigue dando la bienvenida a los «Nuevos Ministerios» contruidos por Primo bajo los estándares -arquitectónicos y burocráticos- del racionalismo fascista italiano.

Siete años prolongó su vida la dictadura. No porque contara con un apoyo nacional efectivo, aparte de los cuartos de banderas, las sacristías, los círculos de la nobleza y la gran burguesía, sino porque coincidió con el mejor período financiero mundial después de la guerra 1914-1918. Esto le permitió asociarse la gran burguesía, neutralizar la pequeña y asegurarse la contemporización de la organización obrera más fuerte de España, el Partido Socialista. Ya se ha indicado bajo otro título hasta qué punto éste sirvió de bordón a la dictadura, ofreciéndole consejeros de Estado y asambleístas nacionales. Pero la monarquía estaba condenada. En lo más profundo de las masas se acumulaban enormes energías. La dictadura había aplazado, no evitado la apertura del período revolucionario.

G. Munis. *Jalones de Derrota promesa de victoria*, 1947

El franquismo en tanto que movimiento político, representó en su relación con los inanes grupúsculos fascistas españoles una actualización del mismo modelo de la dictadura de Primo. A falangistas y nacional-sindicalistas el ejército insurrecto les dio cancha como escuadrones de la muerte y reclutadores de la pequeña burguesía sin ceder el más mínimo espacio en la dirección de la guerra. Fueron adorno y violencia animalesca, fachada útil a los militares para mostrar alineamiento con las potencias del eje y comisarios políticos del estado. Tras la guerra, se les animó a organizar a un proletariado derrotado y masacrado, se les entregaron los sindicatos y la vivienda, se les dio cancha en la «elaboración» ideológica -no sin haberles forzado a fundirse con el último partido feudalizante de Europa, el carlismo- y se les sometió siempre al contrapeso del clericalismo más rancio y la militarización cuartelera del estado. El franquismo había tomado del fascismo afeites y retórica, pistoleros y cuadros, pero nunca se dejó guiar por el «revolucionarismo» pequeño burgués. El fascista español no fue sino un secuaz civil de un régimen militar autoritario, con fuertes raíces en el componente más reaccionario de la burguesía de estado española, un palmero sanguinoliento y aprovechado. Por eso su deriva en los sesenta y setenta, cuando el **régimen comenzó a «modernizarse»**, lo llevó de vuelta a la «socialdemocracia» (Ridruejo) o a la ultraderecha clerical (el «bunker»), pero no al sindicalismo ni el guerrillerismo de izquierda, como estaba pasando con sus equivalentes argentinos en la misma época.

Y es que en Argentina la relación de la burguesía con el fascismo siguió un curso diferente. El golpe de estado de 1930 y la subsiguiente dictadura de Uriburu dejó en evidencia una fractura en el seno de la burguesía argentina:

El sector civilista, democrático, juzgó de conveniencia despedir el radicalismo y no ir más allá. El sector fascista, minoritario, pero más audaz y decidido a virtud de la fuerza de que disponía, juzgó lo opuesto. Y el desenvolvimiento posterior del golpe de Estado se nutre de completo por esta diferencia que había de terminar con el triunfo del sector democrático.

Antonio Gallo. **Sobre el movimiento de septiembre**, 1932

Una fractura que determinará toda la política argentina hasta el golpe militar de 1943 de cuyo seno emergerá Perón, aupado finalmente en 1945 por los sindicatos tras ejercer como Secretario de Trabajo y Previsión. Perón no intentará vestir una dictadura militar al gusto de la gran burguesía agraria con elementos fascistas, sino que se enfrentará a ésta, dando rienda suelta al elemento «revolucionarista» del nacionalismo pequeñoburgués y, sobre todo, la aspiración estatista de la estructura sindical, convirtiendo la conciliación de clases (la «justicia social» que da nombre al movimiento) y la retórica de la **liberación nacional** en la base de un estado que ya no tiene por objetivo primordial la contrarrevolución (que había triunfado globalmente) sino la afirmación de un **capitalismo de estado -planes quinquenales y utopía planificadora incluida-** con sus propios intereses imperialistas.

Fue esta ruptura, continuidad de las aspiraciones del fascismo original, las que hicieron del peronismo de los setenta, en deriva ultraderechista, la matriz de una izquierda burguesa revolucionarista («montoneros») que alimentaría a la «izquierda nacional y popular» del kirchnerismo de los 2000 y al hoy famoso «populismo» de Laclau y Mouffe reivindicado por la «izquierda populista» europea.

Feminismo



Ideología que defiende la existencia de un sujeto histórico y político interclasista, «las mujeres», que trasciende a las clases sociales con intereses propios, diferenciados y por encima de la lucha de clases.

Origen e historia del feminismo

El feminismo nace como corriente política organizada de la evolución de los círculos abolicionistas británicos herederos de puritanismo de la época cromwelliana. Su primera expresión política, el «sufragismo», defenderá la extensión del derecho de voto a las mujeres de las clases propietarias, reivindicación que obtendrá finalmente del gobierno británico tras su entusiasta participación en el reclutamiento y el esfuerzo bélico durante la Primera guerra imperialista mundial.

Convertido en irrelevante por la oleada revolucionaria mundial, el feminismo volverá en plena contrarrevolución en EEUU. Lejos de romper su vinculación con el **imperialismo**, fundará su relato en la incorporación de las mujeres al esfuerzo de guerra y su participación en la industria militar estadounidense durante la matanza. Su icono más utilizado todavía hoy no deja de ser un **cartel de propaganda bélica cuyo objetivo era el reclutamiento de mujeres obreras en la industria de guerra**.

Coincidiendo con el desfonde de la oleada de luchas obreras que se superpone y señala el fin de la reconstrucción bélica (1962-89), el feminismo muta. La nueva evolución (autodenominada «tercera ola») se alimenta de las batallas de poder de la pequeña burguesía en las universidades norteamericanas. Allí, ya en los ochenta, el posmodernismo y el relativismo han comenzado a hacerse hegemónicos, convertidos en herramienta para el cambio generacional en los grupos de poder universitario.

El ascenso a la élite universitaria y la burguesía corporativa de elementos provenientes de la pequeña burguesía negra, amenaza con relegar el feminismo a un único nicho forzosamente compartido. La teoría muta entonces, recogiendo los elementos más relativistas y subjetivistas del posmodernismo, para impulsar una fractalización (el discurso de las «transversalidades») que convierte al feminismo en una ideología de la categorización y afirmación de «identidades»... cada una con su cuota asegurada por la existencia de una «perspectiva» propia e igualmente opuesta a la perspectiva del «varón blanco heterosexual».

El resultado se torna aun más agresivamente divisivo en relación con una clase obrera que a muchos parece ya «muerta» o «desaparecida». La clase obrera se identifica con el «varón blanco sin estudios» y se

denigra rutinariamente como arquetipo del «privilegio» y la reacción «feminicida» y «patriarcal».

En su llegada a Europa y extensión por América, el discurso de «las identidades» ligado al feminismo se convertirá, ligeramente suavizado, en **ideología** de **estado** generando una **burocracia** y un cuerpo técnico especializado en «la igualdad de género» y alimentando estrategias divisivas organizadas por el propio estado como la «huelga feminista» española de 2018 o la propuesta de convenios y contratos laborales diferenciados para cada sexo.

El marxismo contra el feminismo

Vinculado desde sus primeras manifestaciones a la **pequeña burguesía**, el feminismo aplicará al sujeto político que define, «las mujeres», la lógica política interclasista y **nacionalista** del concepto de «**pueblo**». En su batalla para hacer un hueco en las direcciones de las empresas y el gobierno a las mujeres de la pequeña burguesía y las clases altas, las sufragistas trataron pronto de ganar a las organizaciones mujeres trabajadoras, mucho mayores en número y sobre todo mucho más organizadas.

Las feministas proponían un frente interclasista de «mujeres» cuyo objetivo sería conseguir diputadas burguesas dentro del sistema censitario. Prometían representar el «interés común en tanto que mujeres» que supuestamente unía a las trabajadoras con aquellas burguesas del liberalismo radical inglés.

La izquierda de la II Internacional, con Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin a la cabeza se opuso radicalmente ofreciendo una potente batalla ideológica entre 1887 y 1917. Un año antes de la formación del primer grupo sufragista en Inglaterra, Zetkin había presentado en

Gotha, el verdadero congreso fundacional del partido socialista alemán un informe sobre «La cuestión de la mujer y las tareas de la socialdemocracia» aprobado unánimemente.

Desde entonces los socialistas alemanes se habían dedicado a organizar y formar a miles de mujeres de clase trabajadora, impulsado movilizaciones por el sufragio universal para ambos sexos. A partir del Congreso de Stuttgart de la Internacional, la izquierda, con Zetkin y Luxemburgo a la cabeza, dan la batalla a nivel global. No contra un supuesto machismo de la dirección, sino contra las cesiones al feminismo de algunos partidos como el belga, que había aprobado en su congreso apoyar la ampliación del sufragio censitario a las mujeres de clases altas.

El Congreso de la II Internacional celebrado en Stuttgart comprometió a los partidos socialdemócratas de todos los países a iniciar la lucha por el sufragio universal femenino como parte esencial e irrenunciable de la lucha general del proletariado por el derecho de voto y por el poder, en neta contraposición con las aspiraciones feministas.

Clara Zetkin

La batalla ideológica se va haciendo cada vez más intensa con los años. Rosa Luxemburgo comparte en su correspondencia su rechazo íntimo al argumentario «moral y espiritual» del feminismo y las invocaciones al «desarrollo de la propia personalidad» cuando lo que estaban en realidad reivindicando las feministas era la igualdad entre hombres y mujeres de las capas en el poder dentro de ese poder.

Tiene claro que «la mujer» no es un sujeto histórico por encima o al margen de las clases sociales y por eso le produce un rechazo profundo la reivindicación de un supuesto «derecho de las mujeres» que beneficiaría a las trabajadoras al margen de la evolución del

movimiento de los trabajadores en general y la lucha contra el capitalismo. Para Luxemburgo, las feministas intentan convertir el rechazo del **proletariado** a la opresión de la mujer en una forma de desviar la lucha y consolidar un sistema que entonces acababa su **fase históricamente progresista**, del mismo modo que hacía el nacionalismo manipulando la resistencia a la opresión cultural-nacional:

El deber de protestar contra la opresión nacional y de combatirla, que corresponde al partido de clase del proletariado, no encuentra su fundamento en ningún «derecho de las naciones» particular, así como tampoco la igualdad política y social de los sexos no emana de ningún «derecho de la mujer» al que hace referencia el movimiento burgués de emancipación de las mujeres. Estos deberes no pueden deducirse más que de una oposición generalizada al sistema de clases, a todas las formas de desigualdad social y a todo poder de dominación. En una palabra, se deducen del principio fundamental del socialismo.

Rosa Luxemburgo. **La cuestión nacional y la autonomía**, 1908

A diferencia de lo que nos dice hoy la propaganda feminista, Rosa Luxemburgo no solo no fue feminista sino que batalló contra el feminismo toda su vida. Incluso dudaba de la utilidad de organizaciones específicas de mujeres obreras dentro del movimiento socialista que había comenzado a organizar su amiga Clara Zetkin.

Lo hacía por las mismas causas por las que había batallado contra la formación de organizaciones específicas de obreros judíos dentro del socialismo polaco que ella misma había fundando: un rechazo a las bases mismas de eso que ahora llaman «identidad» y que define, desde una mirada muy individualista, a cada uno como una «intersección» de identidades. Para Luxemburgo no son «identidades»

en conflicto las que definen la lucha política, sino un marco histórico en el que una clase universal e indivisible en sus intereses, puede liberar a toda la sociedad de toda explotación y, consecuentemente, de toda opresión.

Las defensoras de los derechos de las mujeres burguesas desean adquirir derechos políticos para participar en la vida política. Las mujeres proletarias solo pueden seguir el camino de las luchas obreras, lo opuesto de poner un pie en el poder real por medio de estatutos básicamente jurídicos.

«Die Gleichheit», el periódico dirigido por Zetkin, deja claro que el poder de las mujeres beneficiadas por el sufragio censitario nacía de su posición social en la burguesía y la pequeña burguesía y que la reforma legal del derecho a voto que proponían afianzaría ese poder; sin embargo, las mujeres trabajadoras solo podían afirmarse a través de las luchas obreras mano a mano con sus compañeros de clase.

Podría pensarse que todo el sexo femenino, privado de derechos políticos, debe batirse como una falange para la consecución del sufragio universal femenino. Pero no es así. (...) También la batalla por el sufragio universal femenino se ve dominada por el contraste y por la lucha de clases; no puede producirse una lucha unitaria de todo el sexo femenino y mucho menos cuando no se trata de un principio vacío sino de un contenido concreto, vital, como el del sufragio universal femenino.

No podemos exigirles a las mujeres burguesas que vayan más allá de su propia naturaleza. Las proletarias no deben contar, por tanto, con el apoyo de las mujeres burguesas en la lucha por sus derechos civiles; las contradicciones de clase impiden que las proletarias puedan aliarse con el movimiento feminista.(...) Las proletarias deben ser perfectamente conscientes de que el derecho de voto no puede ser conquistado mediante una lucha del sexo femenino sin discriminaciones de clase contra el sexo masculino, sino solo con la lucha de clase de todos los explotados, sin discriminación de sexo, contra todos los explotadores, también sin ninguna discriminación de sexo.

Clara Zetkin. Discurso explicando la resolución del Congreso Internacional de Stuttgart, 22 de agosto de 1907

La creación del 8 de marzo como jornada de lucha, de huelga, en 1910 bajo el nombre de «Día de Solidaridad Internacional entre las mujeres proletarias» a propuesta de Zetkin es parte de lo mismo. Se trata de afirmar el carácter socialista y obrero del movimiento por el sufragio realmente universal, es decir, incluyendo la consecución del voto por las mujeres. Es decir, la creación del 8 de marzo fue parte de la lucha de las mujeres de la Izquierda de la II Internacional por los derechos

democráticos de todos los trabajadores y contra la idea feminista de la «unión de las mujeres», «contra la que he luchado toda mi vida» como escribiría Rosa Luxemburgo.

El feminismo y la guerra imperialista

El momento de la verdad que demostraría el fondo y la razón de la batalla de la izquierda de la II Internacional contra el feminismo vendría con la guerra mundial. Las sufragistas «exigen», literalmente, a los gobiernos la incorporación de las mujeres al esfuerzo de guerra y la carnicería bélica. En premio, el gobierno británico concede en 1918 el voto a los 8 millones de mujeres de familias más pudientes, todavía lejos del sufragio universal. Es lo que ahora la prensa celebra como «conquista del voto por las mujeres» olvidando decir que solo eran unas pocas.

En cambio Zetkin y los grupos de mujeres obreras convocarán la primera conferencia internacional contra la guerra en mitad de la represión más salvaje de los internacionalistas por parte de todos los gobiernos. Es el primer acto político organizado por un grupo de la II Internacional contra la guerra en un momento en el que Luxemburgo, Rühle o Liebcknecht están ya en prisión

Conducir a los proletarios a liberarse del nacionalismo y a los partidos socialistas a recuperar su entera libertad para la lucha de clases. El fin de la guerra no puede ser alcanzado más que por la voluntad clara e inquebrantable de las masas populares de los países beligerantes. En favor de una acción, la Conferencia hace un llamamiento a las mujeres socialistas y a los partidos socialistas de todos los países: ¡Guerra a la guerra!

Declaración de la conferencia Internacional de mujeres socialistas contra la guerra

El 8 de marzo de 1917, la manifestación del 8 de marzo en Petrogrado que, como era tradicional, organizaban los grupos de obreras socialistas convocando al conjunto de trabajadores con independencia de su sexo y afirmando reivindicaciones para el conjunto de la clase, se convertirá en el detonante de la Revolución Rusa.

¿Organizaciones separadas de mujeres obreras?

Rosa Luxemburgo denunciaba cualquier organización «de mujeres» y todo «frente de organizaciones de mujeres», porque se daba cuenta que organizarse en un mentiroso espacio interclasista solo servía para engrosar el poder de las capas pequeñoburguesas (y, como veremos, patriotas) que sostenían al feminismo y dividir al movimiento de clase.

Luxemburgo tiene tan claro que la organización de grupos exclusivos de mujeres no puede abrir la puerta ni al interclasismo ni a la separación de la clase que cuando Clara Zetkin le invita al primer congreso de mujeres socialistas se burla en una carta a Luisa Kautsky: «¿Es que acaso ahora somos feministas?» -escribe. Por supuesto, no había ni rastro de feminismo en lo que Luxemburgo y Zetkin harían.

Las «organizaciones femeninas», igual que la organización juvenil creada por Carlos Liebknecht, otro de los puntales de la izquierda del partido, tenían la misma función que Lenin proponía al Bund - organización de los obreros judíos- en el partido ruso: servir a la formación socialista y a la difusión del programa del partido en un entorno específico de mujeres, la mayoría de las cuales seguían todavía en el trabajo asalariado doméstico, en pequeños talleres o dedicadas exclusivamente al cuidado de la familia.

Este enfoque será llevado aun más allá por la III Internacional en su I y II Congreso. La lógica era la misma que se aplicaba a minorías lingüísticas, jóvenes y cooperativistas.

En un documento de directrices redactado para la Internacional para clarificar sus tomas de posición por la propia Zetkin, deja bien claro que no existirán «organizaciones separadas» ni programas diferenciados, sino «órganos específicos» de la Internacional a todos los niveles -de la fábrica al Secretariado- dedicados a promover la formación, la participación y la formación de cuadros femeninos dado el «retraso histórico y la particular posición que a menudo asume debido a su actividad doméstica» la mujer trabajadora de la época.

No hay más que un sólo movimiento, una sola organización de mujeres comunistas -antes socialistas- en el seno del partido comunista junto a los hombres comunistas. Los fines de los hombres comunistas son nuestros fines, nuestras tareas [...] Las mujeres miembros del partido comunista de un determinado país no deben reunirse en asociaciones particulares, sino que deben estar inscritas como miembros con igualdad de derechos y deberes en las organizaciones locales del partido, y deben ser llamadas a la colaboración en todos los órganos y en todas las instancias del partido. El partido comunista, sin embargo, adopta regulaciones particulares y crea órganos especiales que se encarguen de la agitación, organización y educación de las mujeres

Clara Zetkin. Directrices para el movimiento comunista femenino, 1920.

La IIª y la IIIª Internacional no crearán organizaciones étnicas, de género o generacionales, sino que impulsarán la plena igualdad real de todos los militantes dentro del **partido**. El carácter universal del **proletariado** se traduce en términos organizativos en **centralismo**.

Opresiones e «identidades»

A lo largo de toda la obra de Luxemburgo o Zetkin hay una idea que queda clara en cada momento y cada época: no existe la «opresión en abstracto», ni «la nación», «la juventud» o «la mujer» son sujetos históricos. Todos ellos existen en el marco de un determinado modo de producción y por tanto están cruzados, rotos por el conflicto de clase. Rosa Luxemburgo es muy clara cuando sienta las bases desde las que discutir la **cuestión nacional** y lo que dice sobre la «**nación**» y el «**pueblo**» aplica literalmente también a «la mujer».

Se usa el concepto de nación como un todo, como una unidad social y política homogénea. Pero ese concepto de «nación» es precisamente una de las categorías de la ideología burguesa que la teoría marxista ha sometido a una revisión radical, demostrando que detrás del velo misterioso de los conceptos de «libertad burguesa», «igualdad ante la ley», etc., se oculta siempre un contenido histórico concreto.

En la sociedad de clases no existe la nación como entidad sociopolítica homogénea, sino que en cada nación hay clases con intereses y «derechos» antagónicos.

No existe absolutamente ningún terreno social, desde el de las condiciones materiales más primarias hasta las más sutiles condiciones morales, en el que las clases poseedoras y el proletariado consciente adopten la misma actitud y aparezcan como un «pueblo» indiferenciado.

En el terreno de las condiciones económicas, las clases burguesas defienden los intereses de la explotación, y el proletariado, los del trabajo. En el terreno de las condiciones jurídicas, la propiedad privada es la piedra angular de la sociedad burguesa; los intereses del proletariado exigen que los que no tienen nada sean emancipados de la dominación de la propiedad. En el terreno de la administración de justicia, la sociedad burguesa representa la «justicia de clase», la justicia de los aposentados y los gobernantes; el proletariado defiende la humanidad y el principio que consiste en tener en cuenta las influencias sociales en el individuo.

En las relaciones internacionales, la burguesía lleva a cabo una política de guerra y de anexiones, es decir, en la fase actual del sistema, una política aduanera restrictiva y de guerra comercial; el proletariado, en cambio, una política de paz generalizada y de

libertad de intercambios. En el terreno de la sociología y de la filosofía, las escuelas burguesas y la escuela que representa el proletariado están en abierta contradicción (...)

Incluso en el terreno de las supuestas relaciones humanas, de la ética, de las opiniones sobre arte, edificación, etc., los intereses, la visión del mundo y los ideales de la burguesía, por un lado, y los del proletariado consciente, por otro, constituyen dos campos separados entre sí por un profundo abismo. En aquellos aspectos en que las aspiraciones formales y los intereses del proletariado y de la burguesía en su conjunto, o de su sector progresista, parecen idénticos o comunes, como, por ejemplo, en las aspiraciones democráticas, la identidad de formas y consignas encubre una ruptura total de contenido y de política práctica.

En una sociedad de este tipo no puede existir una voluntad colectiva y unitaria, no puede haber autodeterminación de la «nación».

Cuando en la historia de las sociedades modernas se han desarrollado luchas y movimientos «nacionales», se ha tratado, en general de movimientos de clase de la capa burguesa dirigente, que, en el mejor de los casos, puede representar hasta cierto punto los intereses de otras capas populares en la medida en que defienda, como «intereses nacionales», formas progresistas del desarrollo histórico, en los que la clase trabajadora aun no se haya separado de la masa del «pueblo» dirigido por la burguesía para constituirse en una clase políticamente consciente e independiente.(...) Para la socialdemocracia, la cuestión de las nacionalidades es, ante todo, como todas las demás cuestiones sociales y políticas, una cuestión de intereses de clase.

Rosa Luxemburgo. **La cuestión nacional y la autonomía**, 1908

Para el marxismo, no hay «identidad» al margen de la lucha de clases. No hay sujetos históricos distintos de las clases principales en las que se polariza la sociedad burguesa ni, por tanto, otra posibilidad revolucionaria distinta a la de **la clase universal**. Esa «universalidad» no es solo geográfica, es ante todo de intereses: **la abolición del capital y del trabajo asalariado** es, desde hace más de un siglo, el único futuro **progresista** al que puede aspirar la Humanidad como un todo. Es también el fin de toda explotación... y al destruir sus bases materiales y dar lugar a una nueva moral, de toda discriminación. Algo que se adelanta como tendencia en las mismas formas de lucha de los trabajadores (**centralismo**).

Fetichismo de la mercancía



Representación «espontánea» de las relaciones sociales de producción, que ligan a personas y clases, bajo la forma de relaciones entre mercancías equivalentes, es decir relaciones entre objetos sociales igualados en su valor de cambio

Origen del fetichismo de la mercancía

El intercambio de **mercancías** en el mercado es por definición intercambio de equivalentes. Equivalentes en **valor** de cambio, es decir en trabajo social abstracto. El **valor**, que es una relación social entre personas organizadas en clases, difumina entonces su naturaleza representándose como una relación social entre cosas, entre bienes -sean tangibles o intangibles- que se encuentran en el mercado.

¿De dónde brota, entonces, el carácter enigmático que distingue al producto del trabajo no bien asume la forma de mercancía? Obviamente, de esa forma misma. La igualdad de los trabajos humanos adopta la forma material de la igual objetividad de valor de los productos del trabajo; la medida del gasto de fuerza de trabajo humano por su duración, cobra la forma de la magnitud del valor que alcanzan los productos del trabajo; por último, las relaciones entre los productores, en las cuales se hacen efectivas las determinaciones sociales de sus trabajos, revisten la forma de una relación social entre los productos del trabajo.

Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. (...)

La forma de mercancía y la relación de valor entre los productos del trabajo en que dicha forma se representa, no tienen absolutamente nada que ver con la naturaleza física de los mismos ni con las relaciones, propias de cosas, que se derivan de tal naturaleza. Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre aquéllos.

De ahí que para hallar una analogía pertinente debamos buscar amparo en las neblinosas comarcas del mundo religioso. En éste los productos de la mente humana parecen figuras autónomas, dotadas de vida propia, en relación unas con otras y con los hombres. Otro tanto ocurre en el mundo de las mercancías con los

productos de la mano humana. A esto llamo el fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías, y que es inseparable de la producción mercantil.

Carlos Marx. **El capital**, 1867

Fetichismo de la mercancía como forma específicamente capitalista de la alienación

La fractura de la comunidad humana en clases con intereses antagónicos supuso el comienzo de la **alienación**: lo humano, lo social, se presentan como ajenos a lo humano, huyen a los cielos de la **ideología** para mantener unido en las fantasías del intelecto lo que es antagónico en el mundo social material. La **alienación** no es más que la separación imaginaria de la especie respecto a las propias relaciones que definen su organización social.

Sin embargo, a diferencia de las clases explotadoras que le precedieron, la explotación capitalista es completamente «económica». El señor feudal tomaba un pedazo de la producción y el trabajo social «por derecho» en el marco de una relación personal, concreta, con sus siervos. No hay fetichismo alguno en lo que en realidad no es más que una exacción extra-económica.

La forma natural del trabajo, su particularidad, y no, como sobre la base de la producción de mercancías, su generalidad, es lo que aquí constituye la forma directamente social de aquél. La prestación personal servil se mide por el tiempo, tal cual se hace con el trabajo que produce mercancías, pero ningún siervo ignora que se trata de determinada cantidad de su fuerza de trabajo personal, gastada por él al servicio de su señor. El diezmo que le entrega al cura es más diáfano que la bendición del clérigo.

Sea cual fuere el juicio que nos merezcan las máscaras que aquí se ponen los hombres al desempeñar sus respectivos papeles, el caso es que las relaciones sociales existentes entre las personas en sus trabajos se ponen de manifiesto como sus propias relaciones personales y no aparecen disfrazadas de relaciones sociales entre las cosas, entre los productos del trabajo.

Carlos Marx. **El capital**, 1867

El salto del trabajo personal concreto al trabajo social abstracto en la relación de explotación, hace del fetichismo de la mercancía un salto cualitativo en el proceso de abstracción propio de toda forma de **alienación**. Es su forma específicamente capitalista y completamente abstracta. Mientras esclavistas y señores feudales debían fundar su explotación sobre la voluntad *externa* de los dioses, la mercancía hace aparecer *por sí mismas* a las relaciones sociales como relaciones entre cosas, entre objetos sociales ajenos a los que los produjeron, del mismo modo que la **plusvalía** aparece como un resultado *espontáneo* del **trabajo** humano cuando se vende como mercancía bajo la forma de **fuerza de trabajo**.

Feudalismo



Feudalismo o régimen señorial: modo de producción fundado sobre la «relación señorial». La clase dirigente se hace cargo a título familiar de la explotación de un territorio y sus habitantes en virtud de un voto o compromiso de vasallaje que también ordena y jerarquiza las relaciones entre las distintas capas y grupos de la clase explotadora.

Características generales



Extendido en distintos momentos históricos por Asia, grandes partes de África y Europa y proyectado hacia América por la conquista de las monarquías ibéricas, el feudalismo no es un **modo de producción** universalmente homogéneo. De hecho la diversidad y particularidad de costumbres y «privilegios» en porciones territoriales pequeñas es un elemento fundamental de su estabilidad, al cerrar el paso o cuando menos dificultar la mercantilización y el comercio.

Sin embargo hay una serie de características comunes:

- La explotación se desarrolla por medios fundamentalmente extra-económicos y toma la forma exacciones de producción y/o horas de trabajo.
- La clase explotadora (la nobleza) no tiene propiedad legal sobre la clase explotada aunque los campesinos estén adscritos al territorio al que «pertenecen».

- Prácticamente la totalidad tanto de la fuerza de trabajo como del principal medio de producción, la tierra, no son mercancía.
- Las diferencias de clase están extremadamente marcadas y, en el espacio urbano, reguladas y demarcadas minuciosamente.

Clases en el feudalismo

Las clases fundamentales de la sociedad feudal fueron la nobleza (clase explotadora) y el campesinado (clase explotada).

En un sistema con una productividad de la tierra muy baja y una diferencia muy marcada en la capacidad de satisfacción de las necesidades más básicas, el tamaño de la clase dirigente tendía a aumentar mucho más rápidamente que el de aquellos a los que explotaba. Por eso, en prácticamente todas las expresiones del modo de producción feudal, la clase dirigente desarrolló un clero y sistemas monacales -desde el cristianismo hasta el budismo pasando por el islam- que sirvieron de fábrica ideológica, agente colonizador y repositorio de la clase dirigente.

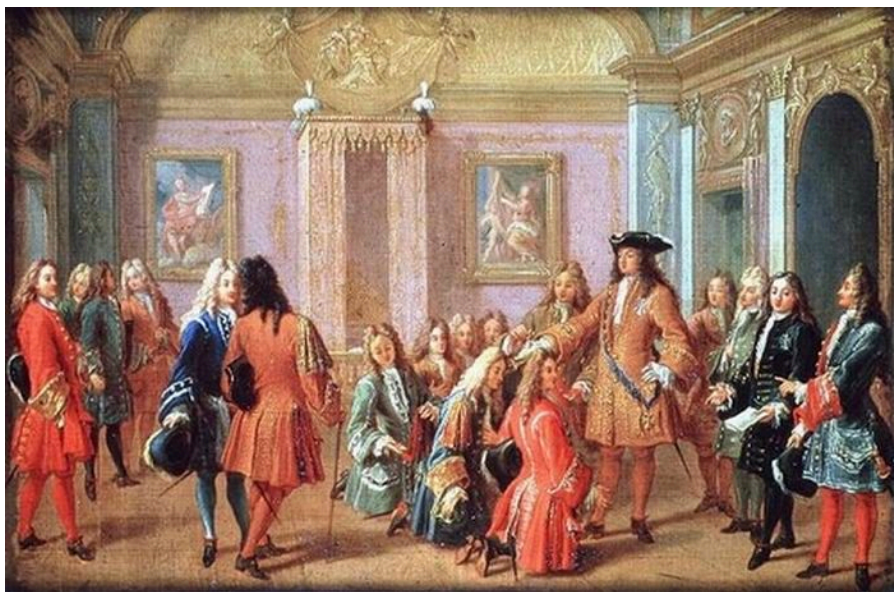
El campesinado se demostrará, a pesar del continuo de revueltas que proliferarán en la decadencia feudal, incapaz de afirmar una alternativa histórica, un papel reservado a la burguesía. Su programa en todos los casos y hasta la implantación del capitalismo, se redujo a la defensa de las tierras comunales bajo distintas banderas casi siempre con tintes apocalípticos, desde los campesinos alemanes en el siglo XVI a las rebeliones de Taiping y del Donghak en el XIX.



Extremadamente reglamentada y reprimida en Asia, solo en Europa y a partir del siglo XI la burguesía pudo desarrollarse suficientemente como para poder afirmarse como clase revolucionaria. Y a pesar de todo, entre sus primeros intentos de revolución política (Castilla en 1520, Flandes en 1568, Inglaterra 1642) y sus primeros éxitos duraderos (independencia de EEUU 1776, Revolución francesa 1789) pasan más de dos siglos y medio.

Junto con estas tres clases principales convivirán, en distintos contextos, tanto los trabajadores asalariados como los esclavos. Unos y otros podrán convertirse en numérica y económicamente relevantes a nivel local sin llegar a suponer una alternativa histórica ni poner en jaque el feudalismo como tal.

El estado feudal



Hasta la decadencia del sistema, la nobleza ejerció local y directamente las funciones estatales y de gobierno. Los nobles eran «señores de vidas y haciendas». De ahí que se suele destacar el carácter *descentralizado* del feudalismo. Aunque, una vez más, esta descentralización no fue homogénea ni siquiera dentro de Europa, menos aún en el mundo arabófono, y tanto la monarquía como el clero intentarán en distintos momentos reorganizar y centralizar a la clase dirigente.

En realidad no será hasta la entrada en decadencia del feudalismo que las principales monarquías europeas (Castilla, Inglaterra, Francia) y el sultanato otomano sienten las bases de un verdadero «feudalismo de estado», conocido luego como «Antiguo Régimen».

Es entonces cuando el feudalismo desarrolla un estado relativamente voluminoso y autónomo de los nobles individuales. Se agotarán las «guerras privadas» entre familias nobiliarias. Aparecen los primeros sistemas de investigación criminal (la Inquisición) y los primeros cuerpos judiciales y policiales centralizados (comendadores y alguaciles reales). Y toda una **burocracia** florece alrededor de la corte y gana paulatinamente funciones en el territorio.

En el curso de decadencia feudal y en especial a partir del siglo XVI en Europa, este estado se convertirá en terreno de combate y fusión entre la nobleza y la burguesía ascendente. El equilibrio llegará en las fases terminales del Antiguo Régimen, preparando y presagiando la toma del aparato estatal por la burguesía.

Por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra. En este caso se halla la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y la burguesía.

El origen de la familia, la propiedad privada y el estado, Engels, 1884

Financiarización



Metástasis cíclica del capital ficticio que multiplica el caos capitalista en la asignación de recursos productivos, escala exponencialmente las «burbujas financieras» y antecede al estallido de los «cracks».

Significado de la financiarización

El desarrollo del **capital ficticio** no se limita, a partir de ciertos volúmenes a las bolsas y los mercados especulativos «clásicos» de materias primas. A partir de cierto momento el capital sobreacumulado, sin destinos productivos rentables suficientes, empieza a apostar sobre sus propios resultados. Este movimiento no se da bajo la forma de mecanismos de aseguramiento clásicos sino como parte de la creación de «paquetes» de activos que compensan los altos riesgos especulativos con riesgos menores de inversiones que han tenido un comportamiento estadístico relativamente estable.

Pero al hacer una apuesta sobre su propio resultado, bajo la apariencia de una homogeneización y reducción de riesgos, se están convirtiendo pasivos (deudas) en activos (participaciones de fondos dedicados a la apuesta). La aparente reducción de riesgos moviliza masas de capitales gigantescas, aumentando de paso la rentabilidad esperada media de los activos. Comienza la burbuja. Las consecuencias directas forman un fenómeno diferenciado que es el que recibe el nombre de financiarización:

1. El contraste entre las rentabilidades especulativas y la rentabilidad de las empresas productivas (que explotan trabajo) transforma internamente a estas últimas. El objetivo pasa a hacer caja cuanto antes para ganar fondos con los que invertir. Líneas aéreas, agencias de viajes, librerías, cadenas de supermercados, etc. etc. serán las primeras en cobrar por adelantado y retrasar pagos a proveedores para maximizar el tiempo con el que especular con su propia liquidez.

A partir de cierto momento les resultará rentable vender a precios menores a su coste de producción para poder aumentar el volumen de ventas y por tanto el volumen cash con el que especular.

Sencillamente al ser mayores los márgenes especulativos esperados que los de explotación, lo más «racional» desde el punto de vista de la ganancia de la empresa individual es aumentar la masa de cash disponible el máximo tiempo posible aunque genere una pérdida operativa en el negocio principal. Eso significa por ejemplo, reducir los tiempos en lineal para un supermercado vendiendo por menos de lo que cuesta fabricar una lata de conserva o, para una agencia de viajes, vender las vacaciones a menos de lo que cuesta el combustible del avión si la compra se hace con más de cuatro meses de antelación.

El problema es que la estructura de precios se corrompe y con ella se distorsiona la competencia en el mercado de capitales y la distribución de recursos de capital entre las empresas. El caos capitalista se multiplica en la distribución de recursos y con él las ineficiencias y fragilidades de todo el sistema.

2. A partir de cierto momento, la cantidad de capital apostado a los resultados del capital realmente utilizado en la explotación lo superan en varias veces. El riesgo se multiplica al hacerse la base material del sistema cada vez más pequeña en relación a las apuestas sobre su resultado. Mientras, los incentivos llevan a tomar cada vez más riesgos a los inversores aunque sus índices no lo reflejen necesariamente. De hecho, el principal riesgo es que a partir de cierto momento, la opción menos arriesgada es apostar por el hundimiento conjunto. Son los momentos previos a un crack financiero generalizado.

Frente popular



Táctica stalinista proclamada en el VII Congreso de la Comintern. Presentaba la formación de alianzas electorales con los partidos democráticos y, eventualmente, la formación de gobierno por estos, como forma de derrotar a la contrarrevolución en su forma fascista.

Origen y significado del frente popular

El Frente Popular se ensaya originalmente en Francia como coalición con los socialistas y los radical-socialistas, mientras formalmente seguía vigente la teoría del VI Congreso sobre el «tercer periodo», la idea de que la socialdemocracia se había convertido en un «apéndice del fascismo» y «enemigo principal».

El Frente Popular es una consecuencia directa de la fusión del «**socialismo en un solo país**» y la consigna del **antifascismo**. En primer lugar porque separa definitivamente a la Comintern del objetivo de

una revolución proletaria, asociándola al republicanismo y la socialdemocracia en la defensa del estado democrático. En segundo lugar porque al hacerlo confiesa el divorcio definitivo de la **burocracia** rusa con la revolución mundial enunciado por primera vez con el «**socialismo en un solo país**». De lo que se trataba era de afirmar gobiernos «amigos», con presencia de los partidos controlados por Moscú. Como coda inevitable, el Frente Popular cambiará paulatinamente la extracción social dominante en los partidos stalinistas.

Sean los debates sustanciosos o huecos, el congreso representa una etapa en la evolución de un determinado sector de la clase obrera. Es importante, aunque sea porque al legalizar el viraje oportunista en Francia, lo trasplanta inmediatamente al resto del mundo. Estamos ante un espécimen curioso del pensamiento burocrático que mientras concede, al menos sobre el papel, cierta autonomía liberal a las secciones, inclusive ordenándoles pensar por su cuenta y adaptarse a las respectivas circunstancias nacionales, su congreso proclama al mismo tiempo que todos los países del mundo, desde la Alemania fascista hasta la Noruega democrática, desde Gran Bretaña hasta la India, desde Grecia hasta la China, tienen la misma necesidad de un «Frente Popular» y, donde sea posible, un gobierno del Frente Popular. El congreso es importante porque señala el ingreso definitivo de la Comintern -tras una serie de vacilaciones y pasos en falso- en su «cuarto período», cuyo lema es «todo el poder a Daladier» [ministro republicano francés], su bandera es la tricolor, y su himno la Marsellesa, que ahoga los sonos de la Internacional. [...]

Cometeríamos un error fatal si creyéramos que la «autocrítica» de los dirigentes bastó para liquidar en forma total e indolora la teoría y la práctica del «tercer período» y que el viraje oportunista y patriota ya tiene asegurado un futuro sin dificultades. Si bien la burocracia pudo arrojar a las llamas con facilidad escandalosa todo lo que reverenció, con las masas no sucede lo mismo. La actitud de éstas hacia las consignas es más seria y auténtica. El espíritu del «tercer período» sigue vivo en la conciencia de los obreros que siguen a la Internacional Comunista. Y este espíritu resultó evidente entre los comunistas franceses en Tolón y Brest. Los dirigentes pudieron frenar la oposición de la base sólo por un tiempo, jurándoles «en secreto» que se trataba de una hábil maniobra destinada a engañar a los radicales y a los socialistas,

alejarlos de las masas, y entonces, «entonces les mostraremos qué somos en realidad». Por otra parte, el viraje coalicionista y patriótico del Partido Comunista le granjea la simpatía de nuevas capas bastante alejadas de la clase obrera, muy patrióticas y muy insatisfechas con los decretos financieros, para quienes el Partido Comunista es tan sólo el ala más enérgica del Frente Popular.

«El viraje stalinista». León Trotski, 1935

Durante la Revolución española, desde julio de 1936 y sin ambages, desde 1937, el Frente Popular se convertirá en el embrión desde el que el PCE liderará y organizará la contrarrevolución, desarmando las milicias, retomando el control de las fábricas y reorganizando el gobierno y sus cuerpos represivos desmantelados por la insurrección proletaria del 19 de julio. El Frente Popular materializa el significado real del **antifascismo**. Es su más clara expresión **nacionalista** y patriótica, el ariete de la contrarrevolución, el ultimo recurso del estado burgués y verdadero responsable del triunfo franquista.

Cuando la burguesía, por medio del Frente Popular, hubo logrado someter a su disciplina a la CNT, la FAI y el POUM, las organizaciones más susceptibles de ayudar a la toma del poder político por los Comités-gobierno, se inició descaradamente la marcha contra la revolución, empezando por la destrucción de los Comités. El stalinismo desempeñó el papel de director de la orquesta contrarrevolucionaria. Mientras el proletariado estuvo armado y deshechos los restos de los cuerpos coercitivos burgueses, ni él ni la socialdemocracia se atrevieron a abrir la boca para decir que era preciso destruir los Comités, reforzar el moribundo Estado, cesar las expropiaciones y combatir en general todas las medidas revolucionarias que desmentían la teoría de la «democracia de nuevo tipo».

La primera preocupación del «Gobierno de la victoria», tenía que consistir en procurarse la fuerza armada necesaria para desarmar a los obreros. Azuzado por el stalinismo, Largo Caballero inició nuevos reclutamientos para las guardias Civil, de Asalto y Carabineros, maquilladas con el nombre de Guardia Nacional de Seguridad. Cuando el Gobierno se creyó bastante fuerte, empezó la ofensiva para desarmar a los proletarios y los campesinos y liquidar las conquistas socialistas. En realidad, los contrarrevolucionarios stalinistas y socialistas no eran fuertes sino teniendo la seguridad de que el anarquismo y el POUM no tomarían medidas para impedir su intento. Si una de ellas, o las dos, tras denunciar públicamente lo que se preparaba, llamaba a las masas a destruir los restos del Estado y las instituciones burguesas y a tomar todo el poder político, la maniobra envolvente del Gobierno de la victoria habría fracasado y la revolución hubiera seguido el curso que la historia le

determinaba. Pero la maniobra stalino-socialista se logró gracias a la colaboración de anarquismo y poulismo. El Estado burgués tuvo armas con que vencer a los obreros y desarmarlos.

Entonces, a fines de 1936, descubrió públicamente su juego. Nuestra guerra no era una guerra civil, sino una «guerra de independencia nacional»; en nuestra zona no se aspiraba a la revolución social, sino a una «democracia de nuevo tipo», es decir a la sociedad burguesa. Las Juventudes Socialistas Unificadas, se reunían bajo la égida stalinista para asegurar a los millonarios de París, Londres y Washington que no eran un partido de clase ni de revolución social. El inmundo Carrillo ratificaba: Conste que no hacemos una maniobra, mientras Comorera, calificaba de tribus a los obreros vencedores de la insurrección fascista y de ladrones a los Comités expropiadores de la burguesía. Poco después las cárceles se llenaban de revolucionarios y centenares de ellos morían asesinados por el stalinismo o por la GPU.

«Significado histórico del 19 de julio». G. Munis, 1938

De modo interesante, el PCE se transmuta también en su composición social. Como informa el dirigente del PCE Fernando Claudín:

A las filas del PCE acuden numerosos elementos pequeñoburgueses, atraídos por el renombre que adquiere el partido de defensor del orden, de la legalidad y de la pequeña propiedad. Y al PCE afluyen sobre todo – o se ponen bajo su dirección a través de la JSI- un gran contingente de la juventud no formada aun en los sindicatos y organizaciones obreras tradicionales.

El informe de José Díaz al CC en mayo del 37 arroja que frente a los 150.000 asalariados que encuadra el partido (y que incluyen además de obreros agrícolas e industriales, funcionarios y cuadros

empresariales) existen ya más de 100.000 pequeños propietarios (profesionales y agricultores) junto a 20.000 mujeres de las que no figura adscripción social. Los testigos exteriores, vinculados al PCE en la época, refuerzan estos datos en sus testimonios.

El PC es hoy, en primer lugar, el partido del personal administrativo y militar, en segundo lugar el partido de la pequeña burguesía y de ciertos grupos campesinos acomodados, en tercer lugar el partido de los empleados públicos y solo en cuarto lugar el partido de los trabajadores.

Franz Borkenau. El reñidero español, 1937.

El análisis sociológico de la militancia refleja hasta qué punto la política frentepopulista y el partido correa de transmisión han conseguido atraer a unos sectores sociales cuyo objetivo es salvar el estado democrático republicano de la revolución obrera en marcha.

Frente único



Táctica afirmada en el IIIer Congreso de la Internacional Comunista que buscaba generar consignas capaces de movilizar a las masas encuadradas en los sindicatos y partidos políticos socialdemócratas -entregados a la defensa del estado y el orden capitalista.

La cuestión del Frente Único

La necesidad de unidad de acción que exigen los trabajadores no es el producto de su encuadramiento por el estado, sino de la propia naturaleza de la clase (**centralismo**). No se puede por tanto enfrentar el encuadramiento que hace gala de «unitario» simplemente negando la necesidad de unidad o afirmando que basta con que los trabajadores ahora encuadrados sigan a los comunistas. Tal táctica, la doctrinaria, hace daño al movimiento como un todo.

Otra cosa es que esta necesidad de centralización sea utilizada por **los sindicatos -que son parte del estado-** y por la izquierda del aparato político como freno del movimiento al hacer equivaler la unidad de clase a la unidad entre ellos. Esa «unidad en el encuadramiento» no puede darse más que en torno a consignas inconducentes o contraproducentes para los intereses de los trabajadores .

La cuestión del frente único es pues la cuestión de cómo impulsar, **a través de un curso de acción** y por tanto de consignas concretas, a los sectores más dinámicos y conscientes de la clase desde la falsa unidad del cepo izquierda-sindicatos a la unidad en una orientación política independiente del estado.

La IIIª Internacional y el Frente Único

Los fundamentos del Frente Único

Es desde esa perspectiva desde la que los bolcheviques plantean a la Internacional el Frente Único como la base táctica del momento en el tercer congreso.

El Partido debe asumir la iniciativa en asegurar la unidad en la lucha presente. Solo así el Partido se acercará a esos dos tercios que aún no siguen su dirección, que aun no confían en él porque no lo comprenden. Solo de esta manera puede el Partido ganarlos.

Si el Partido Comunista no hubiese roto drásticamente y en forma irrevocable con los socialdemócratas, si no se hubiese convertido en el Partido de la revolución proletaria, no hubiese podido dar los primeros pasos serios en el camino de la revolución. Hubiese permanecido como una válvula parlamentaria de seguridad bajo el Estado burgués. Quién no comprende esto, no conoce la primera letra del ABC del Comunismo.

Si el Partido comunista no procurase construir un camino organizativo, al final del cual fuesen posibles en cualquier momento acciones coordinadas conjuntas entre las masas comunistas y las no-comunistas (incluyendo a las que apoyan a la socialdemocracia), pondría al descubierto su incapacidad para ganar -sobre la base de acciones de masas- a la mayoría del proletariado. Degeneraría en una Sociedad de propaganda comunista, nunca se desarrollaría como un Partido que lucha por la conquista del poder.

No es suficiente contar con una espada, tiene que tener filo; no es suficiente el filo: hay que saber usarla. Luego de separar a los comunistas de los reformistas, no es suficiente fusionar a los comunistas entre sí por medio de la disciplina organizativa; es necesario que esa organización aprenda a guiar todas las actividades colectivas del proletariado en todas las esferas de la lucha de clases. Esta es la segunda letra del ABC del Comunismo.

LD Trotski en el **Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista de marzo de 1922.**

En el momento, la tesis central bajo el Frente Único es que, en el contexto de la oleada revolucionaria mundial, el mero movimiento de la clase favorece el desarrollo de su consciencia y por tanto el desarrollo y masificación del Partido Comunista como «forma superior de organización de clase» (Lenin).

Las circunstancias, por lo tanto, tornan completamente posibles las acciones conjuntas respecto a una serie de cuestiones vitales entre los obreros unidos en torno a esas tres organizaciones respectivamente [partidos centristas, socialdemócratas y comunistas], y las masas organizadas que las apoyan.

Los Comunistas, como ya hemos dicho, no solo no deben oponerse a tales acciones sino que, por el contrario, deben asumir la iniciativa, precisamente por la razón de que cuánto más sean impulsadas las masas hacia el movimiento mayor será su confianza en sí mismas, el movimiento de masas tendrá más confianza en sí mismo y será más capaz de marchar resueltamente hacia delante, no importa cuan modesta sea la consigna inicial de lucha. Y esto significa que el crecimiento del contenido de masas del movimiento lo hace revolucionario y crea condiciones mucho más favorables para las consignas, métodos de lucha y, en general, para el rol dirigente del Partido Comunista.

Los reformistas temen al potente espíritu revolucionario de las masas; su arena más preciada es la tribuna parlamentaria; las oficinas de los sindicatos, las cortes de justicia, las antesalas de los ministerios.

Por el contrario, lo que a nosotros nos interesa, aparte de toda otra consideración, es arrancar a los reformistas de su paraíso y ponerlos al lado nuestro ante las masas. Usando una táctica correcta, solo podemos ganar. El comunista que duda o teme esto, parece aquel nadador que aprobó las tesis sobre el mejor modo de nadar, pero que no quiere arriesgarse a zambullirse.

LD Trotski en el **Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista de marzo de 1922.**

Frente Único y papel de los comunistas en las organizaciones unitarias creadas durante la IIª Internacional

Cuando el Frente Único es afirmado como táctica por la IIIª Internacional es una síntesis de la práctica política llevada por los bolcheviques en Rusia entre 1905 y la revolución de octubre. Intenta utilizarse entonces como guía en un escenario mucho más amplio, pero con el que comparte un elemento fundamental: la existencia de un tejido organizado de clase diverso que incluye desde secciones sindicales y sociedades obreras a mutualidades, cooperativas y asociaciones educativas en la que los comunistas tienen minorías amplias pero no la dirección organizativa.

Existen dos claves aquí:

1 La táctica del Frente Único no se considera la principal cuestión, ni va a evaluarse por su resultado allá donde los comunistas forman mínimos grupos de propaganda. Porque como dice Trotski en el mismo texto: «En los casos en que el Partido Comunista aún permanece como una organización compuesta por una minoría numéricamente insignificante, la cuestión de su conducta en el frente de la lucha de masas no asume un significado político y organizativo decisivo».

2 La táctica del Frente Único va a dejar de lado la naturaleza de clase de la política socialdemócrata y los sindicatos. Como el mismo Lenin ha insistido una y otra vez -con especial claridad en «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo»- en la mirada bolchevique ese tejido que Trotski caracterizará luego como de «democracia proletaria» es un terreno de combate político y tirar el agua sucia de su dirección reaccionaria con el niño de su función organizativa y educativa para la clase sería un error izquierdista imperdonable.

Para la Internacional el Frente Único pasará por tanto por organizar «fracciones rojas» en todo tipo de organizaciones creadas por los trabajadores durante el periodo histórico anterior con el objetivo de encaminarlas a ponerse a la cabeza de luchas unitarias. Renegar de sindicatos o cooperativas porque sus direcciones fueran reaccionarias y su propia naturaleza no hiciera de ellas órganos revolucionarios significaría renunciar a la principal vía de toma de consciencia de las grandes masas de trabajadores.

La degeneración y contradicciones de la táctica de Frente Único

El Frente Único generará todo tipo de contradicciones tan pronto se produzca un reflujo del movimiento revolucionario mundial... es decir, prácticamente tan pronto sea anunciada.

Con las fuerzas burocráticas permeando al partido ruso desde la maquinaria de dirección estatal de las empresas y los grandes partidos europeos desde los sindicatos, se producirá una paulatina asimilación del Frente Único a una alianza entre partidos comunistas y socialdemócratas... que se demostró desastrosa en todos los casos. Baste **recordar cómo la dirección socialista convirtió las Alianzas Obreras de 1934 en España** en una herramienta para descarrilar la revolución en marcha hacia simple palanca para un cambio de gabinete.

Y es que esta degeneración del concepto original había desembocado pronto en la aceptación de la consigna del «gobierno obrero». En realidad esta consigna era la traducción mecánica de una experiencia concreta de la Revolución Rusa.

Cuando en 1917 los bolcheviques enunciaron la idea de un gobierno menchevique (expulsar a los ministros capitalistas del gobierno), lo hicieron teniendo en cuenta, por un lado, la fe engañosa que las masas en ese momento tenían en los mencheviques y en la democracia burguesa; por otro lado, tomaron en cuenta la naturaleza de las contradicciones entre los mencheviques y las viejas clases que harían que los primeros, sin voluntad y sin ganas, otorgaran mayores libertades a las masas y a la vanguardia revolucionaria en particular, lo que permitiría a las masas condensar su experiencia en formas orgánicas y elevarse a etapas superiores de lucha.

La existencia de los soviets, permitidos legalmente por el gobierno de Kerensky y en los que los mencheviques, los socialistas-revolucionarios y los bolcheviques participaban en un frente único, permitió este desarrollo.

Carta abierta al Partido Comunista Internacional, sección francesa de la IVª Internacional, de Natalia Sedova, Benjamin Péret y G. Munis (junio de 1947)

Pero en 1923 los «gobiernos obreros» que se planteaban no implicaban fortalecer unos soviets inexistentes. Por eso, cuando hoy leemos los debates sobre la consigna de «gobierno obrero» en el IVº Congreso, los argumentos sólo pueden parecernos pura escolástica **centrista**. Pero también es cierto que hoy lo vemos con perspectiva sabiendo que para las fuerzas burocráticas rusas fue su primer gran triunfo en la Internacional. Esperaban un alivio en la guerra comercial por la formación de gobiernos «de izquierda» en los países industrializados europeos. Nadie supo entenderlo así en el momento.

Sin embargo, fue el primer gran paso en el camino hacia la supeditación definitiva de los intereses de la revolución mundial a los del capitalismo de estado ruso. Supeditación que se condensará en torno a la consigna de «**socialismo en un solo país**» y que convertirá coherentemente el Frente único en **Frente Popular**.

Pero... ¿se puede igualar la degeneración de la táctica de Frente Único a su inutilidad?

El Frente Único después de la destrucción del tejido organizativo de masas creado por la IIª Internacional

La obra destructiva de la contrarrevolución

El periodo 1933-1937, es decir, los años que comienzan con la subida del nazismo al poder en Alemania ante la inacción del KPD y la derrota de la Revolución española, primera contrarrevolución liderada y organizada por un partido «comunista», el PCE, no solo marcan el paso definitivo de la Komintern stalinista a la contrarrevolución y la apertura de la posibilidad de una nueva guerra imperialista mundial.

La derrota de la gran oleada revolucionaria 1917-37 se materializó en la destrucción sistemática del tejido organizativo de clase construido durante la IIª Internacional, el fin de ese espacio de «Democracia Proletaria» que había alimentado a la segunda y tercera Internacionales y del que no quedaban sino jirones cuando se funda la cuarta.

La segunda postguerra mundial

Al final de la guerra será la izquierda de la IVª Internacional la que exija el fin de las consignas ya absolutamente insostenibles de frente único y «gobierno obrero», criticadas por la izquierda de la Cuarta

Internacional desde la Revolución española.

En aquel momento, en manos de la dirección de una IV Internacional en plena degeneración oportunista, las consignas se habían convertido en apoyo electoral «desde fuera» a los PCs y PSs. La izquierda comunista de la cuarta, recordará entonces que no hay paralelismo posible con la consigna de «gobierno obrero» de los bolcheviques en 1917 y que poco o nada puede contribuir un gobierno electoral de las fuerzas que han organizado la contrarrevolución y la guerra a la toma de consciencia de los trabajadores.

El stalinismo es hoy absolutamente incompatible con cualquier democracia proletaria. Dondequiera que han surgido órganos de poder revolucionario, desde España hasta Varsovia, París y Milán, se ha apresurado a destruirlos. **El stalinismo no puede permitir que los revolucionarios hablen.**

La táctica de un frente único con él y el gobierno del PC-PS-CGT **no puede facilitar de ninguna manera la creación de órganos de democracia y poder proletario**, y cualquier gobierno stalinista o bajo influencia stalinista trae consigo una tendencia imperiosa a aniquilar físicamente a la vanguardia revolucionaria. Por lo tanto, es urgente que el PCI y nuestro movimiento internacional retiren estas dos consignas ya anticuadas. ¿No es elocuente el ejemplo de Europa del Este?

Por otro lado, el proletariado de hoy no sufre de ninguna ilusión real sobre la democracia burguesa, la socialdemocracia o el stalinismo. Lo que sí sufre es el hecho de **encontrarse atrapado por los aparatos orgánicos de ambas tendencias**, el stalinismo en primer lugar y sobre todo. La **inexistencia de una organización revolucionaria** que la inspire con confianza y seguridad combativa contribuye más que un poco a ello, es decir, nuestra política actual contribuye directa o indirectamente.

Ayer era indispensable que el proletariado repasara las experiencias de los gobiernos establecidos por los dirigentes de las organizaciones tradicionales para entender que la revolución era la única salida posible. **No hoy.**

Carta abierta al Partido Comunista Internacional, sección francesa de la IVª Internacional, de Natalia Sedova, Benjamin Péret y G. Munis (junio de 1947)

Es decir el problema de fondo es que ya no existe ese tejido de «Democracia Proletaria» sino tan solo «aparatos orgánicos» controlados férreamente por stalinistas y socialdemócratas y, en paralelo, el «gran vacío» producido por la «inexistencia de una organización revolucionaria» que, por otro lado, no puede nutrirse de lo que no existe.

Y si vamos un poco más allá, una formulación un poco más profunda da idea de la gravedad de la situación. La parte más consistente de aquel tejido de clase había venido formada por sindicatos. Pero los sindicatos ya no son ni pueden ser organizaciones de clase con direcciones y tendencias más o menos reaccionarias: **son puro y simple aparato del capitalismo de estado.**

Es decir, la situación de la postguerra mundial en adelante no solo evidencia el carácter contraproducente y reaccionario de la consigna de Frente Único entendida como alianza o apoyo externo a stalinistas y socialdemócratas. También la deja sin objeto: no hay tejido de clase en el que ejercitarla a la manera que habían hecho los bolcheviques y sin él, los revolucionarios quedan confinados en el papel de «grupos de propaganda». El tipo de grupos que la doctrina de la IIIª Internacional nunca había considerado que tuviera oportunidad de plantearse siquiera una táctica así al no tener influencia real en el curso de la lucha de clases.

El FOR y los movimientos propagandistas de la segunda mitad del siglo XX

Para salir de esta espiral, los revolucionarios de la segunda mitad del siglo XX volvieron a trabajar sobre las bases de la experiencia del partido bolchevique. Se suponía que, tras una primera fase como grupo de propaganda, los núcleos militantes crecerían a través de luchas y huelgas de masas y que, eventualmente, podrían apoyar y

apoyarse en distintas expresiones organizativas relativamente estables de la clase: grupos comunistas en empresas, colectivos barriales, comités para fines concretos, etc.

En la práctica esta orientación significó trabajar ignorando la necesidad de un tejido organizativo más allá del propio grupo de propaganda, dando por hecho que surgiría como un poso de la sucesión de las luchas o que tomaría espontáneamente formas nuevas sin que fuera tarea de los militantes propiciar unas u otras. Aparecieron incluso numerosas tendencias consejistas que negaban abiertamente la necesidad y posibilidad de expresiones organizativas de la clase más allá del desarrollo de sus órganos de lucha.

La razón principal es que desde principios de los sesenta (Huelga minera de Asturias, Reino Unido, norte de Francia...) reaparecen las **huelgas de masas** al margen y muchas veces en contra de los sindicatos. Su proliferación global permite pensar en un desarrollo de la organización de la clase exclusivamente a través de las luchas. Pero cuando se agote esa gran ola irregular de huelgas y movilizaciones, que se prolongará hasta finales de los 80, también lo harán las organizaciones propagandistas revolucionarias del periodo.

¿Puede el Frente Único tener alguna utilidad táctica en el presente?

Tampoco es que sobran elementos para reflexionar sobre las alternativas. Sólo **experiencias muy concretas de Izquierda Comunista Española** en los años 30 -experiencias nunca desarrolladas por los internacionalistas después en otros países- apuntaban caminos que unían la propaganda y la organización tanto de órganos de lucha como de «tejido» de clase.

De modo significativo sin embargo, estas experiencias se basaron en una práctica particular del Frente Único que se dirigió en todos los ámbitos y en todo momento al conjunto de los trabajadores, compaginando consignas que alienaban las luchas de su teórica dirección orgánica socialdemócrata al tiempo que impulsaban un tejido organizativo para el conjunto de trabajadores de utilidad directa para estos (Casa del pueblo, escuela, comités de oficio - asimilados a sindicatos pero sin estructuras orgánicas propias- y cooperativa de trabajo).

¿Qué significó en aquella experiencia «Frente Único»? En realidad una forma de plantear las consignas y las tareas que se planteaban los revolucionarios a sí mismos y las que le planteaban a las luchas opuesta a la de las Alianzas Obreras de la época tanto como a la concepción restrictiva de «grupo de propaganda».

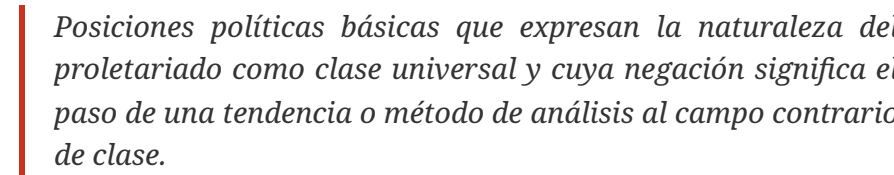
Lo que aprendemos de toda la experiencia acumulada es que sin consignas que atiendan las necesidades inmediatas y concretas de las luchas y la reflexión, los grupos de propaganda sólo pueden ser grupos moralizantes, predicadores en abstracto de la **moral comunista** sin consecuencias prácticas.

E incluso si aportan consignas útiles para cada estadio de lucha, si no impulsan y apoyan sustentos organizativos independientes mínimos de todo tipo -asociaciones, comités de lucha, redes solidarias, grupos barriales, etc.- colocarán a los trabajadores más animosos en la disyuntiva entre la atomización y el encuadramiento, desmovilizando en lo inmediato y debilitando las luchas del futuro.

Siempre será más «viable» a los ojos de un trabajador convencido de la necesidad de luchar pero no formado políticamente, el estado de consciencia de clase que cabe esperar cuando no existe un tejido de clase extenso ni un continuo de luchas masivas, unirse a una estéril

fracción falsamente roja de un sindicato que predicar la huelga de masas; entrar en una red clientelar barrial que animar debates sobre el fondo de la cuestión de la vivienda; etc.

En los largos periodos sin grandes movilizaciones de clase, el **acendramiento** político de los trabajadores nace en esfuerzos colectivos minoritarios que dan respuestas colectivas a las necesidades concretas y universales de los trabajadores «**negando el estado de cosas actual**». Y en ese marco el Frente Único es ante todo una tecnología para elaborar consignas que dirijan ese agrupamiento concreto al conjunto de la clase dándole pie a formas de organización y lucha independientes y superiores.



Así, en la **decadencia**, cuando apoyar cualquier conflicto interburgués no puede tener ya un sentido **progresivo**, tomar partido ante cualquier conflicto bélico entre dos fracciones burguesas o dos estados cualesquiera, no puede ser sino una negación del internacionalismo más básico, convirtiendo a quien lo defiende en un reclutador para la matanza imperialista. No hay otra táctica posible frente a cualquier enfrentamiento interno en la clase dominante o entre esta y facciones o grupos partidarios de formas alternativas de **capitalismo de estado** que el **derrotismo revolucionario**.

Y del mismo modo, cuando una organización o corriente postula la necesidad de dividir las luchas o las expresiones políticas de la clase en función de situaciones que vienen dadas por las condiciones contingentes de explotación (tipo de contrato, empresa contratante etc.) o de «identidades» definidas por discriminaciones sufridas (raza, nacionalidad, sexo, grupo etario, etc.), en realidad se está aceptando la existencia de intereses diferenciados de forma permanente.

Desaparecería en ambos casos la universalidad del programa y con ellos el carácter de clase universal. En el primero la universalidad sería sustituida por una mera suma cambiante de intereses particulares nacidos de la organización del trabajo que en cada momento decida el capital. En el segundo, el programa de clase estaría supeditado a los intereses de supuestos sujetos políticos (la raza, la nación, el sexo, la generación) que trascenderían la división de clases de la sociedad.

Rizando el rizo, algunas versiones -como el llamado «feminismo de clase»- intentan conciliar la clase con la división identitaria. El sujeto político revolucionario se definiría por la «intersección» de dos «identidades», la de clase y la sexual, generando dos sujetos políticos diferenciados con sus propios programas y organizaciones más o menos compatibles (el proletariado femenino y el masculino); pero el

proletariado no es una «identidad» y la «cultura de clase», no hablemos de la «cultura de clase femenina» o la «cultura de clase masculina», dista mucho de la **consciencia de clase**.

No se fundamenta en la particularidad de unas condiciones o experiencias determinadas sino en la universalidad de la explotación, que es la que impulsa un programa, **una perspectiva basada en la afirmación de las necesidades humanas genéricas, universales...** la única perspectiva que es portadora del único **modo de producción** que puede superar al **capitalismo**, el **comunismo**, que es a su vez el fin de toda explotación y opresión en el seno de la especie.

El camino que lleva a cruzar las fronteras de clase transita diversas formas de **oportunismo** pero se alimenta siempre de un debilitamiento de la **moral comunista**: la confianza en las capacidades de la clase trabajadora universal para imponer la satisfacción de las necesidades humanas como criterio ordenador de la sociedad y su metabolismo productivo.

Fuerza de trabajo



Conjunto de capacidades físicas e intelectuales que una persona aplica cuando genera valores de uso en un proceso productivo. Su venta por un tiempo determinado en el mercado como mercancía por aquellos que no pueden producir por sí mismos y no tienen otra mercancía que vender, es la condición y la institución básica del capitalismo.

Significado de la fuerza de trabajo

Por fuerza de trabajo o capacidad de trabajo entendemos el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano y que él pone en movimiento cuando produce valores de uso de cualquier índole.

Carlos Marx. **El Capital**, 1867.

Fuerzas productivas



Conjunto de fuerzas materiales que permiten la transformación de la Naturaleza por la especie humana en el marco de un determinado modo de producción. Las principales fuerzas productivas son siempre el trabajo humano y el conocimiento sustanciado en medios de producción a través de la tecnología.

Desarrollo de las fuerzas productivas

El desarrollo de las fuerzas productivas se mide por la capacidad potencial de transformación del medio. Esto es, por la productividad física media del trabajo, la cantidad de producción que es capaz de agregar una hora de **trabajo** social abstracto, esto es una hora media bajo las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo.

Huelga de masas



Forma de lucha de los trabajadores característica del capitalismo decadente. Resuelve la organización y autoafirmación masiva de los trabajadores extendiéndose de forma espontánea a lo largo y ancho de un territorio, incorporando a todos los trabajadores sin tener en cuenta oficio, nacionalidad, sexo o cualquier otra división impuesta por la organización de la producción o el estado.

Origen de la huelga de masas

Con el desarrollo del **imperialismo**, en la última década del **capitalismo ascendente**, la lucha de clases se recrudece y empieza a mostrar nuevas formas en todo el mundo. La primera gran «huelga de masas» estalla en Rusia en 1905.

De un extremo a otro del país corrió una oleada grandiosa de huelgas que estremecieron el cuerpo de la nación. Según un cálculo aproximado, la huelga se extendió a 122 ciudades y localidades, a varias minas del Donetz y a diez compañías de ferrocarriles. Las masas proletarias fueron removidas hasta sus cimientos. El movimiento arrastró a un millón de almas. Sin tener un plan determinado, incluso frecuentemente sin formular exigencia alguna, interrumpiéndose y comenzando de nuevo, guiada sólo por el instinto de solidaridad, la huelga reinó en el país por espacio de unos dos meses. [...]

Después del 9 de enero, la revolución no conocerá descanso. No se limita ya a un trabajo subterráneo oculto a la vista, para sublevar incesantemente nuevos estratos; ha llegado a hacer abiertamente, con prisa, el llamamiento de sus compañías, sus batallones, sus regimientos y sus cuerpos de ejército. La fuerza principal de esta inmensa tropa se halla constituida por el proletariado; por eso la revolución procede al llamamiento de sus soldados mediante la huelga.[...]

Una tras otra, las profesiones, las fábricas, las ciudades abandonan el trabajo. Los ferroviarios son los iniciadores del movimiento, las vías férreas sirven de transmisor a esta epidemia. Son formuladas exigencias económicas, satisfechas casi de inmediato, en todo o en parte. Pero ni el comienzo de la huelga, ni su término dependen exclusivamente de las reivindicaciones presentadas, ni de las satisfacciones que se obtienen.

La huelga comienza, no porque la lucha económica haya llegado a exigencias determinadas, sino, por el contrario, al hacerse una selección de exigencias que se formulan porque se tiene necesidad de la huelga. Existe la necesidad de comprobar por sí mismo, por

el proletariado de otros lugares y en fin por el pueblo entero, las fuerzas que se han acumulado, la solidaridad de la clase, su ardor combativo; es preciso pasar una revista general de la revolución.

Los propios huelguistas y quienes los apoyan, y quienes por ellos sienten simpatía, y los que les temen, y los que les odian, todos comprenden o sienten confusamente que esta curiosa huelga que corre localmente de un lugar a otro, recupera su impulso, y pasa como un torbellino; todos comprenden o, sienten que no obra por sí misma, que se limita a cumplir la voluntad de la revolución que la envía. Sobre el campo de operaciones de la huelga, es decir, sobre toda la extensión del país, está suspendida una fuerza amenazadora, siniestra, cargada de una insolente temeridad.

León Trotski. 1905: *Resultados y perspectivas*, 1906

Cuando Rosa Luxemburgo lleve la discusión sobre el modelo de la «huelga de masas» a Alemania, en un momento en el que la tensión de clase es fuerte, el partido aceptará a regañadientes su «uso» y supeditada solo a una eventual prohibición del derecho al voto de los obreros. Los *sindicatos*, se cerrarán entonces en banda. Rosa Luxemburgo terciará en el debate intentando aclarar, en primer lugar, que la huelga de masas no es la huelga general en el sentido no de universalidad, al revés, sino en el de la posibilidad de reducirla a una herramienta, la posibilidad misma de «convocarla».

Lo primero que la experiencia de Rusia nos lleva a revisar es la concepción general del problema. En la actualidad, cuando ya todo se ha dicho y hecho, nos encontramos con que la posición de los más fervientes defensores de «ensayar la huelga de masas» en Alemania, como Bernstein, Eisner, etcétera, y la de los más enconados adversarios de esta idea, como por ejemplo Bomelburg en el campo sindical, en la práctica resultan lo mismo, es decir la concepción anarquista.

Pues el modo de pensar anarquista es la especulación directa sobre el “gran Kladderadatsch”, sobre la revolución social simplemente como característica externa e inesencial. Lo esencial del anarquismo es la concepción abstracta, ahistórica, de la huelga de masas y de las condiciones en que generalmente se libra la lucha proletaria.

Este caprichoso modo de razonar tuvo como resultado que hace sesenta años se concibiera la huelga de masas como el camino más breve, seguro y fácil para saltar a un futuro social mejor. El mismo modo de razonar originó recientemente la idea de que la lucha sindical era la única y verdadera «acción directa de las masas», y también la única lucha revolucionaria verdadera. Esta, como sabemos, es la última posición de los «sindicalistas» franceses e italianos [sindicalismo revolucionario que luego mutará en el anarcosindicalismo de la CNT].

Lo fatal para el anarquismo fue siempre que los métodos de lucha improvisados en el aire son como invitaciones a una casa cuyo dueño está ausente, es decir, son puramente utópicos. Además, estas especulaciones que en un momento dado fueron en general revolucionarias, al no contar con la despreciable y vil realidad, son transformadas por ésta, de hecho, en instrumentos de la reacción.

Los que hoy fijan un día en el calendario para la huelga de masas en Alemania, como si se tratara de un compromiso anotado en la agenda de un ejecutivo; los que, como los participantes del congreso sindical de Colonia, pretenden eliminar por medio de una prohibición «propagandística» el problema de la huelga de masas de la faz de la tierra, se guían por estos mismos métodos de observación abstractos y ahistóricos.

Ambas tendencias se basan en el supuesto netamente anarquista de que la huelga de masas es un medio de lucha puramente técnico, que puede «decidirse» a placer y de modo estrictamente consciente, o que puede ser «prohibido», una especie de navaja que se guarda cerrada en el bolsillo «lista para cualquier emergencia», y se puede abrir y utilizar cuando uno lo decida. (...)

Por lo tanto, si algo nos enseña la Revolución Rusa, es, sobre todo, que la huelga de masas no se «fabrica» artificialmente, que no se «decide» al azar, que no se «propaga»; es un fenómeno histórico que, en un momento dado, surge de las condiciones sociales como una inevitable necesidad histórica. Por lo tanto, no se puede entender ni discutir el problema basándose en especulaciones abstractas sobre la posibilidad o la imposibilidad, sobre lo útil o lo perjudicial de la huelga de masas. Hay que examinar los factores y condiciones sociales que originan la huelga de masas en la etapa actual de la lucha de clases.

En otras palabras, no se trata de la crítica subjetiva de la huelga de masas desde la perspectiva de lo que sería deseable, sino de la investigación objetiva de las causas de la huelga de masas desde la perspectiva de lo históricamente inevitable.

Rosa Luxemburgo. **Huelga de masas partido y sindicatos**, 1906

Pero hay elementos que no debemos olvidar tampoco en el rechazo que la huelga de masas provoca en la dirección socialdemócrata: la huelga de 1905 ha superado a la burocracia sindical y su fantasía de organizar al proletariado como un ejército piramidal. El proletariado ruso no ha creado centrales sindicales, ha creado un nuevo tipo de órgano: el consejo obrero, el **soviet**. Y este órgano ha superado y colocado a los sindicatos bajo su mando natural sin contar con popes ni burócratas. La peor pesadilla para la dirección **sindical** en un momento en el que los sindicatos empiezan a integrarse en el **capitalismo de estado**.

A medida que se desarrollaba la huelga de octubre, el soviet se convertía naturalmente en el centro que atraía la atención general de los hombres políticos. Su importancia crecía literalmente de hora en hora. El proletariado industrial había sido el primero en cerrar filas en torno a él. La unión de los sindicatos que se había adherido a la huelga a partir del 14 de octubre, tuvo casi inmediatamente que reconocer el protectorado del soviet. Numerosos comités de huelga –los de ingenieros, abogados, funcionarios del gobierno– regulaban sus actos por las decisiones del soviet. Sometiendo a las organizaciones independientes, el soviet unificó en torno suyo la revolución.

León Trotski. **1905: Resultados y perspectivas**, 1906

La huelga de masas en el siglo XX

La huelga de masas no es un fenómeno confinado temporal o geográficamente. Inmediatamente después de la revolución rusa de 1905, veremos como aparece en América del Sur, la famosa Huelga del Salitre de 1907*, como vuelve a Rusia en febrero de 1917 y se confunde con la oleada revolucionaria mundial hasta 1937, desde

España a China. Rebrotará en Italia, Alemania, Grecia y Vietnam como forma de base de los intentos del proletariado por transformar la guerra en revolución.

En 1953 en Alemania, pondrá en jaque por primera vez a los nuevos regímenes stalinistas del Este de Europa. A partir de 1962 (huelga minera de Asturias) la huelga de masas se enseñorea de nuevo por el mundo, desde París a Córdoba y Rosario, desde Sudáfrica a Vitoria y de ahí al Donbass pasando por Polonia, sin respetar océanos ni «telones de acero». En la segunda mitad de los ochenta, la larga oleada de luchas abierta entonces se agotará. Sin embargo, el renacer de la lucha de clases volverá a traer el fantasma de la huelga de masas a Irán (2017-19), Marruecos (2018) y México (2019).

Ideología



Consciencia de la realidad social e histórica falseada y constreñida por el interés de clase. Existe por tanto desde la fractura de la sociedad en clases. Solo la aparición de una clase universal, explotada y revolucionaria genera las condiciones que hacen posible su demolición teórica -en sus expresiones políticas- y práctica, en su práctica revolucionaria.

Ideología y clase dominante

Todas las clases dominantes hasta ahora necesitaron, para mantener el sistema que les daba sentido, presentar la explotación como un hecho inevitable y «natural». Los conjuntos de ideas y prejuicios, el «sentido común», la **cultura**, el arte, las creencias comunes, lo reflejan. Como la producción de ideas es parte del aparato productivo de la sociedad misma, la producción ideológica de una época difunde los

intereses y puntos de vista de la clase dominante como valores universales, reproduciendo y afianzando los valores con los que justifica su dominio.

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente.

Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante, o sea, las ideas de su dominación.

Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono con ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión, y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulan la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean; por ello mismo, las ideas dominantes de la época.

Marx y Engels. *La ideología alemana*, 1845

Todas las clases dominantes necesitan presentar sus programas y necesidades como avances universales, como objetivos del conjunto social. Y necesitan hacerlo así, en primer lugar, frente a sí mismas. No tenemos razón para pensar que la burguesía no sea sincera cuando identifica el «interés de todos» con el el interés de la **nación** -es decir, el del capital nacional- exigiéndonos que aceptemos de buen grado peores condiciones de vida y trabajo o que nos masacremos en una guerra.

Pero es que la burguesía no puede concebir otra forma de organización social que no sea la suya, la que le da sentido como clase. Si pudiera hacerlo, se pondría en cuestión a sí misma. La ideología de la clase dominante no es solo una máscara: limita su concepción de la sociedad y el mundo en la medida en que no puede concebir que sus intereses se enfrenten a los de la sociedad como un todo. La ideología es una conciencia interesada y falsa de la realidad, limitada y limitante.

La ideología bajo el capitalismo de estado

En el **capitalismo de estado** no son individuos de la alta burguesía directa y personalmente, como fue relativamente común en sus **siglos de ascenso**, los que elaboran las formas ideológicas que «aceitan» el sistema y le sirven de guía para ejercer su dominio. La ideología no es un producto maquiavélico surgido de un gabinete estatal o empresarial que piensa abiertamente en términos de **lucha de clases**. Es un producto social que se produce orgánicamente dentro de los aparatos especializados del capital.

Existen órganos del estado, como la universidad, partidos políticos, medios de comunicación, sindicatos, *think-tanks* y todo tipo de agrupaciones, dedicados a específicamente a crear ideología

absorbiendo «tendencias», ponderando sus consecuencias y promoviendo nuevas «causas» y visiones del mundo.

Estos ideólogos profesionales pertenecen por lo general a la pequeña burguesía y buena parte de lo que producen lleva su sello, desde el **populismo** al **feminismo**. Dada la naturaleza de esta clase intermedia y sus expectativas reaccionarias, realmente nada de lo que puedan crear es un peligro real para el capitalismo como tal aunque pueda, puntualmente, poner un palo en la rueda de los intereses del capital nacional o de sus facciones dirigentes.

Las ideologías de «protesta» de la pequeña burguesía echan arena en los ojos del descontento y la rabia. Por supuesto esto bien puede ser inconsciente para los que lo proponen, por eso es ideología, pero toma materialidad conforme se produce socialmente, es decir conforme suscita el consenso de distintos sectores del poder construyéndose como una «verdad social» a través de los medios y la acción de los aparatos políticos que se dedican a encuadrar bajo el estado y los intereses del capital nacional a la población.

Imperialismo



Etapa del capitalismo como sistema global que culmina el desarrollo progresivo de éste y lo sumerge en su fase histórica de decadencia, a partir de la cual el capitalismo pasa de ser un acicate a ser una traba para el libre desarrollo de las fuerzas productivas que él mismo ha creado.

Origen del imperialismo

El imperialismo se produce por la ausencia de mercados extracapitalistas suficientes para realizar el conjunto de la plusvalía producida y rentabilizar el **capital acumulado**. Los mercados extracapitalistas son los formados por artesanos, campesinos autónomos y en general por los productores de valor mercantil que no participan de la reproducción ampliada de capital, estén dentro o fuera de las fronteras de un determinado estado nacional.

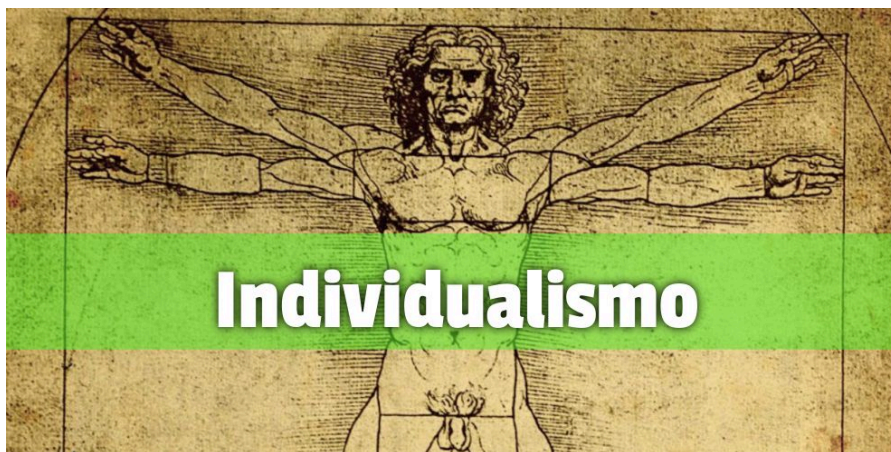
Cuando los mercados extracapitalistas exteriores a los estados nacionales burgueses empiezan a ser insuficientes en volumen para absorber la plusvalía generada por estos. En consecuencia las relaciones entre los estados constituidos, entre estos y sus colonias y la organización del capital en cada uno comienzan a transformarse. Esa transformación supone la entrada en una nueva etapa histórica del desarrollo del capital: el imperialismo.

En la organización interna del capital, el imperialismo supone un desarrollo de la concentración y la centralización del capital. Se produce la fusión del capital industrial y el bancario en el capital financiero y este se liga cada vez más al estado y los monopolios. El **militarismo** aparece por primera vez como una tendencia global y la lucha por encontrar destino a los capitales sobre-acumulados se convierte en lucha por exportar capitales.

El imperialismo da forma a la etapa final del **capitalismo ascendente**. La extensión y profundización de sus condiciones desemboca -guerras mundiales y contrarrevolución mediante- en la fase de **decadencia** del sistema, cuyas características principales configura, transformando radicalmente con ellas las condiciones de la lucha de clases.

La concentración y centralización de capitales alrededor del capital financiero y el estado, se convertirá en generalización del **capitalismo de estado** y absorción del **sindicato** en el estado; la saturación crónica del mercado mundial en una globalización del **militarismo** pareja la imposibilidad de desarrollo independiente del capital nacional -y por tanto imposibilidad de **liberación nacional** con carácter progresivo; y, en general, las dificultades del capital para desarrollar libremente las fuerzas productivas en una escisión definitiva entre crecimiento y desarrollo.

Individualismo



Individualismo: ideología que afirma que las personas, tomadas una a una, tienen un amplio grado de soberanía que les permite determinar su propio futuro y dar forma a su realidad social a través de la relación con los demás individuos. El individuo sería por tanto el responsable último de su situación social y la sociedad se explicaría como resultado de la agregación de comportamientos individuales, no de las contradicciones entre clases sociales

El origen del individualismo

Cristianismo e individualismo

Aunque tomemos la definición más complaciente de individualismo, no hay nada *natural* en la concepción de que las personas, tomadas una a una, tengan un amplio espacio de soberanía que les permita

determinar su propio futuro y dar forma a la realidad social. No hay nada evidente tampoco en que la sociedad sea el resultado de las interacciones, disputas y acuerdos de distintos tipos entre individuos. Y, de hecho, la idea de *individuo* es bastante reciente en términos históricos.

El origen remoto del individualismo está en el ámbito religioso. Durante siglos el único gran monoteísmo de la época, el judaísmo, careció de un *dios personal*. Dios se relacionaba con el pueblo de Israel, no con los judíos uno a uno. Su *comunicación* con *el pueblo* se producía a través de personajes especializados con un don particular, los profetas. Tener un destino trazado por la divinidad era una característica de los israelíes como un todo frente al resto de los pueblos. Individualismo, ninguno.

Por eso era el *pueblo elegido*, no una colección de *elegidos*. Que el favor particular de un dios tribal que acaba afirmándose como único dios real, implicara ciertas oportunidades y responsabilidades para sus jefes y reyes, no negaba sino que reafirmaba la naturaleza colectiva de esa relación.

Sin embargo, la expansión física del judaísmo por el imperio romano y la lógica de su proselitismo empezaron a ser cada vez más contradictorias con la idea de un dios tribal. ¿Cómo redefinir al *pueblo elegido* cuando una proporción creciente de los fieles provenía de otros grupos y vivía en otros reinos?

La *superación* de esa contradicción será el centro de las reflexiones de las corrientes judeo-helenísticas (Filón de Alejandría) pero marcarán sobre todo a una secta al mismo tiempo irracionalista y universalista posterior en unas décadas: el cristianismo. La respuesta final, la de San Pablo, será convertir al *pueblo elegido por Yahveh* en *el pueblo formado por los que eligieron a Yahveh*.

La relación personal de los miembros con la divinidad pasa a estar en primer plano. Es tan importante que hace innecesarios los rituales de pertenencia al pueblo de Israel como la circuncisión. En adelante no se es parte del pueblo de Dios por haber nacido judío. Se es parte del *pueblo de los que eligieron* porque elige uno mismo. Lo que define el cristianismo es la relación de cada cristiano con dios. El creyente se convierte en un *individuo en relación a dios* y el pueblo en *comunidad de fe* unida místicamente entre sí por la comunión de cada uno con el Cristo.

El cristianismo es además, en su primer siglo, una religión apocalíptica. El pueblo de dios vive en la espera inmediata y permanente de una *segunda venida*. Ante la inminencia, las divisiones sociales y de clases se difuminan. Todos los creyentes son iguales a ojos de dios y esa igualdad, nacida de la devaluación de todo lo material y social a las puertas del fin del mundo, permite una *fraternidad de hermanos en Cristo*.

Es decir, la comunidad cristiana primitiva no es una comunidad en el sentido estricto, no es un todo concreto, no es un conjunto de relaciones interpersonales que **hace** cosas en común y **da forma** a la vida de sus miembros. La Cristiandad, por el contrario, es el *cuerpo místico de Cristo*, la agregación de las relaciones individuales creyente-dios. Esta es la espina dorsal de la primera concepción teórica del individualismo... y el molde en el que el individualismo capitalista, siglos después, tomará forma como núcleo de la ideología burguesa.

Pero todo esto apenas tiene consecuencias en el cristianismo como ideología social del nuevo **modo de producción** que entonces está cuajando: el feudalismo. Conforme pasen los años y con ellos la furia escatológica, lo institucional, la iglesia -material, jerárquica- irá tomando el lugar central en el cristianismo.

El *pueblo de dios*, la Cristiandad, se definirá cada vez más como beneficiario colectivo de la mediación de la Iglesia. El siervo feudal, pero también el noble y el eclesiástico, estarán muy lejos de tener una concepción individualista de sí mismos o de promover el individualismo como ideología.

El *individuo* sobrevivirá tan solo en la argumentación teológica -un producto de consumo interno de las élites eclesiásticas- y en las formas más místicas y sectarias, consideradas heréticas, de los márgenes del cristianismo. La mayor parte de estas habían sido contundentemente perseguidas desde la conversión del cristianismo en religión de estado y nos quedan pocos restos de su existencia.

Pero no todas desaparecerán. Una de ellas de hecho será reencauzada por la propia iglesia hasta ser convertida en un pilar del feudalismo europeo, un mundo paralelo y separado en el que vivirá el *individuo para dios* y que, inesperadamente, será la incubadora de algunas de las prácticas y bases ideológicas que luego usará la burguesía en su ascenso.

El individualismo monacal

El monacato nace a partir del siglo II como un intento de reconducción del movimiento eremítico. Los eremitas, en esa exaltación de la relación personal del cristiano con su dios, abandonarán la comunidad material para retirarse a los páramos y los desiertos. Algunos, los estilitas, acabarán incluso en lo alto de las columnas de los templos clásicos destruidos por el fanatismo cristiano. El objetivo de tamaña soledad será centrarse en el cultivo de su relación con la divinidad sin *distracciones*.

Porque para el cristiano *radical* la sociedad no es más que una distracción, una prueba o un sacrificio que le separan de la única relación en la que es individuo por sí mismo, la única que se orienta

al futuro y puede dar sentido a su vida. La vida del eremita es el individualismo *en dios*.

Desde el principio el eremitismo será un problema tanto para la iglesia como para los propios eremitas. Para la iglesia no era nada cómodo tener una nube de místicos más o menos ambulantes y sin control ideológico estricto, recibiendo el tratamiento de *santos* por no pocos de sus fieles y predicando inconveniencias proféticas con demasiada frecuencia. Eso cuando no eran meros locos o bandidos. Para los eremitas, en cambio, la soledad podría ser muy deseada pero el apartamiento extremo en zonas agrestes tendía a exigir un esfuerzo más que notable para conseguir las provisiones básicas vitales y venía acompañado de un peligro permanente de asaltos.

La solución, que aparecerá pronto, será la construcción de eremitorios y monasterios. Lo interesante es que el monasterio será *solamente* una comunidad en los términos de la teología cristiana, es decir, no será una comunidad en absoluto. El objetivo del monasterio no es otro que crear las condiciones para que el individualismo del eremita puede ser vivido por muchos en un único espacio.

Su mismo nombre *monasterio*, del griego *monajós* (solitario, único), revela que el objetivo de las comunidades monásticas es proveer y organizar la soledad, el aislamiento del individuo en su relación a dios. La comunidad monástica es un grupo de individuos unidos no por sus relaciones o un hacer colectivo, sino por la superposición de acciones individuales que solo cobran sentido en la relación de cada uno con dios. La sociedad cristiana que se proyecta bajo el ideal monástico no es una sociedad, es una masa de individuos ligadas por una relación centralizadora.

Para el desarrollo de este principio antisocial que es el fundamento del individualismo, el tiempo mismo se separó de la Naturaleza. Conforme avancen las *reglas*, desde las visigodas a las de San Isidoro o las célticas y de estas a la de san Benito, más regulado estará el tiempo monástico. La **alienación** de la vida humana respecto a la Naturaleza ensaya en el monasterio medieval un nivel completamente nuevo: la separación radical del tiempo humano tanto de la hora solar como de las estaciones.

Está prefigurándose el tiempo fabril, marcado por turnos y horas arbitrarias en vez de por la luz del sol o el ciclo de las cosechas. No es casualidad que **los primeros relojes mecánicos**, tan importantes **para el nacimiento de la moral capitalista** y la normalización del individualismo, se desarrollaran en monasterios. Y es que precisamente porque el individualismo es una forma de negar la sociedad a las personas que viven en ella, no puede afirmarse sin negar también a la Naturaleza de la que la sociedad humana es una parte.

La *regla de san Benito* hace independiente *las horas* del monje de las del sol; hace el tiempo que dedica al trabajo independiente de las necesidades de su comunidad; y le enseña que su verdadera *realización* no existe en su actividad productiva y colectiva sino en el aislamiento contemplativo que realiza junto a los otros monjes y al mismo tiempo, pero no con ellos, porque en realidad es su tiempo a solas con dios.

Individuo y tiempo bajo el capitalismo

Cuna del *individuo* y el individualismo, el monasterio será la primera maqueta, el primer esbozo del **gran autómatas social que la burguesía tomará como forma ideal -antítesis en realidad- de la sociedad humana**. Porque, si lo pensamos, la vida bajo el capitalismo no es tan

diferente de la vida *bajo la regla*. Vivimos en un tiempo abstracto -esto es **arbitrario y abstraído del tiempo natural**-, centrado en producir de acuerdo con un sistema cuyo objetivo no es la satisfacción de las necesidades humanas.

Y para la inmensa mayoría el **trabajo** -reducido a **trabajo asalariado**- se concibe como un mero instrumento, como una forma de ganar medios y tiempo para *realizarnos*, es decir, para desarrollar nuestra *individualidad y ser nosotros mismos*, generalmente consumiendo en soledad algo que *nos traslada a otro lado*, *nos trasciende*, es decir, nos aliena y aísla aun más. **El individualismo está en el núcleo mismo de la religión burguesa.**

Todo el armazón ideológico del sistema se basa en que los intercambios *voluntarios* son libres y que, por definición, cuando dos personas intercambian algo, ese intercambio se da entre iguales en **valor**. Abstraído de todos los condicionantes de las personas reales, el *individuo* abstracto que intercambia su **fuerza de trabajo** lo hace libremente.

Es más, si dejamos al mercado *equilibrarse* mediante la competencia, recibirá un **salario** igual a su **valor**, un salario *justo*. Y así las cosas, la riqueza se crearía mágicamente, simplemente por la sucesión de los ciclos de intercambio. Cuanto más rápidos sean estos ciclos, nos dicen cada día, más riqueza se creará. ¿Quién crea la riqueza? Aquellos que disponen de **capital** y lo utilizan para comprar **fuerza de trabajo** con el objetivo de vender luego su producto, porque cuantos más intercambios y productos haya más *dinamismo* tendrá la circulación de **mercancías**.

En el relato de esta mitología, se invisibiliza la razón de que la mayor parte de la sociedad, el **proletariado**, solo pueda intercambiar en el mercado su fuerza de trabajo. No nos va a contar tampoco que para

que existiera una clase así tuvo que ser desposeída de medios de producción la mayor parte de la sociedad. Pero el objetivo está conseguido, **gracias a esa abstracción llamada *individuo*, desaparece del relato completamente que el crecimiento de la riqueza no es otra cosa que incremento del trabajo impago.** El individualismo, el concepto mismo de individuo es el cimiento del argumento que permite negar la explotación.

La necesidad para el capitalismo de la promoción del individualismo

Por eso el sistema quiere no solo que aceptemos la existencia del individuo, sino que nos consideremos a nosotros mismos individuos y aceptemos el individualismo como la forma *natural* de comportamiento humano.

Cambiamos al dios monacal por la *economía* -es decir por la **acumulación**- y veremos lo que en realidad significa el individualismo. El *individuo* es la forma perfecta para la trituradora. Igual que el monje medieval convertía en culpa los desastres que no entendía por qué su dios permitía y acababa pensando que sus propios pecados eran el origen de todos los males, nos haremos responsables de los desastres que el sistema produce: desde el destroz medioambiental a la rapiña de siglos pasados, desde las infinitas formas de **discriminación** que crea y recrea continuamente hasta nuestro propio desempleo.

Es más, seremos tan incapaces como él de ser parte de lo realmente comunitario y colectivo, renunciando así tanto a poder resistir como a poder transformar nada. Como al monje, nos será inimaginable que el trabajo no sea una maldición y que las necesidades humanas

universales y concretas puedan anteponerse a las abstracciones. Y nuestra propia vida se convertirá, como la suya, en individualismo: la experiencia de ser *individuo*, un *tránsito* sin sentido hacia la nada.

Internacionalismo



Afirmación del proletariado como una única clase mundial frente al capitalismo global, con unos únicos intereses, táctica y estrategia y con un proyecto, el socialismo, solo realizable globalmente.

El mercado mundial fundamento de la clase universal

Desde su primera aproximación al **proletariado** como clase universal, Marx y Engels se dan cuenta de que el mercado mundial que el capitalismo está desarrollando es un elemento fundamental para la propia naturaleza de la clase, que no es revolucionaria solo por ser universal en el sentido de no luchar por un privilegio particular que le configure como una nueva clase explotadora, sino porque en sí misma nace de una misma situación histórica y mundial: la universalización de la explotación capitalista. El proletariado está llamado a convertirse en un sujeto histórico universal, no nacional ni local. Está llamado a seguir el internacionalismo.

La masa de los simples trabajadores (...) y por tanto, la pérdida no puramente temporal de ese mismo trabajo como fuente segura de vida, presupone, a través de la competencia, el mercado mundial. Por tanto el proletariado solo puede existir en el plano histórico-mundial, lo mismo que el comunismo, su acción, sólo puede llegar a cobrar realidad como **existencia histórico-universal**. Existencia histórico-universal de los individuos, es decir, existencia de los individuos directamente vinculada a la historia universal.

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1845-1846

Esta idea volverá una y otra vez, comenzando por el Manifiesto de 1848: la creación del mercado mundial da forma a un mundo unificado en un único modo de producción interconectado que crea a una única clase revolucionaria mundial.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo.

En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y eso se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Marx y Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848

Por eso su proyecto, no solo el **comunismo** sino el **socialismo**, solo tienen sentido y viabilidad como modo de producción global, impulsado por una única clase mundial.

El comunismo, empíricamente, sólo puede darse como la acción «coincidente» o simultánea de los pueblos dominantes, lo que presupone el desarrollo universal de las fuerzas productivas y el intercambio universal que lleva aparejado

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1845-1846

El proletariado no es parte de la nación

Esta afirmación y esta perspectiva tienen tanto más valor por cuando se dan en pleno **capitalismo ascendente**, cuando la burguesía todavía lucha por constituirse en **nación** en países que habrían de ser centrales en el sistema. Sin embargo Marx y Engels tienen cuidado en subrayar que todas las **tareas nacionales/democráticas** que puede hacer propias el proletariado es ayudar a la burguesía a hacerse con el poder cuanto antes, no definirse o hacerse ilusiones viéndose como parte de la nación.

En Alemania está todavía por delante la lucha decisiva entre la burguesía y la monarquía absoluta. Pero, como los comunistas no pueden contar con una lucha decisiva con la burguesía antes de que ésta llegue al poder, les conviene a los comunistas ayudarle a que conquiste lo más pronto posible la dominación, a fin de derrocarla, a su vez, lo más pronto posible. Por tanto, en la lucha de la burguesía liberal contra los gobiernos [absolutistas], los comunistas deben estar siempre del lado de la primera, precaviéndose, no obstante, contra el autoengaño en que incurre la burguesía y sin fiarse en las aseveraciones seductoras de ésta acerca de las benéficas consecuencias que, según ella, traerá al proletariado la victoria de la burguesía.

Las únicas ventajas que la victoria de la burguesía brindará a los comunistas serán: 1) diversas concesiones que aliviarán a los comunistas la defensa, la discusión y la propagación de sus principios y, por tanto, aliviarán la cohesión del proletariado en una clase organizada, estrechamente unida y dispuesta a la lucha, y 2) la seguridad de que el día en que caigan los gobiernos absolutistas, llegará la hora de la lucha entre los burgueses y los proletarios. A partir de ese día, la política del partido de los comunistas será aquí la misma que en los países donde domina ya la burguesía.

Federico Engels. **Principios del Comunismo**, 1847

Es decir, incluso en el momento en el que el proletariado debe luchar junto a la burguesía para barrer el estado absolutista, último bastión del poder feudal, los comunistas introducen la unidad de la perspectiva de clase y luchan contra las ilusiones con las que pretende engatusarlos la burguesía, ilusiones que al final se resumen en la ilusión de la «**comunidad nacional**».

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía. (...)

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

Marx y Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848.

¿Qué significa «constituirse en nación»? Precisamente lo contrario de aceptar y encuadrarse en la «comunidad nacional». Es obvio que en 1848 en cada lugar, la «organización del proletariado en clase y, por tanto, en **partido** político» ocurrirá en primer lugar dentro de las fronteras nacionales, en el espacio del estado nacional. Pero esto es una forma, un contenedor geográfico, no un contenido. Porque el proletariado no puede afirmarse dentro o como parte de la nación, bajo la «comunidad nacional» burguesa, porque sería lo mismo que proclamar que existe una comunidad de intereses, si no con la burguesía, al menos con el capital nacional.

Al contrario, el proletariado se constituye en nación destruyéndola: lidera al resto de clases no explotadoras que entienden que para defender de manera efectiva sus intereses deben unirse a él en la destrucción del estado nacional y proclama inmediatamente la «República mundial» como ocurrió en el París de la Comuna o en la Rusia de 1917. La constitución en «clase nacional», en sujeto político capaz de disputar el poder al estado nacional, no se encamina a crear o encerrarse en un estado nacional ni «propio» ni mucho menos en

comandita con la burguesía. Cada revolución misma será «solo nacional en la forma, no en el contenido» y en cualquier caso solo podrá mantenerse en ese estadio por un periodo muy breve.

XIX. ¿Es posible esta revolución en un solo país?

No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro. Además, ha nivelado en todos los países civilizados el desarrollo social a tal punto que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han erigido en las dos clases decisivas de la sociedad, y la lucha entre ellas se ha convertido en la principal lucha de nuestros días. Por consecuencia, la revolución comunista no será una revolución puramente nacional, sino que se producirá simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, al menos en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania.

Ella se desarrollará en cada uno de estos países más rápidamente o más lentamente, dependiendo del grado en que esté en cada uno de ellos más desarrollada la industria, en que se hayan acumulado más riquezas y se disponga de mayores fuerzas productivas. Por eso será más lenta y difícil en Alemania y más rápida y fácil en Inglaterra. Ejercerá igualmente una influencia considerable en los demás países del mundo, modificará de raíz y acelerará extraordinariamente su anterior marcha del desarrollo. Es una revolución universal y tendrá, por eso, un ámbito universal.

Engels. **Principios del Comunismo**, 1847

Internacionalismo como frontera de clase

El **comunismo**, futuro y programa que forma a la clase en el presente, es una afirmación permanente, en la estrategia y en la táctica, del principio internacionalista. De hecho, es su elemento definitorio.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y **hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad**; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por las que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, **representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto**.

Marx y Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848.

La consecuencia directa es el **derrotismo revolucionario**: Ante la guerra **imperialista** -y en la **decadencia** todas las guerras «nacionales» son imperialistas- los comunistas afirman que **el enemigo principal está siempre en el propio país**. La posición básica del marxismo desde 1914 en que estalla la primera gran guerra imperialista, la posición internacionalista, es «**conversión de la guerra imperialista en guerra de clases**». Eso es lo que pasó en Rusia en 1917 y en Alemania en 1919. La primera gran matanza del capitalismo imperialista no «se acabó», fue detenida por la lucha de clases.

La transformación de la actual guerra imperialista en guerra civil es la única consigna proletaria justa, indicada por la experiencia de la Comuna, señalada por la resolución de Basilea (1912) y derivada de todas las condiciones de la guerra imperialista entre los países burgueses altamente desarrollados. Por muy grandes que parezcan las dificultades de semejante transformación en uno u otro momento los socialistas jamás renunciarán a efectuar un trabajo preparatorio sistemático, perseverante y continuo en esta dirección, ya que la guerra es un hecho.

Lenin. *La guerra y la socialdemocracia de Rusia*, 1914

El internacionalismo es la expresión política de la naturaleza del proletariado como clase universal. Toda idea de colaboración de clases durante la guerra, de «defensa nacional», de «liberación nacional», de «unión sagrada», hace posible y apuntala la guerra imperialista y las tendencias hacia su extensión. Solo sirve para encuadrar a los trabajadores en su propia matanza a manos de otros trabajadores igualmente descarrilados de su propio interés de clase. Es la negación máxima y más evidente del internacionalismo.

El internacionalismo no consiste en defender a un mismo imperialista en distintos países, incluso por encima de las líneas de frente de la guerra, sino en **enfrentar como una única clase universal a todas y cada una de las burguesías en liza**, todas ellas imperialistas. Significa entender que «el proletariado no tiene patria» y obrar en consecuencia, como un único sujeto político global con su propio programa y objetivos: el **comunismo**.

Internacionalismo [significa] solidaridad del proletariado mundial como unidad frente al capitalismo internacional. Solidaridad tanto en las ideas como en los hechos, dirigida contra la nación y el patriotismo en primer término, países coloniales incluidos. No puede existir interés superior al del proletariado mundial, ni siquiera el de un país donde la revolución hubiese triunfado.

Los internacionalistas combaten con igual saña a los dos bandos contendientes en las guerras imperialistas locales tanto como en las guerras de carácter mundial, y señalan como traficantes de carne humana a los respectivos parciales y propagandistas. Proponen y se esfuerzan en organizar la acción de los explotados, en el frente y en la retaguardia, contra sus respectivos gobiernos y mandos militares. Toda defensa nacional -incluso en su grado de resistencia - encubre la explotación y la opresión. El enemigo inmediato está, para cada proletariado, en su propio país; hostilizarlo al máximo es condición para desencadenar la lucha del proletariado en otros países y emprender, unidos, la destrucción del capitalismo en todo el mundo.

G. Munis. **Léxico de la truhanería política contemporánea, comparado con el léxico revolucionario**, 1970.

Por eso el internacionalismo es **frontera de clase**. Cuando una tendencia u organización lo abandonan, encuadrando al proletariado para la guerra, trascienden un límite que objetivamente la colocan al otro lado de la línea de clase e indican una degeneración mortal previa que no puede tratarse como un mero error puntual. Por eso el abandono del Internacionalismo por la mayoría de la IIª Internacional cuando estalla la primera guerra imperialista mundial es respondido con la formación de los partidos comunistas y una IIIª Internacional. Y cuando ésta supedita la revolución mundial a las necesidades del

estado ruso («**socialismo en un solo país**») se produce una nueva ruptura que conduce a los internacionalistas a la formación de una IVª Internacional a partir de la **Izquierda Comunista**.

En 1939, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la Cuarta Internacional publicó inmediatamente un manifiesto derrotista revolucionario, inspirado directamente en el de Lenin un cuarto de siglo antes. Pero detrás de esta excelente declaración de principios, sólo se encontraron unos pocos grupos auténticamente comunistas (en Francia, México, Grecia,...) que fueron capaces de defender con uñas y dientes el internacionalismo proletario. Pegada con chicle y alambre (chicle del SWP americano, alambre de la Vérité en Francia, por ejemplo), la IV Internacional cayó rápidamente en la Resistencia nacional, donde se volvió mortalmente inferior al stalinismo. No podía seguir siendo una fuerza revolucionaria.

Viejas naciones, nuevas luchas, vieja cantinela, 1990

Omnipresencia del internacionalismo en la decadencia

Cuando una tendencia traiciona el internacionalismo está condenándose a sí misma la esterilidad. Un internacionalismo consecuente es vital porque define la única posibilidad de desarrollo político de la clase. Por eso el internacionalismo es la piedra de toque para poder aportar a la **consciencia de clase** en nuestra época.

Todos [los lineamientos de cualquier forma de unidad política] están englobados en el internacionalismo. Su abandono, en 1914, por la Segunda Internacional en beneficio de la defensa patriótica (capitalista, no puede ser otra) fue un gran descalabro para el proletariado. Puesto de nuevo en marcha [el internacionalismo] por la revolución rusa, origina la primera oleada revolucionaria mundial, que va siendo contenida en un país tras otro hasta ser vencida en España. Causa directa de esa eliminación del proletariado como clase en lucha, fue la traición al internacionalismo por la III Internacional, traición que provenía de los intereses del capitalismo estatal erigido en Rusia e hipócritamente etiquetado socialista.

El internacionalismo nos da pues la clave para comprender todos los problemas y para adoptar en conclusión las nociones teóricas necesarias a la próxima ofensiva del proletariado. Él permite deslindar méritos y errores de la revolución rusa, comprender su marcha atrás hasta la contrarrevolución stalinista, el papel reaccionario mundial de la misma a través de sus partidos, la derrota de la revolución española, la victoria de Franco y su duración en el poder, la guerra de 1939-45, las resistencias nacional-imperialistas y todas las guerras o movimientos nacionales posteriores de igual naturaleza, la conversión de los que fueron partidos comunistas en partidos anti-comunistas, el crecimiento industrial degenerativo tanto en Occidente como en Rusia, China y países atrasados, el largo marasmo del proletariado desde la guerra acá y la importancia reaccionaria creciente de los sindicatos; permite comprender igualmente la actual estupidez retrógrada del trotskismo, y hasta los primitivismos, charlatanerías, yerros teóricos o indigencias de numerosos grupos mas postineros que llanamente revolucionarios.

Por otra parte, rebasando con mucho la situación de guerra imperialista generalizada o regionalizada, el internacionalismo nos da también la clave de la táctica y la estrategia a adoptar en la lucha del proletariado contra el capitalismo, lucha que se cisca en las fronteras y que no puede ser sino mundial, empiece donde empizare. Mundial en lo geográfico, mundial por su contenido concreto, reivindicativo. Nos veremos así abocados a hacer frente a todos y cada uno de los regímenes políticos del capital (el de España, el de Estados Unidos, el de Rusia o el de cualquier Angola), con las soluciones que la revolución comunista apronta a los diversos aspectos de la explotación del hombre por el hombre.

G. Munis. **Acendremos camaradas**, 1975

No es desde luego una cuestión «teórica», es una cuestión de perspectiva de clase básica que se manifiesta desde los centros de trabajo hasta las luchas masivas, porque el sujeto de la lucha de clases hoy, más que nunca, es el proletariado mundial.

El internacionalismo proletario, que fuera del análisis teórico y de la formación de la consciencia del revolucionario no encontraba antaño casi más aplicación práctica que durante la guerra, hoy se hace indispensable en plena paz, cotidianamente y de múltiples maneras. La lucha inmediata del proletariado contra su enemigo más próximo, sea burgués o stalinista, no puede ejercerse más que ilusoriamente sin estar impregnada de internacionalismo.

Las propias reivindicaciones económicas necesarias hoy, son indefendibles, incluso informulables sino basándolas directamente en el proletariado mundial como sujeto y objeto de las mismas, y sobre todo como aniquilador de las barreras nacionales, los ejércitos, la producción de guerra, la economía de capital y salarios. El internacionalismo revolucionario, con todas sus consecuencias, ha de hacer aparición en la fábrica, donde los adiestradores paramilitares de los dos bloques colocan al proletariado, como una camisa de fuerza, sus respectivos uniformes.

G. Munis. «La IV^a Internacional», 1959

Izquierda Comunista



Movimiento de los internacionalistas en lucha contra la degeneración stalinista de la IIIª Internacional y contra la degeneración defensista de la IVª Internacional a partir de 1942.

Origen de la izquierda comunista

El ascenso del **stalinismo** no quedó incontestado dentro del partido comunista ruso. A partir de 1923, a veces en medio de una gran confusión, las tendencias que resisten al vaciamiento de los soviets en favor de los aparatos estatales y la afirmación pareja de los intereses del capital nacional sobre la Revolución mundial, se van a ir agrupando en torno a la Oposición de Izquierda que ve en Trotsky y Rakovski sus portavoces más cualificados.

La lucha de la Oposición de Izquierda en los años 23-28 se da en distintos planos. No entraremos en un análisis detallado. Recordemos brevemente los temas principales:

En el plano interior: lucha contra la burocratización creciente del partido y del Estado, lucha contra el peligro kulak [burguesía agraria] y de forma crecientemente abierta contra los «nepman» [pequeña burguesía privada nacida al calor del capitalismo de estado de la NEP].

La Oposición preconiza un nuevo curso de medidas antiburocráticas, una política hacia el campesinado apoyándose en los campesinos pobres y dirigida contra los kulaks, una colectivización progresiva del campo fundamentada en un desarrollo industrial mayor y planificación económica.

En el plano internacional: lucha contra el curso stalino-bujarinista (Comité anglo-ruso, alianza con Chiang Kai Shek en la revolución china).

En el plano teórico, que guiaba toda la política internacional, lucha contra la teoría del «socialismo en un solo país», y defensa del programa bolchevique que Trotski reclama en la teoría de la «revolución permanente».

Jacques Roussel. «Les enfants du prophète»

Desde la proclamación del «socialismo en un solo país» en 1928 se irán definiendo distintos grupos opositores en la Internacional. Cuando Trotski llegue al exilio en Turquía, se convertirá en la referencia natural para ellos.

Trotsky fue expulsado del partido en 1927 y después, de Rusia. La mayor parte de los miembros de la oposición de izquierda son obligados a someterse y «arrepentirse» tras sufrir la exclusión del partido. Unos y otros serán enviados a prisión y a campos de deportación «socialistas», donde acabarán siendo, todos ellos, asesinados o ejecutados por traidores y agentes extranjeros. **La oposición rusa fue liquidada físicamente.** Después llegó el turno de los propios stalinistas que habían conocido la revolución de Octubre. El partido bolchevique fue también liquidado físicamente.

Para la Revolución y para la Oposición Internacional fue una pérdida inmensa. En ningún otro lugar había existido un partido revolucionario comparable al bolchevique, templado en las rudas penurias de la clandestinidad, de la revolución, de la guerra civil, del poder. Con su exterminio perecen todas las tradiciones revolucionarias comunistas. La desaparición de los opositores de izquierda rusos fue, en particular, una pérdida irremediable, pues ellos fueron los portadores hasta el final del capital revolucionario, teórico y organizativo amasado en muchos años. La continuidad comunista era asumida prácticamente en solitario por Trotsky.

Jacques Roussel. «Les enfants du prophète»

Entre 1930 y 1931 Trotsky consigue sentar unas frágiles bases de trabajo conjunto entre los distintos grupos y tendencias que están brotando en cada país. Su batalla es ante todo definir la «Oposición de Izquierda Internacional» sobre un marco político mundial, rompiendo la tendencia de distintos grupos, desde Urbahns en Alemania a los bordiguistas en Italia, a formar tendencias

exclusivamente a partir de una experiencia nacional específica o cuando menos, sobre las limitadas bases de una organización nacional.

Considero que su concepción del internacionalismo es errónea. En última instancia, ustedes conciben a la internacional como una suma de secciones nacionales o como el producto de la influencia recíproca de secciones nacionales. Esta concepción de la Internacional es, en el mejor de los casos, unilateral, no dialéctica y, por consiguiente, errónea. Si la izquierda comunista de todo el mundo agrupara solamente a cinco individuos, estos tendrían igualmente la obligación de construir una organización internacional simultáneamente con una o más organizaciones nacionales.

Es erróneo considerar que la organización nacional es el cimiento y la internacional el techo. La relación entre ambas es totalmente distinta. Marx y Engels iniciaron el movimiento comunista en 1847 con un documento internacional y con la creación de una organización internacional. Lo propio ocurrió en la creación de la Primera Internacional. La Izquierda de Zimmerwald recorrió la misma senda al preparar la Tercera Internacional. Es mucho más imperioso seguir esta senda hoy que en la época de Marx. Desde luego, es posible, en la época del imperialismo, que surja una tendencia proletaria revolucionaria en tal o cual país, pero ésta no puede florecer y desarrollarse en un país aislado; al día siguiente de su creación debe buscar o establecer vínculos internacionales, una plataforma internacional, una organización internacional, porque éste es el único camino que puede garantizar la corrección de la línea nacional. Una tendencia que se encierre en los marcos nacionales durante años, se condena irremediabilmente a la degeneración.

«Al consejo de redacción de Prometeo», Lev Trotski, 19 de junio de 1930

La «Oposición de Izquierda Internacional» agrupará a la mayor parte de las izquierdas comunistas como una «oposición», es decir, reivindicándose todavía como parte de la IIIª Internacional en degeneración y dándose el objetivo de rescatarla.

La IVª Internacional

Cuando en 1933 el KPD y la Internacional dejan expedito el camino del poder a Hitler y aceptan que pase a dirigir el estado alemán sin una respuesta insurreccional, resulta evidente que la Internacional y sus partidos son ya un cuerpo muerto desde el punto de vista del programa de clase. La «Oposición de Izquierda Internacional» ya no puede pensarse como una mera fracción suya porque la perspectiva de rescatarla se ha tornado utópica. La realidad será aun peor. La Internacional no es solo una organización moribunda sin resucitación posible. La Revolución española mostrará que los partidos comunistas habían pasado de cómplices pasivos a organizadores y vanguardia de la contrarrevolución.

Precisamente cuando la revolución alcanzaba su pináculo en España, en 1936, la contrarrevolución stalinista consolidaba en Rusia su poder para muchos años, mediante el exterminio de millones de hombres. En consecuencia, su ramal español tuvo deliberadamente, desde el 19 de Julio, un comportamiento de abanderado de la contrarrevolución, solapado al principio, descarado a partir de Mayo de 1937. Con toda premeditación y por órdenes estrictas de Moscú, se abalanzó sobre un proletariado que acababa de aniquilar el capitalismo. Ese hecho, atestiguado por miles de documentos stalinistas de la época, representa una mutación reaccionaria definitiva del stalinismo exterior, en consonancia con la mutación previa de su matriz, el stalinismo ruso.

Un reflejo condicionado de los diferentes trozos de IV Internacional y de otros que la miran con desdén, asigna al stalinismo un papel oportunista y reformista, de colaboración de clases, parangonable con el de Kerensky o Noske. Yerro grave, pues lo que el stalinismo hizo fue dirigir políticamente la contrarrevolución, y ponerla en ejecución con sus propias armas, sus propios esbirros y su propia policía uniformada y secreta. Se destacó enseguida como el partido de extrema derecha reaccionaria en la zona roja, imprescindible para aniquilar la revolución. Igual que en Rusia, y mucho antes que en Europa del Este, China, Vietnam, etc., el pretendido Partido Comunista actuó como propietario del capital, monopolizado por un Estado suyo. Es imposible imaginar política más redondamente anti-comunista. Lejos de colaborar con los partidos republicanos burgueses o con el socialista, que todavía conservaba sesgo reformador, fueron éstos los que colaboraron con él y pronto aparecieron a su izquierda, como demócratas tradicionales. Unos y otros estaban atónitos y medrosos a la vez, contemplando la alevosa pericia anti-

revolucionaria de un partido que ellos reputaban todavía comunista. Pero otorgaban, pues con sus propias mañas flaqueaban ante la ingente riada obrera.

«Reafirmación». G. Munis, 1977

La derrota de la Revolución española a dos manos -la República española dirigida por el stalinismo y el fascismo por Franco- dejaba el paso libre a una nueva guerra imperialista mundial. Los bolcheviques habían juzgado que una de las causas de la desincronía y las fragilidades del arranque de la oleada revolucionaria contra la primera gran guerra imperialista había sido la ausencia de una organización política revolucionaria internacional tras la traición de la socialdemocracia. La respuesta será la constitución en 1938 de la IVª Internacional... en pleno auge de la contrarrevolución, con el objetivo de preparar una agitación global sobre el principio del **derrotismo revolucionario** útil para convertir la inminente guerra imperialista mundial en revolución comunista global.

Los escépticos preguntan: ¿Pero ha llegado el momento de crear una nueva Internacional? Es imposible, dicen, crear «artificialmente» una Internacional. Sólo pueden hacerla surgir los grandes acontecimientos, etc. Lo único que demuestran todas estas expresiones es que los escépticos no sirven para crear una nueva Internacional. Por lo general, los escépticos no sirven para nada.

La Cuarta Internacional ya ha surgido de grandes acontecimientos; de las más grandes derrotas que el proletariado registra en la historia. La causa de estas derrotas es la degeneración y la traición de la vieja dirección. La lucha de clases no tolera interrupciones. La Tercera Internacional, después de la Segunda, ha muerto para la revolución.

¡Viva la Cuarta Internacional!

Pero los escépticos no se callan ¿Pero ha llegado ya el momento de proclamarla? La Cuarta Internacional- respondemos- no necesita ser «proclamada». Existe y lucha. ¿Es débil? Sí, sus filas son todavía poco numerosas porque todavía es joven. Hasta ahora se compone sobre todo de cuadros dirigentes. Pero estos cuadros son la única esperanza del porvenir revolucionario, son los únicos realmente dignos de este nombre. Si nuestra Internacional es todavía numéricamente débil, es fuerte por su doctrina, por su tradición, y el temple incomparable de sus cuadros dirigentes. Que esto no se vea hoy, no tiene mayor importancia. Mañana será más evidente.

La Cuarta Internacional goza ya desde ahora del justo odio de los stalinistas, de los social-demócratas, de las liberales burgueses y de los fascistas. No tiene ni puede tener lugar alguno en ningún frente popular. Combate irreductiblemente a todos los grupos

políticos ligados a la burguesía. Su misión consiste en aniquilar la dominación del capital, su objetivo es el socialismo. Su método, la revolución proletaria. Sin democracia interna no hay educación revolucionaria. Sin disciplina no hay acción revolucionaria. El régimen interior de la Cuarta Internacional se rige conforme a los principios del centralismo democrático: completa libertad en la discusión, absoluta unidad en la acción.

La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria. Los obreros revolucionarios agrupados en torno a la Cuarta Internacional señalan a su clase el camino para salir de la crisis. Le proponen un programa basado en la experiencia internacional del proletariado y de todos los oprimidos en general, le proponen una bandera sin mácula.

Obreros y Obreras de todos los países, agrupados bajo la bandera de la Cuarta Internacional.

¡Es la bandera de vuestra próxima victoria!

«Bajo la bandera de la IVª Internacional», Lev Trotski, 1938

En teoría, la formación de una nueva Internacional cerraba la etapa fraccional y por tanto el tiempo histórico para una «izquierda comunista». Entre otras cosas porque, aunque algunas tendencias dentro y fuera de la IVª Internacional seguían calificando al stalinismo de «centrista», ya no existían ni derecha ni centro. La III Internacional se había convertido en la organizadora activa de la contrarrevolución y se aprestaba a ser la principal reclutadora de una nueva guerra imperialista.

La izquierda comunista... de la IVª Internacional

El camino hacia el desmoronamiento de la Internacional comenzó, vivo Trotsky todavía, con la «Conferencia de Urgencia». Las tropas alemanas habían entrado en París y nada parecía más prudente que llevar los órganos de la Internacional a EEUU, un país entonces neutral que todavía tardaría dos años en incorporarse a la guerra. Hacerlo significaba que el SWP se convertiría en el centro de la organización, centro solo compensado y supervisado desde lejos, en un momento en el que los viajes y las comunicaciones eran poco menos que heroicas, por un Trotsky que vivió acosado y asediado en México hasta su asesinato por agentes stalinistas en 1940.

A las pocas semanas de la muerte de Trotsky, el S.W.P. comienza a hacer un discurso cada vez más «defensista» y cercano al «antifascismo». La guerra a la guerra, la conversión de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria se troca en un ambiguo no-apoyo y no-intervención. Cannon, el principal dirigente del S.W.P. se ofrece a apoyar al gobierno de Roosevelt si entra en la guerra si la formación militar de los trabajadores antes de ir al frente, encuadrados en el ejército regular, se deja en manos de los sindicatos. Con todo y a pesar de que es obvio que el S.W.P. bajo esa política no va a suponer ningún peligro para el esfuerzo de guerra de la burguesía americana, en 1941 los principales dirigentes del partido son juzgados en Minneapolis. Su defensa, a diferencia de la de Luxemburgo o Liebknecht, resulta vergonzosa. En un momento del juicio llega a decir:

Tanto nuestros miembros como los obreros a quienes influenciamos tienen que ir a la guerra y hacer lo que le digan los gobernantes de este país. Mientras no tengamos una mayoría tras de nosotros, no estamos en condiciones de hacer otra cosa que obedecer órdenes.

En vez de convertir el juicio en un juicio al militarismo y al imperialismo, juegan a la ambigüedad reduciendo las aspiraciones del partido a una oposición política que Cannon resume en seguir escribiendo y hablando por una política exterior diferente para América.

Todavía estaba ausente de la guerra Rusia, cuando en el partido americano (Socialist Workers Party) apuntaron los primeros síntomas de descarrío. Poco después, ya todo el mundo en la degollina, el S.W.P. retraía deliberadamente las formulaciones revolucionarias contra la guerra imperialista, y se negaba a hacer acto de lucha contra ella. Se justificaba pretendiendo camuflarse al ojo policíaco y adaptar sus tonos a lo receptible por los oídos entonces patrióticos del proletariado. Pero lo más despreciable y al mismo tiempo trágico del oportunismo es que, cortándose el acceso a la educación y la movilización revolucionaria de las masas, no elude, sin embargo, los golpes de la reacción a menos de sometérsele por entero. Así los dirigentes del S.W.P. se vieron sarcásticamente acusados por su gobierno de internacionalismo y derrotismo revolucionario, aquello mismo a que daban esquinazo, y fueron a la cárcel durante año y medio o dos por un delito que tenían la obligación de haber cometido, pero que ellos se guardaron siempre de cometer.[...]

Los dirigentes americanos del S.W.P. tenían poco de la fibra y la consistencia mental de un Liebknecht. Proclamaron ante sus jueces, no la necesidad de transformar la guerra imperialista en guerra civil, sino en verdadera guerra contra el fascismo. Acusaban torpemente al gobierno americano de incapacidad para dar cuenta de Berlín, y su prensa presentaba estupendos programas para derrotar a Hitler. Las palabras, derrotismo revolucionario les daban grima y les pusieron el veto. Todas las formulaciones internacionalistas fueron cuidadosamente tachadas de revista y periódico, incluyendo la simple voz imperialismo a menos que se refiriese al enemigo nacional. Durante toda la guerra -argumento por sí solo abrumador- no organizaron un sólo acto contra ella, ni tiraron un sólo volante. En fin, comparando su política con la de los partidos centristas de entonces. el I.L.P. inglés

y el P.O.U.M. español, la similitud entre ambas llegaba incluso a la identidad terminológica. En una palabra, el S.W.P. substituyó la política revolucionaria por la política burguesa y stalinista del antifascismo, mero truco de leva imperialista gemelo de la hitleriana lucha contra la plutocracia.

Todo eso fue hecho en nombre de la táctica y de la eficiencia educativa. Es costumbre vieja en los oportunistas presentar su abandono de los principios como un practicismo o facilidad dada a las masas, al mismo tiempo que; en momentos de represión, como un legalismo protector insoslayable. Pretenden engañar al enemigo de clase cuando en realidad reciben su influencia; se jactan de educar y ganar las masas, mientras reblandecen el contenido revolucionario de sus propios militantes. Las masas no pueden ser atraídas a los principios y la acción revolucionarias sino por formulaciones y actitudes de la mayor netitud.

El ejemplo del S.W.P. cundió. Poco después de su giro oportunista, la sección inglesa de la IVª Internacional, que había conseguido un desarrollo considerable apoyando las huelgas que laboristas y Trade Union condenaban patrióticamente, fue sometida también a proceso. Su principal dirigente y acusado eligió para defenderse, invocando también razones practicas, el mísero palabreo oportunista del Socialist Worker's Party.

No se comprenderá bien la perniciosa repercusión de estos dos ejemplos sin tener en cuenta que Estados Unidos era entonces sede del Comité Ejecutivo mundial y que debido a la guerra la prensa del partido americano -la del inglés en menor grado- era la única susceptible de llegar a todas las secciones y grupos en los países no ocupados por Alemania y Japon

Pese a todo, se hicieron sentir en seguida gritos de alerta y de indignación. El autor de estas líneas, entonces miembro del Comité Ejecutivo mundial, dio la alerta ya en 1941, al esbozarse los primeros síntomas premonitorios del oportunismo, antes del vergonzoso descaro a que dio lugar el proceso. Después de este, el Grupo español emigrado en Méjico; que comprendía militantes franceses y de otros países, se des-solidarizaba públicamente de la mayoría americana y del Comité ejecutivo, practicando a partir de entonces una política independiente. Al mismo tiempo, redactó un enérgico documento crítico y vindicador del internacionalismo proletario, sometiéndolo a discusión en todas las secciones con vistas a un futuro congreso mundial. Veremos mas adelante cual fue su suerte. Pero no fue ese el único vituperio del oportunismo. Otros surgieron en la China, América del Sur, en el seno propio del S.W.P. Después se sabría que también en Francia.

Así pues, todavía en plena guerra mundial e indecisa la victoria de un bando u otro, la política de la IVª Internacional principalmente expuesta por el partido americano, aparecía en grave abandono de los principios y tareas internacionalistas. Ese fallo, esa capitulación, cabe decir sin atenuaciones, determinó en los responsables de él un subterfugio deleznable. Siéndoles a todas luces imposible aprontar fidelidad al internacionalismo proletario, se inventaron su propia fidelidad a los principios en la defensa de Rusia como Estado obrero degenerado, mas confortable cuanto que Rusia, tras la amistad con Hitler había pasado a ser la entrañable aliada de las respectivas patrias de los oportunistas.

En la IVª Internacional, la defensa de Rusia nunca fue otra cosa que una opinión contestable sujeta al contraste de la experiencia. En su seno vivían tendencias radicalmente contrarias a la noción estado obrero degenerado sin que nadie les echase los perros; como hicieron después de su rendición al antifascismo

patriotero S.W.P. y comité ejecutivo. En cambio, la carencia de internacionalismo, a mayor abundancia, su abandono durante la guerra, era incompatible con la pertenencia a la organización, pues evidentemente, quienes no se han mantenido indemnes frente a las inmensas presiones y añagazas de la defensa nacional se descalifican para toda acción revolucionaria decisiva. En Nueva York, el internacionalismo de la Cuarta fue descabezado, convirtiéndose la defensa de Rusia en criterio principal de filiación. Las consecuencias de esa contrahechura habían de ser devastadoras.

G. Munis. «**La IVª Internacional**». 1959

La respuesta política vendrá, ya en 1941, de Natalia Sedova -vieja militante y reciente viuda de Trotski- a la que se sumará el grupo exiliado en México de la sección española. Sedova, Munis y Peret intentan imponer un debate denunciando la actitud primero del SWP y luego del Secretariado Internacional. Exigen la celebración del segundo congreso que es obligatorio por estatutos y que los norteamericanos y sus aliados en Francia y Gran Bretaña conseguirán retrasar hasta 1948. Sus críticas van acendrando un conjunto de posiciones que acabarán generando una fracción de izquierda en la organización a partir de la crítica de la traición del internacionalismo en marcha por la dirección americana.

No es casualidad si la fracción internacionalista se nutre además de españoles, es decir, de militantes que vivieron la revolución española con la sección en el exilio -incluida la que está en los campos en Francia- en pleno, de griegos, vietnamitas, italianos... es decir de aquellos países en los que el proletariado está enfrentado revolucionariamente la guerra: Italia en el 43, Grecia en el 44, Vietnam en el 46... el papel del stalinismo como cabeza de la contrarrevolución que se vio por primera vez en España, se repite

país por país... y la Internacional no consigue colocarse a la vanguardia revolucionaria. Cuando en 1946 el SI publica un Manifiesto para la pre-conferencia con la que quiere atar el II Congreso, rebajándolo de paso a Conferencia, la izquierda responde con lo que en los cuatro años anteriores se ha convertido ya en una alternativa programática prácticamente completa.

La IVª Internacional no será capaz de cumplir su misión revolucionaria si no abandona sin reservas la defensa de la URSS en favor de una política de lucha sin cuartel contra el capitalismo y su cómplice, el stalinismo. Para conducir victoriosamente esta lucha, hay que desvelar a cada paso y en la práctica el carácter contrarrevolucionario de la burocracia rusa que se erige en el interior como una clase en vías de formación, que oprime a Europa oriental y Asia. Hay que desenmascarar la mentira de sus «nacionalizaciones» y «reformas» agrarias, desarrollar la fraternización entre ocupantes y ocupados, declarando claramente que ni unos ni otros no tiene nada que defender en Rusia, sino que destruirlo todo igual que en cualquier Estado capitalista, así como a los agentes del Kremlin participen o no en el gobierno. La fraternización entre ocupantes y ocupados debe ser el tema central de nuestra agitación en los territorios ocupados, sea cual fuere la potencia ocupante. Es la única forma de combatir el chovinismo tanto entre los vencidos como entre los vencedores, y de preparar en frente internacional de los explotados contra los explotadores. Al mismo tiempo, la evacuación de todos los territorios ocupados, incluidos los ocupados por los rusos, debe exigirse con una creciente insistencia

En el resto del mundo, debemos mostrar en todo momento que el stalinismo sólo es el agente nacional de la política exterior del Kremlin, cuyos intereses son siempre opuestos a los de la revolución socialista, que sería su definitiva ruina; que la suerte de los trabajadores le es totalmente indiferente; que es el mejor defensor de la burguesía nacional porque no prevé más porvenir que el ligado a la suerte de la contrarrevolución rusa.

Por lo tanto, la consigna del gobierno PS-PC-CGT para Francia, y toda consigna similar en cualquier otro país, debe ser abandonada pues no apunta más que a romper el empuje revolucionario de las

masas entregando la vanguardia a la Gepeú.

La política de frente único de organización a organización en la etapa presente, debe ser abandonada en lo que concierne a los partidos «obreros» tradicionales. Debe ser sustituida, desde ahora, por proposiciones de frente único a las organizaciones obreras minoritarias que sean susceptibles de dar resultados inmediatos, como por ejemplo los anarquistas. Sin embargo, el frente único, en tareas precisas e inmediatas debe ser preconizado sin desfallecer en la fábrica, en la localidad y si fuera posible en la región.

Nuestro programa transitorio debe ser podado del mismo modo. Debe desaparecer por el momento, la reivindicación relativa a la Constituyente, y también todas las consignas que reposan en una concepción progresiva de nuestro programa para las masas en la actual etapa. El mundo atraviesa hoy una crisis revolucionaria aguda y nuestra organización debe prepararse para las luchas decisivas que se avecinan, ya que no puede esperarse ningún desarrollo del capitalismo, sea o no sosegado. Así pues debemos plantear, popularizar y explicar sin descanso la consigna de la formación de consejos obreros democráticamente elegidos en los lugares de trabajo, a fin de que pueda ser aplicada a la primera ocasión. A esta consigna deben añadirse todas las consecuencias que implica: formación de milicias obreras que obedecen únicamente a los comités elegidos por las masas, desarme de las fuerzas burguesas, congreso de los comités obreros, disolución del Estado burgués y creación del Estado obrero

Al mismo tiempo, en el plano económico, la agitación debe insistir fundamentalmente en la escala móvil de salarios, unida a la escala móvil de horas de trabajo sin disminución de salario, y en todas sus ramificaciones: puesta en marcha por los obreros de fábricas cerradas por los capitalistas, embargo del haber de los capitalistas

por los obreros empezando por los beneficios de guerra y del mercado negro, y por último la confiscación de las fábricas y las tierras por los comités obreros democráticamente elegidos en los lugares de trabajo.

Benjamin Péret. «El manifiesto de los exegetas», 1946

Cuando por fin se celebra el IIº Congreso de la IV Internacional en 1948, las secciones y grupos que a partir de 1943 han ido tomado una posición independiente del Secretariado Internacional (SI), son una minoría mermada por la represión y por las maniobras infames del propio SI para reducir su representación. La dirección impide que la renuncia al internacionalismo de sus grupos de referencia durante la guerra pasada se discuta tan siquiera. La denuncia y ruptura es tan inevitable como la deriva de la mayoría que acabaría aprobando en el tercer congreso de la ya no internacional que la principal contradicción del capitalismo ya no sería la lucha de clases (burguesía contra proletariado) sino el enfrentamiento entre EEUU y la Rusia stalinista, renuncia explícita a la continuidad marxista, al comunismo, al internacionalismo... y hasta a la decencia.

el Congreso de 1948 se negó a condenar la participación en la defensa nacional capitalista so capa de resistencia, y aprobó una resolución política que elevaba la rivalidad Rusia-Estados Unidos al grado de principal contradicción mundial. Se desentendía en realidad de la irreductible contraposición proletariado-capitalismo, en escala terrestre, guía exclusiva de una organización revolucionaria. Por lo uno y por lo otro, la IVª Internacional dejaba de serlo a partir de dicho congreso. En lo sucesivo podría deformar, en manera alguna formar revolucionarios.

G. Munis. «Cincuenta años después del trotskismo», 1982

Y es que la renuncia al internacionalismo desmorona y esteriliza cualquier evolución o posición que no parta de la rectificación más radical. No son los errores de Trotski los que producen la degeneración de la Internacional, como no fueron los de Lenin los que condujeron a los de la III, es la renuncia al internacionalismo la que imposibilita cualquier corrección programática y solo les da lugar como ala izquierda, democratista, de la contrarrevolución stalinista.

No obstante lo irrecusable de la experiencia, los principales partidos trotskistas, aligerados de internacionalismo durante la guerra, comprometidos en la defensa nacional resistencia mediante, sacaron conclusión opuesta; el stalinismo extiende la propiedad socialista, mal que le pese al propio proletariado. Sencillamente, les era imprescindible tapar con algo sus graves carencias revolucionarias. De ahí que su posición actual, que la Liga adopta, tenga mucho más de engañifa stalinista que de error político o sociológico.

Los errores de los maestros conviértense a menudo en mortal llaga para los discípulos. Así lo que en Trotski era un desacierto, a lo sumo una ofuscación del pensamiento, alcanza en el trotskismo hogañero proporciones de falsía, de craso oportunismo y hasta de capitulación. Pero es menester recalcar que en esa metamorfosis la existencia precede también a la consciencia. Habiéndose desentendido, en plena contienda mundial, del principio: «contra la guerra imperialista, guerra civil», ese trotskismo se despojaba de lo esencial y más vivificador del pensamiento revolucionario, vedándose la posibilidad de enmendar errores y de hacer el menor progreso teórico. A partir de sus componendas con la defensa nacional (resistencia), ya no se descubre en él conocimiento o siquiera tentativa de conocimiento teórico, sino una ristra de argucias y actitudes justificativas cada vez más bajunas a medida que una llama a la siguiente. Y ha terminado dando en su actual postura. En lo formal y orgánico ha retrocedido hasta lo que fue Oposición de Izquierda a la III Internacional durante la mitad del decenio 20 y los dos primeros años del 30, pese a la criminalidad e inmundicia que desde entonces ha ido hacinándose en el stalinismo; políticamente, está lelo y cabeza gacha ante la extensión de ese mismo stalinismo

(para él proezas) en Europa oriental, en China, Corea, Vietnam, Cuba y hasta en Egipto, donde 15 o 20.000 militares rusos aguantan el sacro estandarte del Islam frente al de Israel.

En suma, la retrogresión del trotskismo fue originada por su ruptura con el internacionalismo, no por el error de Trotski tocante a la naturaleza del sistema ruso, cual afirman críticos livianos. La defensa práctica y teórica de aquel exigía durante la guerra mundial y continua exigiendo hoy una rectificación terminante de la idea de Estado obrero degenerado y de cuantas presuposiciones la engendraron. Por el contrario, ni la defensa de Rusia ni la de cualquier país stalinista puede practicarse sin dar esquinazo al internacionalismo, es decir, al proletariado mundial, para ir a enrolarse a las órdenes de los enemigos de ese mismo proletariado.

G. Munis. «Análisis de un vacío», 1971-72

La ruptura de la Internacional y la salida de su tendencia internacionalista coincide con el momento en que en el programa de ésta está culminando la fase abierta con la formación de la Izquierda Comunista Internacional en 1929-30:

1. El programa de transición ha sido podado de todas las derivadas de la concepción de la propiedad estatal como elemento socialista o tendente al socialismo, una concepción heredada de la III y la II Internacionales.
2. La naturaleza del stalinismo y de la burocracia se han ido aclarando en la crítica y superación del concepto de estado obrero degenerado y la consideración de la Rusia stalinista es ya la de un capitalismo de estado imperialista.
3. El programa de la III Internacional, por su parte ha visto podarse el control obrero y la inmediata posguerra ha hecho

necesaria una crítica de la táctica del frente único con socialdemócratas y stalinistas integrados ya de forma definitiva en el estado.

4. La imposibilidad de liberación nacional, tanto en los países ocupados como en los coloniales, no contradictoria con la clase trabajadora, como había quedado clara en China primero, en Europa después y en Vietnam al acabar la guerra.

La crítica de la naturaleza obrera del stalinismo y la afirmación, por primera vez, de un programa que toma como base lo que es distintivo del capitalismo en decadencia, marca que está culminándose la labor de la etapa de Izquierda Comunista abierta por Trotski en 1929. Queda todavía, sin embargo, un elemento importantísimo para la definición de la táctica comunista: los sindicatos. Pero su debate, que comienza ya al final de la guerra, tendrá que desarrollarse en un nuevo marco internacional que solo se materializará tras la ruptura definitiva, adelantada en el II Congreso. La denuncia se hace formal en el VII Pleno de abril de 1949. En septiembre se hace pública y definitiva con la publicación de la «Explicación y llamamiento a los militantes, grupos y secciones de la IV Internacional» de la sección española, renombrada como GCI (Grupo Comunista Internacionalista) y después como FOR (Fomento Obrero Revolucionario). El Llamamiento congrega a su alrededor a militantes de todo el mundo: vietnamitas que están refugiándose en Francia tras la persecución y masacre a manos de los stalinistas con la complicidad del gobierno colonial francés, como Ngô Văn; franceses que provienen de los grupos que han intentado practicar el derrotismo revolucionario durante la ocupación y en la Francia de Vichy, como Maximilien Rubel, la corriente Pennetier-Gallienne del trotskismo francés con militantes conocidos como Sonia Gontarbert, Sophie Moen o Edgar Petsch. Contando a Munis y Benjamin Peret -que han vuelto desde México- y al núcleo de militantes españoles que vivieron la lucha

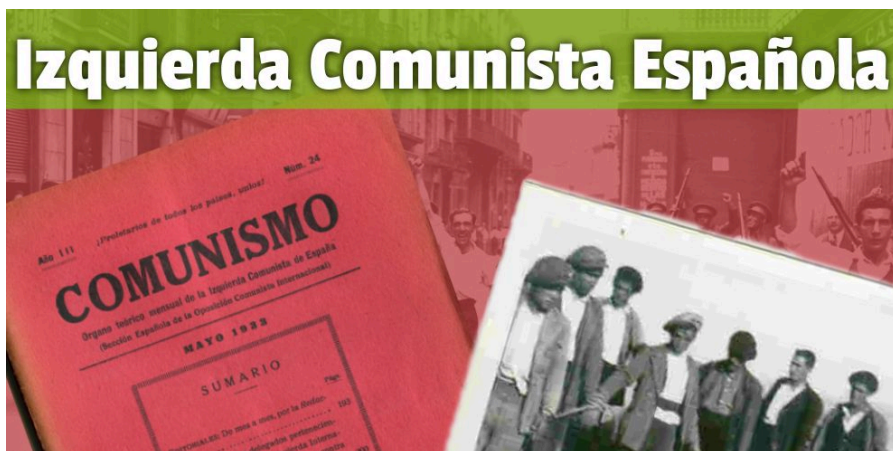
durante la revolución española y que en ese momento están refugiados en Francia -Esteban Bilbao, Jaime Fernández, Paco Gómez, Agustín Rodríguez- el agrupamiento suma más de medio centenar de personas solo en Francia. Pronto se acercarán el Partido Obrero Comunista de Italia (fundado por Nicola di Bartolomeo, «Fosco») y fracciones revolucionarias de México, Dinamarca, Yugoslavia, Grecia y Alemania.

El fin de la etapa de la «izquierda comunista»

Con la salida formal de la IVª Internacional de los internacionalistas y la derrota de los últimos intentos revolucionarios del proletariado en las postrimerías de la guerra (Grecia, Vietnam), se abre un nuevo periodo histórico.

En el plano programático, las tareas y la fase histórica como «izquierda comunista», es decir, como izquierda de una Internacional en degeneración, ha concluido. Lo fundamental de las lecciones de la contrarrevolución ha sido ya **acendrado** por los internacionalistas. Pero estos se limitan ya a unos pocos grupos cuya incidencia en las luchas reales será solo puntual en las décadas siguientes.

Izquierda Comunista Española



Organización internacionalista fundada en Lieja en 1930 que reagrupará a la corriente fundadora del Partido Comunista Español en 1920 y se integrará en la Oposición de Izquierda Internacional como sección española. Inspirará a las izquierdas comunistas de Argentina, Uruguay y Chile.

Breve historia de la izquierda comunista española

En 1930 un grupo de trabajadores españoles migrantes y exiliados en Lieja (Bélgica), constituye en torno a Francisco García Lavid («Henri Lacroix») la «Organización Comunista Española» (OCE). La OCE crecerá rápidamente reagrupando a la corriente fundadora del PCE (Esteban Bilbao, Juan Andrade), de la Internacional Sindical Roja (Nin) y a una nueva generación de militantes que se une ya bajo las banderas de la **Izquierda Comunista** Internacional (Fernandez Grandizo -«Munis»-, Félix Galán, Luís Rastrollo -«SEM»-, etc.). La OCE

participará de la fundación de la sección española de la Oposición de Izquierdas Internacional y cambiará su nombre en 1932 (IIª Conferencia Nacional) por «Izquierda Comunista Española» (ICE).

La ICE se divide en 1935 en dos tendencias: la que prima seguir dentro de la Oposición Internacional (Bilbao, Fersen, Munis) y la mayoritaria que, bajo la influencia de Andrade y Nin, opta por unirse al grupo centrista y regionalista catalán BOC para ganar masa crítica, formando el POUM.

Tras la ruptura, la corriente se reconstituye alrededor de la minoría que sigue en la Oposición de Izquierda Internacional (el «Grupo Bolchevique-leninista»). Estos, serán los únicos marxistas en España en tomar partido claramente por la revolución luchando a la vez en las milicias contra Franco y enfrentando junto a los trabajadores al estado republicano en las jornadas de mayo de 1937. En 1938 se integrarán como sección española en la IVª Internacional y formarán, a partir de 1942 el núcleo de **su izquierda internacionalista**.

Juvenalismo



El juvenalismo es una ideología que pretende que ante una situación de crisis y «emergencia» histórica, los jóvenes son los más adecuados para aportar dirección porque sus ideas son «nuevas» y no están marcadas ni constreñidas por el peso de intereses inmediatos. Los jóvenes hablarían así «en nombre del futuro».

Origen histórico del juvenalismo

En 1896 aparece el primer núcleo de los Wandervogel. En principio son una expresión del descontento de la pequeña burguesía alemana en plena expansión del **imperialismo**. Recuperan el romanticismo alemán con una ideología de «vuelta a la naturaleza» y un ambiguo discurso de «emancipación» que lo mismo servía para dar trazas anticapitalistas que para criticar los modelos familiares y educativos de la época.

El rechazo de la vida urbana y su «artificialidad» se oponían a la «sencillez» de la vida excursionista y el descubrimiento del paisaje se hacía equivaler al de la Naturaleza. Los Wandervogel inauguran pronto el *uniforme* montañero -pantalones cortos, pañuelo, botas de clavos, impermeable, sombrero o gorra- y el amor al «fuego de campamento», creando un cancionero para guitarra y laúd que se considera el comienzo del folk alemán.

Con el desarrollo del movimiento irán apareciendo las ideas juvenalistas: los jóvenes, «limpios» del viejo mundo, son los que están llamados a traer «las nuevas ideas» que han de emancipar a la sociedad superando las tensiones, la violencia y las crisis de un mundo que es ya viejo.

La combinación de esencialismo romántico, anticapitalismo estético y exaltación del paisaje condujeron de forma «espontánea» a la exaltación del liderazgo y el **nacionalismo**. Los Wandervogel se jerarquizaron pronto y se convirtieron en una suerte de grupos paramilitares desarmados y **populistas**.

No solo excluyen a las mujeres, tampoco aceptan a muchachos judíos o extranjeros. Poco a poco el **naturalismo se convierte en paganizante** generando una mitología germanista propia.

Sí, es lo que parece: el pastiche ideológico nazi ya estaba, en boceto, antes de la primera guerra imperialista mundial dando forma al imaginario de miles de muchachos de la pequeña burguesía.

Tanto que **en 1912** uno de los grupos más influyentes del movimiento, «Vortrupp» (Vanguardia), tomara la eugenesia por bandera y comenzara un discurso de «higiene racial» prohibiendo el tabaco -otra obsesión posterior de Hitler-, la cerveza, etc. Cuando en 1933 los nazis

lleguen al poder y disuelvan las organizaciones juveniles independientes, la mayoría de grupos se integrarán en las Juventudes Hitlerianas por propia voluntad.

Los que no, se convertirán en «piratas del Edelweiss», bandas errantes de jóvenes dedicados a la pelea callejera con sus ex-compañeros hitlerianos que desfogaron su rabia sin encontrar nunca un norte político ni servir de otra cosa que de disolventes de las luchas en las fábricas.

Pero no fueron esas las únicas derivadas. Después de que en el mundo anglófono Baden Powel utilizara el modelo como guía para crear futuros conquistadores y soldados para el Imperio británico, no hubo nacionalismo irredento europeo que no creara agrupaciones juveniles uniformadas y excursionistas para adoctrinar militantes desde la pubertad, cuando no la infancia. En la adopción de la forma siempre se colaban gotas de juvenalismo que acabarían destilando y fundiéndose en el culto a la juventud del fascismo italiano y español.

Pero a pesar de la importancia de esas derivada, el juvenalismo original tampoco desapareció. En 1920, jóvenes cristianos formaron la primera comunidad **Brudershof**, un **movimiento que vive en comunidad de bienes y que perdura aun hoy**. Perseguidos por el estado durante el gobierno nazi acabarán exiliándose en Gran Bretaña, Paraguay, EEUU... e intentado unirse a los **hutteritas**, viejos comunistas anabaptistas de la época de las revoluciones campesinas alemanas (siglo XVI). Una curiosa conclusión -que además salió mal- a su juvenalismo cristiano original.

Y algo parecido ocurrió con los **movimientos juveniles judíos** creados también a semejanza de los Wandervogel. Pasaron de la «búsqueda de sentido» al descubrimiento y rechazo del kibutz primero y de ahí a su «reinención» ultranacionalista después.

De hecho el discurso de los **Hashomer Hatzair**, el grupo más influyente y numeroso de los movimientos juveniles que organizaron migraciones a Palestina en los años 20 y 30, lindaba con el antisemitismo: según ellos solo la nueva juventud, emancipada de sus familias y de la cultura secular de sometimiento y opresión que era la cultura judía, podía crear un nuevo tipo moral e incluso físico y dirigir a las masas trabajadoras de la Palestina colonial.

A mediados de los cuarenta ya estaban integrados plenamente en el stalinismo que, durante las dos décadas anteriores, había masacrado al corazón del partido bolchevique. Fueron ellos los que, vía Checoslovaquia, armaron en 1948 al primer ejército israelí con los fusiles enviados por Stalin.

Juvenalismo y decadencia

Las fechas y contextos del juvenalismo, así como su renacer actual, azuzado por los estados como pilar propagandístico del «Pacto Verde», atestiguan que el juvenalismo acompaña en su desarrollo la **decadencia** del sistema. Parte en realidad de la **«revolución de las costumbres» que la pequeña burguesía impulsará a partir de 1870**, se puede considerar como uno de los primeros síntomas ideológicos de la decadencia.

No es casualidad que los escasos antecedentes del juvenalismo aparecieran en las fases finales tanto del **esclavismo** como del **feudalismo**. La idea de que aquellos que simbólicamente representan el futuro -los jóvenes- son los únicos que pueden representar un futuro mejor en el presente, revela la renuncia del sistema a pretender representar y materializar los intereses generales de la Humanidad.

Son pues un síntoma evidente del colapso moral característico de las fases de decadencia de todos los **modos de producción**. Y por lo mismo, estos movimientos revelan un furioso carácter reaccionario al negar la clase revolucionaria ya presente.

Liberación nacional



Revolución burguesa que toma la forma de separación estatal. Históricamente se produjo como segregación de regiones con un desarrollo burgués característico respecto a imperios y estados feudales o como reacción burguesa frente a la dominación de su territorio por un ocupante o colonizador.

Significado de la liberación nacional

El **capitalismo ascendente** conoce la expansión y ascenso de la burguesía como clase dirigente. Con las revoluciones burguesas aparece la **nación** como expresión del proyecto de articulación del conjunto social por la burguesía.

En los grandes imperios donde aparecen burguesías regionales que pueden articular una alternativa para todo el territorio del estado estamental, la revolución burguesa puede tomar la forma de

liberación nacional, es decir, de separación de un territorio del estado dinástico para convertirse en mercado nacional bajo un estado nacional propio.

Mientras no exista un proletariado con capacidad dirigente -como sucederá en el imperio ruso y sus provincias más industrializadas, como Polonia o Finlandia, a partir de 1900- estos movimientos serán históricamente progresivos. Progresivos porque apuntan a la expansión del mercado mundial, el desarrollo dentro de las nuevas fronteras de una clase trabajadora masiva y por tanto, a la formación del **proletariado** como clase universal.

El objetivo de la liberación nacional es la emancipación de la burguesía de un marco político y jurídico que constriñe el desarrollo del capital. No tiene, por tanto, un sentido históricamente progresivo *per se*, sino solo cuando existe la posibilidad de un desarrollo independiente del capital nacional que a su vez haga posible la extensión y desarrollo del proletariado en un nuevo territorio.

La necesidad de la burguesía de controlar el mercado interno no es el único fundamento material de los movimientos nacionales. Existen otros factores: el militarismo, que garantiza la soberanía del país al mismo tiempo que ayuda a abrir un pasaje hacia el mercado mundial; el proteccionismo aduanero; una jurisprudencia, una educación y nuevos medios de comunicación. El capitalismo necesita asegurar las condiciones económicas de su crecimiento y establecer íntegramente el aparato de un estado moderno. La burguesía, para expandirse, necesita tanto desarrollar sus medios de producción, como reforzar su poder de clase.

Así, el estado independiente constituye la forma de gobierno, históricamente indispensable, que permite a la burguesía pasar de la defensiva a la ofensiva, de la lucha por la centralización a la política imperialista.

Rosa Luxemburgo. **La cuestión nacional y la autonomía**, 1908

Estas condiciones desaparecen paulatinamente bajo el **imperialismo** y definitivamente con la entrada del capitalismo en **decadencia**.

El desarrollo hacia el Gran Estado que caracteriza la época moderna y que gana en importancia con el progreso del capitalismo, condena de entrada al conjunto de mini y micronacionalidades a la debilidad política. Al lado de algunas naciones muy potentes, que son los auténticos gerentes del desarrollo capitalista porque disponen de los medios materiales e intelectuales indispensables para preservar su independencia económica y política, la «autodeterminación», la existencia autónoma de las mini y micronaciones, es cada vez más ilusoria.

Este retorno a la existencia autónoma de todas o, al menos, de la gran mayoría de las naciones actualmente oprimidas solo sería posible si la existencia de pequeños estados tuviera posibilidades y perspectivas de futuro en la época capitalista. Por ahora son tan necesarias las condiciones económicas y políticas propias de un gran estado en la lucha por la existencia de las naciones capitalistas, que incluso los pequeños estados políticamente independientes, formalmente iguales en derechos, que existen en Europa, solo desempeñan un papel simbólico y la mayor para de las veces son títeres de otros estados.

¿Puede hablarse formalmente de autodeterminación» para los montenegrinos, los búlgaros, los rumanos, los serbios o los griegos, formalmente independientes, o incluso, en cierta forma para los suizos? (...)

El segundo aspecto fundamental de la evolución reciente, que hace utópica esta consigna, es el imperialismo capitalista. (...) El resultado de esta tendencia es la liquidación permanente de la independencia de un número cada vez mayor de países, de pueblos y de continentes enteros.

Teniendo en cuenta esta evolución y la necesidad que tienen los grandes estados capitalistas de la lucha por la existencia en el mercado internacional, de la política universal y de las posesiones coloniales, «lo más adecuado para realizar sus funciones en las condiciones actuales», es decir, lo que mejor corresponde a las necesidades de la explotación capitalista, no es el «estado nacional» -como supone Kautsky- sino el estado imperialista. (...)

Tal como lo entienden los socialistas, este derecho [la autodeterminación] debe tener, por su misma naturaleza, un carácter universal, y el solo hecho de reconocerlo así basta para poner de manifiesto que la esperanza de realizar este «derecho» en el sistema existente es una utopía en contradicción directa con la tendencia del desarrollo capitalista, sobre cuya base se ha constituido la socialdemocracia. Volver al objetivo de dividir todos los estados existentes en unidades nacionales y limitarlas mutuamente según el modelos de los estados y los pequeños estados nacionales es una tentativa desesperada y, desde un punto de vista histórico, reaccionaria.

Rosa Luxemburgo. **La cuestión nacional y la autonomía**, 1908

La imposibilidad de un desarrollo capitalista independiente se haría evidente a los revolucionarios que estaban organizando la **izquierda comunista** en los países semicoloniales, como Antonio Gallo.

¿Entonces que significa la lucha por la liberación nacional? ¿Acaso el proletariado como tal no representa los intereses históricos de la nación en el sentido en que tiende a liberar todas las clases sociales por su acción y a superarlas por su desaparición? Pero para ello **necesita, precisamente, no confundirse con los intereses nacionales** (que son de la burguesía, pues esta es la clase dominante) que en el terreno interior y exterior se contradicen agudamente. De manera que esa consigna es rotundamente falsa. (...)

Las características de la Argentina no hacen sino ratificar la necesidad de la aplicación de las leyes generales de la revolución y de la dinámica histórica que en lo fundamental rigen para todos los países del planeta. Uno de los rasgos más característicos del capitalismo es que **su economía ha dejado de coincidir con las fronteras nacionales**. Si en el pasado -en relación al feudalismo- éstas fueron un progreso, a la hora presente son una de las mayores taras de la humanidad, junto con el nacionalismo, en parte su consecuencia.

La economía, como la política son, aun con ello, internacionales. Al crear fuerzas productivas mundiales, dividir el trabajo en una escala universal y formar un mercado mundial, el capitalismo prepara las condiciones necesarias para que las formas políticas adquieran un aspecto internacional. Esto quiere decir que el país atrasado puede asimilar, por la presión exterior, las etapas históricas de los países adelantados en todos los órdenes. Esta concepción dinámica de la sociedad actual en su conjunto **elimina toda posibilidad de valor real a la distinción de países en rango o no para el socialismo**.

«¿Adónde va la Argentina? ¿Frente Popular o lucha por el Socialismo?» Antonio Gallo, 1935

En su debate con Mariátegui, Gallo denuncia la «revolución agraria anti-imperialista» del escritor peruano porque o bien «significa alianza con una inexistente burguesía revolucionaria y antiimperialista» o bien...

...se trata de la resolución de los problemas democráticos de la revolución socialista, vale decir, la expropiación de las propiedades imperialistas, la abolición de las deudas nacionales, provinciales y municipales, la propiedad nacional de la tierra, para entregarla a los chacareros en posesión para su cultivo, la abolición de las propiedades de la Iglesia, o sea, todos los problemas aun no solucionados por la revolución democrático-burguesa, [y] esto no es una revolución agraria antiimperialista.

Porque el proletariado erigido en poder no se detendrá en una etapa o gobierno intermedio sino que, después de resolver esos problemas, continuará hacia adelante, hacia la socialización de los medios de producción y de cambio, la colectivización de la tierra, etc. Esta revolución, solo puede hacerla el proletariado, conquistando o neutralizando, para sus propios fines, a las clases medias urbanas y rurales, no en alianza con la burguesía, sino contra ésta.

A esto es lo que los marxistas llamamos revolución socialista y a esa solución de la contradicción entre la etapa aun no definitivamente desenvuelta de la revolución democrático-burguesa y de la revolución socialista le damos un carácter de continuidad que formulamos, más concreta y claramente, como revolución permanente, con acuerdo a la definición de Marx. Ese es el proceso de la Revolución de Octubre. Esta es la solución de Marx y de Lenin. La otra es la de Stalin y los apristas, o lo que es lo mismo, la reedición del Kuomintang, **la alianza de todas las clases, la liberación nacional.**

«¿Adónde va la Argentina? ¿Frente Popular o lucha por el Socialismo?» Antonio Gallo, 1935

No solo es imposible ya un desarrollo independiente del capital nacional, es que en términos humanos genéricos, aunque exista crecimiento en periodos más o menos largos, no hay desarrollo social auténtico. El sistema dejó hace mucho ya de ser progresivo como un todo y con él su forma política más características: la nación misma. A partir de entonces:

Los revolucionarios deben despojarse de todo atributo nacional, sacudirse como una basura las taras del patriotismo, a fin de hallarse en condiciones de organizar la rebeldía de los asalariados doquiera sea, cualquier uniforme los aliste.

G. Munis

Lucha de clases



La lucha de clases es el conflicto que se desarrolla en el seno de todo modo de producción basado en la explotación y por tanto en la división de clases. Informa todas las expresiones ideológicas de una época, da forma al estado e impulsa su transformación o colapso.

Función histórica de la lucha de clases

La lucha de clases materializa en términos sociales, es decir «subjetiviza», dota de un sujeto, a los conflictos que se producen de manera permanente entre las fuerzas productivas de una sociedad y las relaciones sociales en cuyo seno se desarrollan.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.

Carlos Marx y Federico Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848

Esas luchas no tienen un carácter puntual, aleatorio, son intrínsecas a todo sistema de clases y por tanto le acompañan desde su origen hasta su superación. Las clases oprimidas intentarán continuamente sacudirse el yugo de sus opresoras, las explotadas, liberarse de la explotación.

Toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de la lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social.

Federico Engels. **Prefacio a la edición alemana del Manifiesto Comunista**, 1883

Pero aunque todas las clases explotadas han luchado siempre contra su situación, el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad (la imposibilidad material de la abundancia, del **comunismo**) reservaba el papel de clase revolucionaria a otras clases. Solo los colonos al final de la época esclavista o la burguesía en el régimen feudal, podían en su contexto histórico, transformar la estructura jurídico-política de la sociedad de acuerdo a sus intereses particulares produciendo al mismo tiempo una alternativa **progresiva** para el conjunto social.

Con la llegada al poder de la burguesía y el desarrollo del modo capitalista de producción sin embargo, la clase explotada y la clase revolucionaria coinciden por primera vez.

Ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases.

Federico Engels. **Prefacio a la edición alemana del Manifiesto Comunista**, 1883

Lumpenproletariado



Masa de desclasados, excluida y deslindada del proletariado, que se nutre económicamente de los tráficós ilegales, la economía criminal, la mendicidad, el patronazgo estatal o privado o una combinación de todas ellas.

Proletariado vs lumpen

El *lumpen* no son los «vagos y maleantes» pre-proletarios arrancados de los campos y las tierras comunales, son un producto desarraigado de la descomposición de la sociedad burguesa.

El lumpenproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Carlos Marx y Federico Engels. **Manifiesto Comunista**, 1848

Por su actividad económica, a menudo relacionada con el crimen organizado, y su individualismo están más cerca de la pequeña burguesía que del **proletariado**. Marx ironiza sobre la relación especular entre la burguesía especuladora y el lumpen dado el carácter parasitario y nihilista de ambas clases.

Mientras la aristocracia financiera hacía las leyes, regentaba la administración del Estado, disponía de todos los poderes públicos organizados y dominaba a la opinión pública mediante la situación de hecho y mediante la prensa, se repetía en todas las esferas, desde la corte hasta el café borgne, la misma prostitución, el mismo fraude descarado, el mismo afán por enriquecerse, no mediante la producción, sino mediante el escamoteo de la riqueza ajena ya creada.

Y señaladamente en las cumbres de la sociedad burguesa se propagó el desenfreno por la satisfacción de los apetitos más malsanos y desordenados, que a cada paso chocaban con las mismas leyes de la burguesía; desenfreno en el que, por ley natural, va a buscar su satisfacción la riqueza procedente del juego, desenfreno por el que el placer se convierte en crápula y en el que confluyen el dinero, el lodo y la sangre. La aristocracia financiera, lo mismo en sus métodos de adquisición, que en sus placeres, no es más que el renacimiento del lumpenproletariado en las cumbres de la sociedad burguesa.

Carlos Marx. **Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850**, 1850.

Políticamente forman un grupo peligroso, enfrentados y a menudo instrumentalizados contra de los movimientos de clase de los trabajadores. La mera relación con el lumpen o los intentos por

organizarlo en «patotas» bajo el liderazgo autoritario de algún líder obrero, son considerados traición desde los primeros momentos de la afirmación política de los trabajadores.

El lumpenproletariado, esa escoria integrada por los elementos desmoralizados de todas las capas sociales y concentrada principalmente en las grandes ciudades, es el peor de los aliados posibles.

Ese desecho es absolutamente venal y de lo más molesto. Cuando los obreros franceses escribían en los muros de las casas durante cada una de las revoluciones: «Mort aux voleurs!» ¡Muerte a los ladrones!, y en efecto fusilaban a más de uno, no lo hacían en un arrebato de entusiasmo por la propiedad, sino plenamente conscientes de que ante todo era preciso desembarazarse de esta banda. Todo líder obrero que utiliza a elementos del lumpenproletariado para su guardia personal y que se apoya en ellos, demuestra con este solo hecho que es un traidor al movimiento.

Federico Engels. **Prefacio a La guerra campesina en Alemania.**

Marxismo académico



Corriente académica que define el marxismo como un «método de análisis» que puede ser desarrollado al margen de la lucha de clases.

Bajo la etiqueta «marxismo académico» se agrupan en realidad una multitud de planteamientos y escuelas unidas por la idea de que «el marxismo es un método» y que como tal puede ser «aplicado» o «desarrollado» en distintos contextos con independencia de sus fines y del contexto social en que la teoría sea desarrollada. Empezando por la propia universidad.

Crítica marxista del «marxismo académico»

El marxismo no es un método

Nada más lejos del marxismo que proponer un conjunto de pasos o una receta, aun menos una «máquina procedimental», un autómata, como «fórmula infalible» del análisis de la realidad. Ni siquiera puede entenderse como método en ese sentido el **materialismo histórico** que, en todo caso, sería más bien un marco, un conjunto de premisas de análisis de la realidad social para poder comprender el cambio histórico como transformación de los **modos de producción**, como totalidad.

Entre estas premisas están por cierto, dos hartamente infrecuentes en estas escuelas:

- el materialismo: no es la historia de las «ideas» ni de las «ideologías» las que explican el cambio histórico sino las transformaciones en la base productiva, material de la sociedad;
- y el viejo principio dialéctico de que en cualquier sistema, el todo determina las partes mientras que las partes o la agregación de las partes, no permiten explicar el todo.

El marxismo es una crítica (=demolición) de los fundamentos mismos de la academia

Buena parte de las obras de Marx se titulan o subtitulan con la palabra «crítica»: crítica de la Filosofía del Estado (Filosofía de la Historia, diríamos hoy), crítica de la Economía Política (Teoría económica), etc. Toda su obra es una «crítica» en realidad. Y es que **Marx no se propone un «pensamiento crítico», sino la crítica del pensamiento**. Y cuando dice crítica, en realidad hay que leer «demolición».

Porque su crítica del pensamiento comienza por colocar a éste como producto histórico, como una expresión de la realidad social material y de la **lucha de clases** que genera. Es decir, Marx convierte la crítica

del pensamiento en crítica de la **ideología** y como tales trata a las distintas ciencias. Por eso, en la esencia de la crítica marxista del pensamiento está negar la autonomía de las ciencias definidas por la academia, ni hablemos ya de sus «métodos» particulares.

No hay metodología que pueda segregarse del marxismo, no hay una aplicación, un procedimiento, un método que destilar de la obra de Marx y de los revolucionarios que le siguieron, que pueda vivir al margen de la **lucha de clases**. Una vez más, la parte no puede tener existencia al margen del todo. El marxismo es un esfuerzo continuado que implica una demolición revolucionaria de la **ideología**, una iconoclastia continua,

Marx y Engels -vale la pena recordar- eran irreprimibles iconoclastas, incluso en relación con ellos mismos, porque no existe otra manera de **escapar de la compartimentalización del sistema cerrado**. El primero respondió a quienes le hablaban de los marxistas de Europa continental: «No soy marxista». Así estableció tácitamente una definición a-dogmática del pensamiento revolucionario, que hoy en día es muy poco comprendida.

Engels, por otro lado, expresó cómo él y Marx se habían puesto a trabajar a pie de obra sobre una gran cantidad de materiales que necesitaban ser desarrollados. Ahora es necesario añadir los materiales que ha generado desde entonces la lucha de clases mundial. Por lo tanto, estamos llevando a cabo deliberadamente una profanación. Sólo importa una cosa: saber si se alinea o no con la larga continuidad de todas las profanaciones que ha cometido el pensamiento revolucionario, y que no puede evitar cometer para no asfixiarse.

Prólogo a la edición italiana de «Pro Segundo Manifiesto Comunista», 1967

No hay marxismo fuera o al margen de la lucha de clases

El **comunismo** es un proceso de negación del capitalismo que está en marcha desde el momento mismo en que aparece el **proletariado como clase universal**.

El comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual.

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1846

El marxismo es la expresión teórica de las posibilidades máximas, en lo inmediato e históricamente, de esa negación en proceso. **Como toda expresión de un movimiento, no puede existir al margen de él.** Es decir, ni puede existir como cuerpo dogmático, como doctrina fijada de una vez y para siempre, ni puede existir fuera de la lucha organizada de la clase trabajadora.

En realidad lo que se llama marxismo es la expresión teórica de la lucha de la clase trabajadora, sus posibilidades últimas y sus medios. En otras palabras: la forma teórica más avanzada, más libre de ilusiones ideológicas, de la **consciencia de clase**. Y una vez más: como tal no puede existir al margen de la clase que le da lugar, creerlo sería caer de nuevo en la separación entre el cuerpo y el alma propia del idealismo religioso... lo que no resulta muy marxista.

Es cierto que ese error existió en el propio movimiento obrero bajo la forma de la «consciencia implantada en la clase desde el exterior» de Kautsky. Y es cierto que revolucionarios como Lenin en ciertos momentos de aislamiento la hicieron suya. Pero aun sin dejar de ser un error, al menos atribuían ese papel «inyector» a la organización política, un organismo que surgía y agrupaba a los sectores más avanzados, por pequeños que fueran, de la clase trabajadora. Pero el error se vuelve aberración evidente cuando «el partido» es sustituido por «la academia», es decir, por un órgano del estado -o sus funcionarios- cuya función no es otra que adoctrinar y fabricar ideología.

La Universidad es un organismo del estado de clase

No puede salir «marxismo» de la universidad porque la universidad es un órgano de una clase distinta y adversa cuya función es precisamente crear **ideología**, aquello que el marxismo pretende demoler. Y tampoco puede salir de individuos, sean profesores o

fontaneros, porque la consciencia de clase es el producto del movimiento y la lucha de una clase y por tanto solo puede tener una existencia y una expresión colectiva, por escasa que sea en términos numéricos.

La figura del «profesor marxista», un individuo que es capaz de sustituir a una clase entera y elaborar en soledad la comprensión de su situación histórica y de los pasos que debe dar es, sencillamente absurda desde una perspectiva marxista. Es la posición que pretendía para sí el famoso doctor Eugen Dühring cuya teoría disecciona, demoledoramente, Engels.

¿Quiere eso decir que el movimiento de clase no podrá ganarse a profesores universitarios? No, claro que no. Pero, ¿alguien ha pensado qué tremenda virulencia y fuerza tendría que estar demostrando el movimiento de clase actual para haberse «ganado» a los miles de «profesores marxistas» que «enseñan» en las universidades de todo el mundo?

Y en todo caso... ¿qué significa para el movimiento obrero «ganar» a un intelectual? ¿En qué consistió «ganarse» por ejemplo... a Marx, Engels, Rosa Luxemburgo, Lenin o Trotski? En integrarlos como militantes en sus organizaciones, no en «integrar sus contribuciones» sin que tuvieran que comprometerse en el movimiento material, algo que solo pretendieron los «Dühring» de cada época.

Materialismo histórico



El materialismo histórico es un conjunto de premisas de análisis de la realidad social que explica los fenómenos históricos partiendo de la estructura social, material, de la organización social de la producción y las relaciones sociales que de ella se derivan, es decir el modo de producción en el que se desenvuelven; Estos modos de producción se definen por unas ciertas relaciones sociales que a su vez reflejan e impulsan un cierto desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Desarrollo y relaciones conflictivas que se materializan en luchas entre las clases sociales definidas por ellas bajo la forma de ideologías, partidos y choques políticos que expresan aquellos intereses contradictorios y que, a su vez, llegados a cierto desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, transforman la estructura social entera.

Origen

El primer trabajo que emprendí fue una revisión crítica de la *Rechtsphilosophie* de Hegel, trabajo cuyos preliminares aparecieron en los «Anales Franco-alemanes» publicados en París en 1844. Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas de Estado, no pueden explicarse por sí mismas, ni por la llamada evolución general del espíritu humano; que se originan más bien en las condiciones materiales de existencia que Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y franceses del siglo XVIII, agrupaba bajo el nombre de «sociedad civil»; pero que la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política. Había comenzado el estudio de ésta en París y lo continuaba en Bruselas, donde me había establecido a consecuencia de una sentencia de expulsión dictada por el señor Guizot contra mí. El resultado general al que llegué y que, una vez obtenido, me sirvió de guía para mis estudios, puede formularse brevemente de este modo:

En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.

El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia.

Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura. Al considerar tales trastornos importa siempre distinguir entre el trastorno material de las condiciones económicas de producción -que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales- y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas, bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven. Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productoras sociales y las relaciones de producción.

Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone nunca más que los problemas que puede resolver, pues, mirando de más cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir.

Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales y burgueses modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social, no en el sentido de un antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de existencia de los individuos; las fuerzas productoras que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana.

Carlos Marx. **Prefacio a «Contribución a la Crítica de la Economía Política»**, enero de 1859.

El materialismo histórico y el Proletariado

El materialismo histórico permitió al **proletariado** entenderse como clase en el proceso histórico y dotar a su **perspectiva comunista** de una base científica. Fue un elemento fundamental en el desarrollo de una conciencia que, siendo todavía de clase, al ser una clase universal responde ya unos intereses universales y no es por tanto **ideología**. La **consciencia de clase** del proletariado, al armarse y fundirse con el materialismo histórico, se convierte en la primera concepción universal de la sociedad y la historia y por tanto en la antesala de una conciencia realmente humana, no sesgada ni limitada.

La teoría revolucionaria persigue una transformación social que suprimirá la clase obrera también (...) En cambio, esa transformación no suprimirá la teoría, sino que por el contrario le conferirá dimensión humana generalizada, abriéndole dominios vastísimos, insospechados, infinitos. La validez comunista de la teoría revolucionaria hoy, su absorción por el todo social mañana, le consienten enmendarse y ampliarse sin cesar. Es la expresión más límpida del ser humano en posesión de sí mismo. Proletariado y teoría revolucionaria son respectivamente cifra de emancipación económica y de emancipación intelectual; juntos, cifra de desalienación.

G.Munis. *Acendremos camaradas*, 1975

El Manifiesto Comunista de 1848 marca el momento en el que la concepción materialista de la historia se incorpora y funde con el programa comunista.

La idea fundamental de que está penetrado todo el «Manifiesto» — a saber: que la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época; que, por tanto, toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de la lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social; y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases.

Federico Engels. **Prefacio a la edición alemana del Manifiesto Comunista**, 1883

Maximalismo



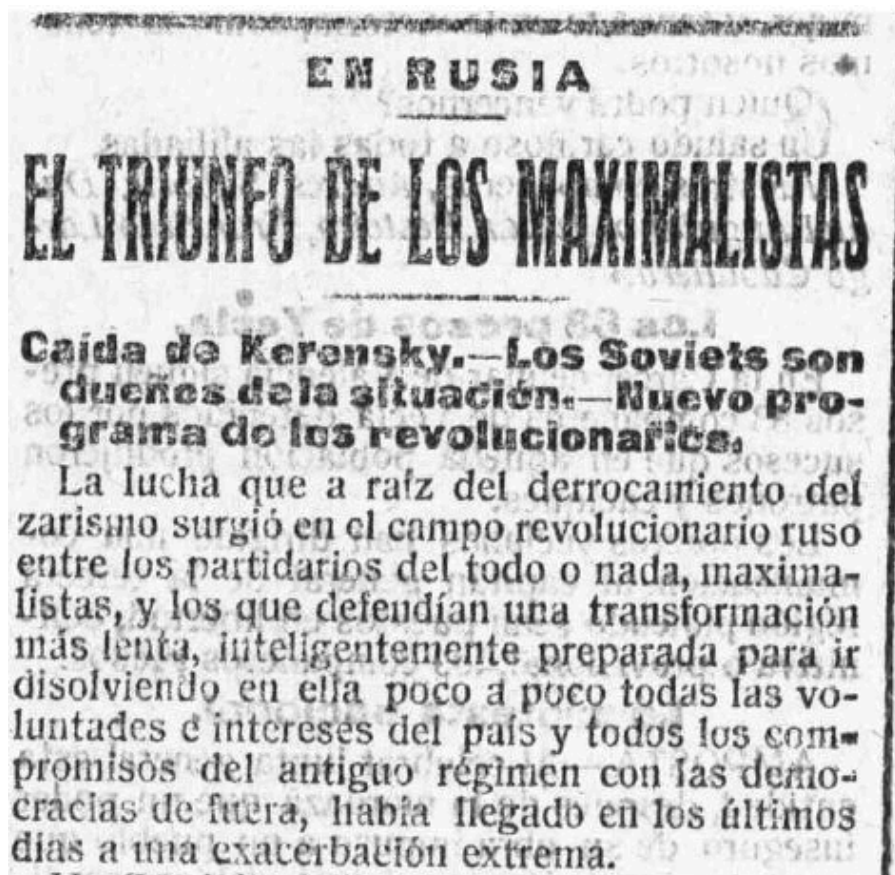
Conjunto de tendencias de distintos orígenes que se identifican y dan prioridad a lo que la IIª Internacional llamó «programa máximo»: la abolición del estado y el trabajo asalariado

Origen del maximalismo

Durante el siglo XIX tanto los marxistas como los anarquistas colectivistas fueron calificados habitualmente como *maximalistas*... y no solo por las tendencias **reformistas**.

En **Rusia**, la fracción revolucionaria de los *social-revolucionarios*, el partido de la revolución campesina, se llamará a sí misma *socialista-maximalista* y acabará integrándose con los bolcheviques, el Comité intercentros y otros grupos en el proceso de formación del *Partido Comunista de Rusia (bolchevique)* en 1917.

Ignorante de las divisiones del socialismo ruso, la prensa belga, francesa, española, portuguesa e italiana, incluida la socialista, identificó rutinariamente a los bolcheviques como *maximalistas* durante todo el proceso revolucionario ruso y los primeros años posteriores a la revolución. El titular con el que *El Socialista*, diario oficial del Partido Socialista Obrero español, dio la noticia de la insurrección de octubre no fue otro que: *El triunfo de los maximalistas*.



EN RUSIA

EL TRIUNFO DE LOS MAXIMALISTAS

Caída de Kerensky.—Los Soviets son dueños de la situación.—Nuevo programa de los revolucionarios.

La lucha que a raíz del derrocamiento del zarismo surgió en el campo revolucionario ruso entre los partidarios del todo o nada, maximalistas, y los que defendían una transformación más lenta, inteligentemente preparada para ir disolviendo en ella poco a poco todas las voluntades e intereses del país y todos los compromisos del antiguo régimen con las democracias de fuera, había llegado en los últimos días a una exacerbadón extrema.

La identificación entre el término *maximalista* y la revolución rusa era tal en la primera época de la IIIª Internacional que la primera organización de ésta en **Portugal**, el primer partido comunista portugués, fundado en 1919, se llamó oficialmente *Federação Maximalista Portuguesa* (FMP).

Algo parecido ocurrió en **Italia**, donde Bordiga y Gramsci se refirieron a los bolcheviques como *maximalistas* al menos hasta 1920. La corriente pro-Tercera Internacional que surgía entonces en el Partido Socialista Italiano empezó a ser llamada y auto-reconocerse como *maximalista*. Por eso la *fracción abstencionista* dentro de esta corriente -dirigida por Bordiga y origen de la posterior *izquierda comunista italiana*- declara su *orientación maximalista* y habla regularmente del *proletariado maximalista* y del *socialismo maximalista*.

En Italia, sin embargo, el nombre quedó para la Historia asociado a la *fracción centrista electoralista* encabezada por Serrati. En parte porque en 1921 los *maximalistas de izquierda* dirigen la constitución del *Partido Comunista Italiano* y en parte porque Lenin criticará a Serrati y los suyos como los *maximalistas electorales* y las generaciones siguientes, que ya no tenían tan presente que tanto derecha como izquierda eran conocidos como maximalistas en la época, empezaron a abreviar y llamar a la corriente centrista y a Serrati simplemente *maximalistas*.

A partir de 1924 el término deja de ser usado por los comunistas para referirse a sí mismos y tiene un uso cada vez más restringido. Generalmente, y siempre en boca de otros, designa a movimientos sectoriales más o menos organizados por la Internacional.

Aparece por ejemplo en referencias a los *cooperadores comunistas* y otras fracciones impulsadas por la política de *Frente Único*. En España reaparecerá de nuevo en los 30 por los partidos de la pequeña

burguesía republicana para referirse a un confuso conjunto que incluiría a elementos insurreccionalistas del anarcosindicalismo y a la **izquierda comunista española**, y en 1937 a las fuerzas que participaban del movimiento revolucionario defendiéndolo de los ataques del stalinismo y el gobierno republicano (basicamente, bases de CNT, los *Amigos de Durruti* y el *Grupo Bolchevique-leninista* español). Con posterioridad a 1937 el término sale del lenguaje político y se utilizará cada vez menos.

Mercancía



Todo resultado del trabajo humano que se produce para ser intercambiado en el mercado.

Origen de la mercancía

No todo producto del **trabajo** humano es mercancía. De hecho, hasta muy recientemente la mayor parte de la producción no se realizó para el mercado. Ni siquiera cabe considerar a los primeros intercambios neolíticos como comercio mercantil. Por lo que sabemos, las experiencias originales del intercambio tomaban la forma de donaciones más o menos simbolizadas y ritualizadas de regalos cruzados entre comunidades. Los bienes y servicios intercambiados no establecían un **valor** de cambio entre ellos, no se pretendían equivalentes y por tanto no eran mercancía.

Durante el desarrollo del esclavismo como modo de producción, se amplía por primera vez el intercambio mercantil sin llegar a ser el objetivo principal de la producción social. A fin de cuentas, la

principal fuerza productiva, el trabajo esclavo, solo era mercancía en un sentido muy limitado.

El feudalismo que le siguió tampoco fue un sistema mercantil y de hecho las acuñaciones de moneda fueron prácticamente inexistentes en Europa durante los siglos VIII al X y muy escasas hasta el siglo XII. Los siervos feudales no pueden considerarse, más que muy marginal y tardíamente, como productores de mercancías: la mayor parte de su trabajo producía objetos útiles para su propio consumo o el de sus señores que no estaba destinado al intercambio ni se medía por un **valor** de cambio. Ni siquiera la **fuerza de trabajo** del campesino y la tierra sobre la que trabajaba, podía venderse o intercambiarse a cambio de otras mercancías o dinero.

El **capitalismo** es el primer modo de producción que requiere la **mercantilización** de todos los productos y relaciones sociales. Su extensión ha convertido a la mercancía en la forma universal del trabajo y sus productos, y al hacerlo ha revestido a las relaciones sociales del falso igualitarismo del intercambio entre equivalentes, presentando las relaciones entre personas como relaciones entre cosas, el famoso **fetichismo de la mercancía**.

Mercantilización



Proceso histórico de expansión del mercado mediante la transformación de las relaciones sociales y la producción de bienes en mercancías.

Mercantilización y mercado

Desde sus propias bases el capitalismo es un gran proceso mercantilizador. Comienza con la conversión de la tierra y el trabajo agrario en mercancía, el fin de las tierras comunales y el desarrollo de la productividad agraria. A partir de ahí todo el desarrollo y expansión del **capitalismo ascendente** tomará la forma de una mercantilización generalizada de las relaciones sociales existentes.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel «pago al contado».

Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

Carlos Marx, Federico Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848

El desarrollo del mercado tendrá una dimensión «hacia dentro», como mercantilización generalizada de las relaciones sociales, y otra como expansión ultramarina del mercado. Desde las invasiones inglesas del Río de la Plata al Comodoro Perry forzando a apertura comercial

japonesa, cada ampliación del mercado mundial pondrá en marcha la mercantilización de las relaciones en cada lugar, a veces partiendo prácticamente de cero.

Durante la expansión británica, en amplias regiones donde no existía ni siquiera un mercado marginal, como en buena parte de Africa, todo el peso del estado se volcó en forzar la imposición del trabajo asalariado -necesario para crear **plusvalía**, que es el objetivo del capitalismo- mediante impuestos a las comunidades que debían ser pagados en la moneda del colonizador. La única manera de conseguir moneda era trabajar en las nuevas plantaciones creadas por las primeras empresas de colonización.

La violencia extra-económica del impuesto imponía así el ciclo de producción y acumulación capitalista bajo la forma de una mercantilización forzada del trabajo, que hasta entonces había sido una aplicación directa de la habilidad y la fuerza humana sobre la naturaleza, para convertirse en **fuerza de trabajo**, mercancía que se intercambia por su equivalente en dinero ante un comprador dotado de iguales derechos formales en el proceso de compraventa.

Militarismo



Tendencia la supeditación de la producción y la organización del estado a las necesidades de la guerra, sea ésta presente o futura. Por eso se manifiesta como un incremento del gasto militar paralelo al desarrollo del carácter autoritario del estado y a la militarización de la vida social.

Origen

El militarismo es un producto del desarrollo extremo y simultáneo de las contradicciones internas -**lucha de clases**- y externas de una sociedad, aparece en la **decadencia** de los **modos de producción**. En el capitalismo emerge ya con el **imperialismo** y se universaliza con la entrada del sistema en **decadencia**. Marca la vida social en todos los estados aunque especialmente en aquellos que por provenir su

aparato político de la contrarrevolución -**stalinismo**, **fascismo**, etc.- o por tener capitales nacionales más débiles, tomaron formas de **capitalismo de estado** extremadamente centralizadas.

Funciones externas e internas del militarismo y su

relación con los trabajadores

El proletariado sabe que la política internacional [de Alemania] tiene esencialmente como objetivo combatir y anular de forma violenta y grosera las dificultades sociales y políticas ante las que se encuentran las clases dominantes; en pocas palabras, es una política de confusión y engaño bonapartista.

Sabe que los enemigos de los trabajadores mantienen el fuego del chauvinismo para salvaguardar sus propios intereses; [...]

Sabe también que las guerras que las clases dominantes provocan al servicio de sus propios intereses, exigen al proletariado los sacrificios más terribles tanto en bienes materiales como en vidas humanas. A cambio de las cuales se les ofrece, una vez terminado el trabajo, miserables pensiones de invalidez, asistencia a los antiguos combatientes, organillos para pedir limosna y patadas de todo tipo.

El proletariado sabe que después de cada guerra, un volcán de lodo, de brutalidad y de grosería se extiende sobre los pueblos que en ella han participado y hace retroceder a la civilización muchos años.

Sabe igualmente que la patria por la cual ha de luchar, no es su patria; que para el proletariado de todos los países sólo existe un enemigo real: la clase capitalista, que oprime y explota al proletariado; que el proletariado de cada país está fuertemente unido, por sus intereses, con el proletariado de todos los demás países; que ante los intereses comunes del proletariado internacional todos los intereses nacionales disminuyen en importancia y que se debe oponer a la coalición internacional de los explotados y la esclavitud, la coalición internacional de los explotados y los esclavos.

Sabe que el proletariado, en tanto que es utilizado en una guerra es conducido a luchar contra sus propios hermanos y compañeros de clase y por lo tanto contra sus propios intereses.

Por esto, la posición que adopta el proletariado con conciencia de clase ante esta función internacional del ejército, así como ante toda política de expansión capitalista, es no solamente fría, sino profunda y conscientemente hostil. El proletariado tiene como tarea fundamental llevar contra el militarismo una lucha a muerte; cada día es más consciente de ello. [...]

Pero el militarismo no tiene únicamente la función de defensa y ataque frente el enemigo exterior, sino que juega un papel interior debido a la cada vez más intensa lucha de clases y al aumento de la conciencia de clase proletaria. Esto configura día a día tanto el aspecto formal del militarismo como su esencia; es decir, la protección del orden social dominante, el apoyo al capitalismo y a toda reacción ante la lucha de liberación de la clase trabajadora.

Aquí se muestra como un puro instrumento de la lucha de clases, un instrumento en manos de las clases dominantes, destinado a detener con la colaboración de la policía y de la justicia, de la escuela y de la iglesia, el desarrollo de la conciencia de clase; y, por lo tanto, a asegurar, cueste lo que cueste e incluso en contra de la voluntad de la mayoría del pueblo, el poder de una minoría en el estado y la libertad de explotación.

Así se presenta el militarismo ante nuestros ojos; que pretende ser, ni más ni menos, la cuadratura del círculo, que arma al pueblo contra él mismo; que se atreve a convertir al trabajador, al intentar introducir de formar artificial por todos los medios un división generacional en nuestra estructura social, en explotador, enemigo y asesino de sus propios compañeros de clase y de sus

amigos, de sus padres, de sus hermanos y sus hijos, de su propio pasado y futuro, que quiere ser democrático y despótico, ilustrado y mecánico, y popular y enemigo del pueblo al mismo tiempo.

Karl Liebknecht. Militarismo y antimilitarismo, 1906

Militarismo y acumulación

En cualquier caso, en todos los países centrales la defensa del militarismo, bajo la forma de defensa del carácter estratégico de la producción militar y su peso en el conjunto del gasto del estado, ha de ser considerada también desde la lógica de la **acumulación**. La industria militar fue el primer sector que, dependiendo completamente del estado, permitía crear un destino «productivo» al capital que ejerciera de «locomotora» de la **tasa de ganancia** del capital nacional.

Prácticamente, el militarismo, sobre la base de los impuestos indirectos, actúa en ambos sentidos: asegura, a costa de las condiciones normales de vida de la clase trabajadora, tanto el sostenimiento del órgano de la dominación capitalista (el ejército permanente) como la creación de un magnífico campo de acumulación para el capital.

Rosa Luxemburgo. **La acumulación de capital**, 1913.

Modo de producción



Conjunto de relaciones sociales que dan forma a la producción, conforman la estructura económica de la sociedad y se corresponden con un grado de desarrollo determinado de las fuerzas productivas

Modo de producción y transformación histórica

El descubrimiento del concepto de «modo de producción» está en el origen mismo del **materialismo histórico**. El «modo de producción de la vida material» es una estructura de relaciones sociales que:

1. define una sociedad en consonancia con el desarrollo de sus **fuerzas productivas**,
2. limita sus **formas de autoconsciencia** y
3. da forma a sus posibilidades de evolución y superación revolucionaria por el nuevo modo de producción latente en los objetivos de su clase revolucionaria.

En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.

El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El **modo de producción de la vida material** condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia.

Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura. [...]

Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productivas que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone nunca más que los problemas que puede resolver, pues, mirando de más

cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir.

Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales y burgueses modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social, no en el sentido de un antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de existencia de los individuos; las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana.

Carlos Marx. Prefacio a «Contribución a la Crítica de la Economía Política», enero de 1859.

Modos de producción

- Comunismo primitivo
- Modo de producción asiático
- Modo de producción esclavista o antiguo
- Feudalismo
- Capitalismo
- Comunismo

Modo de producción asiático



Modo de producción asiático: modo de producción fundado sobre la explotación colectiva del campesinado articulada por un estado burocrático a través de un sistema de tributos que se cobraban en producción y tiempo de trabajo. El campesinado mantiene restos de organización tribal y la propiedad comunal de la tierra, pero las particularidades locales y tribales tienden a difuminarse por el impacto de grandes obras públicas que aumentan la productividad y homogeneizan la organización del trabajo social.

Características generales



Podemos datar el origen del **modo de producción** asiático en las civilizaciones del Indo (Mohenjo Daro) y Mesopotamia (Sumer), la Grecia Micénica, Egipto, Nubia y China. Con una gran estabilidad para sostener los equilibrios entre clases, hasta un milenio y medio después aparecerán o sobrevivirán distintas formaciones y estados bajo este modo de producción en la actual Etiopía, Norteamérica (imperio azteca), los Andes (Tahuantinsuyo incaico), Corea (Baekje, Silla, imperio Joseon temprano) e Indochina (Siam e imperio Jemer).

Las instituciones en el modo de producción asiático son reminiscentes de instituciones de conquista, en las que un pueblo nómada invasor institucionaliza y regula la rapiña sobre un conjunto de pueblos sometidos organizados en estructuras anteriores que siguen bajo el comunismo primitivo o bajo formas de barbarie basadas en el comunal agrario.

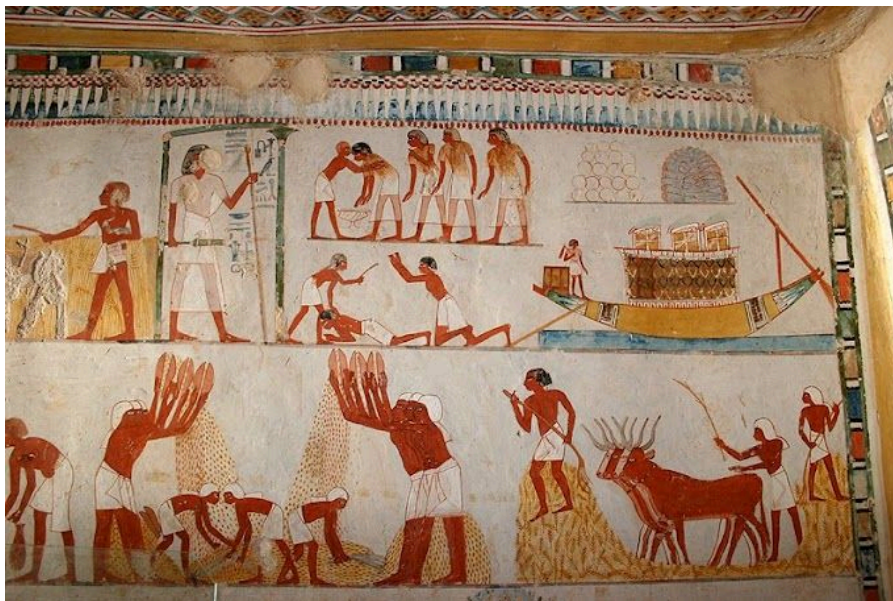
Esta transformación del invasor en clase explotadora de una masa de campesinos clusterizados localmente transforma a su vez la naturaleza de la propiedad comunal. La nueva clase dirigente se convierte paulatinamente de garante necesario en poseedora colectiva del principal medio de producción, la tierra.

...la unidad global, que está por encima de todas estas pequeñas comunidades, se presenta como el propietario supremo o como el propietario único, y por tanto, las comunidades reales solo se presentan como propietarios hereditarios. Puesto que la unidad es el propietario auténtico y el auténtico presupuesto de la propiedad comunitaria, la misma unidad puede presentarse como un ente particular , que está por encima de los múltiples entes particulares, en las que el individuo, en realidad, está privado de propiedad.

Grundrisse, Marx, 1857

En este movimiento, la clase dirigente del modo de producción asiático orientará el trabajo social hacia la construcción de **grandes infraestructuras** (camino, obras hidráulicas, almacenes de granos) y desarrollará un **aparato estatal con una burocracia separada de la estructura ideológico-religiosa, profesionalizada y especializada.**

Estructura de clases



Las clases fundamentales del modo de producción asiático fueron la nobleza (clase explotadora), el campesinado (clase explotada) y la burocracia estatal encargada de la organización del estado.

Habiéndose convertido la propiedad comunal en una «concesión» del déspota (faraón, emperador, inca, etc.) la nobleza funcionará como un explotador colectivo estrictamente jerarquizado y separado de la figura central y su familia inmediata. La inevitable deificación del déspota -materialización de la unidad de un estado que imperaba sobre unidades tribales diversas y dispersas- separará de hecho al núcleo gobernante simbólica y físicamente del conjunto de la nobleza.

La nobleza del modo de producción asiático tendrá un componente guerrero y militar separado del estamento sacerdotal, sobre el que recaerán no solo los grandes ceremoniales de estado, sino el grueso de

la dirección de la organización del trabajo social.



Como brazo ejecutor de la nobleza se desarrollará una clase relativamente amplia de burócratas especializados que se encargará de mantener en marcha el sistema tributario, organizar las levas de trabajo y dirigir la ejecución de las obras públicas.

A las necesidades de esta burocracia a la hora de sistematizar y organizar la explotación de las comunidades campesinas debemos el nacimiento de la escritura y la aritmética (para registrar las exacciones), los primeros sistemas contables (para mantener los inventarios reales), la geometría (para calcular el tributo en función de la superficie cultivada) y los primeros sistemas mecánicos de registro y cálculo (del ábaco asiático al quipu andino).

CÔTADOR MAIOR TEZORERO
 TAVANTIN SUOVIPOC
 CYRACA CON DOR CHAVA



con tador y tezouero

con tador

Bajo la nobleza del modo de producción asiático y su burocracia estatal, el campesinado disperso y diverso tenderá a formar una clase relativamente homogénea. Nacido de la dominación de una tribu o conjunto de tribus sobre otras, el campesinado tiene, en principio, una tremenda diversidad de instituciones locales ligadas a la propiedad comunal con sus propios sistemas de creencias, formas de parentesco y, en algunos casos, cacicazgos que esbozan una clase explotadora.

Junto con la nobleza y el campesinado, en el modo de producción asiático aparecerá más o menos desarrollada una burguesía mercantil ideológica y legalmente muy controlada, es decir **oprimida**, considerada moral y políticamente inferior al campesinado. Se verá imposibilitada de crecer al no poder formar y reproducir capital en una economía muy escasamente mercantilizada sobre cuyas fuerzas endógenas no pudo establecer las bases de su propio sistema de explotación.

Además, aparecerán grupos de esclavos -producto de guerras y represión- y trabajadores asalariados ligados a las grandes construcciones públicas. La primera huelga de la que tenemos registro es la de los obreros que construían una necrópolis real egipcia en el 1154 aEC.

La lucha de clases en el modo de producción asiático

El elemento dinámico del modo de producción asiático en su periodo ascendente vendrá asociado a las tendencias centralizadoras de la clase dominante y al aumento de la productividad del trabajo y los recursos gracias a las obras hidráulicas y los caminos.

Donde el modo de producción asiático se desarrolle plenamente - como en el Egipto Antiguo- se producirá la destrucción o absorción total de los cacicazgos y noblezas locales en la nobleza y la burocracia estatal, y sobre todo una tendencia homogeneizadora de las formas de trabajo impuesta por la burocracia y el uso de las grandes infraestructuras imperiales, que llegará a crear un campesinado bastante homogéneo. No serán procesos fáciles ni pacíficos. El siglo XV en lo que hoy es México y en los Andes lo dejan claro.

Por contra, los periodos de decadencia de las distintas civilizaciones que se desarrollaron bajo el modo de producción asiático conocerán una caída de la productividad agraria y exacerbarán las tendencias centrífugas de los sectores periféricos de la nobleza -abriendo la puerta hacia un posible desarrollo de los cacicazgos hacia el **feudalismo**. Y como contra-fuerza la tendencia hacia la dominación despótica del centro... que abría la perspectiva de una transformación de la estructura de clases hacia las instituciones características del esclavismo.

Otras veces, las facciones de la nobleza y la burocracia acabarán simplemente destruyendo en su lucha la viabilidad de las obras públicas, socavando así las bases de su propio poder hasta producirse el «hundimiento de las clases en conflicto», muchas veces tras rebeliones tribales/campesinas o invasiones de imperios rivales.

Modo de producción esclavista



Modo de producción esclavista o esclavismo. Modo de producción basado en la propiedad física de la mayor parte de la mano de obra por la clase explotadora en el marco de una economía solo muy parcialmente mercantilizada.

Características generales del modo de producción

esclavista



El modo de producción esclavista se extendió por el mundo antiguo desde el Indostán al Atlántico barriendo o transformando las civilizaciones basadas en el **modo de producción asiático**. En Europa perduró hasta la caída del imperio romano y el **desarrollo de la feudalización**, en Oriente Medio hasta la extensión del Islam y en buena parte de África hasta el siglo XIX. Bajo este **modo de producción** se desarrolla el estado, aparecen los grandes imperios del Occidente (desde Persia hasta Africa), las primeras grandes redes comerciales, los sistemas jurídicos complejos y los grandes aparatos ideológicos de la Antigüedad.

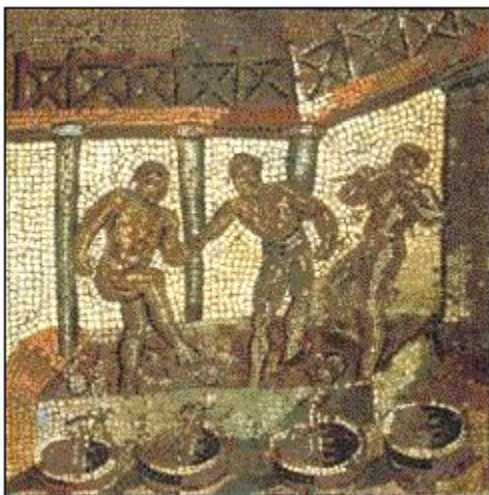
Sus principales elementos definitorios son:

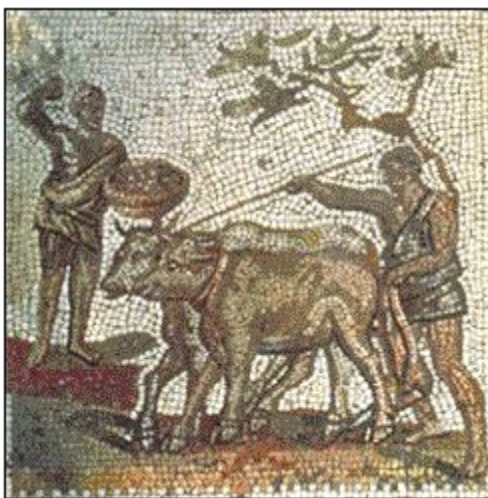
- La mayor parte de la mano de obra -y de la población- es propiedad de las familias de la clase explotadora y en menor medida, del estado. La explotación es personal y directa y el

trabajador, individualmente, tiene la consideración de objeto de cualquier otro medio de producción. El esclavo no es sin embargo **mercancía**, no se produce para ser vendido (como pasará en el capitalismo esclavista estadounidense) y su transmisibilidad o emancipación dependerán de su posición en el aparato productivo y la situación de su propietario.

- La compra-venta de los principales medios de producción, las propiedades agrícolas y mineras con los esclavos que tienen asociados, es relativamente escasa y está muy regulada y ritualizada. Normalmente restringida a la clase dirigente y cuando menos a los «hombres libres» no extranjeros.
- Se desarrolla una economía mercantil con grandes circuitos comerciales rigurosamente en manos de la clase dirigente y el estado. Estos circuitos comerciales estarán además limitados en su crecimiento pues la mayor parte de la población -los esclavos- ni siquiera puede acudir al mercado si no es por cuenta de sus amos.
- La guerra y la expansión territorial cumplen una doble función económica: por un lado capturar esclavos para paliar el alto coste de reproducción de estos, por otro aumentar las tierras en producción paliando las tensiones entre la clase dirigente y las otras clases libres.
- El estado desarrolla instituciones y mecanismos complejos - jurídicos, políticos, ideológicos y asistenciales- para amortiguar el conflicto entre clases libres y reprimir tanto los escasos levantamientos de esclavos -verdadero pánico obsesivo de las clases dirigentes- como las cíclicas revueltas de pueblos y tribus sometidos que, con sistemas productivos basados en su mayoría sobre la propiedad comunal de la tierra, se negarán a pagar exacciones.

Estructura de clases del modo de producción esclavista





La nobleza del modo de producción esclavista es normalmente reminiscente de un pueblo o tribu conquistador o de una fusión de varios. Acapara la propiedad de la tierra y la dirección del estado y sus aparatos ideológicos y burocráticos. Está internamente jerarquizada y estratificada en diversos grados. Junto a ella aparecerá en la mayoría de los casos una clase plebeya heterogénea que presionará por acceder a la propiedad de la tierra y ganar peso en el estado.

Los esclavos formarán el grueso de la clase explotada, mayoritaria en la sociedad. Su origen en las tribus y pueblos conquistados es evidente en Esparta. Allí es la ciudad -es decir, la estructura política de las familias libres- la propietaria colectiva de los ilotas, a los que declara anualmente la guerra para que pierdan la consideración humana y puedan ser asesinados sin que constituya un delito contra la propiedad. Gracias a Tucídides podemos deducir que mantenían ciertas formas de explotación comunal de la tierra y derechos matrimoniales.

El estado de guerra de clases permanente y la consideración por tebanos y atenienses de los ilotas como un pueblo sometido y no como meros esclavos, revela sin embargo que Esparta nunca acabó de instaurar el modo de producción esclavista, que no llegará a desarrollarse plenamente hasta la conquista romana. Sin embargo precisamente por eso evidencia la tensión permanente que, más o menos simbolizada, sostendrá el estado esclavista contra la clase explotada durante todo su recorrido histórico.

Lucha de clases bajo el modo de producción esclavista y aparición del feudalismo

No podían ser sin embargo las escasas, aunque siempre amenazantes, revueltas de esclavos las que pusieran en jaque al modo de producción esclavista, sino el enfrentamiento entre nobleza y plebeyos por el acceso a la propiedad de nuevas tierras y brazos que explotar.

La relativamente baja productividad de la tierra y el alto costo de reproducción de los esclavos obligó en distintos momentos, por ejemplo en las **explotaciones mineras de la República romana en la Bética y la Galia citerior**, a recurrir al trabajo asalariado. Sin embargo, la escasa mercantilización de los medios de producción, la escasez demográfica de «pueblos libres» sometidos y la ausencia de una burguesía comercial desarrollada -el comercio de larga distancia estaba en manos de la nobleza y la burocracia estatal- hacía imposible la aparición de circuitos de **acumulación de capital**.

Sin embargo, todavía en el periodo ascendente del modo de producción esclavista, con distintas formas según las civilizaciones, aparecerá la figura del *colonato*: hordas de pueblos nómadas

asimilados y esclavos libertos que son adscritos a una tierra que cultivan -generalmente en régimen comunal y como agricultura de subsistencia- a cambio de una renta.

La extensión de este sistema durante la decadencia del modo de producción esclavista -en Roma se regula a partir del siglo III- se produce en respuesta a una tendencia de fondo a despoblación y falta de nuevos esclavos, materializada en primer lugar como crisis fiscal... y por tanto como crisis de la ciudad. Por eso interesará en primer lugar a una parte de la nobleza y la burocracia periférica.

El colonato les sirve para superar el conflicto con los propietarios de las tierras del interior -plebeyos convertidos en propietarios- y recuperar la recaudación fiscal en un momento de debilidad y fraccionamiento político. No solo porque sirva para poner nuevas superficies en producción, sino porque los impuestos se cobrarán directamente a los colonos, no a los propietarios y siempre es más fácil cobrar impuestos a una clase explotada fraccionada y aislada geográficamente que a una clase poseedora que organiza el trabajo social en una región con poca presencia de fuerzas coercitivas del estado.

Los plebeyos que se habían beneficiado de los repartos de lotes y tierras por servicios militares o como desahogo de las tensiones de clase capitalinas, se convertirán así en propietarios y explotarán una fuerza de trabajo legalmente libre pero adscrita a una propiedad agraria de la que no podrán salir.

El colonato prefigura en realidad el **feudalismo** en el seno de la sociedad esclavista durante su decadencia. La llegada de las invasiones bárbaras asimilará los intereses de esta nueva clase de

propietarios agrícolas a los de la nueva nobleza invasora contra el aparato estatal de las ciudades, propiciando el cambio definitivo de modo de producción.

Moral comunista



Moral comunista: resultado en formas de relación y comportamiento político e interpersonal que para los comunistas tiene vivir con la perspectiva y la convicción de que la abolición de la escasez, la mercancía y el trabajo asalariado por la acción de la clase trabajadora es tan necesario como posible en tiempo presente.

Origen de la moral comunista

La moral comunista es el resultado de la **consciencia de clase** sobre los comportamientos y modos de las expresiones militantes de la **clase universal**.

Cuando Engels escribe en el **AntiDüring** (1878) que **la moral proletaria presenta el futuro en la transformación del presente**, lo que señala es que la moral comunista se fundamenta en esa particular relación de la clase con el porvenir. Y que al poner por

delante las necesidades humanas universales, necesidades que solo podrán verse satisfechas universalmente tras la superación del capitalismo, la moral comunista persigue plantear y representar ya hoy la abundancia -y por tanto la libertad por alcanzar- en el comportamiento, las actitudes y las formas de actuar de los elementos más conscientes de la clase.

La moral comunista no es un estado de ánimo ni un conjunto de reglas o «mandamientos», es una perspectiva de futuro que hace presente en las formas de relación y comportamiento político e interpersonal.

Significado de la moral comunista

Rebelarse contra el sistema de explotación que articula universalmente a la sociedad solo puede dar lugar a una oposición generalizada contra toda desigualdad social y poder de dominación. Por eso, la actitud moral del comunista no tiene nada que ver con la condescendencia del izquierdista sobrado ni con el resentimiento y la violencia obsesiva del trol.

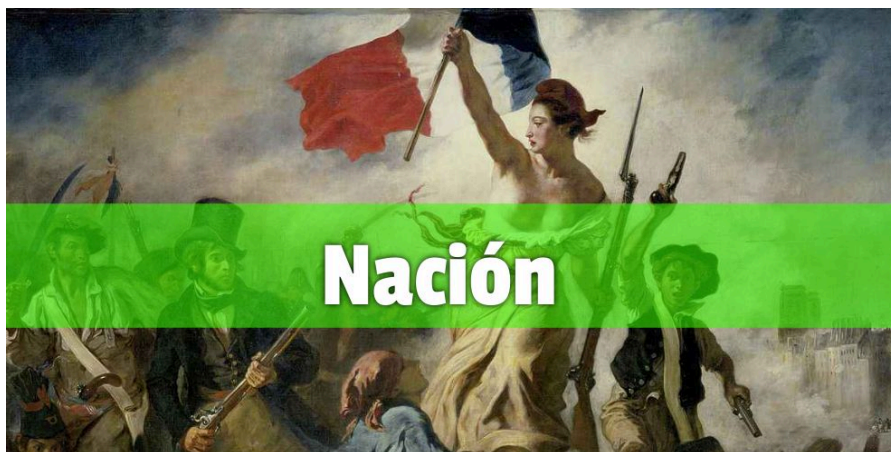
La Humanidad, vista desde la perspectiva comunista es el resultado de una gigantesca obra colectiva, azuzada y acelerada en su marcha por el conflicto y la **lucha de clases**, que ha acumulado conocimientos y capacidades tan extensos y potentes que hacen posible -hoy- una sociedad de abundancia y libertad plenas para todos y cada uno: el **comunismo**.

Esa potencialidad, tanto como su negación por el capitalismo en **decadencia**, están presentes y dan forma a cada manifestación de nuestro mundo y cada expresión de sus contradicciones. De ahí sacamos la fuerza y el optimismo. No de la necesidad ni del odio, no

del afán justiciero ni de la caridad, sino de la capacidad de descubrir en el presente las inmensas potencialidades de emancipación de nuestra clase y lo que significan: la auto-liberación de nuestra especie.

La moral comunista, la ligazón íntima entre el modo de hacer, hablar y batallar y la perspectiva permanente de la abolición de la escasez, la **mercancía** y el **trabajo asalariado**, no es un adorno ni una deriva mística ni moralizante, es un hecho material con consecuencias materiales sin cuyo fortalecimiento consciente los fetiches idealistas, las **utopías** reaccionarias de autómatas sociales y cuadros de mandos, cuando no los sueños apocalípticos que liberan de responsabilidad histórica a los comunistas, volverán una y otra vez, desarmando uno por uno los mejores esfuerzos de nuestra clase.

Nación



Nombre del cuerpo social generado por la burguesía cuando lidera de forma efectiva el conjunto de la sociedad en un territorio determinado. Desde un punto de vista materialista la nación emerge en paralelo a la constitución de un mercado nacional y se orienta a la consolidación del poder de la burguesía mediante un estado nacional.

El nacimiento de la nación

Antes de la revolución burguesa y contrariamente a la hagiografía resplandeciente que se hace de sí misma la burguesía, la nación como un cuerpo social que conformaba un pueblo unido era incomprensible.

Los reyes absolutistas habían ido añadiendo regiones a sus dominios en las idas y venidas de los aparentemente inacabables conflictos dinásticos europeos, regiones que en gran parte aún conservaban sus

fueros y estaban estrictamente divididas en clases y grupos sobre privilegios legales. Estos conflictos no seguían ninguna lógica nacional, más bien respondían a las peleas intestinas entre las casas dinásticas esparcidas por toda Europa. Leyes suntuarias (restringiendo el tipo de ropa y en qué actividades cada clase podía participar), variación lingüística y festivales feudalizantes insistían continuamente en las particularidades locales de la división del poder en cada sociedad.

Cuando la muerte por ahogamiento material y productivo del antiguo modo feudal, así como los esbozos de un nuevo modo de producción a partir de la “mejora” agraria y del mercantilismo se hagan evidentes, la burguesía y la pequeña burguesía agraria pujante se aplicarán a la idea de «constituir» la nación a partir del «tercer estado» sobre las ruinas de la vieja sociedad fracturada y jerarquizada. Las primeras constituciones europeas no solo establecen el estado, establecen la nación. Cambian los mapas, se crea una «religión civil» más o menos explícita, se instauran cultos a la bandera y la patria, se abre la carrera militar a la burguesía y, en menor grado, a la pequeña burguesía y sectores del artesanado.

Los destacamentos de guardias nacionales de las diversas regiones que entre 1789 y 1790 declararon su lealtad a la nación francesa no lo hicieron por iluminación divina, sino porque el culto a la nación convertía en sus sacerdotes a una masa de funcionarios públicos, militares y concesionarios de las clases no nobiliarias, como no había existido jamás hasta entonces. El nuevo estado liberal será la principal forma de ascenso social para la pequeña burguesía y la principal herramienta para acelerar la **acumulación** de la flamante burguesía nacional. El «espíritu» nacional, que a partir de **Herder** se pretenderá eterno y ancestral, empezaba a emanar con fuerza de su realidad material: el nuevo estado burgués.

Nacionalismo



Ideología política que define a la nación como un sujeto histórico y político por encima de las clases sociales, que quedarían reducidas a componentes de la nación con intereses y tareas nacionales específicas, es decir, con intereses y deberes propios en el «objetivo común» de la prosperidad del capital nacional.

Significado del nacionalismo

El nacionalismo define a la nación como un sujeto histórico y político por encima de las clases sociales, que quedarían reducidas a componentes de la nación con intereses y tareas nacionales específicas, es decir, con intereses y deberes propios en el «objetivo común» de la prosperidad del capital nacional. Deberes que por supuesto incluyen distintas formas de «lealtad» hacia el poder estatal.

Todo nacionalismo incluirá, con más o menos intensidad, la reivindicación de una «cultura nacional» y de las **tareas nacionales y democráticas de la revolución burguesa** bajo la forma de reivindicación permanente de la «soberanía nacional».

La crítica del concepto de nación como sujeto histórico, es decir, la crítica del nacionalismo, pasa por negar la existencia de todo «programa nacional». La nación no es esa unidad con un destino bajo la que se esconde la dirección por la burguesía del conjunto social. Es, por el contrario, un conjunto de clases en conflicto en el que el proletariado representa un programa antagónico a todo lo que implica la nación.

Cuando se habla del «derecho de las naciones a la autodeterminación», se usa el concepto de nación como un todo, como una unidad social y política homogénea. Pero ese concepto de «nación» es precisamente una de las categorías de la ideología burguesa que la teoría marxista ha sometido a una revisión radical, demostrando que detrás del velo misterioso de los conceptos de «libertad burguesa», «igualdad ante la ley», etc., se oculta siempre un contenido histórico concreto.

En la sociedad de clases no existe la nación como entidad sociopolítica homogénea, sino que en cada nación hay clases con intereses y «derechos» antagónicos.

No existe absolutamente ningún terreno social, desde el de las condiciones materiales más primarias hasta las más sutiles condiciones morales, en el que las clases poseedoras y el proletariado consciente opten la misma actitud y aparezcan como un «pueblo» indiferenciado.

En el terreno de las condiciones económicas, las clases burguesas defienden los intereses de la explotación, y el proletariado, los del trabajo. En el terreno de las condiciones jurídicas, la propiedad privada es la piedra angular de la sociedad burguesa; los intereses del proletariado exigen que los que no tienen nada sean emancipados de la dominación de la propiedad. En el terreno de la administración de justicia, la sociedad burguesa representa la «justicia de clase», la justicia de los aposentados y los gobernantes; el proletariado defiende la humanidad y el principio que consiste en tener en cuenta las influencias sociales en el individuo.

En las relaciones internacionales, la burguesía lleva a cabo una política de guerra y de anexiones, es decir, en la fase actual del sistema, una política aduanera restrictiva y de guerra comercial;

el proletariado, en cambio, una política de paz generalizada y de libertad de intercambios. En el terreno de la sociología y de la filosofía, las escuelas burguesas y la escuela que representa el proletariado están en abierta contradicción (...)

Incluso en el terreno de las supuestas relaciones humanas, de la ética, de las opiniones sobre arte, educación, etc., los intereses, la visión del mundo y los ideales de la burguesía, por un lado, y los del proletariado consciente, por otro, constituyen dos campos separados entre sí por un profundo abismo. En aquellos aspectos en que las aspiraciones formales y los intereses del proletariado y de la burguesía en su conjunto, o de su sector progresista, parecen idénticos o comunes, como, por ejemplo, en las aspiraciones democráticas, la identidad de formas y consignas encubre una ruptura total de contenido y de política práctica.

En una sociedad de este tipo no puede existir una voluntad colectiva y unitaria, no puede haber autodeterminación de la «nación». Cuando en la historia de las sociedades modernas se han desarrollado luchas y movimientos «nacionales», se ha tratado, en general de movimientos de clase de la capa burguesa dirigente, que, en el mejor de los casos, puede representar hasta cierto punto los intereses de otras capas populares en la medida en que defiende, como «intereses nacionales», formas progresistas del desarrollo histórico, en los que la clase trabajadora aun no se haya separado de la masa del «pueblo» dirigido por la burguesía para constituirse en una clase políticamente consciente e independiente.(...)

Todos estos hechos son suficientes para demostrar que el «derecho de las naciones» no puede ser determinante, desde el punto de vista de un partido socialista, de la cuestión nacional. La misma existencia de ese partido es la prueba de que la burguesía ha

dejado de ser el representante de todo el pueblo, de que la clase proletaria ya no se cubre con el manto protector de la burguesía, sino que se ha separado de ella para convertirse en una clase independiente con sus propios objetivos sociales y políticos.

Siendo la concepción de «pueblo», de «derechos» y de «voluntad popular» como un todo homogéneo, una reliquia de la época del antagonismo latente e inconsciente entre el proletariado y burguesía, sería una contradicción flagrante que el proletariado consciente y organizado se sirviera de ellas; una contradicción no en el terreno de la lógica escolástica, sino una contradicción histórica. (...)

Para la socialdemocracia, la cuestión de las nacionalidades es, ante todo, como todas las demás cuestiones sociales y políticas, una cuestión de intereses de clase.(...)

Recapitulemos: el desarrollo capitalista y los intereses de la burguesía necesitan la creación de un estado nacional independiente, que más tarde se convierte en un instrumento de conquista imperialista. Los intereses del proletariado tienden únicamente a los objetivos democráticos y culturales del movimiento nacional, es decir, al establecimiento de instituciones políticas que garanticen, por medios pacíficos, el libre desarrollo de la cultura de todas las nacionalidades que conviven en el mismo estado. La clase obrera reivindica firmemente la igualdad de derechos de todas las personas de todas las nacionalidades. El programa nacional de clase obrera es esencialmente distinto del nacionalismo de la burguesía.

Rosa Luxemburgo. **La cuestión nacional y la autonomía**, 1908

Oportunismo



Deslizamiento dentro del campo político de clase hacia posiciones que, aunque en su formulación y literalidad no ponen en cuestión el programa comunista, en la práctica lo debilitan en nombre de las necesidades u oportunidades del corto plazo, de la oportunidades tácticas, de la dificultad del programa para ser entendido o de potenciales avances contingentes.

Naturaleza del oportunismo

El oportunismo es parte del movimiento de clase, no debe confundirse con el socialismo pequeñoburgués. Al revés, el oportunismo es la parte del movimiento de clase que expresa la debilidad en tanto que clase explotada del **proletariado**, sus dificultades permanentes para afirmar su propio programa, la tendencia a desdibujar, a difuminar en la práctica cotidiana la frontera de clase con el socialismo pequeñoburgués y el **nacionalismo**.

No tienen razón quienes con tanta frecuencia consideran esta palabra un «simple insulto», sin tratar de reflexionar en su significado. El oportunista no traiciona a su partido, no le es desleal, no se retira de él. Sigue sirviéndolo, sincera y celosamente. Pero su rasgo típico y característico es que cede al estado de ánimo de momento, es su **incapacidad de oponerse a lo que está en boga**, es su miopía y abulia políticas. Oportunismo significa sacrificar los intereses prolongados y esenciales del Partido en aras de sus intereses momentáneos, transitorios y secundarios. (...)

Allí donde prevalecen tales estados de ánimo, típicos de la intelectualidad, es imposible adoptar una política firme, digna de la clase auténticamente revolucionaria, que conduzca resueltamente a través de todas las pequeñas desviaciones y vacilaciones hacia la preparación de la batalla decisiva y abnegada contra el enemigo. Por eso el proletariado consciente debe saber mantener una actitud crítica hacia los intelectuales que pasan a su lado, debe aprender a librar una lucha implacable contra el oportunismo en política.

Lenin. **¡El radical ruso reflexiona con retardo!**, 1906.

El oportunismo es sensible a la moda política, a caer en los debates de opinión y las falsas dicotomías fabricadas una y otra vez, especialmente bajo el **capitalismo de estado**. Pretendiendo «estar en el mundo», prepara el camino a la pérdida del terreno de clase, desplazando el programa comunista hacia un futuro, hacia una oportunidad que no llegará nunca.

No se renuncia al programa; lo único que se hace es aplazar su realización... por tiempo indefinido. Se acepta el programa, pero esta aceptación no es en realidad para sí mismo, para seguirlo durante la vida de uno, sino únicamente para dejarlo en herencia a los hijos y a los nietos. Y mientras tanto, «todas las fuerzas y todas las energías» se dedican a futilidades sin cuento y a un remiendo miserable del régimen capitalista, para dar la impresión de que se hace algo, sin asustar al mismo tiempo a la burguesía.

Marx y Engels. *De la carta circular a A. Bebel, W. Liebknecht, W. Bracke y otros*, 1879

El oportunismo vacía de dentro a fuera la acción de clase, paraliza el desarrollo de la **consciencia** convirtiendo el significado del **comunismo** y su invocación en una cáscara vacía, en un fetiche, manteniendo símbolos, términos y banderas pero llamando a una acción que cada vez más, se torna indistinguible de la del socialismo pequeñoburgués que, progresivamente, se irá convirtiendo en el gran justificador del **capitalismo de estado**.

El oportunismo en las Internacionales

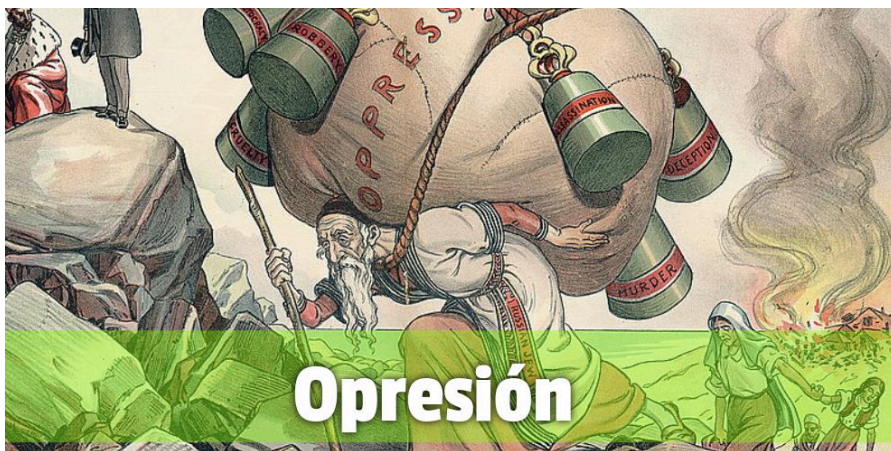
El oportunismo es una tendencia permanente a lo largo de todo el proceso de constitución en clase del proletariado que expresa las debilidades que la propia clase ha de vencer.

- Durante las primeras fases del **capitalismo ascendente**, se manifestará como una tendencia a colocarse bajo las banderas «populares» de la **pequeña burguesía**. Por ejemplo, el bakuninismo durante la revolución cantonal española. Bajo su crítica del **centralismo** obrero los bakuninistas llevarán a la disolución de la clase en la exaltación de las tareas nacionales y democráticas de la revolución burguesa, abortando la afirmación política de los trabajadores.

- Con el desarrollo de la táctica parlamentarista por la IIª Internacional, el oportunismo aparecerá, en primer lugar, como una «relajación» del programa hacia el campesinado (pequeña burguesía), que quedará en afirmación meramente teórica, mientras la unidad de intereses futura del campesinado -es decir, cuando se proletarice -se presenta sin negar la teoría abiertamente- como una identidad de objetivos e intereses presente. Con la entrada en la **fase imperialista del capitalismo**, animada especialmente por los **sindicatos**, y los errores de los partidos de la IIª Internacional, el oportunismo va a tomar cuerpo de una manera peculiar e intensa que va a ser crucial a través de dos tendencias confluyentes, el **reformismo** y el **revisionismo**, que preparan el camino a la «unión sagrada» con la burguesía en la primera guerra imperialista mundial, negación palmaria del **internacionalismo** y **frontera de clase** que solo podía afirmarse con el **derrotismo revolucionario**.
- Tras las primeras derrotas de la oleada revolucionaria abierta por la revolución rusa en 1917, la IIIª Internacional adopta la táctica del «**frente único**». Es la misma táctica que habían usado los bolcheviques en Rusia y en principio una técnica impecable de elaboración de consignas transitorias, pero en algunas secciones como la francesa, se desliza hacia el objetivo de apuntalar los triunfos electorales de la izquierda para frenar la tendencia a una invasión imperialista de la Rusia soviética. El oportunismo parlamentarista y sindical preparó así el camino de la aceptación por la Internacional de la doctrina del «**socialismo en un solo país**».
- En el seno de la IVª Internacional las tendencias oportunistas, representadas sobre todo por el SWP norteamericano, se manifestarán en la segunda gran guerra imperialista como un «triunfismo» que evita afirmar el **derrotismo revolucionario** sin

negarlo. El deslizamiento no podía acabar sino en claudicación del **internacionalismo** con el apoyo al reclutamiento en las «resistencias nacionales», el apoyo a los ocupantes rusos frente a los levantamientos obreros y el posterior llamado al «frente único» electoral en Europa Occidental con el stalinismo y la socialdemocracia que habían dirigido y organizado la represión de los movimientos insurreccionales al final de la guerra.

Opresión



Presión, fuerza o violencia ejercida para evitar la expresión política de un sujeto colectivo.

Naturaleza política de la opresión

La **opresión** es un hecho político. No son los individuos, sino los sujetos colectivos los que sufren la opresión... por mucho que tal situación al final se plasme en discriminación sobre los individuos que supuestamente los forman. Oprimir implica utilizar el poder político para impedir la organización y afirmación de un sujeto colectivo en tanto que tal, es decir, como sujeto político.

No puede oprimir cualquiera, de hecho solo aquellos que tienen a disposición herramientas estatales. Los patriarcas gitanos, los curas católicos o los líderes de un club de deportivo pueden discriminar a los jóvenes o a las mujeres en la toma de decisiones de sus organizaciones, pero no pueden crear leyes ni utilizar el aparato del estado -desde los medios a los jueces- contra ellos.

Su poder en esta sociedad es comunitario o asociativo, no político, afecta solo a los que previamente han decidido aceptarlo, no al conjunto social. No es en sí preocupante que una religión esté en contra del aborto o el divorcio y que expulse a sus miembros si abortan o se divorcia. Lo que preocupa es que puedan cambiar las leyes.

Por otro lado, un individuo puede ser discriminado sin necesidad de que el colectivo al que supuestamente pertenece, sufra opresión alguna. Es más, puede que un colectivo gigantesco sufra una discriminación generalizada... sin necesidad de que exista opresión.

Por ejemplo, las estadísticas de empleo y los estudios sobre entrevistas de trabajo constatan que los valores y estéticas dominantes se reproducen una y otra vez bajo la forma de una discriminación masiva e invisible. Morenos rizados, gordos y feos, son sistemática y reiteradamente marginados en cualquier proceso de selección laboral y hasta cuando tratan de alquilar una casa. Este ejemplo, aunque banal, debería hacer que nos preguntáramos qué condiciones ha de cumplir un grupo social para poder ser considerado un sujeto político oprimido en la sociedad burguesa.

¿Qué grupos sociales están oprimidos?

Resulta obvio que el **proletariado**, como todas las clases explotadas antes que él, es una clase necesariamente oprimida: la **explotación** no podría mantenerse si no. Todo en la sociedad lo niega, empezando por la esencia misma del capitalismo que **presenta todo intercambio, incluido el de fuerza de trabajo por salario, como un intercambio entre valores iguales, un intercambio «justo», por tanto.**

Ni hablemos de la lógica democrática y los discursos sobre la naturaleza de la sociedad y el estado: todo concurre en negar la existencia de **explotación**, presentar sus mecanismos como naturales

y evitar la constitución de los trabajadores en sujeto político. Su propia organización espontánea, la que aparece en las huelgas de masas, es considerada una violación de la convivencia y las mismas asambleas de huelga en el centro de trabajo, un atentado a la sacrosanta propiedad.

Por otro lado tenemos a la **pequeña burguesía**. No es ni socialmente revolucionaria -no puede ofrecer más que variantes del capitalismo- ni está explotada, al revés: participa de la explotación cuando no la ejerce directamente. Pero sin duda está oprimida: del anarcoliberalismo al stalinismo pasando por Proudhon y el nacionalismo popular, todas sus creaciones ideológicas nos dicen que, si fuera por ella, el poder del estado se aplicaría en contrarrestar e incluso eliminar la competencia abrumadora que para ella suponen el gran capital y sus empresas. Pero obviamente, el estado capitalista no está para eso.

La opresión de la pequeña burguesía, a la que la burguesía a través del estado contiene y supedita a sus propias necesidades, hace de ésta una clase tremendamente activa e inquieta, especialmente en los periodos de crisis.

Enarbolará entonces la lucha contra las más diversas opresiones: la de la nación, la de la mujer, la de las minorías raciales o lingüísticas... hasta la de la Naturaleza o la de los animales como una forma de enfrentar parcialmente su propia opresión (por eso las llaman «luchas parciales»). Pero para justificar cada una de ellas, tiene que construir un sujeto político al que el estado estaría impidiendo expresarse, constituirse y autodeterminarse. Es decir, tiene que convencernos de que «la **nación**» o «el **pueblo**», «la mujer», o la «comunidad» de raza o lengua, forman un sujeto político homogéneo con intereses característicos y diferentes y un horizonte histórico propio.

En la aceptación o no de la existencia de tales sujetos políticos colectivos reside la diferencia entre luchar contra la discriminación lingüística y ser **nacionalista**, entre luchar contra la discriminación de las mujeres y ser **feminista**, luchar contra el racismo, etc.

Discriminación no es opresión

Aceptar la idea de que perfiles demográficos que sufren una discriminación más o menos sistemática forman sujetos políticos, significa **negar que estén divididos por intereses de clase antagónicos**. Porque cuando se afirman esos antagonismos de clase, los famosos sujetos políticos contruidos afanosamente por las ideologías pequeñoburguesas, saltan por los aires.

¿Cómo va a ser el interés de los trabajadores marchar bajo las banderas populares para darle un estado nacional propio a una pequeña burguesía quejosa de discriminación lingüística o cultural? ¿Tienen el mismo interés la mujer burguesa y la trabajadora? ¿Merece la pena dividir plataformas y reivindicaciones con los compañeros de trabajo para apoyar el ansia de las mujeres de la pequeña burguesía por encontrar hueco paritario con sus compañeros de clase en consejos de administración, direcciones de empresas y altos cargos del estado?

Los intentos de construir sujetos políticos frankenstein a partir de trozos de distintas clases sociales se desmontan a la primera sacudida de los antagonismos que enfrentan a éstas entre sí.

Es más, no faltan ejemplos históricos de clases oprimidas que construyen poder desde la generalización de la discriminación. Una pequeña burguesía regional con aspiraciones nacionales, puede ejercer discriminación y generalizarla si tiene el control de

instituciones culturales y religiosas... pero estará oprimida si el estado no le deja avanzar en sus aspiraciones de estatalidad. La historia contemporánea está llena de ejemplos.

¿Quiénes son las clases oprimidas?

Aunque la discriminación esté generalizada, los únicos sujetos políticos materiales oprimidos son las distintas clases subalternas de la sociedad capitalista. Y cada una sufre la opresión de clase de manera muy diferente. Tan diferente como contradictorios son entre sí sus intereses.

La telefonista del call center, el jornalero migrante y el trabajador andaluz en Llobregat pueden sufrir discriminación en un caso por ser mujer, en otro migrante y en el último por no hablar la lengua de sus jefes y de los políticos que dicen representarle. Pero la opresión que sufren es la del proletariado. Su interés pasa por enfrentar la explotación, es decir, porque su clase actúe y se afirme políticamente. Su interés político no pasa en ningún caso porque los sectores femeninos o migrantes de la pequeña burguesía se hagan con un hueco en el estado, ni porque el nacionalismo español se imponga a la pequeña burguesía independentista.

Que la pequeña burguesía luche por afirmarse políticamente a base de intentar convertir a sus facciones en la cabeza de sujetos políticos interclasistas, no convierte a estos en ninguna salida ni oportunidad para los trabajadores. Al contrario, el éxito de estos depende en primer lugar de la capacidad de su relato y de su práctica para dividir a los trabajadores en tantas otras masas inertes dispuestas a ir a la zaga de cada una de las facciones pequeñoburguesas que representan. Es decir, cada avance de los movimientos parciales de la pequeña burguesía es un retroceso para el movimiento necesariamente unitario de nuestra clase.

Pacifismo



Ideología que define «la paz» como un objetivo social totalizante por encima de los intereses de las clases que componen la sociedad.

Significado del pacifismo

El pacifismo invisibiliza que «la paz», como todas las demás cuestiones en liza en una sociedad de clases, no está al margen ni por encima de los intereses de las clases que la componen. Esto era así incluso cuando el capitalismo aun estaba en su **fase de ascenso histórico**, cuando era un **modo de producción** progresista que empujaba el desarrollo humano.

No existe absolutamente ningún terreno social, desde el de las condiciones materiales más primarias hasta las más sutiles condiciones morales, en el que las clases poseedoras y el proletariado consciente opten la misma actitud y aparezcan como un «pueblo» indiferenciado [...] En aquellos aspectos en que las aspiraciones formales y los intereses del proletariado y de la burguesía en su conjunto, o de su sector progresista, parecen idénticos o comunes, como, por ejemplo, en las aspiraciones democráticas, la identidad de formas y consignas encubre una ruptura total de contenido y de política práctica.

Rosa Luxemburgo. **La cuestión nacional y la autonomía**, 1908

La paz es uno de estos casos donde el mismo término encubre objetivos y necesidades antagónicas. Para la **burguesía** de todo el mundo en la **decadencia** capitalista, el **imperialismo** se ha convertido en lo que el agua para el pez, un medio tan universal y omnipresente que es incapaz de pensar una paz que no sea imperialista, es decir que refleje y reproduzca la condiciones del imperialismo. Su propia forma de organización en esta etapa histórica, el **capitalismo de estado**, nace de la exacerbación de las tendencias, características del **imperialismo**, hacia la concentración y la centralización en el estado, bajo las condiciones de las guerras mundiales.

Ciego a la diferencia de intereses de clase sobre la guerra y la base material, económica, que las impulsa, el pacifismo nos dice que frente a la amenaza de guerra tenemos que «defender la paz», «comunicar para la paz», «educar para la paz», aprender «resolución no violenta de conflictos», practicar la «no violencia»... Pero las tendencias que nos llevan a la guerra no se originan en una supuesta «violencia congénita» de nuestra especie ni en la mala educación o en dificultades para comunicarnos.

Y desde luego no se arreglan poniendo la otra mejilla en nuestras disputas cotidianas ni, mucho menos aun, expresando un disgusto abstracto ante el **militarismo** y el belicismo de los estados como si fueran meras «malas elecciones» de la clase dominante y no expresión de las necesidades del capital nacional, de todos y cada uno de los capitales nacionales.

La tendencia hacia la guerra está inserta en la propia lógica la **decadencia** capitalista. Pretender lo contrario, jugar a dar respuestas culturales o éticas a lo que es un problema que no se juega en ese terreno, solo sirve para desviar la atención y culpabilizar a los mismos trabajadores que sufren sus consecuencias más directas. Por eso los mismos políticos y medios de comunicación que preparan la guerra alientan también el pacifismo político. El pacifismo con su enfoque ético, individualista, cultural... es un inhibidor ideológico del peligro, siempre presente para la burguesía, de que la guerra contra el «enemigo exterior» se convierta en guerra de clases interna.

La Historia del siglo XX y el XXI ha demostrado que solo la **lucha de clases** ha enfrentado de modo efectivo la guerra y solo cuando estaban dirigida por consignas y prácticas que expresaban el **derrotismo revolucionario** de los trabajadores.

Países semicoloniales



Estados formal y legalmente independientes cuyos capitales nacionales sin embargo se revalorizan sobre una o dos industrias primarias de exportación. El estado actúa como redistribuidor de las ganancias dentro del capital nacional asegurando la demanda del resto de sectores productivos. que necesariamente tienen un papel subalterno.

El cuadro general del mundo semicolonial es el de un sector exportador que *subvenciona* al resto de las inversiones a través del estado, una tendencia permanente a la devaluación y las tormentas monetarias por la huída de capitales y la acaparación de divisas que se producen inevitablemente por la falta de destinos internos de inversión. Y en consecuencia, dificultad para mantener y atraer capitales exteriores y crisis periódicas de las cuentas públicas.

Bases y consecuencias de la economía semicolonial

Históricamente, se trata de capitales nacionales que llegaron relativamente tarde a la competencia capitalista global. En ellos, cuando el capitalismo entraba ya en su **fase imperialista** apenas comenzaba a despuntar una industria nacional. Cuando finalmente lo hizo los mercados no-capitalistas internos -artesano, campesino independiente, etc.- no tenían entidad para generar una demanda suficiente para todo el **valor** que el sector exportador producía.

Es decir, son capitales nacionales que nacieron ya con una necesidad acuciante de ganar mercados exteriores. En los países de capitalismo más viejos, esta hambre de mercados -y de destinos para el capital que se acumulaba en cada ciclo- se tradujo en **militarismo** y una lucha violenta por colonias, en un aumento brutal de la centralización y concentración de capitales que acabaría en los monopolios y el **capitalismo de estado** de hoy, y en dos guerras mundiales.

Pero estos capitales nacionales entonces *jóvenes*, venían de economías coloniales. Aparentemente no les faltaban compradores. Las mismas potencias imperialistas que se ensañaban entre ellas llevando a millones de trabajadores a morir en los *campos del honor* para asegurarles beneficios, se abastecían de materias primas de todo tipo comprándoles en cantidades masivas. Lógicamente el capital nacional se concentró aun más en estas industrias de exportación.

La paradoja era que los que aparentemente no tenían problemas para exportar, tampoco alcanzaban fácilmente la industrialización masiva que había caracterizado al **capitalismo ascendente**. La razón es comprensible. El sector primario no aumenta su productividad a la misma velocidad que el industrial y los servicios. Encontrará pronto un límite a la colocación de capitales. Además, la demanda internacional tocará techo tarde o temprano o bajará. Y lo que es aún

peor: los precios internacionales variarán según la coyuntura y al concentrarse el capital de los compradores en grandes monopolios, ejercerán cada vez más poder sobre los márgenes.

Como resultado, los beneficios acumulados del sector primario, llegado cierto punto, tendrán dificultades en colocarse en el propio sector. Y fuera de él... no hay poco o nada. La situación de estos países había pasado de ser colonial a... semicolonial.

¿Cómo intentará el capital nacional salir del atolladero? Desarrollando una forma particular de **capitalismo de estado** que hoy encontramos desde Argentina y Chile a **Cuba** y **México** pero también en buena parte de África y Asia:

El estado cargará al sector primario con impuestos a la exportación de dos cifras y con eso mantendrá una base de consumo y una industria protegida arancelariamente y, en muchos casos, subsidiada directamente. Es decir, el estado *garantiza* la realización de la plusvalía que el mercado por sí mismo no podría realizar, sobre el gravamen de la exportación de un par de productos en el mercado internacional.

En periodos de *paz comercial* y aumento de los precios de aquello que exportan -como las guerras entre grandes potencias-, el objetivo de los gobiernos será fortalecer al capital nacional cerrando importaciones e intentando crear una base de consumo interno capaz de servir de demanda para la industria.

Este es todo el secreto de los cíclicos *milagros* suramericanos: la **tasa de ganancia** aumenta en esos periodos, el capital se reproduce feliz y el estado tiene mano para vender sus políticas de fortalecimiento de la demanda como *revoluciones productivas*. Son alegrías temporales.

El caso venezolano es paradigmático. El boliviano aun más. El argentino, aun partiendo de un capital nacional mucho más desarrollado, ha seguido el guión. Sudáfrica y Turquía, también.

Pero hay más: la falta de mercado interno al que vender nuevos productos produce al capital nacional una carencia endémica de oportunidades para colocarse. Por eso el déficit de balanza de pagos - entradas menos salidas de capital- es endémico. El capital nacional de los países semicoloniales *se desangra* desde siempre. Y no lo hace por la supuesta naturaleza *apátrida* del capital nacional o por la *traición* de una burguesía criolla *vendida al imperialismo*. Lo hace precisamente porque **el capitalismo semicolonial es imperialista**.

A falta de mercados a los que exportar mercancías industriales y servicios, exporta capital. Y esas exportaciones, que en momentos de crisis global se convierten en huídas masivas, son las que producen una **tendencia permanente a la inflación y la crisis de la divisa**.

Que en muchos casos las peculiares condiciones geográficas y económicas no permitan el expansionismo, no niega el juego cotidiano de presiones y alianzas, ni la realidad económica entera. El imperialismo, bajo las condiciones semicoloniales, es exactamente éso que vemos en los países semicoloniales. Turquía y Sudáfrica, tan parecidas a otros países semicoloniales *pacíficos* pero en *vecindarios* diferentes, demuestran que la tentación **militarista** y expansionista late en las condiciones generales del imperialismo y se manifiesta... cuando hay oportunidad.

Partido



Fracción más consciente y organizada políticamente de la clase trabajadora, que ejerce sobre ésta una tarea efectiva de guía y dirección política.

La clase como partido de la sociedad capitalista

En la primera acepción del término, partido significa **sujeto político independiente**: el proletariado se «constituye en clase y, por tanto, en partido político», según expresión del «Manifiesto Comunista», cuando sus luchas propias e independientes de cualquier facción de la burguesía le convierten en un sujeto político autónomo dentro de la sociedad capitalista. Es el momento fundamental del proceso de constitución en clase del **proletariado**.

Partido «en su amplio sentido histórico»

El «partido en su amplio sentido histórico» es un resultado más del **capitalismo** y de la naturaleza del **proletariado**, y por lo mismo se presenta de forma permanente, continua, a lo largo de su historia sin necesidad de que implique una organización formal. Por «partido» nos referimos entonces al conjunto de redes y entornos que expresan posiciones que expresan los intereses de los trabajadores como **clase universal**.

Desde 1852 no he sabido nada de un «partido» en el sentido implicado en su carta. Mientras que usted es un poeta, yo soy un crítico y para mí las experiencias de 1849-52 fueron suficientes. La Liga, como la «Société des Saisons» de París y otras cien sociedades, fue simplemente un episodio en la historia de un partido que en todas partes surge naturalmente del suelo de la sociedad moderna.[...]

He expuesto con franqueza mis puntos de vista, con los que confío en que estéis en gran parte de acuerdo. Además, he tratado de disipar el malentendido que surge de la impresión de que por «partido» me refería a una «Liga» que expiró hace ocho años, o a un consejo de redacción que se disolvió hace doce años. Por partido, me refería al partido en su amplio sentido histórico.

Marx a Ferdinand Freiligrath, 29 de febrero de 1860

Las redes de individuos y grupos que sustentan tales conversaciones, siguen existiendo incluso en tiempos donde la lucha y afirmación de clase son bajas porque en ellas aparecen individuos, comunistas, que «aprenden lecciones» de las luchas anteriores y participan de la crítica de la **ideología** que supura el sistema.

El proletariado cuando no reacciona es sólo la fuerza mediante la cual el capitalismo se reproduce aprovechando la apatía general de su enemigo histórico. La clase obrera es entonces sólo un conglomerado amorfo de personas que se las arreglan lo mejor que pueden para sobrevivir en una sociedad insoportable, reproduciendo el ambiente de competencia y enemistad, el espíritu insano del capitalismo. En una palabra, no actúa como clase con intereses comunes frente a las alimañas capitalistas.

Otras veces, sin embargo, el proletariado actúa unido como una clase portadora del único devenir humano posible: el comunismo. Entonces dos tipos de sociedades pueden enfrentarse entre sí, una reaccionaria y otra revolucionaria. Entre estos dos estados de hecho y estos mismos hechos hay individuos que son revolucionarios independientemente del estado momentáneo en el que se encuentre la clase en su conjunto, sólo su número varía según la situación social. Son revolucionarios porque son conscientes de que su objetivo y el de la clase en su conjunto es el comunismo.

Estos individuos revolucionarios tienden a organizarse por afinidad de ideas, ideas que no caen del cielo sino que provienen de una interpretación particular de la historia de la lucha de clases. De cada confrontación entre el capital y el proletariado se aprenden lecciones, de las cuales nace la teoría revolucionaria y lo que la hace evolucionar.

«Organización y actividad revolucionaria», 1979

Partido de clase

El desarrollo de ese «partido en su amplio sentido histórico» en el curso de las luchas llega a conformar una minoría relativamente amplia y organizada de la clase. De su capacidad para centralizarse en

torno a un programa y una estructura, por mínima que sea, dependerá la posibilidad de ejercer de forma creciente una labor **efectiva** de orientación y guía política para los trabajadores en su conjunto.

Dejémoslo claro: el partido no «dirige» al modo de un manager de empresa o de un entrenador de fútbol, no da instrucciones que los trabajadores «deben seguir». El partido de clase es esa parte más consciente de la clase que dirige porque aporta orientación, porque muestra una dirección a seguir al movimiento en su conjunto.

La aparición del partido de clase como fracción con capacidad de aportar dirección, antecede y es necesaria para la constitución de la clase como partido dirigente de la sociedad. La aparición del «partido de clase» está ligada por tanto al desarrollo del proceso revolucionario.

De modo general, es de esperar que se articule alrededor de los grupos comunistas surgidos como parte del «partido en su amplio sentido histórico». Aunque, como mostró la Comuna de París y de distintas maneras confirmó la Revolución Rusa, lo que caracteriza al partido de clase y lo que es útil a la centralización no es tanto lo particular de los grupos que confluyen, sino la capacidad para reconocer las necesidades y posibilidades últimas de la lucha en su propio desarrollo.

Pauperización



Tendencia al empobrecimiento masivo de las capas no burguesas de la sociedad y en particular de los trabajadores a través del aumento de la explotación en términos absolutos, el desempleo, la precarización general de las condiciones de vida y de trabajo y la guerra.

Origen de la pauperización

La causa de la pauperización está en la naturaleza misma del proceso de acumulación. Cuando el mercado no crece al ritmo que necesitaría la **acumulación** de capital, solo el aumento de la explotación en términos absolutos permite un alivio a la rentabilidad del capital productivo. Sin embargo, al hacerlo, restringe aun más la demanda, alimentando un círculo vicioso en el que irremediablemente crece el desempleo.

Bajada de poder adquisitivo del salario, reducción o desaparición de los servicios básicos, precarización y desempleo son los tres vectores principales de la pauperización porque son las vías o los acompañantes necesarios de los intentos de la burguesía por aumentar la **explotación en términos absolutos**.

Desarrollo histórico de la tendencia

En el **capitalismo ascendente** la pauperización aparece solo al final del ciclo económico, cuando se forman grandes masas de parados, aumentan las jornadas y bajan los salarios de forma generalizada. Sin embargo, en cada caso, la expansión del mercado mundial revierte la tendencia y comienza un nuevo ciclo de acumulación sin su lastre.

A partir de la entrada del capitalismo en su fase de **decadencia** histórica, la pauperización se convierte en una tendencia permanente y global. Es evidente en la guerra y a lo largo de la larga fase de crisis que sigue a las reconstrucciones bélicas, pero está presente incluso durante la reconstrucción en los países más débiles y periféricos.

Ya no es el resultado de un momento en la expansión del sistema sino de una fase en la que la carencia de mercados extracapitalistas no puede salvarse ya con una nueva expansión del mercado mundial. Este «enclaustramiento» del capital en un mundo finito que no puede absorber el total de la producción con lo que el capitalismo entrega a los trabajadores como salario, dispara las huidas hacia el crédito, la formación de **capital ficticio** especulativo y la tendencia a la baja de la **tasa de ganancia**. La tendencia permanente a la crisis es también tendencia permanente a la pauperización de los trabajadores.

Pequeña burguesía



Estamento intermedio de la sociedad capitalista que participa de la explotación del trabajo pero se enfrenta de forma permanente a los efectos de la concentración de capital, intentando evitar su proletarización.

Carácter precario de la pequeña burguesía

El papel de los pequeños capitales en el gran marco de la **acumulación** capitalista es más sutil y complejo que lo que suele considerarse, pero no por ello menos precario ni sostenible a medio plazo. A cada cambio tecnológico, pequeños y medianos capitales aprovecharán la reducción de escala producida por el incremento de la productividad del trabajo para afirmarse. Al hacerlo abrirán una nueva rama, un nuevo mundo de colocaciones para el gran capital que acabará desplazando o absorbiendo a los pequeños capitales pioneros.

De acuerdo con Marx, la misión de los pequeños capitales en la marcha general del desarrollo capitalista es ser los pioneros del avance técnico, y ello en dos sentidos: introduciendo nuevos métodos de producción en ramas ya arraigadas de la producción y creando ramas nuevas todavía no explotadas por los grandes capitales. Es completamente falso creer que la historia de la mediana empresa capitalista es una línea recta hacia su gradual desaparición. Por el contrario, el curso real de su desarrollo es puramente dialéctico y se mueve constantemente entre contradicciones. Las capas medias capitalistas, al igual que la clase obrera, se encuentran bajo la influencia de dos tendencias opuestas, una que tiende a elevarla y otra que tiende a hundirla.

La tendencia descendente es el continuo aumento en la escala de la producción, que periódicamente supera las dimensiones de los capitales medios, expulsándolos repetidamente de la arena de la competencia mundial. La tendencia ascendente es la desvalorización periódica de los capitales existentes, que durante cierto tiempo rebaja la escala de la producción, en proporción al valor de la cantidad mínima de capital necesaria, y además paraliza temporalmente la penetración de la producción capitalista en nuevas esferas.

No hay que imaginarse la lucha entre la mediana empresa y el gran capital como una batalla periódica en la que la parte más débil ve mermar directamente el número de sus tropas cada vez más, sino, más bien, como una **siega periódica de pequeñas empresas, que vuelven a surgir con rapidez solamente para ser segadas de nuevo por la guadaña de la gran industria.** Ambas tendencias juegan a la pelota con las capas medias capitalistas, pero al final acaba por triunfar la tendencia descendente, a diferencia de lo que ocurre con el proletariado.

Rosa Luxemburgo. **Reforma o revolución**, 1899

Cuanto más precaria es la situación de los capitales pequeños y medios en su competencia contra las capacidades de la producción a gran escala, mayor es la fuerza con que la pequeña burguesía debe compensar la ventaja del gran capital del único modo posible: aumentando la **plusvalía absoluta**.

Las aspiraciones reaccionarias de la pequeña burguesía

El enfrentamiento «dual» de la pequeña burguesía, a un tiempo contra el gran capital («los de arriba», la «aristocracia financiera», el «1%», etc.) y por encuadrar en el **pueblo** y aumentar la explotación de los trabajadores, forma parte de la cotidianidad del conflicto social. Los tenderos luchan contra la apertura de supermercados y grandes superficies y contra que los ya existentes puedan abrir los fines de semana porque la concentración de capital que hay en ellos les saca de la competencia por precio.

Luchan contra su **proletarización** mientras niegan a sus empleados las condiciones básicas del proletario de cualquier cadena. Igual que los propietarios de licencias de taxi reclaman protección frente a Uber mientras pagan a destajo a sus asalariados o el agricultor exige precios garantizados y protesta contra la dependencia de las empresas de semillas y fertilizantes, mientras explota en las peores condiciones a trabajadores inmigrantes con y sin papeles.

Es esa relación dual, al mismo tiempo enfrentada a «su» **proletariado** y al gran capital, la que le lleva una y otra vez a mirar para atrás a reclamar que vuelvan las condiciones anteriores, que la **acumulación** del capital respete y conserve su estatus y que se vuelva a una supuesta armonía de clases en el magma indiferenciado del **pueblo**.

Es un fenómeno presente en el capitalismo desde sus albores. Mientras del ya realmente inexistente artesanado cabía tener esperanza en que adoptara «no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado», lo que define políticamente a la pequeña burguesía industrial, comercial o campesina es que su pánico a la **proletarización** se acaba traduciendo en una posición necesariamente reaccionaria incluso en el **capitalismo ascendente**.

Los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia.

Manifiesto del Partido Comunista. Carlos Marx y Federico Engels, 1848.

La pequeña burguesía en el capitalismo de estado

Cuando los mercados extra-capitalistas empiezan a ser insuficientes para la realización de toda la **plusvalía** producida, el capitalismo entra en su **fase imperialista**, lo que entre otras cosas, acelera brutalmente la **tendencia a la baja de la tasa de ganancia**, acelerando proporcionalmente la concentración del capital hasta *socializar* al capitalista individual... es un verdadero Armageddon para la pequeña burguesía que se ve expulsada de ámbitos de producción y sectores que hasta entonces constituían para ella una base aparentemente incuestionable.

El triunfo de la tendencia descendente no necesariamente aparecerá como una disminución numérica absoluta de las empresas medianas. Debe aparecer, primeramente, como un aumento progresivo del capital mínimo indispensable para el funcionamiento de las empresas de las viejas ramas de producción; en segundo lugar, en la disminución constante del intervalo de tiempo durante el cual los pequeños capitalistas tienen la oportunidad de explotar las nuevas ramas de la producción.

El resultado, **en lo que concierne al pequeño capitalista, es la duración cada vez más breve de su permanencia en la nueva industria y un cambio progresivamente más rápido en los métodos de producción como campo para la inversión. Para los estratos capitalistas medianos en su conjunto hay un proceso cada vez más rápido de asimilación y desasimilación social.**

Rosa Luxemburgo. **Reforma o revolución**, 1899

La socialización de la figura del capitalista que arranca con la sociedad por acciones y se hace realidad bajo el **imperialismo** llega al paroxismo con la universalización del **capitalismo de estado**, verdadera socialización de la burguesía como un todo alrededor del estado. Esta concentración, que arranca con el siglo, transforma también a buena parte de la pequeña burguesía. Una parte no desdeñable será absorbida por las grandes empresas organizando talleres o administración. Otra tendrá reconvertirse «clase gestora», «profesional»... y funcionarial, aprovechando el siguiente paso adelante de esa socialización del capitalista como clase que es el capitalismo de estado.

Pero incluso ésta ha sufrido y sufre brutalmente la proletarización con cada avance de la concentración de capitales y el tipo de innovación tecnológica que alimentan. No hacen falta legiones de «managers» para gestionar una fábrica robotizada. La irrupción de negocios financieros como Uber en sectores marginales en volumen como el taxi arañan y amenazan los reductos aparentemente más sólidos de la pequeña burguesía.

Incluso en su versión a pie de mercado, la pequeña burguesía será arrancada de su suelos más característicos -como el comercio de proximidad- con saña por los capitales sobreacumulados necesitados de ocupaciones rentables aunque sea en «nichos».

Aunque renacerá con cada innovación tecnológica una y otra vez... se verá irremediabilmente segada como la yerba por la guadaña de los grandes capitales. Y lo que es más importante: lo será cada vez más cerca del origen. Ese es el significado de la institucionalización del «capital riesgo» y la industria de creación de «start ups». El punto en el que el «emprendedor» se convierte de propietario-productor de su propia empresa a funcionario-gestor de una colocación para el capital financiero excedentario, dispuesto a especular con la empresa como un todo, se coloca ya en lo que los manuales de «emprendimiento» llaman el paso «de la idea de negocio a la realidad».

Es decir, el paso del «capitán de industria» al «manager», del orgulloso propietario al «pequeño accionista», de la pequeña propiedad rural a la «plaza en propiedad» del funcionario estatal o el profesor universitario, del capitán de industria al «startupista», tampoco ofrecen una protección permanente -especialmente entre generaciones- frente a la **proletarización**. Así que el miedo y con él el discurso pequeñoburgués no cambian en su sustancia.

La pequeña burguesía se convertirá en un elemento centrífugo cada vez más activo en el estado. Por eso, el carácter reaccionario de sus ideologías se dispara en la **decadencia** capitalista hasta convertirse incluso en disfuncional para la propia burguesía como un todo. No olvidemos que más allá de comerciantes y pequeños industriales, la pequeña burguesía es la «clase intelectual» por excelencia, fabricante de **ideologías** a la carta, salsa y espíritu de todos los movimientos culturales.

Las imágenes que se hace como clase expresan su resistencia, pero también su incapacidad para superar el capitalismo. La pequeña burguesía se expresa de formas tan sofisticadas como, a veces, excéntricas. En todas ellas aparece una y otra vez la idea del imposible paso atrás, la «vuelta» a una imposible conciliación de clases -bajo el **nacionalismo** más o menos **popular** o la imaginación de un mundo **mercantilizado** donde nunca hubiera existido **acumulación**.

Es decir, oscilará entre los mil sabores de una **liberación nacional** que solo puede ser ya reaccionaria, y proponernos «decrecer» hacia una sociedad que, en vez de liberar las gigantescas **fuerzas productivas** y el conocimiento que el capitalismo nos ha legado, las apacigüe... mediante sacrificios inmensos de la inmensa mayoría.

Plustrabajo



Tiempo de uso de la fuerza de trabajo que excede el tiempo necesario para producir el valor equivalente a su coste de reproducción.

Plustrabajo y plusvalía

El proceso de producción puede dividirse en dos partes. En la primera, la **fuerza de trabajo** produce el valor equivalente a su reproducción, es decir, el **salario**. En la segunda, la fuerza de trabajo genera **plusvalía**. El plustrabajo es por tanto la medida en tiempo *social*, es decir en tiempos sociales necesarios medios, de la plusvalía. El secreto del proceso de valorización del capital no es otro que la capacidad para disponer de trabajo impago.

El capitalista paga el valor de la fuerza de trabajo (o su precio, divergente de su valor) y a cambio de ello obtiene el derecho a disponer de la fuerza viva de trabajo. Su aprovechamiento de esta fuerza de trabajo se descompone en dos períodos.

Durante uno de esos períodos el obrero no produce más que un valor = al valor de su fuerza de trabajo, o sea, sólo un equivalente. A cambio del precio adelantado de la fuerza de trabajo, el capitalista, de esta suerte, obtiene un producto del mismo precio. Es como si hubiera adquirido en el mercado el producto terminado. En el período del plustrabajo, por el contrario, el aprovechamiento de la fuerza de trabajo forma valor para el capitalista, sin que ese valor le cueste un sustituto de valor. Obtiene de balde esa movilización de fuerza de trabajo. Es en este sentido como el plustrabajo puede denominarse trabajo impago.

El capital, por tanto, no es sólo la posibilidad de disponer de trabajo, como dice Adam Smith. Es, en esencia, la posibilidad de disponer de trabajo impago. Todo plusvalor, cualquiera que sea la figura particular — ganancia, interés, renta, etc.— en que posteriormente cristalice, es con arreglo a su sustancia la concreción material de tiempo de trabajo impago. El misterio de la autovalorización del capital se resuelve en el hecho de que éste puede disponer de una cantidad determinada de trabajo ajeno impago.

Carlos Marx. **El Capital**, libro I, capítulo XVI, 1867.

Plusvalía



Diferencia entre el valor global generado por la fuerza de trabajo y valor de la fuerza de trabajo misma, es decir, el coste social de su reproducción en calidad y cantidad similar a la usada.

Condiciones para la producción de plusvalía

Para que exista plusvalía, debe existir primero la posibilidad de conversión del dinero en capital, es decir la **fuerza de trabajo** debe ser una **mercancía** que se compre y venda libremente en el mercado. Para ello el vendedor debe poder encontrarse con el comprador como personas que intercambian mercancías bajo «iguales derechos».

El trabajador debe ser «libre», esto es dueño de la mercancía que va a vender y estar dispuesto a vender su fuerza de trabajo durante un tiempo determinado como algo separado de sí mismo -si se vendiera a sí mismo sería un esclavo y si su fuerza de trabajo no le perteneciera

por derecho sería un siervo. Para todo lo cual debe además de no tener alternativas, estar desposeído de los medios de producción que le permitirían convertir su fuerza de trabajo en mercancías por sí mismo.

Para la transformación del dinero en capital el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo.

Carlos Marx. *El Capital*, 1867.

Como se ve, el capital y el trabajo asalariado, aparecen en un marco de relaciones sociales históricamente muy preciso y en realidad muy reciente.

Lo que caracteriza; pues, a la época capitalista, es que la fuerza de trabajo reviste para el obrero mismo la forma de una mercancía que le pertenece, y su trabajo la forma de trabajo asalariado. Por otro lado, a partir de ese momento se generaliza por primera vez la forma mercantil de los productos del trabajo.

Carlos Marx. *El Capital*, 1867.

Plusvalía absoluta



Cantidad total de valor extraído de la fuerza de trabajo. El incremento de la plusvalía en términos absolutos se produce mediante la reducción del salario por hora o el aumento no remunerado del tiempo de trabajo.

Definición en «El Capital»

Denomino plusvalor absoluto al producido mediante la prolongación de la jornada laboral; por el contrario, al que surge de la reducción del tiempo de trabajo necesario y del consiguiente cambio en la proporción de magnitud que media entre ambas partes componentes de la jornada laboral, lo denomino plusvalor relativo.

Carlos Marx. **El Capital**, libro I, capítulo X, 1867.

La plusvalía absoluta en la lucha de clases

Para el capital aumentar la plusvalía absoluta es simplemente pagar menos por hora trabajada bajando salarios, firmando contratos por 4 horas que luego son de jornada completa, haciendo horas extras no remuneradas, etc.

Cuanto menos capitalizado está un sector o una región, más urgente es, ante la crisis, la necesidad de incrementar la explotación en términos absolutos. Por eso las tendencias a la **pauperización** se muestran primero en los países de capitales nacionales más débiles y dentro de cada país en los sectores con mayores dificultades de capitalización.

Plusvalía relativa



Cantidad de plusvalía extraída de la fuerza de trabajo por unidad de tiempo. El incremento de la plusvalía en términos relativos, es decir, de la tasa de plusvalía, se produce mediante el aumento de la productividad del trabajo asociada a las mejoras técnicas y el aumento del capital invertido.

La **tasa de plusvalía** es la medida de la plusvalía relativa. **Tasa de plusvalía** = plusvalía / capital variable

Definición en «El Capital»

En «El Capital», Marx define la plusvalía desde la relación entre las dos partes de la jornada: la que la **fuerza de trabajo** genera el valor equivalente a su propia reproducción y aquella en la que genera plusvalía.

Denomino plusvalor absoluto al producido mediante la prolongación de la jornada laboral; por el contrario, al que surge de la reducción del tiempo de trabajo necesario y del consiguiente cambio en la proporción de magnitud que media entre ambas partes componentes de la jornada laboral, lo denomino plusvalor relativo.

Carlos Marx. **El Capital**, libro I, capítulo X, 1867.

La plusvalía relativa en el desarrollo capitalista

El desarrollo de la explotación en términos relativos fue el elemento de **progreso** de las **fuerzas productivas** más importante del **capitalismo ascendente**.

Al incorporar tecnologías que permitan producir más con menos horas de trabajo, es decir, aumentar la explotación relativa, el capitalismo podía aumentar salarios y aumentar los beneficios al mismo tiempo... aunque solo a condición de que el mercado aumentara también.

Ese fue el motor de la expansión del capitalismo por todo el mundo durante el siglo XIX. Desde hace un siglo ya no quedan mercados «vírgenes», el sistema ha entrado en su **decadencia** histórica. La consecuencia inevitable es que la mejora tecnológica tiende a incrementar el desempleo y la **precarización**.

Precarización



La precarización es la tendencia global al desarrollo de la explotación en términos absolutos a través de una reorganización y reestructuración de la organización del trabajo que desvincula al trabajador de lugares y equipos de trabajo, servicios básicos, expectativas de contratación e ingresos estables.

Formas y elementos de la precarización

1. **Temporalización.** Reducción de la duración de los contratos laborales que rompe con la organización de la **fuerza de trabajo** en equipos y lugares estables.
2. **Parcialización.** Reducción de la jornada individual, habitualmente por debajo del ingreso mínimo necesario
3. **Uberización.** Fin del lazo contractual entre trabajadores y capital, vuelta al sistema de destajo en el que el patrón paga solo por unidad de trabajo o servicio realmente entregada.

Ahora mediada por una aplicación informática que invisibiliza aun más el carácter colectivo del trabajo y la existencia misma del patrón que dice tan solo «unir oferta y demanda».

4. **Externalización.** Fractura de la cadena de producción en distintos contratos con distintos intermediarios encargados de gestionar el trabajo en cada tarea con libertad para aumentar la explotación en **términos absolutos** en cada una de ellas.
5. **Descualificación.** La bajada de salarios en términos absolutos no permite la reproducción de la fuerza de trabajo en el nivel de cualificación original del trabajador.
6. **Desprotección.** Reducción y descualificación de las coberturas de seguridad social, pensiones, desempleo, salud y acceso a la educación gestionadas por el estado y las mútuas, parte no monetaria del salario percibido.

Consecuencias para la forma de vida de la clase

- Los trabajadores no tienen ya «puesto de trabajo» ni «lugar de trabajo» definido, sino varios empleadores que les contratan para tareas concretas, periodos cortos o en cualquier caso de duración impredecible, por horas o a destajo. Desaparece en su experiencia la relación con un grupo de compañeros estable y con un espacio siempre igual (la fábrica, el taller, la oficina).
- Las relaciones de explotación ya no son tampoco con una empresa, con un único patrón. Están mediadas por intermediarios que «te mandan» a distintos destinos de modo que hace evidente que los «precarios» son explotados por la burguesía y el capitalismo como un todo.
- La reproducción de la fuerza de trabajo se torna precaria también. El acceso a servicios de salud, prestaciones en caso de siniestro, vivienda, etc. se erosionan hasta desaparecer en muchos casos.

- Las consecuencias en el modo de relación entre trabajadores y la forma en la que se producen las conversaciones y reflexiones colectivas sobre la propia situación, cambian también. Ya no tienen una referencia de empresa o fábrica, ni tampoco, un sentido demasiado estricto, geográfico. Y sin embargo se forman redes de apoyo, de solidaridad con tanta o más frecuencia que antes.

Progreso



Progreso es todo cuanto concurre en un plano histórico al desarrollo de las fuerzas productivas, cimentando la posibilidad material de la superación de la sociedad de clases por una sociedad de abundancia, sin clases y por tanto sin estado, transformando la «economía» en un metabolismo consciente y colectivo entre la Naturaleza y la especie humana.

Carácter histórico-material del progreso

Para el **materialismo histórico** el progreso no es un concepto moral, sino material. Afirmar el carácter progresivo del **capitalismo ascendente** no invisibilizó nunca que:

El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies hasta la cabeza.

Carlos Marx, **El Capital**, Capítulo XXIV, «La llamada acumulación originaria», 1867

Y de hecho a nadie se le oculta que la realización más progresista del **capitalismo ascendente**, la formación del mercado mundial, tomó desde sus inicios -la conquista americana- y ni hablemos de la llegada del capitalismo a Asia, la forma de conquista brutal y opresiva. Pero no por ello dejó de significar un progreso para la Humanidad.

Bien es verdad que al realizar una revolución social en el Indostán, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la Humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia.

Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución. En tal caso, por penoso que sea para nuestros sentimientos personales el espectáculo de un viejo mundo que se derrumba, desde el punto de vista de la historia tenemos pleno derecho a exclamar con Goethe:

¿Quién lamenta los estragos Si los frutos son placeres? ¿No aplastó miles de seres Tamerlán en su reinado?

Carlos Marx. **La dominación británica de la India**, 1853

Del mismo modo, fenómenos como la **liberación nacional**, que por lo general tuvieron un significado progresista en el **capitalismo ascendente**, tienen un sentido reaccionario en la **decadencia** del capitalismo, del mismo modo que la aparición y defensa de tierras comunales, que tuvo un sentido progresivo en largos periodos del régimen feudal, se convirtió en un freno al desarrollo de las fuerzas productivas en los albores del capitalismo.

¿Es «teleológico» el concepto de progreso?

Una crítica habitual a la idea de progreso desde la pequeña burguesía anarquizante ha sido la de que los materialistas «contaban la historia al revés», de «forma religiosa», presentándola como un ascenso permanente y necesario. Es cierto que si miramos a la historia de la humanidad, en conjunto se ha producido un prodigioso desarrollo de las fuerzas y capacidades productivas de la especie.

Pero el fenómeno general no puede negar que no siempre la necesidad histórica se ha visto realizada. Las clases revolucionarias han fracasado más de una vez y las fases de **decadencia** de las sociedades en las que se desarrollaban han terminado en esos casos en el colapso del conjunto social y el «hundimiento de las clases en pugna».

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.

Carlos Marx y Federico Engels. **Manifiesto del Partido Comunista**, 1848

En nuestros días es imposible de hecho hablar de «verdadero» progreso en medio de un capitalismo en **decadencia** en el que el crecimiento económico se ha disociado del desarrollo humano. Todas sus formas culturales e ideológicas supuran reacción por todos sus poros. La crisis perenne, la degradación de las relaciones humanas, la cultura y hasta la alimentación, la tensión continua hacia la guerra y prácticamente todas las facetas de la vida cotidiana bajo el sistema dejan claro que solo lo que se oriente de modo efectivo y sin ambages a la superación del capitalismo puede ser considerado progresista.

Proletariado



El proletariado es la clase trabajadora característica del modo de producción capitalista. Por el lugar que ocupa en él - producir plusvalía mediante su trabajo colectivo- es al mismo tiempo una clase explotada, universal y revolucionaria.

El proletariado clase universal

El proletariado es una clase universal en dos sentidos:

1. Existe en todo el mundo, como producto que es de un capitalismo que hace mucho que conquistó ya todo el planeta, y lo que le define como tal -ser producto de la relación capital trabajo- es idéntico en cualquier lugar; por eso tiene unos únicos intereses en todo el planeta.
2. Cuando lucha como clase no reclama ningún tipo de privilegio particular que prepare una nueva forma de explotación, reclama necesidades universales, humanas y genéricas;

anticipando una sociedad, el comunismo, en el que la producción se convierte en una actividad consciente y colectiva orientada no por el capital y su lógica de acumulación sino por la satisfacción de esas propias necesidades.

El proletariado como clase revolucionaria

Por ser una clase universal, la perspectiva comunista está presente en cada una de sus expresiones de lucha, se desarrolle o no esa perspectiva. Por eso es la clase revolucionaria del modo de producción capitalista al margen de las subidas y bajadas de su conciencia de clase.

No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser. Su finalidad y su acción histórica le están trazadas, de manera tangible e irrevocable, en su propia situación de existencia, como en toda la organización de la sociedad burguesa actual.

Marx y Engels. *La sagrada familia*, 1844

El proceso de constitución en clase

Históricamente la clase apareció como clase «en relación al capital», es decir, como masa explotada y productora de plusvalía. Fueron las primeras luchas que fueron más allá de la fábrica o la reivindicación local -la jornada de 8 horas por ejemplo- las que dieron por primera vez el salto del proletariado a clase *para sí*, clase capaz de entenderse, expresarse y luchar como tal por encima de las divisiones impuestas por la producción o el aparato ideológico del sistema. El proletariado se constituye entonces «en clase y por tanto en partido político», como

describirá el Manifiesto Comunista, en la medida en que su lucha le convierte en un sujeto político propio e independiente de cualquier fracción de la burguesía.

Este movimiento de afirmación a través de la lucha de clases, se dio en paralelo a la aparición de las primeras expresiones políticas y programáticas de los trabajadores. Minorías como los «comunistas icarianos» en Francia o la «Liga de los Justos» en Alemania, que evolucionaron a partir de 1847 para destilar una perspectiva comunista sobre **bases materialistas** y una demolición sistemática de la **ideología**: el *marxismo*.

Desde ese momento queda claro que el proletariado necesita constituirse en clase dominante de la sociedad mediante la toma del poder político, para acabar con la relación capital-trabajo y desmercantilizar la sociedad.

Es decir, el proceso de constitución del proletariado comienza con su existencia sociológica como clase para el capital, se desarrolla con su aparición como sujeto político y culmina, tras la revolución, con su conversión en clase dominante del conjunto social que encara la destrucción mundial del régimen de **salariato** y la afirmación de un metabolismo productivo dirigido por las necesidades humanas, nutrido de cada cual según sus capacidades y dando a cada cual según sus necesidades.

Conciencia de clase

Ese proceso de constitución en clase hasta convertirse en clase dominante, para poder acabar con la base material misma de la existencia de divisiones sociales, es en realidad un proceso de toma de consciencia. La **consciencia de clase** del proletariado no es otra cosa que la consciencia de la necesidad y la posibilidad del **comunismo**.

Como clase explotada, el proletariado está privado de los medios de producción, entre ellos de los medios de producción intelectual. Por eso, esa consciencia de clase no se expresa como un «estado de opinión», sino como la afirmación de las necesidades surgidas en y para el desarrollo de las luchas. El proceso se resuelve con la constitución de la clase como partido dirigente de la sociedad y su ataque, desde el primer momento, a las relaciones capitalistas, convirtiéndose por tanto en proceso de negación del capitalismo y afirmación de una sociedad dirigida por y para la satisfacción universal de las necesidades humanas.

La clase se define por su relación con el futuro

Lo que define pues a la clase en cada momento de su desarrollo es la relación con el futuro, el **Comunismo**, en el presente.

El comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente.

Marx y Engels. **La Ideología alemana**, 1846

Proletarización



Originalmente fue el proceso de transformación de los productores independientes en asalariados productores de plusvalía. Después se amplió para recoger la integración dentro del proletariado de las capas medias de la sociedad burguesa.

La proletarización del campesino independiente y el arrendatario

El problema principal que cerraba el paso a la formación de una sociedad mercantilizada en la que la inmensa mayoría de los trabajadores viviera en núcleos urbanos y sin trabajar tierra alguna, era la bajísima productividad agrícola pre-capitalista. Por eso las condiciones que hacen al capitalismo posible -y diferente de anteriores modos de producción- hay que buscarlas en el campo, no en la ciudad. El proceso se inicia en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII.

La burguesía y la aristocracia aburguesada impondrán dos cambios fundamentales: la nacionalización, cerco y subasta de las tierras comunales, y la carga de impuestos a las propiedades, que impulsó a los latifundistas a aumentar las rentas pagadas por sus arrendatarios.

La subida de los alquileres de la tierra obliga a medio plazo a incrementar la productividad para poder afrontar las rentas. Desprovistos del «seguro» tradicional de las tierras comunales, o los arrendatarios aumentaban la producción por persona empleada o eran expulsados por los terratenientes. El incremento de la producción hará bajar los precios de la comida y ayudará a alimentar a los campesinos expropiados que se verán obligados a trabajar en los campos de los nuevos arrendatarios o huir a las ciudades para vender su fuerza de trabajo.

El proceso empuja a los arrendatarios supervivientes a convertirse en granjeros capitalistas y competir contra otros capitalistas a base de contratar mano de obra desesperada por salarios de miseria o abandonar sus propiedades por la fuerza y trabajar como proletarios.

Es la primera proletarianización, que toma la forma inevitable de miseria rural y migraciones masivas. Se están creando las dos clases principales de la sociedad capitalista a partir de la transformación del campo feudal. A finales del siglo XVIII casi la mitad de la población inglesa vivía ya en las ciudades como proletarios, listos para entrar en la fase industrial del capitalismo. Una proporción que no se alcanzaría en otros países europeos, como España, hasta mediados de los años cuarenta del siglo XX.

Este proceso se repitió a base de «desamortizaciones» allá donde la burguesía se hacía con el poder. Y desde las administraciones coloniales donde las potencias capitalistas llegaban como

conquistadoras. Solo así el capital podía escapar de la «estrecha base» del ámbito estrictamente capitalista y realizar la **plusvalía**.

En este primer momento, la proletarización del productor independiente o integrado en un **modo de producción** anterior (el jornalero, el aprendiz gremial, etc.) es meramente formal: el capital absorbe y explota su trabajo pero solo puede incrementar sus ganancias aumentando la **plusvalía absoluta**. Después el capital transformará esa producción de abajo arriba, desarrollándose sobre todo sobre el incremento de la **plusvalía relativa**, forma dominante en el **capitalismo ascendente**. Esta evolución en dos movimientos es lo que Marx llamó **subsunción formal y real del trabajo en el capital**.

La proletarización de la pequeña burguesía

Pero la tensión a la proletarización no cesa con ese primer golpe. A cada cambio tecnológico, pequeños y medianos capitales aprovecharán la reducción de escala producida por el incremento de la productividad del trabajo para afirmarse. Al hacerlo abrirán una nueva rama, un nuevo mundo de colocaciones para el gran capital que acabará desplazando o absorbiendo a los pequeños capitales pioneros y proletarizando a los pequeños capitalistas.

De acuerdo con Marx, la misión de los pequeños capitales en la marcha general del desarrollo capitalista es ser los pioneros del avance técnico, y ello en dos sentidos: introduciendo nuevos métodos de producción en ramas ya arraigadas de la producción y creando ramas nuevas todavía no explotadas por los grandes capitales. Es completamente falso creer que la historia de la mediana empresa capitalista es una línea recta hacia su gradual desaparición. Por el contrario, el curso real de su desarrollo es puramente dialéctico y se mueve constantemente entre contradicciones.

Las capas medias capitalistas, al igual que la clase obrera, se encuentran bajo la influencia de dos tendencias opuestas, una que tiende a elevarla y otra que tiende a hundirla. La tendencia descendente es el continuo aumento en la escala de la producción, que periódicamente supera las dimensiones de los capitales medios, expulsándolos repetidamente de la arena de la competencia mundial. La tendencia ascendente es la desvalorización periódica de los capitales existentes, que durante cierto tiempo rebaja la escala de la producción, en proporción al valor de la cantidad mínima de capital necesaria, y además paraliza temporalmente la penetración de la producción capitalista en nuevas esferas.

No hay que imaginarse la lucha entre la mediana empresa y el gran capital como una batalla periódica en la que la parte más débil ve mermar directamente el número de sus tropas cada vez más, sino, más bien, como una **siega periódica de pequeñas empresas, que vuelven a surgir con rapidez solamente para ser segadas de nuevo por la guadaña de la gran industria.** Ambas tendencias juegan a la pelota con las capas medias capitalistas, pero al final acaba por triunfar la tendencia descendente, a diferencia de lo que ocurre con el proletariado.

Un nuevo tipo de máquina entra en escena: el ordenador

A principios de los años 70, el capitalismo entra en crisis. El «boom» económico de la posguerra se ha acabado. Además de toda una serie de modificaciones en el capital financiero, se plantea un cambio en el modelo productivo, una reestructuración del empleo en los países centrales. La industria pesada, otrora paisaje vital de los obreros estereotipados en la propaganda política, es enviada a ultramar, desmontada reactor por reactor, chimenea por chimenea. Si la máquina de vapor significó el fin de los artesanos, ahora entra en escena un nuevo tipo de máquina que revolucionará la producción capitalista: el ordenador.

El aumento exponencial de capacidad computacional y de telecomunicaciones produjo desde el primer momento una gran expansión del sector de servicios en los países centrales. Abundan historias personales de ex-trabajadores de la industria automovilística reconvertidos en empleados de oficina tras una breve formación en una escuela técnica o en la universidad. Como contaban algunos empleados «reconvertidos», las condiciones en el nuevo empleo son mejores, pero no hay organización ni conciencia de clase y se arriesgan al despido si suenan lo mas mínimamente comunistas.

Pero no se trata solamente de obreros de la industria clásica reconvertidos, como ocurrió en el pasado con los artesanos independientes. Los oficios «intelectuales», que habían ocupado un lugar del «**pequeña burguesía corporativa**», tomando a su carga la organización del trabajo dentro de las empresas, el estado o los hospitales, también se proletarizaban: ingenieros, científicos, médicos, arquitectos, periodistas y otras profesiones, se vuelven

redundantes. Nuevos programas informáticos calculan, modelan y planifican mas rápidamente y con mayor seguridad que la que cualquier ingeniero puede tener.

La hemeroteca del periodista esta a tres clics de ratón, el científico se ve reducido a apretar botones en una maquina de PCR siguiendo procedimientos estandarizados ¡¡un proceso idéntico a las máquinas de las fábricas de antaño!!

El capitalismo esta destruyendo una de las principales divisiones que dificultaban la afirmación de la clase universal: la diferenciación entre el trabajo manual y el intelectual. La fetichización extemporánea del trabajador manual del siglo pasado no tiene ningún sentido sencillamente porque la identificación exclusiva del proletariado con el trabajo manual no tiene base en la estructura productiva del capitalismo actual. De hecho, podemos decir que la identificación reductora del proletariado a los trabajadores manuales, contribuye hoy por hoy a la confusión general y dificulta la toma de conciencia por parte de una clase cada vez más precarizada que ya no es llamada a producir en grandes fábricas y que en su mayoría no ha tenido contacto con ellas.

Pueblo



Nombre que recibe el cuerpo social formado por las clases oprimidas de la sociedad burguesa cuando es liderado de forma efectiva por la pequeña burguesía.

Origen del «pueblo»

Las nuevas clases poseedoras del final del régimen feudal, que acumulan poder económico basado en la propiedad privada y no en el monopolio de la fuerza política, se organizan como cuerpo político opuesto al poder absolutista del Antiguo Régimen. En Inglaterra formaran la «Sociedad Civil» en el siglo XVII bajo el liderazgo de la nobleza terrateniente aburguesada y en Francia -inspirados en el modelo inglés- el «Tercer Estado» en el XVIII, directamente bajo el liderazgo de la burguesía. Se constituyen en **nación** y como tal reclaman el poder sobre el estado al clero y la nobleza. La nación pasa de reconocer al Soberano a exigir para sí la «soberanía».

En el desarrollo de las **tareas nacionales y democráticas de la revolución burguesa**, no tardarán en aparecer roces y conflictos entre la **burguesía** propiamente dicha -dada a pactar transiciones suaves con las clases hasta entonces dominantes- y la **pequeña burguesía**. Ésta, asustada de las consecuencias de la **acumulación** para su propia situación -la perspectiva de la **proletarización**- denunciará a la burguesía como una nueva «aristocracia del dinero», reverdecido la utopía del igualitarismo de la «sociedad civil», el magma indiferenciado de las «clases oprimidas», en un momento en el que el artesanado es todavía el segmento más amplio del **proletariado**.

Nace entonces el «pueblo», como pretendido sujeto de la vida política dentro del sistema burgués y materialización del programa burgués, no en oposición a él sino, como no podía ser de otra manera, como *radicalización* del programa realmente ejecutado por la burguesía. Es por eso que el pueblo se convertirá, casi inmediatamente, en el punto de desarrollo del **nacionalismo**: refuerzo del **estado** burgués y el mercado que al mismo tiempo que reclama un imposible protagonismo en la «soberanía» que ponga a cubierto del avance de la **acumulación capitalista** a las clases intermedias.

En ese afán por desarrollar espacios organizativos propios en el estado burgués, la pequeña burguesía encontrará un terreno común con el **proletariado** en las primeras revoluciones burguesas, precisamente porque el proletariado es **consciente** de que cuanto más claro y radical sea el triunfo de la burguesía contra las clases feudales, antes llegará **el momento de su propio enfrentamiento abierto con la burguesía**.

En Alemania está todavía por delante la lucha decisiva entre la burguesía y la monarquía absoluta. Pero, como los comunistas no pueden contar con una lucha decisiva con la burguesía antes de que ésta llegue al poder, les conviene a los comunistas ayudarle a que conquiste lo más pronto posible la dominación, a fin de derrocarla, a su vez, lo más pronto posible.

Por tanto, en la lucha de la burguesía liberal contra los gobiernos [absolutistas], los comunistas deben estar siempre del lado de la primera, precaviéndose, no obstante, contra el autoengaño en que incurre la burguesía y sin fiarse en las aseveraciones seductoras de ésta acerca de las benéficas consecuencias que, según ella, traerá al proletariado la victoria de la burguesía.

Las únicas ventajas que la victoria de la burguesía brindará a los comunistas serán: 1) diversas concesiones que aliviarán a los comunistas la defensa, la discusión y la propagación de sus principios y, por tanto, aliviarán la cohesión del proletariado en una clase organizada, estrechamente unida y dispuesta a la lucha, y 2) la seguridad de que el día en que caigan los gobiernos absolutistas, llegará la hora de la lucha entre los burgueses y los proletarios. A partir de ese día, la política del partido de los comunistas será aquí la misma que en los países donde domina ya la burguesía.

Federico Engels. **Principios del Comunismo**, 1847

Reformismo



Corriente oportunista que se desarrolló en el seno de la IIª Internacional, que defendía que mediante la lucha por mejoras y reformas duraderas -que eran todavía posibles- podía alcanzarse el Socialismo sin pasar por una revolución.

Origen del reformismo

El contexto de la IIª Internacional es todavía el del **capitalismo ascendente**. En ese periodo histórico es posible la consecución de mejoras duraderas y reformas legales que sirvan a la afirmación de la clase en el seno de una sociedad burguesa que todavía puede darle un espacio político propio. Es un periodo en que tanto el **parlamentarismo** como el **sindicato** pueden ser herramientas para la constitución de la clase como sujeto político y en el que la lucha por «reformas» como la jornada de ocho horas o el sufragio universal...

Despiertan en el proletariado la comprensión, la conciencia socialista y lo ayudan a organizarse como clase

Rosa Luxemburgo. **Reforma o revolución**, 1899

Es un contexto así los grupos parlamentarios y sobre todo las direcciones sindicales ganarán casi inevitablemente prestigio y peso en la clase a pesar de marcar derivas cada vez más **oportunistas**. Estas derivas se hacen cada vez más francas conforme se afiancen las tendencias monopolistas y totalitarias del estado bajo el **imperialismo**. Se están sentando las bases de lo que luego será el **capitalismo de estado** característico de la **decadencia**.

El reformismo en realidad no era sino un síntoma de que los sindicatos y los mismos partidos socialdemócratas estaban siendo absorbidos en la nueva organización del capital nacional en el estado. En su forma más *honesta* el reformismo reconocerá su ruptura con el marxismo y se presentará abiertamente como **revisionismo**, es decir, como resultado de la supuesta superación de las contradicciones del capitalismo por el capitalismo mismo.

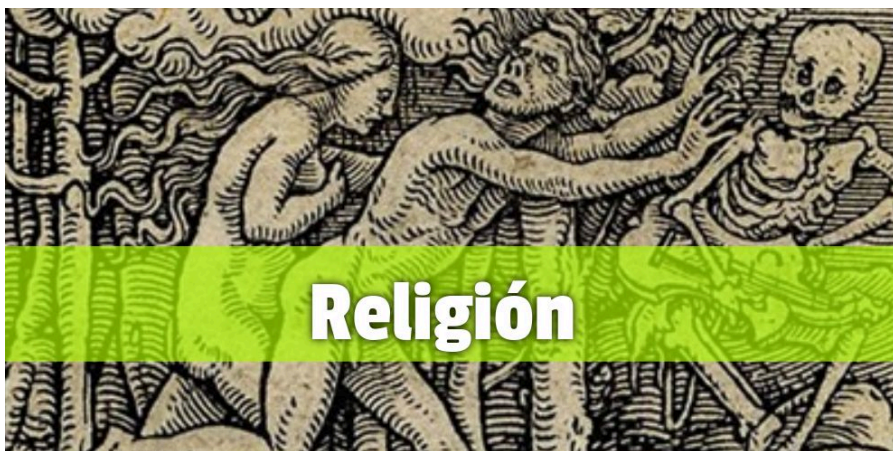
¿Existe reformismo en la actualidad?

Lo que hoy se llama comunmente «reformismo», las políticas de las izquierdas parlamentarias, no tiene nada que ver con lo que los clásicos de la IIª Internacional llamaban así:

- El reformismo de la IIª Internacional era una tendencia **oportunista** dentro del movimiento obrero; los partidos socialistas, **los diversos descendientes del stalinismo** o el izquierdismo de cualquier color, son el resultado de tendencias que cruzaron la frontera de clase más básica, renegando del **internacionalismo** y participando de las peores matanzas de trabajadores de la historia hace mucho tiempo.

- Es decir, no son expresiones de errores o debilidades en el desarrollo de la **consciencia de clase**, sino elaboraciones políticas de estructuras bien integradas en el aparato político del **capitalismo de estado** bajo sus distintas formas, es decir están pensadas para defender el estado nacional y el trabajo asalariado.
- El reformismo era producto de una época donde las «reformas» significaban avances verdaderos y duraderos para la clase, entre otras cosas porque estos eran posibles; las «reformas» de las que nos hablan hoy no significan «avances» hacia la desmercantilización de la sociedad capitalista, sino, en el mejor de los casos, «mejoras» en su funcionamiento que permiten evitar empeoramientos aun más drásticos de las condiciones de explotación.
- Y por lo mismo, si el reformismo pretendía poder llegar a través de las reformas al **socialismo**, es decir, pretendía poder empezar a desmercantilizar de modo efectivo la sociedad; lo que hoy se llama reformismo nos vende, en el mejor de los casos, un imposible capitalismo «sensible», «compasivo» o «humano», no las reformas como camino para superarlo.

Religión



Conjunto de creencias, ritos y ceremonias que a través de la promoción de una serie de valores, afirma y mantiene la moral característica de una organización social determinada.

Las religiones han sido históricamente los grandes contenedores **ideológicos** que trataron de dar coherencia y unidad al conjunto de valores y creencias útiles para el sostenimiento de un determinado **modo de producción** y el dominio social de su clase dirigente.

En sí mismas no tienen por qué incluir la creencia en seres supernaturales, pero la acepción común suele limitar el término a las iglesias y cultos herederos de una u otra forma de la feudalidad. No es inocente.

¿Por qué la burguesía abraza «la Razón» y se pretende a-

religiosa?

La ruptura entre la religión antigua y el cristianismo

Siendo la primera clase que realiza la extracción del producto del trabajo por medios fundamentalmente económicos, **aparentemente espontáneos y «naturales»**, no necesitaba forzosamente ligarse a un relato sobrenatural, menos aun elegir uno entre ellos, para legitimar su poder.

La palabra latina «religio» de la que deriva «religión» sólo se parece a la original su pronunciación, en el mundo clásico la «religio» no era un grupo de creencias o doctrinas, sino un conjunto de rituales administrativos públicos.

No había dogmas o textos sagrados como los tienen las religiones reveladas y la mayor parte de los «sacerdotes» eran cargos públicos electos. Tomar parte en los rituales era obligación pública, pero no había necesidad alguna de «creer» en los dioses. Uno podía ser incluso objeto de mofa por ello, el trabajo de varios círculos filosóficos era asegurarse de que la «superstitio» -la creencia irracional- no salía fuera de control, poniendo en cuestión las relaciones sociales y el estado, aun manteniendo formalmente la *religio*.

Cuando llega el cristianismo a Roma, es denunciado como ateísmo por las autoridades. La «religio» usa en sus representaciones los cultos y rituales ancestrales de grupos del imperio romano, sin embargo los cristianos son un grupo nuevo sin historia alguna que además se niega a seguir los ritos administrativos.

Para los cristianos la creencia tenía prioridad sobre los ritos, exactamente al revés que para el resto del mundo. Para intentar escapar a la persecución romana, el cristianismo tendrá que

inventarse un pasado. Como no hay pasado ritual antes del Cristo, todo deberá centrarse en la doctrina.

Ello llevará a que los padres de la iglesia anuncien que en realidad todas las religiones siguen la misma doctrina original cristiana, pero corrupta. Inventan así la «historia universal» cristiana con un inicio común, la llegada de Cristo para «resolver el asunto» y dar comienzo a una marcha histórica hacia la salvación. Cuando el cristianismo triunfe sobre Roma, el significado de «religión» ya habrá sido casi completamente invertido respecto al original. Y así durante más de mil años.

La burguesía y la reforma de la religión medieval

Al volver las guerras de religión a Europa en los siglos XVI-XVII, durante la gran crisis del mundo agrario parte de la decadencia del **feudalismo**, estas cuestiones se vuelven a reabrir. ¿No es la creencia más importante que la liturgia y el ritual? El protestantismo da lugar a grupos religiosos cada vez menos litúrgicos y con un dios cada vez más abstracto, volviendo a la preocupación por la «religión natural». En plena ola de racionalización del siglo XVIII se empieza a dar el cambio entre un dios abstracto y la razón universal.

De aquí hay medio paso hasta echar a Cristo por la ventana quedándose con todos los presupuestos cristianos convertidos en «razón universal». La «religión» había sido redefinida varios siglos atrás como creencia, y por tanto irracional, así que los modernos pretenden no tener religión alguna.

Para la Ilustración la religión es creencia supersticiosa, bastará con eliminar la creencia y cribar lo bueno de lo malo a través del filtro de la razón.

Pero el culto a la razón revelará pronto no ser una herramienta excesivamente útil al gobierno de las masas sociales. Si la religión de estado fue la forma ideológica característica del gobierno de las clases feudales, la combinación de ideología política y **nacionalismo** lo será a la burguesía.

Su esfuerzo de «secularización» fue inmenso: arrancó la educación de las manos avariciosas de las iglesias, instituyó cultos nacionales a la bandera y los caídos, templos a su propio arte y su ciencia (los «museos», dedicados a las olvidadas musas griegas), dejó al muecín cantar a sus horas mientras construía redes de comunicaciones - medios- capaz de llevar su mensaje a cada sala de estar...

Pero a pesar de todo, especialmente mientras tuvo -o dónde todavía tiene- grandes masas campesinas, no pudo prescindir de los viejos mamotretos eclesiales heredados del feudalismo (el catolicismo romano y ortodoxo, el anglicanismo, el islam maliki, el budismo...) y de sus primeras afirmaciones ideológicas (la «reforma protestante»). Eso sí, las «modernizó», las purgó de feudalidad con el ricino necesariamente aguado de la «separación iglesia-estado» y tras no pocos choques y batallas, las puso a trabajar a su servicio.

Los tres niveles de la religión bajo el capitalismo

1. Los aparatos ideológicos heredados de anteriores modos de producción

Lo que la burguesía llama religiones, es decir, las religiones anteriores a la instauración del capitalismo. Religiones que la burguesía, al principio, no pudo sino combatir. En primer lugar como parte de su asalto al estado. En segundo lugar porque necesitaba una moral funcional al nuevo orden.

Esa batalla se llamó «secularización», y si nunca fue completa no fue - como vienen a decir los «laicistas»- porque quedaran restos feudales a destruir. Las iglesias y los cultos son hoy ya tan resto feudal como la universidad, otra institución feudal reconvertida mil veces según las necesidades de la actual clase dominante.

2. La religio política: el nacionalismo

La religión política, el equivalente burgués de la «religio» romana: el conjunto de ceremonias, rituales y creencias que conforman «la comunidad política».

Su expresión fundamental, la religión política de la burguesía por excelencia es el **nacionalismo**. ¿Por qué? Porque el **salario** y el **capital** son relaciones sociales capitalistas, pero el capitalismo es un sistema complejo y dependiente de la escala. No puede haber «capitalismo en una sola empresa» ni «en una sola comarca».

Brotes de la relación salario-capital aparecen desde la época romana y la Florencia de los siglos XIV y XV tendrá adelantos de la utopía y el programa capitalista con Savonarola y hasta una insurrección proletaria, la de los Ciompi; pero hasta que la burguesía no consigue articular un mercado nacional lo suficientemente amplio, convirtiendo en mercancía la tierra, sometiendo al campesinado y elevando la productividad agraria, no va a poder establecer el «doble circuito» -circulación de mercancías y circulación de capitales- que permite la **acumulación** sistemática y relativamente «automática» de capital, que es lo que llamamos capitalismo.

Por eso la historia de la lucha de la **burguesía** por la instauración del **capitalismo** es la historia de la **nación** que a su vez no es otra cosa que el liderazgo efectivo de la burguesía sobre el conjunto social que está creando. Si el **nacionalismo** brota una y otra vez es porque es el aglutinante ideológico que refleja ese conjunto social y ese liderazgo.

Los rituales, las ceremonias, los himnos, la «creencia irracional» en la peculiaridad de la **cultura** nacional, en la originalidad de las instituciones, en el carácter único de lo nacional... revelan el molde inmediato en el que la religio patriótica se formó.

La «secularización» fue también la absorción y el trasunto por el estado de no pocas celebraciones de la religión feudal. El «aberriguna» vasco superpuesto al domingo de resurrección católico, la Guadalupe mexicana, la Covadonga y el Santiago español -laicizados solo a medias con el 12 de octubre- entre otros muchos, desde Polonia a Argentina, dan testimonio de hasta qué punto la secularización a partir de cierto momento, no fue tanto una batalla como la negociación de una simbiosis.

Simbiosis que no siempre es completa. Especialmente cuando la «religio política» se difumina en lo local. Las viejas «cofradías» todavía están reconvirtiéndose para prestar servicios sociales complementarios a los del estado y el fútbol, que reproduce sentimientos de pertenencia hacia el estado en partes equivalentes al de la estructura gremial con la iglesia católica, no ha conseguido -aunque lo intentará en sus orígenes- vincularse al lugar de trabajo.

Aun a menor escala, también forman parte de la religio política capitalista ceremonias sociales y familiares como Navidad o Halloween, reconversión a veces ligeramente problemática de viejas tradiciones precapitalistas a mensajes característicos de la sociedad mercantil.

3. La religión de la mercancía

La religión de la mercancía es el nivel más profundo y abstracto de la religión capitalista. Cuando Marx habla del «**fetichismo de la mercancía**» no hace un oscuro juego semiótico ni una metáfora, está

exponiendo el carácter de fetiche del dinero, de «objeto mágico» en la religión que hace de base ideológica al sistema entero.

¿Qué otro nombre se le puede dar al dinero en una sociedad en la que su mera circulación, parece ser lo que crea **valor**?

Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. (...)

La forma de mercancía y la relación de valor entre los productos del trabajo en que dicha forma se representa, no tienen absolutamente nada que ver con la naturaleza física de los mismos ni con las relaciones, propias de cosas, que se derivan de tal naturaleza. Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre aquéllos.

De ahí que para hallar una analogía pertinente debamos buscar amparo en las neblinosas comarcas del mundo religioso. En éste los productos de la mente humana parecen figuras autónomas, dotadas de vida propia, en relación unas con otras y con los hombres. Otro tanto ocurre en el mundo de las mercancías con los productos de la mano humana. A esto llamo el fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías, y que es inseparable de la producción mercantil.

Carlos Marx. **El capital**, 1867

Como todos los fetiches, la «magia» no es otra cosa que forma de encubrir relaciones de explotación y sometimiento. Obviamente, no es el dinero que crea valor al multiplicarse los intercambios de iguales, es la **explotación** del trabajo de una clase por otra. Una clase, la **burguesía**, que se queda con parte de lo producido y lo atribuye a la magia del intercambio.

Ese carácter fetichista del dinero que generalmente nos resulta invisible, era sin embargo obvio para las sociedades precapitalistas que se encontraron de bruces con los imperialismos europeos en Asia y África.

Se decía de los Bakweri de Camerún que eran apáticos, malgastaban la tierra y no tenían interés alguno en incrementar sus beneficios. Si acumulaban algunas propiedades, era solo para destruirlas en ceremonias de potlatch. Los pocos que se asociaron con las plantaciones coloniales y mejoraron de estatus económico tenían la reputación de pertenecer a una nueva asociación dedicada a la brujería. Supuestamente mataban a sus familiares e incluso a sus hijos convirtiéndolos en zombis para ponerlos a trabajar en una montaña lejana, conduciendo camiones, donde los brujos tenían supuestamente una ciudad moderna.

La palabra «sombi» significa promesa/ empeño; se creía pues que bajo la nueva economía colonial de plantaciones los familiares se convertían en siervos para que unos pocos pudiesen ganar riquezas. [...] Los ancianos avisaron que no había que coger ninguna moneda o dinero del suelo porque estaba siendo esparcido para atraer a los hombres a la ribera, donde los «franceses» los usarían como zombis para construir el nuevo puerto.

Michael Taussig, *The devil and commodity fetishism in South America*

La religión de la mercancía tiene su gran fetiche -el dinero- sus rituales -cobrar la nómina, pagar la compra, etc.- y hasta sus pequeños iconos -las monedas. Ceremonias y objetos que visten como hechos sociales relevantes supuestas «decisiones individuales» y como actos económicos soberanos la mercantilización de la satisfacción de nuestras necesidades.

Pero también tiene su elemento supersticioso: la idea de que el intercambio de iguales (toda mercancía se intercambia por otra de igual valor) produciría por mera magia repetitiva un incremento de la

riqueza global.

Religión de la mercancía y moral capitalista

La moral del «intercambio libre»

Toda la religión de la mercancía se orienta a fomentar la creencia en la auto-soberanía de la persona aislada (=individualismo) y a representar las complejas relaciones sociales capitalistas como el producto «natural» de la «agregación espontánea» de millones de decisiones soberanas individuales.

El resultado es la moral del intercambio mercantil según la cual **el intercambio «libre» sería por definición en «justo» e «igualitario».**

Al invisibilizar la estructura social y dejarnos ver solo a la persona aislada (el individuo), la expresión individual de las necesidades humanas universales se convierte, sin explicación, en actos de libertad orientados a la maximización del placer (utilidad) individual.

En ese mundo abstracto y alienado todo lo que no sea fruto de la coacción directa se considera «libre» e «igualitario». La coacción de la clase dominante a través de las condiciones sociales no existe. Aquellos que han sido desposeídos de los medios de producción y solo pueden vender su fuerza de trabajo, la venden *libremente*. Como *en libertad* solo se intercambian cosas de igual valor, todo salario de mercado pasa ser por definición «justo».

La moral social de la religión de la mercancía

Pero, no nos engañemos, también tiene un *mensaje social*. La famosa «mano invisible» de Adam Smith fue solo una de sus formulaciones primitivas, pero los escolásticos salmantinos ya habían llegado un siglo antes a algo parecido a la *teoría cuantitativa del dinero*. Hoy, en

su forma más sencilla, es parte del discurso económico y mediático y nos lo repiten continuamente: «el incremento del número de intercambios mercantiles *libres* e *igualitarios* aumenta la riqueza social».

¿Pero la mera repetición de un intercambio entre iguales en valor puede aumentar el valor total de lo intercambiado? ¡Magia!

El truco no es otro que la perspectiva mirar la producción y distribución social exclusivamente desde los intercambios individuales reduce las relaciones de producción y la estructura social que produce a un magma de consumidores iguales. El valor, desde el individuo pasa a ser *subjetivo* y el concepto mismo de valor se diluye como realidad social. Así se invisibiliza que **el valor no es sino trabajo social expropiado por la clase explotadora.**

Así que la magia de que el intercambio creara valor, no es inocente. Toda religión, y la de la mercancía es una religión, al final tiene un corazoncito «irracional» e incongruente, que no es sino la zona de sombra que permite a la clase explotadora hacerse con los resultados del trabajo social.

El resultado de toda esta compleja operación es llevarnos a la idea de que «cuántos más intercambios libres haya, más rica será una sociedad», lo que en realidad quiere decir que cuanto mayor y más extendida esté la mercantilización y la explotación del trabajo mejor será para el conjunto social. No podía esperarse otro mensaje moral de una clase explotadora: sus objetivos se visten, contradictoriamente, de objetivos sociales.

Esta moral se multiplica a través de mil expresiones culturales, desde la música a los programas de televisión y al final lleva siempre al mismo lugar: la individuación de las necesidades universales y la

universalización de la mercancía a través de la **mercantilización de las relaciones humanas**.

Libertad, igualdad, fraternidad: Intercambio libre entre valores iguales y nación (=dirección del conjunto social por la burguesía)

Restringir la idea de lo que socialmente es religión a los cultos y ceremonias supersticiosas que involucran seres sobrenaturales, almas, etc., es un grave error. Son un mero atavismo. Renacen y reaparecen ahora para tapar los negros agujeros de desesperación que crea el propio sistema, pero no dejan de ser una capa superficial del **alienante** edificio moral del capitalismo.

La religión capitalista es mucho más enrevesada y sobre todo completa. Su mecanismo, si no fuera tan cínico, sería hasta bello en su sofisticación, especialmente cuando lo comparamos con la primera **feudalidad** cuando la explotación no se disfrazaba como un mecanismo económico sino que directamente aparecía como exacción, como una imposición mediante la fuerza normalizada por la costumbre.

En un primer nivel, la moral de la sociedad burguesa configura cómo han de ser y qué han de esperar «los individuos» de los demás y la sociedad. Su núcleo, la religión de la mercancía, no tiene nada que ver con las normas y restricciones, con la pacatería social y la represión sexual. Al revés, la religión de la mercancía es una **religión de la libertad y la igualdad** cuyo sacramento principal es el intercambio, la compra-venta.

La religión de la mercancía funda al **individuo como ser abstracto y en conflicto permanente con el entorno**, invisibiliza la explotación y sobre todo educa en la «naturalidad» de la escasez, en la necesidad de

la propiedad y en la aceptación de la cosificación de las relaciones y las necesidades humanas.

En un segundo nivel, este individuo permanente acorralado y a la defensiva de los demás es luego «socializado», esto es, moralizado por el estado y la religión política. Capas de moral nacionalista siempre, democrática a veces, le instruirán en la falsa «**fraternidad**» con sus explotadores desde lo más abstracto -la **nación**- a lo más próximo: la cofradía o el club. Nación, al final no es sino la dirección efectiva del conjunto social por la clase explotadora, es decir **dictadura** de las necesidades del capital sobre las necesidades humanas.

Y solo finalmente, en un tercer nivel, se dará la familia, ese resto comunitario precapitalista, la oportunidad de sazonar todo eso con un poco de «**superstitio**» feudal y antigua convenientemente aburguesada.

Revisionismo



Posición teórica aparecida en el seno de la IIª Internacional que defendía que el capitalismo había superado o estaba superando sus propias contradicciones, por lo que era perentorio hacer una «revisión» de los fundamentos marxistas, renunciar a la perspectiva revolucionaria y redefinir a los partidos socialistas como partidos democráticos defensores de reformas sociales.

Origen del revisionismo

Tan solo dos años después de la muerte de Engels, Bernstein, uno de sus albaceas literarios, publica en el «Neue Zeit», la revista teórica del SPD, una serie de artículos que luego aparecerían como libro bajo el título «Las premisas para el socialismo y las tareas de la socialdemocracia». Es la primera argumentación teórica del reformismo. Su conclusión final: «El partido debería presentarse como lo que es: un partido democrático de reformas sociales».

En un primer momento, la dirección del partido, pareció no tomarse en serio la embestida. Kautski, director de la revista, dio el plácet a la publicación, pero tampoco se molestó en plantear una respuesta aduciendo falta de tiempo y ganas de polemizar. A fin de cuentas, Bernstein era un amigo de «los años duros de las leyes antisocialistas». En realidad, muertos Marx y Engels, la teoría había perdido centralidad y peso en la vida cotidiana del partido. La dirección real del movimiento recaía en el grupo parlamentario, que se confundía con el grupo directivo orgánico y en los popes sindicales.

El papel de los debates científicos se consideraba ya poco menos que como un programa cultural del partido, una actividad especializada y en el fondo inútil como unos juegos florales que, en el mejor de los casos, tenía la virtud de mantener ocupados a jóvenes impetuosos e intelectuales con aspiraciones políticas sin afectar a las bases.

Si el **oportunismo** había sustituido al análisis teórico consecuente en la formación de metas de la dirección, el **reformismo** era su cotidianidad discursiva inconfesada. El propio secretario del partido, Auer, un viejo demagogo que ocupaba el cargo desde 1875 y a esas alturas era ya un «pope» feliz y bien asentado, mandó una famosa carta secreta a Berstein, que se haría pública décadas después, reconviniéndole al modo jesuítico y cínico de los burócratas de todos los tiempos:

Mi querido Edu, uno no toma formalmente la decisión de hacer las cosas que tú sugieres, uno no dice esas cosas, simplemente las hace.

Ignacio Auer. **Carta privada a Eduardo Bernstein**, 1898

Así que el reproche silencioso de la vieja cúpula socialdemócrata a Bernstein no se producía por «revisar», como pretendía su libro, el programa marxista, sino por dar forma teórica a la realidad del

reformismo que lo había carcomido y cuyo centro estaba en el grupo parlamentario y la dirección sindical.

El verdadero peligro para ellos estaba en un debate público sobre bases teóricas serias: no querían colocar a la masa de miembros del partido, a las famosas bases, como jueces, no fueran a poner en cuestión el confortable ambiente de conciliación de clases que reinaba de manera creciente en las instituciones del estado alemán. Ninguno entre ellos veía tampoco la necesidad de arriar la bandera revolucionaria como planteaba Bernstein. El **oportunismo** permitía conjugar una práctica **reformista** indistinguible de la de un partido pequeñoburgués sin dejar de mantener encuadrada a la parte más consciente de la clase.

La primera respuesta vendría de una joven polaca, y por tanto súbdita rusa, recién refugiada y nacionalizada alemana, que entonces tenía 27 años: Rosa Luxemburgo. Fueron dos artículos, el primero publicado en septiembre de 1898 en Leipzig, que se republicarían como libro en 1900 bajo el título de «Reforma o Revolución».

El trabajo se convirtió en la principal base teórica de la Izquierda de la IIª Internacional, pero no dio paso a un debate sincero y con consecuencias, la burocracia del partido cerró filas contra Bernstein como forma de no someter a discusión su propio oportunismo. El congreso del SPD de 1899 en Hannover se abrió con un informe de seis horas de Bebel que convirtió los cuatro días de debates en un verdadero juicio, casi linchamiento, a Bernstein que estuvo a punto de ser expulsado. El espectáculo de hipócrita profesión pública de fe del partido se repitió luego en los sindicatos, reafirmandose sin excepción todas las organizaciones socialdemócratas alrededor de la lucha de clases y la perspectiva de la revolución.

La gran derrota teórica y pública del revisionismo de Bernstein fue la gran victoria del **oportunismo** de los popes del partido y los sindicatos. Como Auer, todos pensaban y reconocían en la intimidad que en realidad el partido ya era como Bernstein proponía. Pero aceptarlo frente a la masa de militantes y votantes obreros les privaba de la poderosa imagen de ser aguerridos revolucionarios contenidos tan solo por un ejercicio de responsabilidad histórica.

En realidad todos creían la discusión fútil porque prácticamente ninguno compartía ya las predicciones marxistas. Nunca pensaron que se iban a enfrentar a una crisis hecatómbica del capitalismo, a una guerra mundial de exterminio y mucho menos aun a una revolución obrera mundial. Y sin embargo, cuando llegó el momento, cuando la guerra estalló y tuvieron que tomar bando, ninguno de ellos dudó ni por un solo instante de cerrar filas con la burguesía y su estado.

¿Existe revisionismo hoy?

No, por lo mismo que no existe **reformismo**: nadie cree que las «reformas» propuestas por la izquierda del sistema conduzcan al **socialismo**... ni siquiera lo pretenden.

Revolución permanente



Revolución en la que el proletariado llega al poder político bajo el programa de la revolución democrático-burguesa, estableciendo a partir de entonces sus propios objetivos y transformando la revolución democrático-burguesa en socialista.

Origen

El término «Revolución permanente» es utilizado por primera vez por Marx en 1850 en un mensaje del Comité Central de la Liga de los Comunistas a sus miembros, dispersos en Alemania. El marco es el de la revolución burguesa en Alemania, una revolución cuyos objetivos primarios son la creación de un mercado nacional, la centralización estatal y el establecimiento de las bases para la extensión de la gran industria y la aparición de un proletariado masivo. Pero la burguesía, origen del movimiento, ha hecho bloque con las fuerzas reaccionarias

(el rey de Prusia y los latifundistas prusianos, los «junkers») y la pequeña burguesía, los demócratas, manifiestan la impotencia política característica de una clase sin un programa histórico propio.

Marx propone a los comunistas alemanes actuar como ala izquierda del movimiento democrático, llevar sus propuestas hasta el límite con el objetivo de hacer «permanente» la revolución, es decir para que el mismo proceso revolucionario tome un objetivo socialista.

Hemos visto que los demócratas vendrán al Poder en la primera fase del movimiento, y que serán obligados a proponer medidas de mayor o menor naturaleza socialista. (...)

Se preguntarán qué medidas contrarias deberán ser propuestas por los trabajadores. Naturalmente, en el comienzo no podrán proponer las actuales medidas comunistas; pero se puede compeler a los demócratas a atacar el viejo orden social por tantos puntos como sea posible, perturbar sus procedimientos regulares, comprometerlos a ellos mismos y concentrar en las manos del Estado, en la proporción que se pueda, las fuerzas productivas, los medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etc. etc.

Las determinaciones de los demócratas, los cuales en ningún caso son revolucionarios, sino simplemente reformistas, deben ser estimuladas hasta el punto de que se conviertan en ataques directos a la propiedad privada; así, por ejemplo, si la pequeña burguesía propone la compra de los ferrocarriles y las fábricas, los trabajadores deben decir que, siendo estos ferrocarriles y estas fábricas propiedad de los reaccionarios, tienen que ser confiscados simplemente por el Estado y sin compensación.

Si los demócratas proponen impuestos proporcionales, los trabajadores deben pedir impuestos progresivos; si los demócratas se declaran en favor de un impuesto progresivo moderado, los trabajadores deben insistir en un impuesto que paso a paso, gradualmente, signifique el hundimiento del gran capital; si los demócratas proponen la regulación de la deuda del Estado, los trabajadores deben pedir la bancarrota del Estado.

Las demandas de los trabajadores dependerán de los propósitos y medidas de los demócratas. Si los trabajadores alemanes han de venir solamente al Poder y al logro de sus intereses de clase

después de un prolongado desarrollo revolucionario, pueden, al menos, estar ciertos de que el primer acto de este drama revolucionario coincidirá con la victoria de su clase en Francia, y esto acelerará seguramente el movimiento de su propia emancipación.

Pero ellos mismos han de realizar la mayor parte del trabajo; necesitarán ser conscientes de sus intereses de clase y adoptar la posición de un partido independiente. No deben ser apartados de su línea de independencia proletaria por la hipocresía de la pequeña burguesía democrática. Su grito de guerra debe ser: «La Revolución permanente».

«Circular del Comité Central a la Liga Comunista». Carlos Marx, marzo de 1850.

El modelo sirvió de referencia a los revolucionarios en países como Rusia. A principios del siglo XX la burguesía había creado un proletariado de 25 millones de personas, muy concentrados en unas pocas regiones y rodeados de un verdadero océano de casi 100 millones de campesinos pequeñoburgueses. Todo bajo un estado autocrático, feudal, apuntalado sin embargo por la propia burguesía. La burguesía rusa no será inconsecuente a la hora de la revolución democrático-burguesa, como había sido la alemana en 1848, sino renuente, cuando no abiertamente contraria.

La revolución de 1905 mostrará que solo el proletariado podía poner en marcha y dirigir la revolución democrático-burguesa pero solo movilizándolo tras de sí a un campesinado masivo y movilizándolo sobre su propio programa agrario. Las consignas de «Dictadura democrática del proletariado y los campesinos» y la teorización de la «Revolución

permanente» de Lenin representarán en realidad la misma aproximación que anticipa la revolución de 1917: arquetipo y caso de éxito de una revolución permanente.

El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no sólo no pueden realizarse, sino que ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal-nacional.

Sean las que fueren las primeras etapas episódicas de la revolución en los distintos países, la realización de la alianza revolucionaria del proletariado con las masas campesinas sólo es concebible bajo la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en Partido Comunista. Esto significa, a su vez, que la revolución democrática sólo puede triunfar por medio de la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza con los campesinos y encaminada en primer término a realizar objetivos de la revolución democrática.

Enfocada en su sentido histórico, la consigna bolchevista: «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos», no quería expresar otra cosa que las relaciones caracterizadas más arriba, entre el proletariado, los campesinos y la burguesía liberal. Esto ha sido demostrado por la experiencia de Octubre. Pero la vieja fórmula de Lenin no resolvía de antemano cuáles serían las relaciones políticas recíprocas del proletariado y de los campesinos en el interior del bloque revolucionario.

En otros términos, la fórmula se asignaba conscientemente, un cierto carácter algebraico, que debía ceder el sitio a unidades aritméticas más concretas en el proceso de la experiencia histórica. Sin embargo, esta última ha demostrado, y en

condiciones que excluyen toda torcida interpretación, que, por grande que sea el papel revolucionario de los campesinos, no puede ser nunca autónomo ni, con mayor motivo, dirigente. El campesino sigue al obrero o al burgués. Esto significa que la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» sólo es concebible como dictadura del proletariado arrastrando tras de sí a las masas campesinas.

«¿Qué es la revolución permanente? Tesis fundamentales». Leon Trotsky, 1930

Las aclaraciones de Trotsky, obvias para cualquiera que se haya acercado a la revolución rusa, tenían en su momento una importancia fundamental. La Internacional, tomada por el **stalinismo**, había ordenado a los comunistas chinos disolver los **soviets** y evitar la formación de órganos de clase independientes. De hecho había ordenado al partido comunista chino disolverse en el Koumintang, presentado por el stalinismo como herramienta para construir una «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» distinta de una dictadura del proletariado.

Tamaño aberración histórica y política intentaba sostenerse falsificando la formulación de Lenin para oponerla a la idea de Marx y Trotsky de revolución permanente. La política del Komintern stalinista llevó, como es sabido a la masacre del proletariado chino en 1926-27 y la persecución ignominiosa de los dirigentes comunistas, que se unirán a la **izquierda comunista**. Fue la última batalla de la oposición de izquierda dentro del partido comunista ruso antes de su represión salvaje.

La dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, en calidad de régimen distinto por su contenido de clase a la dictadura del proletariado, sólo sería realizable en el caso de que fuera posible un partido revolucionario independiente que encarnara los intereses de la democracia campesina y pequeño burguesa en general, un partido capaz, con el apoyo del proletariado, de adueñarse del poder y de implantar desde él su programa revolucionario.

Como lo atestigua la experiencia de toda la historia contemporánea, y sobre todo, la de Rusia durante el último cuarto de siglo, constituye un obstáculo invencible en el camino de la creación de un partido campesino la ausencia de independencia económica y política de la pequeña burguesía y su profunda diferenciación interna, como consecuencia de la cual las capas superiores de la pequeña burguesía (de los campesinos) en todos los casos decisivos, sobre todo en la guerra y la revolución, van con la gran burguesía, y los inferiores con el proletariado, obligando con ello al sector intermedio a elegir entre los polos extremos.

Entre el kerensquismo y el poder bolchevista, entre el Kuomintang y la dictadura del proletariado, no cabe ni puede haber posibilidad intermedia, es decir, una dictadura democrática de los obreros y campesinos.

La tendencia de la Internacional Comunista a imponer actualmente a los pueblos orientales la consigna de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, superada definitivamente desde hace tiempo por la historia, no puede tener más que un carácter reaccionario.

Por cuanto esta consigna se opone a la dictadura del proletariado, políticamente contribuye a la disolución de este último en las masas pequeño burguesas y crea de este modo las condiciones más favorables para la hegemonía de la burguesía nacional, y por consiguiente, para el fracaso de la revolución democrática. La incorporación de esta consigna al Programa de la Internacional Comunista representa ya de suyo una traición directa contra el marxismo y las tradiciones bolchevistas de Octubre.

«¿Qué es la revolución permanente? Tesis fundamentales». Leon Trotsky, 1930

¿Son posibles las revoluciones permanentes hoy?

Posiblemente la Revolución china de 1926-27 fue la última ventana histórica para una Revolución permanente como había sido la rusa. El capitalismo estaba entrando en **decadencia** y la transformación que eso significaba se hizo sentir en la estructura social y las condiciones políticas con rapidez y de modo definitivo en todo el mundo. El programa nacional y agrario de la pequeña burguesía se evidencia abiertamente reaccionario por enfrentado a la revolución socialista - la única en el orden del día histórico- desde su inicio.

La siguiente gran revolución, la española, será ya una revolución socialista desde el primer momento, no permanente. Su política agraria, será la colectivización. En comarcas jornaleras como Llerena, la producción se socializa inmediatamente a partir de la cooperativa de trabajadores que había surgido de las luchas de años anteriores y comienza a producir y distribuir de acuerdo a las necesidades de cada familia ya en los días que siguen al 19 de julio.

En Aragón son las milicias obreras las que llevan las «colectividades» a los pueblos de pequeña propiedad basada en la agricultura de subsistencia y a los de arrendatarios, que en vez de simplemente

tomar la propiedades, las concentran en la colectividad.

Desde entonces, bajo las condiciones de **decadencia** del sistema, el campesinado independiente prácticamente ha desaparecido en todo el mundo y donde existe, no tiene opción alguna en un imposible desarrollo capitalista del campo. La **pequeña burguesía** agraria se ha reducido y concentrado, exacerbando su antagonismo con el proletariado agrario al que solo puede explotar inmisericordemente para sobrevivir.

En países como EEUU sigue existiendo el pequeño campesino de explotación familiar muy tecnificada, en permanente amenaza de ruina. Pero a día de hoy se ha convertido en un apéndice de la gran industria agroalimentaria y los grandes fondos de capital. Fijan sus insumos, sus precios, sus márgenes, en qué los reinvertirá y hasta los costes financieros que soportará. Hoy es un funcionario del capital que conserva una propiedad nominal sobre la tierra pero no puede decidir qué hacer con ella. Sus reivindicaciones propias ni siquiera llegan a programa: perdón o moratoria de deudas y garantías de compra de cosechas por el estado.

Y lo que es más importante, no quedan «tareas democráticas» ni revoluciones burguesas pendientes. No quedan regímenes feudales y aun si hubiera «restos» en algún lado, están tan profundamente imbricados en el capitalismo mundial que no tienen otra superación que la comunista.

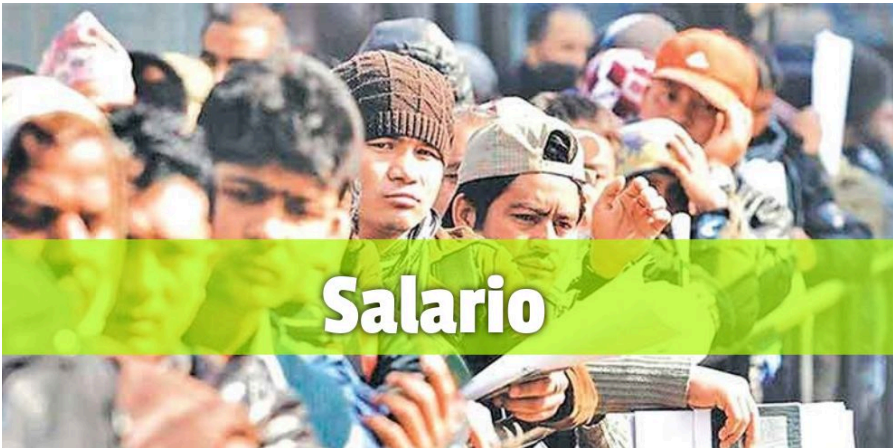
A la escala del desarrollo social capitalista, responde la escala de la capacidad del proletariado para imponer el comunismo y así impulsar un nuevo modo de desarrollo social. Sin embargo, los límites de este desarrollo capitalista han sido evidenciados por la posibilidad y la realidad de una Primera Guerra Mundial, indicando el logro de la dominación del capital en el planeta. Esta dominación completa significa que incluso si encontramos sobrevivientes de modos de explotación anteriores, están conectados, integrados, totalmente absorbidos por los circuitos globales de la explotación capitalista.

A partir de entonces, el desarrollo social global no es posible bajo la égida del capital, el sistema capitalista es obsoleto, decadente; crecimiento y desarrollo, hasta entonces concomitantes, se desvinculan e incluso se oponen entre sí. **En esta etapa de desarrollo, corresponde la capacidad del proletariado de afirmar de forma inmediata para todo el mundo, el proyecto comunista revolucionario.**

Esta capacidad significa que incluso si uno se encuentra con explotados de un tipo diferente al de los proletarios, ya no pueden tener la más mínima independencia con respecto a los objetivos del proletariado. De hecho, están conectados y sujetos al mismo modo general de explotación y opresión; deben ser considerados como parte del proletariado mundial. **Las luchas que no conciernen directa y exclusivamente a la clase obrera, no sólo no la benefician, sino que ahora se oponen irreductiblemente a ella.**

«Viejas naciones, nuevas luchas, vieja cantinela», 1990

Salario



Parte de la producción total con que el capital compra la fuerza de trabajo y que tiende a igualar el coste social de reproducirla con la habilidad y conocimiento necesario precisados en la producción.

Es una parte del capital, la utilizada por éste para comprar **fuerza de trabajo**:

El salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva.

«**Trabajo asalariado y capital**», Carlos Marx 1849

En tanto que **valor** de la **fuerza de trabajo**, el salario representa el coste social de reproducir la mercancía consumida por el capitalista en el proceso productivo. Esto incluye no solo el coste de mantener

vivo al **proletariado**, sino también el coste de mantenerlo con la cualificación media necesaria para que su **fuerza de trabajo** pueda ser empleada de forma productiva para el **capital**.

Sectarismo



Tendencia organizativa que prima los intereses y logros particulares de una organización sobre los intereses generales del movimiento de clase y su perspectiva histórica.

Origen y evolución del sectarismo

En los orígenes del movimiento obrero, las «sectas socialistas» se veían a sí mismas, y no a la clase, como el sujeto llamado a transformar la realidad. Eran entonces ya una expresión de debilidad que reproducía en las primeras estructuras políticas internacionales y masivas (I y II Internacionales) las viejas formas mesiánicas y cuasi-religiosas del **utopismo**.

El desarrollo del sectarismo socialista y el desarrollo del movimiento obrero real se encuentran siempre en proporción inversa. Las sectas están justificadas (históricamente) mientras la clase obrera aún no ha madurado para un movimiento histórico independiente. Pero en cuanto ha alcanzado esa madurez, todas las sectas se hacen esencialmente reaccionarias.

Por cierto, en la historia de la Internacional se ha repetido lo que la historia general nos muestra en todas partes. Lo caduco tiende a restablecerse y a mantener sus posiciones dentro de las formas recién alcanzadas. La historia de la Internacional también ha sido una lucha continua del Consejo General contra las sectas y los experimentos de diletantes que tendían a echar raíces en la Internacional contra el verdadero movimiento de la clase obrera.

Carlos Marx. **Carta a Federico Bolte**, 23 de noviembre de 1871

La II Internacional conoció el sectarismo bajo la forma de «patriotismo de organización», es decir, como una tendencia a negar el debate y el análisis crítico de las propias posiciones cuando chocaban con la realidad para no «debilitar la confianza en la organización». Este tipo de sectarismo también se dio en la IIIª Internacional y fue utilizado instrumentalmente por el **zinovietismo** primero y el **stalinismo** después. Es decir, fue utilizado por las expresiones políticas de la degeneración y captura de la Internacional.

Sindicato



Mayorista de la venta de la fuerza de trabajo, originalmente creado por los propios trabajadores para defender sus condiciones laborales en un marco de conciliación de clases y afirmación de su propia existencia dentro de las instituciones del estado nacional. Con el desarrollo monopolista del capital nacional y la universalización del capitalismo de estado, el sindicato es reconocido como un monopolista más y absorbido como todos ellos en las estructuras del estado nacional.

Origen y desarrollo

Los sindicatos no son, ni mucho menos las primeras organizaciones de la clase trabajadora, ni los *inventores* de la huelga. Las primeras formas de lucha moderna de los trabajadores mediante huelga aparecen en el siglo XVI en Francia y XVII en España, organizadas a través de confraternidades y cofradías de asalariados dentro del

régimen artesanal, y serán luego sustituidas por las «mutuas» primero y por las «cajas de resistencia», antecedente directo del sindicato, después.

Los sindicatos modernos nacen a partir de 1860 de una fracción del **proletariado** que mayoritariamente sigue ligada a la producción artesanal, en un marco de pequeña producción en el que la tendencia, característica del proletariado todavía débil del pequeño taller, a la conciliación entre clases, se ve reforzada por las condiciones generales que el **capitalismo ascendente** hace posible: mejoras sostenidas en el salario (al dispararse la productividad) y conquista de un espacio autónomo de representación y organización de la clase.

Un marco en el que los grandes sindicatos irán entrenando y aceitando su función como «mayoristas» de la **fuerza de trabajo**, mejorando no solo las condiciones inmediatas de los trabajadores sino también igualando las condiciones de competencia de los capitalistas y equilibrando la **tasa de ganancia** entre los distintos sectores (usos del capital) de un modo más efectivo que la competencia individual entre trabajadores.

El primer sindicato no apareció sino en 1864. Cualquier idea de lucha de clase le era ajena, puesto que se presenta proponiéndose, por el contrario, conciliar los intereses de los trabajadores y de los patrones. El propio Tolain [miembro de la Iª Internacional] no le asignaba otro objetivo. Hay que constatar también que el movimiento sindical no lo inician en absoluto los medios más explotados de la clase obrera -el proletariado industrial naciente- sino más bien los trabajadores pertenecientes a profesiones artesanales.

Refleja pues directamente las necesidades específicas y las tendencias ideológicas de tales capas obreras. Mientras que los zapateros y los tipógrafos, artesanos por excelencia, crean sus sindicatos en 1864 y en 1867 respectivamente, los mineros, que constituyen el proletariado más fuertemente explotado, no crean su primer sindicato sino en 1876 en el Loire (en 1882 en el Norte y en Pas-de-Calais), y en los textiles, donde las condiciones de trabajo son particularmente espantosas, no sienten por primera vez la necesidad de un Sindicato sino 1877.

¿De donde viene en esa época la fermentación de los espíritus cuando las ideas socialistas (y las ideas anarquistas que sólo más tarde se diferenciarán) se propagaban en toda la clase obrera de las grandes ciudades, cuando los trabajadores más explotados repugnan tan manifiestamente a la organización sindical mientras que la buscan los que tienen un nivel de vida mejor?

Antes que nada hay que recordar que los primeros sindicatos creados por obreros de profesiones artesanales son tan sólo organismos de conciliación y no de lucha de clases. No lo serán sino tiempo después. Por otra parte, representan la forma de organización más adecuada a profesiones que entre múltiples talleres reúnen un número bastante reducido de obreros del

mismo oficio. Era el mejor medio de agrupar a los obreros de un mismo oficio diseminados en los talleres de una misma ciudad. de darles una cohesión que las condiciones propias del trabajo tendían a impedir.

Cabe recordar también que el carácter artesanal de un oficio lleva a menudo por consecuencia que patronos y obreros trabajen codo con codo y lleven el mismo género de vida. Incluso si la situación económica del patrono es muy superior a la del obrero, el contacto humano que con frecuencia mantiene con este último impide la aparición del foso que separa a obreros y patronos de las grandes industrias. Entre patronos y obreros de oficios artesanales se conserva también un mínimo de familiaridad de oficio, ausente por completo e inconcebible, en la gran industria.

Todas esas razones concurrían a inducir, la mayoría de las veces, a la conciliación, más bien que a la lucha... La situación de obreros de los ramos textil y minero (tomándolos por ejemplo) era por completo diferente. Entre los mineros tanto como entre los textiles. grandes masas de obreros de profesiones diversas se encontraban aglomeradas en fábricas y pozos, sometidos a condiciones inhumanas de trabajo.

Si los obreros de las empresas artesanales son los primeros en organizarse para discutir de sus intereses con los patronos, los de las grandes industrias, sometidos a la más implacable presión del capital, son los primeros en percibir lo que les opone irreductiblemente al patronado, en rebelarse contra la situación que les es impuesta, en practicar la acción directa, en reclamar su derecho a la vida armas en mano; los primeros, en suma, a orientar a la revolución social.

La rebelión de los «canuts» [trabajadores de la seda] lyoneses, en 1831, así como la huelga de los mineros en 1844, lo indican claro. Mientras que, entre 1830 y 1845, los tipógrafos, por ejemplo, no figuran ni una sola vez en una lista de los oficios que han sido objeto del mayor número de condenas, los mineros están señalados tres veces (la industria minera se encuentra entonces en pleno desarrollo) y los trabajadores textiles casi todos los años.

La conclusión que se impone es que los obreros de las grandes industrias no acordaban interés alguno a una forma de organización que le proponía la conciliación (por ellos presentada imposible) entre clases adversas. No acuden a ella sino tiempo después y por así decirlo a regañadientes, pues por su situación misma se ven empujados a formas de lucha abierta con el patronado que el sindicato no tomaba en consideración, al principio al menos. De hecho, los trabajadores de las grandes industrias no van a la organización sindical sino a partir del momento en que ésta inscribe en cabeza de sus estatutos, principios de lucha de clases.

Serán ellos por lo demás, los que promoverán en el plano reivindicativo, las luchas más violentas entre 1880 y 1914. Mediante esa concesión a sus aspiraciones, se resignaron adherir al sindicato, mas por otras varias razones. Primero, porque ninguna otra forma de organización era concebible en la época. Además, estaba entonces en delantera la perspectiva de un amplio desarrollo progresivo del capitalismo, de donde la necesidad de apretar la cohesión de la clase obrera, a fin de arrancar al patronado condiciones de existencia más satisfactorias, que permitieran mejor preparación de los trabajadores para dar el asalto final a la propiedad.

Desde sus inicios, el sindicato aparece a los obreros de las grandes industrias como un mero ir tirando. Era, sin embargo, aceptable en la época debido a las supervivencias artesanales que la industria comportaba. Era una solución positiva en aquella época de desarrollo continuo de la economía capitalista que iba acompañada de un crecimiento constante de la libertad y de la cultura. Su reconocimiento por el Estado y, a través de él, del derecho de asociación y de prensa, constituía una adquisición considerable.

No obstante, incluso cuando el sindicalismo adoptaba el principio de lucha de clase, nunca se propuso, en el combate cotidiano, el derrocamiento de la sociedad; por el contrario, se limitó a agrupar los obreros con vistas a la defensa de sus intereses económicos en el seno de la sociedad capitalista.

A veces, la defensa toma el aspecto de una lucha encarnizada, pero jamás lleva el propósito, ni implícito ni explícito, de transformar la condición obrera mediante la revolución. Ninguna de las luchas de la época, siquiera las más violentas, apuntan a tal objetivo. Todo lo más, el sindicato entrevé, para un porvenir indeterminado, que adquiere desde entonces la significación del cardo del burro, la supresión del patronado y del salariado, y por consecuencia de la sociedad capitalista que los engendra. Pero nunca emprenderá acción alguna en tal sentido.

Benjamin Peret, «Los sindicatos y la lucha de clases» en «Los sindicatos contra la revolución», 1954

Sindicatos, monopolismo y capitalismo de estado

Con el desarrollo del **imperialismo** y la entrada del capitalismo en su fase de **decadencia**, los sindicatos pasan paulatinamente de mayorista a monopolista de la **fuerza de trabajo**. Exactamente de la misma manera que los cárteles del carbón y del acero -primeros sindicatos de capitalistas- su relación con el capital bancario y el estado va consolidando una nueva forma de organización de la burguesía ante las nuevas condiciones que sufre el capital nacional: el **capitalismo de estado**.

Están en trance de pasar de la «libre» concurrencia entre la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo a la fase de regimentación de la oferta por la demanda, o sea, de la clase obrera por el capital monopolista o estatal, monopolio exclusivo. [...] Tan lejos están de ser modificables en sentido revolucionario, como cualquier otro estamento de la sociedad de explotación. A imagen de ésta, utilizan la clase trabajadora para sus fines particulares, mientras los hombres jamás hallarán modo de adaptarlos a sus exigencias revolucionarias; sólo pueden destruirlos.

G. Munis en «**Los sindicatos contra la revolución**», 1960

La transición será perceptible en la evolución de la IIª Internacional: la tendencia **reformista** y **oportunist**a se verá en todo momento apoyada y empujada por la burocracia sindical socialdemócrata, hasta culminar en la defensa entusiasta del estado, el llamamiento al encuadramiento y el alistamiento en el ejército y en fin, la negación del **internacionalismo** más básico, verdadera frontera de clase.

En el periodo precedente a la primera guerra mundial los dirigentes sindicales no fueron los representantes legítimos de la clase obrera, sino apenas en la medida en que tenían que asumir ese papel para aumentar su crédito en el Estado capitalista.

En el momento decisivo, cuando era necesario escoger entre el riesgo de comprometer una situación adquirida llamando las masas a rechazar la guerra y el régimen que la engendraba, reforzaron su posición, escogieron el segundo término de la alternativa optando por el régimen y se pusieron al servicio del capitalismo. No fue ése el caso sólo en Francia, puesto que los dirigentes sindicales de los países implicados en la guerra adoptaron la misma actitud en todas partes. Si los dirigentes sindicales traicionaron, ¿no es porque la propia estructura del sindicato y su lugar en la sociedad hicieron, desde el principio, posible esa traición y luego inevitable en 1914?

Benjamin Peret, «Los sindicatos y la lucha de clases» en «Los sindicatos contra la revolución», 1954

La revolución de 1905 empero, había presentado nuevas formas y medios de lucha de clases que se demostrarían tan opuestos a los sindicatos como fundamentales para toda la oleada revolucionaria abierta en 1917: la **huelga de masas** y los **comités y consejos obreros**. Estos nuevos medios:

Los comités o consejos de fábrica democráticamente elegidos por los trabajadores en los lugares de trabajo, cuyos miembros, bajo control inmediato y constante de sus comitentes, son revocables en cualquier instante. Dichos comités son, evidentemente, emanación directa de la voluntad de las masas en movimiento y facilitan su evolución. Por eso, en cuanto aparecen, incluso bajo la forma provisional de comités de huelga, entran en conflicto tanto con los dirigentes sindicales, cuyo poder amenazan, como con los patrones. Unos y otros se sienten igualmente amenazados, y de igual manera, tanto que por lo general los dirigentes sindicales interceden entre patrones y obreros para hacer cesar la huelga.

Estoy convencido de que ningún trabajador que haya participado en un comité de huelga me contradirá, sobretodo por lo que toca a las huelgas de los últimos años. Por lo demás, es normal que así ocurra. Puesto que los comités de huelga representan un nuevo organismo de lucha, el más democrático que pueda concebirse. Tiende, conscientemente o no, a substituir al sindicato, que en tal caso defiende los privilegios adquiridos procurando restringir las atribuciones que en el comité de huelga se acuerda. ¡Imagínese entonces la hostilidad de los sindicatos a un comité permanente, llamado por la lógica misma de las cosas. a subordinarlos y a suplantarlos!

G.Munis, «Los comités de fábrica, motor de la revolución social» en «Los sindicatos contra la revolución», 1960

¿Por qué «traicionan» los sindicatos?

El **capitalismo de estado** bajo el que vivimos deja a los trabajadores y lo que ellos llaman nuestras «*legítimas reivindicaciones*» un espacio muy angosto: la discusión mediada por los sindicatos y sus comités de

empresa del precio de nuestra hora de trabajo, empresa por empresa y sector por sector. Discusión que todas las partes -sindicatos, patronal y estado- aceptan supeditada a la existencia de ganancias.

Desde el principio, «cumplir el convenio» -es decir, la ley- y obtener «carga de trabajo» para las empresas encabezaron las reivindicaciones puestas por los sindicatos. Es una vieja historia **ya conocida en Cádiz por los trabajadores de Navantia**. Remacha la idea de que «el bienestar de los trabajadores depende de los resultados de la empresa». La vieja fórmula machacada a fuego por los sindicatos durante años bajo la forma «no podemos pedir a la empresa lo que no puede dar».

¿Pueden los sindicatos tener una dirección diferente de la famosa burocracia sindical corporativista?

El negocio de los sindicatos no es ayudar al desarrollo de las luchas. Por lo tanto tampoco el de sus dirigentes. Su negocio es mediar la venta de fuerza de trabajo aspirando a convertir la organización de la que son cuadros profesionales en un monopolista más dentro del gran juego de capitales que determina precios y salarios.

Cobrar por organizar fuerza de trabajo en la producción es lo mismo que hace un directivo de cualquier compañía. El directivo asalariado es la forma característica de la burguesía corporativa en el capitalismo de estado bajo el que vivimos. ¿Qué cabe esperar de la burguesía corporativa... sindical?

De ese modo, los sindicatos en realidad abortan la organización de los trabajadores **corporativizándolos** para encauzar las ganas y la necesidad de luchar hacia un terreno que en realidad simplemente *organiza* el mercado de trabajo, no la lucha por las necesidades

universales de los trabajadores. Como en el mercado, en el sindicato todo el conjunto de posibilidades se resume al resultado de oferta y demanda en un juego trucado.

Es decir, ni como organización ni como conjunto de cuadros y liberados pueden darse por objetivo extender de un modo real la lucha, **el único modo del que puede triunfar**. Hace mucho que son parte del estado, de hecho, piezas fundamentales del capitalismo de estado bajo el que la burguesía organiza su propio dominio. Piezas que no son ni más ni menos contradictoria que otras.

Por eso **toda la experiencia sindical del último siglo no puede resultar sino desmoralizante**: porque los sindicatos no son ya herramientas de organización de los trabajadores como clase. Y sin organización de clase no cabe otra cosa que atomización -por *coordinada* que esté- y desmoralización.

¿Por qué los sindicatos sustituyen asambleas de huelga por asambleas informativas y votaciones secretas?

Lo que da fuerza a toda huelga, pequeña o grande, como a cualquier lucha de clase es que, aunque sea de manera potencial, materializa a un sujeto colectivo. Un sujeto que es mucho más potente que cualquier simple suma de individuos cuyo nivel de compromiso y cohesión nadie conoce. Si la asamblea lo decide vamos todos a la huelga, si no, por mucho que creamos en su necesidad, tendremos que aceptarlo y seguir luchando por convencer a los compañeros.

Sin embargo, vemos cada vez más a menudo que los sindicatos nos llaman a ir a la huelga sin convocar antes siquiera una asamblea o, cuando lo hacen, reduciéndola a *asamblea informativa*. El resultado son huelgas que ni siquiera son de empresa, sino de individuos, por eso su *seguimiento* se da en términos porcentuales: «*un 60% de la*

plantilla siguió la huelga», nos dicen, como si fuera un éxito. Pero si la mayoría quería huelga ¿por qué no discutirlo en una asamblea e ir todos juntos?

La cuestión es que si la asamblea convoca, la asamblea decide y decide también quién la representa. La misma asamblea que convoca y dirige, elige un *comité de huelga* y modifica su composición cuando lo estima conveniente. Es más, la asamblea es soberana y bien puede optar -es la forma de avanzar- por incluir en igualdad a los trabajadores temporales y de las contratas. Dicho de otro modo: la asamblea, cuando es tal, tiende a constituir una base más amplia que la que pretende representar el *comité de empresa* elegido regularmente entre los candidatos sindicales en cumplimiento de la legislación laboral.

Ese es el fondo de toda esta cuestión: quién tiene la soberanía: los trabajadores o los *comités de empresa*; los órganos que nos damos a nosotros mismos y que tienden a incluir a todos, o los órganos impuestos por la ley y que nos hacen elegir entre los sindicatos.

Las asambleas atomizadas por centro de trabajo y los comités de empresa autoinvestidos como (falso) comité de huelga significan supeditar la organización de la huelga a los sindicatos y sus objetivos, el primero de los cuales es la rentabilidad de la empresa.

Su modelo «ideal» es presentar la huelga como un *derecho individual* limitado a seguir o no a los sindicatos. Lo que hace de la huelga lo opuesto de una afirmación de clase y por tanto de algo útil para conseguir la satisfacción de nuestras necesidades. La huelga se convierte de esa manera en *ejercicio de ciudadanía*, aislándonos, atomizándonos y, como en cualquier mercado o parlamento, reduciendo nuestra soberanía a elegir entre las opciones que nos ofrecen las instituciones del capitalismo de estado.

Aceptar la desorganización sindical de la lucha significa entonces limitar la negociación a un pasteleo a puerta cerrada con la patronal en el que ambos «equipos gestores» fijan precios y condiciones mediante el análisis de las condiciones de la empresa.

Toda lucha de los trabajadores que va a algún lado es un ejercicio de **centralismo** en torno a la asamblea de huelga. Todo lo demás es romper a los trabajadores, enfrentarlos entre ellos y provocar una desmoralización que esterilice el camino a nuevas luchas.

Una versión suave pero no menos insidiosa del mismo *ciudadanismo* sindical es la imposición del voto secreto en las asambleas. Aislados frente la urna estamos solos frente a la empresa y los sindicatos, es decir frente al poder del capital y el estado. Por eso nos recuerdan que debemos votar *pensando en lo nuestro...* que nunca es lo colectivo, sino la angustia de no llegar a fin de mes y quedarnos solos si sigue la huelga.

Por contra, discutiendo abiertamente y votando a mano alzada, frente a frente, hombro con hombro con los demás compañeros, el voto mismo es un lazo de compromiso y una muestra de coraje. Las asambleas así organizadas, no solo permiten tomar decisiones en función del número, sino del compromiso y el ánimo de sus miembros. Y los comités de huelga por ellos elegidas dejan de ser representaciones de los sindicatos frente a los trabajadores para convertirse en verdaderas delegaciones de los trabajadores frente al capital.

¿Por qué no es mejor el sindicalismo «combativo»?

El «sindicalismo combativo», pretendidamente «radical», añade al viejo libro de jugadas sindical nuevos caminos al desastre bajo la capa de un falso coraje e indignación.

Aunque los «sindicatos combativos» no entren en la mesa de negociación, generalmente no hacen nada por convertir asambleas informativas de centro en asambleas generales de huelga. Su lucha es con los sindicatos «mayores» por copar la representación.

Su papel distintivo es descarrilar la «radicalidad» de los trabajadores más comprometidos de la lucha por una asamblea real de huelga al terreno estéril del desfogue en la calle con la policía, que tanto gusta a los medios para intentar aislar las luchas.

Pero eso es solo el primer movimiento. Cuando los grandes sindicatos fuerzan una «salida», en vez de oponerles la unidad de la asamblea - que ayudaron a abortar- contra la capitulación, los «sindicatos combativos» separan a los trabajadores más combativos del conjunto, se olvidan de la asamblea general y los abocan a una huelga en solitario y estéril que solo sirve para aislarlos y desmoralizarlos ante «la falta de respuesta» de los compañeros.

Eso cuando la técnica de movilización del «sindicalismo de izquierda» no consiste desde el primer momento en mantener en movimiento y dispersos a los trabajadores. Mucho piquete, mucho corte de ruta y movilizaciones segmentadas por categorías y oficios. Todo con tal de evitar el llamado a asambleas abiertas para que la extensión de las luchas se haga real y confluyan los trabajadores en lucha.

Es lo que vemos, llevado al límite, por ejemplo en los movimientos piqueteros que exalta la tradición de la izquierda trotsko-stalinista en Argentina, mostrando los piquetes y cortes de ruta como un ejemplo a seguir en la lucha por conquistar mejores condiciones. Nada podía ser más destructivo. Con estos métodos, dispersan y debilitan a nuestra clase, que solo pueden afirmarse en las fábricas, en las escuelas, en los hospitales y en los barrios mediante asambleas soberanas, eligiendo sus propios representantes y dando pasos coordinadamente.

Socialismo



Fase de transición entre la toma del poder por el proletariado y la desmercantilización total de la producción. En ella la economía, gestionada colectivamente por los propios trabajadores, se orienta hacia la desmercantilización, la producción directa en función de las necesidades y el incremento de la productividad de los factores, en especial del trabajo. Mide su éxito por la reducción de la jornada de trabajo, el aumento del consumo de la clase trabajadora y la transformación radical de la cultura característica de una sociedad que ha retomado el desarrollo.

El socialismo como liberación de fuerzas productivas constreñidas bajo el capitalismo decadente

El capitalismo ha generado una increíble cantidad de fuerzas productivas que apenas puede contener ya en su seno. A través del mercado mundial ha creado las condiciones para un metabolismo

económico global; a través del desarrollo de las comunicaciones, la cibernética y la robótica ha creado un esbozo -deformado como todo cuanto hace- de la aplicación directa de la ciencia a la producción, del conocimiento social convertido directamente en trabajador social (por ejemplo cuando un proceso productivo entero es dirigido y controlado por una Inteligencia Artificial que «aprende» de las iteraciones del mismo proceso).

Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital revela hasta qué punto el conocimiento social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del intelecto general y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no sólo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso vital real.

Carlos Marx. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse), 1857-1858

Al hacerlo, abre la posibilidad material de una sociedad que deje atrás el «trabajo forzado por la necesidad», acabe con la esclavitud asalariada y con la mercantilización. Pero esa posibilidad material se convierte en imposibilidad social y «económica» en un sistema cuyo objetivo es la producción de plusvalía a través de mercancías.

El capitalismo por un lado despierta a la vida todos los poderes de la Ciencia y de la Naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro lado se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales así creadas y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor.

Las fuerzas productivas y las relaciones sociales -unas y otras aspectos diversos del desarrollo del individuo social- se le aparecen al capital únicamente como medios, y no son para él más que medios para producir fundándose en su mezquina base. Pero de hecho, constituyen las condiciones materiales para hacer saltar a esa base por los aires. Como dice Charles Wentworth Dilke «una nación es verdaderamente rica cuando en vez de 12 horas se trabajan 6. Riqueza no es disposición de tiempo de plustrabajo, «sino tiempo disponible, aparte del usado en la producción inmediata, para cada individuo y toda la sociedad».

Carlos Marx. **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)**, 1857-1858

Objetivos de la economía bajo el socialismo

El camino hacia el **comunismo** pasa por «apropriarse» progresivamente de los incrementos de productividad, hasta reducir el trabajo «forzado por la necesidad» a cero.

El tiempo de trabajo necesario se alineará por una parte con las necesidades del individuo social, mientras que por otro lado asistiremos a un crecimiento tal de las fuerzas productivas que el ocio aumentará para cada uno, mientras la producción será calculada en función de la riqueza de todos. Y por ser la verdadera riqueza, la plena potencia productiva de todos los individuos, el patrón de medida será entonces no el tiempo de trabajo sino el tiempo disponible

Carlos Marx. **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)**, 1857-1858

Organización de la economía bajo el socialismo

Bajo el socialismo, esto es, en una economía de transición el aparato productivo está gestionado por el conjunto de los trabajadores al modo de una gigantesca federación cooperativa que, conjuntamente, planifica los grandes lineamientos de la producción para subvertir conscientemente el significado de las reservas supeditándolas a las necesidades de ampliación del consumo y la reducción del tiempo de trabajo necesario para hacerlo posible, es decir a la estrategia de, simultáneamente, aumentar la productividad del trabajo -y, secundariamente, de los recursos naturales- y reducir el trabajo «esclavo de la necesidad», es decir, el trabajo asalariado.

En su obra principal, Marx ha dado e interpretado la fórmula de la reproducción capitalista: $c + v + pl$, donde c designa el capital constante o instrumentos de trabajo, v el capital variable, los salarios o medios de subsistencia para los trabajadores, y pl la plusvalía o valor añadido en el proceso del trabajo, parte de la cual es consumida por los capitalistas y la otra invertida (capitalizada) para el crecimiento ulterior de la producción. Este último pasa pues, obligatoriamente, por la acumulación ampliada del capital.

En la sociedad burguesa, c no aumenta sino en la medida en que los capitalistas realizan la plusvalía vendiendo las mercancías en que está contenida. Y en los últimos tiempos, para facilitar la venta a mejores precios, recurren a la destrucción pura y simple de una parte de la producción. Por su parte, v aumenta sólo en cierta proporción de c .

Por el contrario, en una economía planificada (sobreentendido: no capitalista), el aumento de c depende sólo, exclusivamente, de las necesidades de v , que abarca la totalidad de la población, y de la magnitud de pl . Esa vuelta del revés suprime las relaciones de producción capitalistas. c deja de ser capital, v no es ya el precio de la fuerza de trabajo que reduce la mayoría de la población a un consumo exiguo, y a su vez pl aparece bajo forma de bienes recién creados, listos para un consumo mayor individual y colectivo. Ha dejado de haber beneficios, es decir, trabajo ajeno apropiado por los burgueses, por los funcionarios o por instituciones.

La reproducción ampliada deberá ser pues prevista como respuesta a las exigencias directas del conjunto humano que integra la sociedad; ha dejado de ser acumulación de capital. En

otros términos, durante el período de transición la extensión del consumo en sus múltiples órdenes preside a la acumulación ampliada (el antiguo capital constante) y la determina.

G.Munis. **Partido-Estado, stalinismo, revolución**, 1974

Cotidianidad bajo el socialismo

Políticamente el socialismo es una dictadura del **proletariado** como clase sobre una organización de la producción que todavía es mercantil. El poder político es ejercido por los trabajadores a través de sus propios órganos asamblearios y del control directo de la estructura cooperativa de producción.

En la cotidianidad, el socialismo es la batalla para reducir el coste en horas de trabajo de la producción de cada cosa, haciendo libre su consumo. Su historia será de la de la conquista de la gratuidad en más y más productos y servicios en paralelo a la reducción de la jornada de trabajo hasta que el conjunto de la producción pierda la condición no solo de mercancía sino de bien «escaso», momento en el que se habrá alcanzado el **comunismo**.

La supresión de la forma capitalista de producción permite restringir la jornada laboral al trabajo necesario. Este último, sin embargo, bajo condiciones en lo demás iguales, ampliaría su territorio. Por un lado, porque las condiciones de vida del obrero serían más holgadas, y mayores sus exigencias vitales. Por otro lado, porque una parte del plustrabajo actual se contaría como trabajo necesario, esto es, el trabajo que se requiere para constituir un fondo social de reserva y de acumulación.

Cuanto más se acrecienta la fuerza productiva del trabajo, tanto más puede reducirse la jornada laboral, y cuanto más se la reduce, tanto más puede aumentar la intensidad del trabajo. Socialmente considerada, la productividad del trabajo aumenta también con su economía. Ésta no sólo implica que se economicen los medios de producción, sino el evitar todo trabajo inútil. Mientras que el modo capitalista de producción impone la economización dentro de cada empresa individual, su anárquico sistema de competencia genera el despilfarro más desenfrenado de los medios de producción sociales y de las fuerzas de trabajo de la sociedad, creando además un sinnúmero de funciones actualmente indispensables, pero en sí y para sí superfluas.

Una vez dadas la intensidad y la fuerza productiva del trabajo, la parte necesaria de la jornada social de trabajo para la producción material será tanto más corta, y tanto más larga la parte de tiempo conquistada para la libre actividad intelectual y social de los individuos, cuanto más uniformemente se distribuya el trabajo entre todos los miembros aptos de la sociedad.

Carlos Marx. El Capital, 1867

Socialismo en un solo país



Doctrina y práctica política nacida como bandera de la contrarrevolución en Rusia que afirmaba que una Revolución Mundial no era necesaria para «construir» el socialismo y que el estado ruso, rebautizado como «patria socialista», era la principal conquista del proletariado universal.

La consecuencia principal del socialismo en un solo país fue la primacía de las relaciones internacionales del capitalismo de estado ruso sobre el desarrollo de la Revolución Mundial; y la Internacional y sus distintos partidos nacionales supeditarse incondicionalmente a la defensa de la «patria socialista».

El socialismo en un solo país en la práctica

En la práctica su adopción afirmó los intereses de la **burocracia** rusa por encima de la Revolución mundial. Al imponerse en los partidos nacionales desde la Komintern, éstos allanaron el camino a derrotas

cada vez más sangrientas al proletariado (Gran Bretaña en 1926, entrega de la revolución china al Koumintang en 1926-27, llegada al poder de Hitler en Alemania...) hasta convertirse en los organizadores directos de la contrarrevolución y la masacre de los trabajadores en 1936-37 en España, abriendo el paso a una nueva guerra imperialista mundial en la que tras dos años de alianza con Alemania, llamarían al encuadramiento con las potencias imperialistas aliadas.

La ruptura con el internacionalismo, o sea con la lucha del proletariado mundial, quedó oficialmente marcada a mediados del decenio 20, con la superchería del «socialismo en un solo país». Acarreó ésta la stalinización de la Internacional Comunista, y la consecuente transformación de sus partidos en organismos de defensa para-militar o militar según los casos, de las fronteras de Rusia. Por natural prolongación, también en organismos de expansión imperialista, puesto que entre la defensa y la expansión se interpone sólo una peripecia militar, cuando no sencillamente diplomática.

La primera utilización directamente militar de un partido tuvo lugar en China. Poco después de la destrucción de los soviets por Chiang Kai-chek y Mao Tse-tung coaligados, Moscú dio orden de acometer contra el primero una guerra de hostigación indeclarada, suministrando el apoyo logístico indispensable y frontera protectora. El método fundamental de su política exterior quedó establecido una vez por todas: ante todo alejar, sí necesario aplastar, la revolución proletaria; después, defensa militar directa o indirecta de los intereses rusos.

El abandono de Alemania a Hitler, el Frente Popular, la destrucción de la revolución española, se inscriben en esa línea política que niega e impide la lucha de la clase explotada en cada país e internacionalmente. Con la guerra, dicha línea desemboca en la instalación de Rusia como segunda potencia imperialista, aunque no sin ayuda material de la primera. Entonces, queda destapada la significación de la política exterior inaugurada en China: rechazo de la revolución comunista a todo costo, como condición de libre juego entre potencias imperialistas.

Todas las operaciones montadas por Rusia (Corea, Vietnam, Cuba, Bengala, etc.) no se distinguen de la intervención militaropoliciaca en Berlin-Este, en Hungría, Checoslovaquia, Polonia, por su naturaleza, sino por mero accidente geográfico, por desarrollarse en zona americana. Hay estricta continuidad y completamiento entre la pretendida «larga marcha» de Mao Tse-tung, el aplastamiento de la revolución en España y la invasión de Checoslovaquia en 1968.

G. Munis. **Partido-Estado Stalinismo Revolución**, 1974

Soviet



Comités, comisiones, consejos obreros o «soviets» son cuerpos de electos directamente por las asambleas de trabajadores, responsables exclusivamente ante ellas y revocables en todo momento. Nacen de la extensión de la huelga de masas y, en el desarrollo de las luchas tienden a convertirse en la forma de organización del conjunto de la clase como «partido» de la sociedad burguesa, es decir, afirman un «doble poder» que les prepara para convertirse en el órgano a través del cual la clase ejercerá su «dictadura». Se convierten entonces en verdadero «estado de transición» que, al globalizarse la revolución, podrá emprender la desmercantilización de la sociedad.

Origen

Con el desarrollo del **imperialismo**, en la última década del **capitalismo ascendente**, la lucha de clases se recrudece y empieza a mostrar nuevas formas en todo el mundo. La principal de ellas, la **huelga de masas**, está muy lejos de la fantasía sindicalista de la «huelga general revolucionaria». La huelga de masas «inesperada» y no planificada, se confunde con la revolución. No hay una macro-organización convocante, no hay una estructura de liberados ni una gigantesca caja de resistencia.

Por lo tanto, si algo nos enseña la Revolución Rusa, es, sobre todo, que la huelga de masas no se «fabrica» artificialmente, que no se «decide» al azar, que no se «propaga»; es un fenómeno histórico que, en un momento dado, surge de las condiciones sociales como una inevitable necesidad histórica.

Por lo tanto, no se puede entender ni discutir el problema basándose en especulaciones abstractas sobre la posibilidad o la imposibilidad, sobre lo útil o lo perjudicial de la huelga de masas. Hay que examinar los factores y condiciones sociales que originan la huelga de masas en la etapa actual de la lucha de clases. En otras palabras, no se trata de la crítica subjetiva de la huelga de masas desde la perspectiva de lo que sería deseable, sino de la investigación objetiva de las causas de la huelga de masas desde la perspectiva de lo históricamente inevitable.

Rosa Luxemburgo. **Huelga de masas partido y sindicatos**, 1906

Pero si la huelga de masas es la forma primaria que toma la constitución en clase en la era imperialista, la constitución de la clase como **partido** de la sociedad, vendrá de la extensión y fusión de las asambleas de trabajadores en el curso de esas luchas. Asambleas que eligen comités que responden ante ellas y que son revocables en cualquier momento. Estos comités, evolución de los comités de

huelga, se convierten en consejos (en ruso «soviets») de delegados que se expandirán para convertirse en estructuras de organización de clase territoriales

El soviet organizaba a las masas obreras, dirigía huelgas y manifestaciones, armaba a los obreros y protegía a la población contra los pogromos. Sin embargo, hubo otras organizaciones revolucionarias que hicieron lo mismo antes, al mismo tiempo y después de él, y nunca tuvieron la misma importancia. El secreto de esta importancia radica en que esta asamblea surgió orgánicamente del proletariado durante una lucha directa, determinada en cierto modo por los acontecimientos, que libró al mundo obrero «por la conquista del poder».

Si los proletarios, por su parte, y la prensa reaccionaria por la suya dieron al soviet el título de «gobierno proletario» fue porque, de hecho, esta organización no era otra cosa que el embrión de un gobierno revolucionario. El soviet detentaba el poder en la medida en que la potencia revolucionaria de los barrios obreros se lo garantizaba; luchaba directamente por la conquista del poder, en la medida en que éste permanecía aún en manos de una monarquía militar y policiaca.

Antes de la aparición del soviet encontramos entre los obreros de la industria numerosas organizaciones revolucionarias, dirigidas sobre todo por la socialdemocracia. Pero eran formaciones «dentro del proletariado», y su fin inmediato era luchar «por adquirir influencia sobre las masas». El soviet, por el contrario, se transformó inmediatamente en «la organización misma del proletariado»; su fin era luchar por «la conquista del poder revolucionario».

Al ser el punto de concentración de todas las fuerzas revolucionarias del país, el soviet no se disolvía en la democracia revolucionaria; era y continuaba siendo la expresión organizada de la voluntad de clase del proletariado. En su lucha por el poder, aplicaba métodos que procedían, naturalmente, del carácter del

proletariado considerado como clase: estos métodos se refieren al papel del proletariado en la producción, a la importancia de sus efectivos y a su homogeneidad social.

Más aún, al combatir por el poder, a la cabeza de todas las fuerzas revolucionarias, el soviets no dejaba ni un instante de guiar la acción espontánea de la clase obrera; no solamente contribuía a la organización de los sindicatos sino que intervenía incluso en los conflictos particulares entre obreros y patronos. Y, precisamente porque el soviets, en tanto que representación democrática del proletariado en la época revolucionaria, se mantenía en la encrucijada de todos sus intereses de clase, sufrió desde el principio la influencia todopoderosa de la socialdemocracia.

Este partido tuvo entonces la posibilidad de utilizar las inmensas ventajas que le daba su iniciación al marxismo; este partido, por ser capaz de orientar pensamiento político en el «caos» existente, no tuvo que esforzarse en absoluto para transformar al soviets, que no pertenecía formalmente a ningún partido, en aparato organizador de su influencia.

León Trotski, **Conclusiones de 1905**, 1909

Comités y sindicatos en la gran oleada revolucionaria 1917-37 y después

Estos comités y consejos obreros o «soviets» serán también los protagonistas de la oleada revolucionaria abierta con la primera gran guerra imperialista mundial enfrentándose y superando a los **sindicatos** que en ese momento defienden ya abiertamente al estado en el que se están integrando. En el marco de la **huelga de masas** evolucionan de comités de huelga a «soviets», de sistema de organización de masas a órgano de poder de clase en el curso mismo de la revolución.

Las revoluciones rusas de 1905 y 1917 hicieron surgir un nuevo organismo de combate que parte de la realidad social misma: el comité o consejo de fábrica, democráticamente elegido en los lugares de trabajo cuyos componentes son revocables en todo momento. Se les vio aparecer en San Petersburgo y en Moscú, al final de la revolución de 1905, de la cual señalan el punto culminante. Sin embargo, demasiado débiles e inexpertos aún, se mostraron incapaces de cumplir el cometido que se hablan asignado, el derrocamiento del zarismo.

Se les ve reaparecer desde el principio de la revolución de 1917, entonces más seguros de sí mismos, y pronto se extenderían por todo el país. Impulsados por Lenin y Trotzky realizan la revolución de Octubre. Mientras tanto, los sindicatos van a rastras, frenan el movimiento con todas sus fuerzas. No se les debe ninguna iniciativa revolucionaria, al contrario. John Reed, en sus «Diez días que estremecieron al mundo», pone en evidencia su hostilidad a los soviets en diversas ocasiones, hasta el punto que los ferroviarios tuvieron que violar la disciplina sindical para transportar de Petrogrado a Moscú los refuerzos necesarios para reducir en esta segunda ciudad la contrarrevolución de los junkers.

Los obreros, soldados y marinos alemanes sublevados en 1918 no piensan un sólo instante en dirigirse a los sindicatos para conducir su lucha contra el régimen imperial; crean en medio del combate sus comités de lucha, que se apoderan de las fábricas y de los navíos y expulsan a las autoridades capitalistas. Los sindicatos no intervienen sino más tarde, para frenar la lucha, contener la revolución en límites burgueses, es decir, para traicionarla. Ese espectáculo esclarece definitivamente el pensar de los revolucionarios alemanes e indica a Herman Gorter y a la

izquierda germano-holandesa el camino a seguir, haciendo en aquella epoca de él uno de los primeros teóricos del comunismo de izquierda y de una verdadera táctica de clase contra clase.

En la revolución española de 1936, desde los primeros días de la insurrección surgen por todas partes comités, como hongos tras la tormenta. Pero al revés que en Rusia, donde los soviets relegaron los sindicatos a segundo plano, éstos últimos ahogan a los comités (juntas). Resultado, el stalinismo triunfa sin que los sindicatos se opongan verdaderamente. Incluso se unen para colaborar a su triunfo, mediante un comité de enlace C.N.T.-U.G.T. y la revolución es traicionada por el stalinismo que abre la puerta a Franco.

G.Munis, «Los comités de fábrica, motor de la revolución social» en «Los sindicatos contra la revolución», 1960

Cuando la huelga de mineros en Asturias en 1962 da la primera señal de una nueva agudización de la lucha de clases tras la reconstrucción que sigue a la segunda guerra imperialista mundial, el fenómeno se reafirma. Los comités de huelga de los pozos pasan a organizarse espontáneamente en «comisiones obreras» al convertirse las huelgas puntuales en huelga de masas. La represión franquista dará la oportunidad al PCE stalinista de capturarlas y «sindicalizarlas». Una estrategia de «doble cuchilla» que veremos una y otra vez a partir de las huelgas de masas de 1968-69 y que en Polonia tendrán con la entronización de «Solidarność» su momento álgido.

Stalinismo



Forma ideológica que tomó la consolidación de la contrarrevolución en Rusia desde la que se extendió a través del sometimiento e instrumentalización de la IIIª Internacional desde su Vº congreso y de la expansión imperialista rusa a partir de los años cuarenta. Su característica principal es la identificación como «socialismo» de un capitalismo de estado basado en la fusión partido-estado y la afirmación de una organización estatalizada, centralizada y militarizada de la producción. A pesar de que el stalinismo tome formas particulares en distintos países y generar distintas corrientes al servicio y en función de los orígenes de diferentes burguesías de estado (maoísmo, hoxismo, castrismo, etc.) comparten todas ellas la exaltación del trabajo asalariado y un nacionalismo abierto, completado según los casos por tendencias antisemitas, xenófobas o abiertamente racistas, una cultura oscurantista y una moral sexual retrógrada.

Stalinismo y contrarrevolución

El triunfo de la Revolución en Octubre fue seguido de una guerra civil y de la invasión del antiguo imperio ruso por las principales potencias capitalistas de la época. En el asediado estado ruso, con su proletariado en desbandada por la hambruna y la guerra, resistir en espera de la Revolución Mundial significaba ante todo recomponer las relaciones con la pequeña burguesía campesina para poder alimentar a las ciudades. Se aprueba la «Nueva Política Económica» (NEP), un intento desesperado de resistencia que consiste fundamentalmente en poner un alto al ataque a las relaciones capitalistas y para organizar un **capitalismo de estado** que reconstruya el almacén productivo.

Reconstruir la producción creando prácticamente de la nada un «capitalismo de estado bajo dirección del proletariado» (Lenin) es en sí algo desesperado. Pero lo era aun más teniendo en cuenta que la estructura soviética se había vaciado con las fábricas. Solo el partido bolchevique quedaba como último garante del programa revolucionario. Serán sus cuadros más jóvenes, formados durante la guerra, los que tomen en sus manos la reconstrucción del capital nacional. Con los soviets languidecientes -en el mejor de los casos- los dirigentes llegados del partido empiezan a convertirse en verdaderos «dictadores de fábrica» y colectivamente formar una **burocracia** que irá tomando cuerpo en el partido y alineándose cada vez más en torno a la fracción stalinista.

El programa de la fracción burocrática convergerá hacia la primacía del capital reconstituido en todos los ámbitos: desde los salarios diferenciales a la política exterior. Es ahí de donde surge la bandera del «**socialismo en un solo país**». Lo que en principio son actitudes aparentemente pragmáticas, se convertirán pronto en un choque de intereses de clase. Para la **burocracia**, si el movimiento revolucionario no era lo suficientemente fuerte como para derrocar el capitalismo en los países centrales, debía asegurar, al menos, la no intervención contra Rusia apoyando gobiernos no beligerantes.

El problema es que eso se tradujo primero en precipitación, ahogando los restos del movimiento revolucionario alemán y después en un choque frontal entre los intereses de la revolución mundial -que necesitaba romper con los movimientos de «**liberación nacional**» para desarrollarse- y los del estado ruso que primaba a nacionalistas y «progresistas» en función de sus propios intereses. La traición del partido ruso y la Internacional a la huelga de masas en Gran Bretaña primero y sobre todo a la revolución china inmediatamente después, evidenció con pilas de cadáveres, que la fórmula «**socialismo en un**

solo país» no significaba otra cosa que la supeditación de los movimientos revolucionarios del mundo a la supuesta «construcción del socialismo en Rusia»

A partir de ahí, cada consolidación de la **burocracia** de estado nacida del partido bolchevique se convertirá en un nuevo revés para la revolución y cada revés de la revolución en un nuevo país reforzará a la burocracia en Rusia. Todo en un «crescendo» que acabará con la política de «frentes populares» -alianza con los sectores «democráticos» de la burguesía- y el liderazgo abierto de los PCs estalinizados en la represión de la otra gran revolución europea: España.

A todo esto, ¿qué clase de relaciones de propiedad estableció la revolución de Octubre? Ciertamente, no socialistas. Esa revolución fue hecha por verdaderos comunistas, pero no tenían por mira más que la revolución permanente (Lenin en las Tesis de Abril) en espera de que el proletariado de los países desarrollados viniese en su auxilio. Incluso la táctica de los bolcheviques antes de la toma del poder se inspiró por completo esa perspectiva, lo cual basta para rechazarla en la hora actual.

Tras la magnífica tentativa llamada comunismo de guerra, que lejos de responder sólo a las urgencias de la guerra civil apuntaba directamente a la desaparición del salariado, se giró hacia el capitalismo de Estado tal como Lenin lo concibió, relaciones capitalistas de producción y distribución, pero poder político real del proletariado, basado en los soviets. La conservación efectiva de ese poder era, a ojos de Lenin, la única garantía de un futuro desenvolvimiento socialista, la consentiría esperar la victoria de otras revoluciones en países industrializados y pasar juntos a la sociedad de transición y al comunismo.

Puede afirmarse hoy que lo único que existió de verdaderamente socialista en la ex-Unión Soviética, fue pese a sus defectos, el poder político. Una vez el poder de los soviets desaparecido y corrompido el partido bolchevique ya no quedaba sino capitalismo de Estado a secas, que fue consolidándose y reconociéndose cómo tal desde la NEP a los planes quinquenales. Las relaciones de propiedad, de producción y de distribución fueron retrollevadas a las normas capitalistas más rigurosas.

Así se efectuó una contrarrevolución cual nunca conociera la historia y cuya principal tribulación es evitar cualquier revolución proletaria en el mundo. ¿Se necesitan más pruebas de ello después del abandono del poder a Hitler en 1933, del aplastamiento de la

revolución española, no por Franco, sino por el gobierno ruso y sus stalinistas españoles, después de la política imperialista de resistencia nacional y de toda la obra reaccionaria de Moscú y sus partidos desde la postguerra?

«Crítica del Esbozo de Manifiesto pro Nuevo Partido Obrero de la Worker's League de Inglaterra», 1961

Subsunción formal y real del trabajo en el capital



Fases a través de las cuales el capital pasa primero a dirigir y luego a transformar el proceso de trabajo al absorber una estructura productiva pre-capitalista, pasando de centrar su crecimiento en el aumento de la plusvalía absoluta a hacerlo en el crecimiento de la plusvalía relativa, revolucionando para ello los procesos de trabajo y los medios de producción.

Subsunción formal del trabajo en el capital

Cuando el capital absorbe una producción pre-existente, característica de un **modo de producción** anterior y bajo relaciones características, en un primer momento simplemente supedita, lo subsume, colocándose en el medio entre lo que es un proceso productivo

básicamente intacto y el mercado en el que el capital realiza la plusvalía para poder acumularse. Esta supeditación, esta subsunción, es todavía, «formal».

El proceso de trabajo se convierte en el instrumento del proceso de valorización, del proceso de la autovalorización del capital: de la creación de plusvalía. El proceso de trabajo se subsume en el capital (es su propio proceso) y el capitalista se ubica en él como dirigente, conductor; para éste es al mismo tiempo, de manera directa, un proceso de explotación de trabajo ajeno. Es esto a lo que denomino subsunción formal del trabajo en el capital. Es la forma general de todo proceso capitalista de producción, pero es a la vez una forma particular respecto al modo de producción específicamente capitalista, desarrollado, ya que la última incluye la primera, pero la primera no incluye necesariamente la segunda.

El proceso de producción se ha convertido en el proceso del capital mismo, un proceso que se desenvuelve con los factores del proceso laboral en los cuales se ha transformado el dinero del capitalista y que se efectúa, bajo la dirección de este, con el fin de obtener del dinero más dinero.

Cuando el campesino antaño independiente y que producía para sí mismo se vuelve un jornalero que trabaja para un agricultor; cuando la estructuración jerárquica característica del modo de producción corporativo se eclipsa ante la simple antítesis de un capitalista que hace trabajar para sí a los artesanos convertidos en asalariados; cuando el esclavista de otrora emplea como asalariados a sus ex-esclavos, etc., tenemos que procesos de producción determinados socialmente de otro modo se han transformado en el proceso de producción del capital. [...]

El campesino ayer independiente cae, como factor del proceso productivo, bajo la sujeción del capitalista que lo dirige, y su ocupación misma depende de un contrato que como poseedor de mercancía (poseedor de fuerza de trabajo) ha estipulado previamente con el capitalista como poseedor de dinero. El

esclavo deja de ser un instrumento de producción perteneciente a su empleador. La relación entre maestro y oficial desaparece. El maestro, que antes se distinguía del oficial por su conocimiento del oficio, se le enfrenta ahora tan sólo como poseedor de capital, así como el otro se le contrapone puramente como vendedor de trabajo.

Con anterioridad al proceso de producción todos ellos se enfrentaban como poseedores de mercancías y mantenían entre sí únicamente una relación monetaria; dentro del proceso de producción se hacen frente como agentes personificados de los factores que intervienen en ese proceso: el capitalista como «capital», el productor directo como «trabajo», y su relación está determinada por el trabajo como simple factor del capital que se autovaloriza.

El capitalista vela además para que el trabajo alcance el grado normal de calidad e intensidad, y prolonga lo más posible el proceso laboral a efectos de que se acreciente la plusvalía producida por el mismo. La continuidad del trabajo aumenta cuando en lugar de los viejos productores, dependientes de clientes particulares, los nuevos productores, que ya no tienen mercancías para vender, adquieren en el capitalista un pagador permanente.

Hace su aparición asimismo la mistificación inherente a la relación capitalista. La facultad que el trabajo tiene de conservar el valor se presenta como facultad de autoconservación del capital; la facultad del trabajo de generar valor, como facultad de autovalorización del capital, y en conjunto, y por definición, el trabajo objetivado aparece como si utilizara al trabajo vivo.

Pese a todo ello, con ese cambio (change) **no se ha efectuado a priori una mudanza esencial en la forma y manera real del proceso de trabajo, del proceso real de producción.** Por el contrario, está en la naturaleza del caso que la subsunción del proceso laboral en el capital se opere sobre la base de un proceso laboral preexistente, anterior a esta subsunción suya en el capital y configurado sobre la base de diversos procesos de producción anteriores y de otras condiciones de producción; el capital subsume determinado proceso laboral existente, como por ejemplo el trabajo artesanal o el tipo de agricultura correspondiente a la pequeña economía campesina autónoma. [...]

Que el trabajo se haga más intenso o que se prolongue la duración del proceso laboral; que el trabajo se vuelva más continuo y, bajo la mirada interesada del capitalista, más ordenado, etc., no altera en sí y para sí el carácter del proceso real de trabajo, del modo real de trabajo.

Surge en esto, pues, un gran contraste con el modo de producción específicamente capitalista (trabajo en gran escala, etc.), que, como hemos indicado, se desarrolla en el curso de la producción capitalista y revoluciona no sólo las relaciones entre los diversos agentes de la producción, sino simultáneamente la índole de ese trabajo y la modalidad real del proceso laboral en su conjunto.

Es por oposición a esta última (a una modalidad laboral desarrollada ya antes de que surgiera la relación capitalista), que a la subsunción del proceso laboral en el capital, hasta aquí considerada, la denominamos **subsunción formal del trabajo en el capital.** La relación capitalista como relación coercitiva que apunta a arrancar más plustrabajo mediante la prolongación del tiempo de trabajo -una relación coercitiva que no se funda en relaciones personales de dominación y de dependencia, sino que

brotan simplemente de diversas funciones económicas- es común a ambas modalidades, pero el modo de producción específicamente capitalista conoce empero otras maneras de expropiar la plusvalía. Por el contrario, sobre la base de un modo de trabajo preexistente; o sea de un desarrollo dado de la fuerza productiva del trabajo y de la modalidad laboral correspondiente a esa fuerza productiva, sólo se puede producir plusvalía recurriendo a la prolongación del tiempo de trabajo, es decir bajo la forma de la plusvalía absoluta. **A esta modalidad, como forma única de producir la plusvalía, corresponde pues la subsunción formal del trabajo en el capital.**

«Capítulo VI (inédito) del **libro I de El Capital**», Carlos Marx, 1863-1864

Es decir, con la subsunción formal del proceso de trabajo por el capital, el campesino, el artesano, se **proletarizan**, pero la forma en la que trabajan y se enfrentan al capital no es todavía la del **proletariado**. El capital aun no ha transformado la organización del trabajo y los incrementos de su rentabilidad se producen exclusivamente aumentando la **plusvalía absoluta**. Es decir, el capitalismo para los primeros jornaleros y obreros-artesanos sometidos al capital, se presenta como un agravamiento de su situación, no como una situación nueva. Esto explica el nacimiento, que ha dejado profundas cicatrices, de movimientos como el lassalleísmo o el sindicalismo de oficio en la Alemania de la primera industrialización o en EEUU.

Representaba el lassallianismo a los últimos estratos artesanos en decantación entre la pequeña burguesía y el proletariado, entre la conversión del privilegio feudal del trabajador cualificado en pequeño burgués «independiente» y su proletarización como obrero en descualificación dentro de una cadena cuyo objetivo es reproducir el dinero en capital a través de la plusvalía.

Expresaba así aspiraciones ambiguas, cuando no abiertamente reaccionarias, como que el estado burgués tomara «medidas socialistas» creando cooperativas o entregándole la educación infantil, ideas que los marxistas en el partido alemán, tendrán que enfrentar desde el momento de la fusión y aun durante largo tiempo, como puede verse en la «Crítica del programa de Gotha» por Marx y la del programa de Erfurt por Engels.

Trasplantado a las condiciones del Sur de EEUU, ese apego a la distinción feudal e identitaria del artesano, esa aspiración desvaída a pequeña burguesía democrática, se convirtieron en racismo y defensa a toda costa de la pequeña propiedad mano a mano con el estado. La dirección lassalliana llegó a afirmar que colaboraría con las autoridades estatales para evitar daños a la propiedad. En lugar de ayudar en la fuerza y la organización disciplinada de los trabajadores, los lassallianos acabaron dividiendo y paralizando a los trabajadores para sostener el brazo de la legalidad y el estado.

«El nacimiento del socialismo en EEUU»*

Subsunción real

Será sin embargo la búsqueda de un incremento de la explotación en términos relativos, de la **plusvalía relativa**, lo que da forma a una organización de la producción específicamente capitalista. Esta

transformación radical del lugar y organización de los trabajadores en el proceso productivo será característica del **capitalismo ascendente** y serán las que den forma al **proletariado como clase universal**.

Hemos expuesto pormenorizadamente cómo con la producción de la plusvalía relativa (para el capitalista individual, en la medida en que toma la iniciativa acicateado por la circunstancia de que el valor = al tiempo de trabajo socialmente necesario que se ha objetivado en el producto; estimulado por el hecho de que consiguientemente el valor individual de su producto está por debajo de su valor social y de que, por ende, se le puede vender por encima de su valor individual) se modifica toda la forma real del modo de producción y surge (incluso desde el punto de vista tecnológico) un modo de producción específicamente capitalista, sobre cuya base y al mismo tiempo que él se desarrollan las relaciones de producción -correspondientes al proceso productivo capitalista- entre los diversos agentes de la producción y en particular entre el capitalista y los asalariados.

Las fuerzas productivas sociales del trabajo, o las fuerzas productivas del trabajo directamente social, socializado (colectivizado) merced a la cooperación, a la división del trabajo dentro del taller, a la aplicación de la maquinaria y en general a la transformación del proceso productivo en aplicación consciente de las ciencias naturales, mecánica, química, etc., y de la tecnología, etc., con determinados objetivos, así como los trabajos en gran escala correspondientes a todo esto (sólo ese trabajo socializado está en condiciones de emplear en el proceso directo de producción los productos generales del desarrollo humano, como la matemática, etc., así como, por otra parte, el desarrollo de esas ciencias presupone determinado nivel del proceso material de producción); este desarrollo de la fuerza productiva del trabajo objetivado, por oposición a la actividad laboral más o menos aislada de los individuos dispersos, etc., y con él la aplicación de la ciencia -ese producto general del desarrollo social- al proceso inmediato de producción: todo ello se presenta como fuerza

productiva del capital, no como fuerza productiva del trabajo, o sólo como fuerza productiva del trabajo en cuanto éste es idéntico al capital, y en todo caso no como fuerza productiva ni del obrero individual ni de los obreros combinados en el proceso de producción. La mistificación implícita en la relación capitalista en general, se desarrolla ahora mucho más de lo que se había y se hubiera podido desarrollar en el caso de la subsunción puramente formal del trabajo en el capital. Por lo demás, es aquí donde el significado histórico de la producción capitalista surge por primera vez de manera palmaria (de manera específica), precisamente mereced a la transformación del proceso inmediato de producción y al desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo.

Hemos demostrado que no sólo «conceptual» sino «efectivamente», lo «social», etc., de su trabajo se enfrenta al obrero no sólo como algo ajeno, sino hostil y antagónico, y como algo objetivado y personificado en el capital.

Del mismo modo que se puede considerar la producción de la plusvalía absoluta como expresión material de la subsunción formal del trabajo en el capital, la producción de la plusvalía relativa puede estimarse como la de la subsunción real del trabajo en el capital.

Sea como fuere, las dos formas de la plusvalía, la absoluta y la relativa- si se les quiere considerar a cada una para sí, como existencias separadas (y la plusvalía absoluta precede siempre a la relativa)- corresponden a dos formas separadas de la subsunción del trabajo en el capital, o dos formas de la producción capitalista separadas, de las cuales la primera es siempre precursora de la

segunda, aunque la más desarrollada, la segunda, puede constituir a su vez la base para la introducción de la primera en nuevas ramas de la producción.

«Capítulo VI (inédito) del **libro I de El Capital**», Carlos Marx, 1863-1864

Es interesante señalar como la preponderancia de la **plusvalía absoluta**, que vuelve temporalmente durante las breves crisis del capitalismo ascendente, recobra protagonismo a lo largo de la **decendencia** hasta manifestarse como una tendencia permanente y generalizada a la **precarización** y la **pauperización**.

Tareas nacionales y democráticas de la revolución burguesa



Hitos básicos de las revoluciones burguesas que permiten el desarrollo del capital nacional y la consolidación de su dominio mediante un estado nacional propio.

Dentro de las tareas nacionales de las revoluciones burguesas, la más importante de ellas sería la consecución de la unidad del mercado nacional que permite a la burguesía afrontar la producción en masa. Este implica la abolición de las trabas jurídicas a la mercantilización de las relaciones sociales (conversión de la tierra y la fuerza de trabajo en mercancía), de las trabas al comercio (aduanas internas, barreras lingüísticas, etc.) y la sustitución de estructuras estatales feudales basadas en derechos y privilegios señoriales por un aparato estatal centrado en la defensa de los intereses del capital nacional tanto en el interior como el exterior de sus fronteras.

Dimensión «democrática» de las tareas nacionales

En la consecución de sus tareas revolucionarias, nacionales, la burguesía necesita constituir la **nación**, liderar al conjunto social contra las clases y el estado estamentales dominantes hasta entonces. Donde además de un campesinado autónomo, existían una pequeña burguesía y un incipiente proletariado, incluyó concesiones para estas clases en su programa ofreciéndoles posibilidades legales de representación en el estado y de auto-organización para sus intereses.

Estos elementos programáticos que forman parte de lo que la burguesía necesita para poder constituir una nación es lo que se conoce como «tareas democráticas de la revolución burguesa». Que serán tomadas luego por la **pequeña burguesía** en sus intentos, siempre infructuosos, para reinventar la nación desde el **pueblo**, esto es, su intento de dirigir al conjunto de clases no explotadoras en su propia resistencia a las consecuencias de la concentración capitalista.

¿Tuvo el proletariado «tareas nacionales» o «democráticas»?

El **proletariado**, durante el **capitalismo ascendente**, apoyó el ascenso a clase dirigente de la burguesía como fase de su propia extensión y desarrollo como clase mundial. Pero ya desde 1847, en vísperas de la revolución del 48, los comunistas alertaron a los trabajadores del peligro de creer que las tareas de la burguesía fueran las propias o hacerse ilusiones sobre el contenido de las concesiones arrancadas a la que estaba llamada a convertirse en nueva clase dominante.

En Alemania está todavía por delante la lucha decisiva entre la burguesía y la monarquía absoluta. Pero, como los comunistas no pueden contar con una lucha decisiva con la burguesía antes de que ésta llegue al poder, les conviene a los comunistas ayudarle a que conquiste lo más pronto posible la dominación, a fin de derrocarla, a su vez, lo más pronto posible.

Por tanto, en la lucha de la burguesía liberal contra los gobiernos [absolutistas], los comunistas deben estar siempre del lado de la primera, precaviéndose, no obstante, contra el autoengaño en que incurre la burguesía y sin fiarse en las aseveraciones seductoras de ésta acerca de las benéficas consecuencias que, según ella, traerá al proletariado la victoria de la burguesía.

Las únicas ventajas que la victoria de la burguesía brindará a los comunistas serán: 1) diversas concesiones que aliviarán a los comunistas la defensa, la discusión y la propagación de sus principios y, por tanto, aliviarán la cohesión del proletariado en una clase organizada, estrechamente unida y dispuesta a la lucha, y 2) la seguridad de que el día en que caigan los gobiernos absolutistas, llegará la hora de la lucha entre los burgueses y los proletarios. A partir de ese día, la política del partido de los comunistas será aquí la misma que en los países donde domina ya la burguesía.

Federico Engels. **Principios del Comunismo**, 1847

¿Tiene hoy el proletariado «tareas nacionales» o «democráticas»?

No. Tras la entrada del capitalismo a su fase imperialista el proletariado dejó de apoyar cualquier facción burguesa aunque tenga como bandera la consecución de las tareas nacionales o democráticas.

El **imperialismo** se produce por la ausencia crónica de mercados extracapitalistas suficientes para realizar el conjunto de la plusvalía producida. Los mercados extracapitalistas son los formados por artesanos, campesinos autónomos y en general por los productores de valor mercantil que no participan de la reproducción ampliada de capital. El imperialismo supone por tanto el paso a una etapa en la cual es imposible un desarrollo independiente del capital nacional que, desde el momento mismo en que llegue al poder está abocado a comportarse como un capital imperialista: sobre-acumulación, sobre-concentración en torno al capital financiero y el estado, desarrollo especulativo, militarismo, expansionismo, etc.

Esto se vio ya en el proceso de **liberación nacional** turca antes de la primera guerra mundial y a partir de ese momento no existe un solo caso histórico de lo contrario. Al revés, el balance de la liberación nacional a partir de las guerras mundiales es la aparición de capitalismo de estado monstruosos, insertos en la batalla imperialista desde el primer momento, cuando las «guerras de liberación nacional» se convierten inmediatamente en guerras inter-imperialistas. Estas guerras culminaron no con una independencia nacional real en los términos en que se había entendido hasta ese momento, sino con la formación de estados encuadrados en bloques ordenados por las grandes potencias del momento.

Es decir, el paso a la etapa imperialista, tras una transición de veinte años que culmina con la primera guerra mundial, convierte al estado nacional en una forma social universalmente reaccionaria. Es la consecuencia del paso del capitalismo y de la burguesía como un todo, a su **decadencia** histórica. Este salto histórico elimina la posibilidad de cualquier «tarea democrática» o cualquiera de las «tareas nacionales» del proletariado en las luchas por el poder estatal de alguna facción burguesa por «anti-imperialista» o «democrática» que se pretenda.

Tasa de ganancia



Relación entre la plusvalía producida y el capital total adelantado por el capitalista.

Tasa de ganancia = plusvalía / (capital constante adelantado + capital variable adelantado)

Tendencia a la baja de la tasa de ganancia

En el desarrollo de la competencia, el capital se ve empujado bien a reducir salarios por hora, aumentando la **plusvalía absoluta**, bien a invertir en nuevas máquinas, para aumentar la **plusvalía relativa** y por tanto la **tasa de plusvalía**. De ser este el caso dominante, como en el **capitalismo ascendente**, la evolución tenderá a un desarrollo tecnológico permanente. Entonces, la tasa de ganancia tiende a reducirse, aumentando la **composición orgánica del capital**, es decir la inversión en capital constante en relación a los salarios.

Siguiendo la fórmula, aunque la ganancia bruta aumente, el valor creado en cada ciclo tenderá a crecer menos que el crecimiento de la inversión. Para mantener sus ganancias absolutas -o aumentarlas- el capital aumentará la producción total -la masa de producto- y las unidades de producto serán cada vez más baratas. El resultado es una tendencia al trabajo cada vez más productivo -con mayor **tasa de plusvalía** es decir, más explotado en términos relativos- con unos capitales cada vez más concentrados y con tasas de ganancia menores.

Dicho de otro modo: para mejorar su ganancia el capital necesita invertir en tecnologías que aumenten su productividad. Al hacerlo aumentará la **composición orgánica de su capital** (aumentará el peso de lo que adelanta en máquinas sobre lo que adelanta en salarios). El resultado inevitable es que su tasa de ganancia (el plusvalor por unidad de inversión) será más baja. ¿Cómo compensará eso? **Aumentando la masa de producto**, produciendo más cantidad de producto para que la ganancia absoluta, el plusvalor total obtenido, sea mayor. Si hay mercado suficiente para la nueva masa de productos más baratos, irá acompañado incluso de un aumento del número de trabajadores y por tanto de la escala total de la empresa.

El desenvolvimiento de la producción y acumulación capitalistas condiciona procesos laborales en una escala cada vez mayor, y por ende de dimensiones constantemente crecientes y los adelantos de capital correspondientemente en aumento para cada establecimiento en particular. Por ello, una creciente concentración de los capitales (acompañada al mismo tiempo, aunque en menor medida, de un creciente número de capitalistas) es tanto una de sus condiciones materiales como uno de los resultados producidos por ella misma. Al mismo tiempo y en interacción con esto, avanza una progresiva expropiación de los productores más o menos directos.

Se entiende así que los diversos capitalistas individuales comanden ejércitos obreros de creciente magnitud (aunque también para ellos disminuya el capital variable en relación con el capital constante), que aumente la masa del plusvalor, y por consiguiente de la ganancia, de la cual se apropian, simultáneamente con la baja de la tasa de ganancia y a pesar de ella. Pues las mismas causas que concentran las masas de ejércitos obreros bajo el mando de diversos capitalistas individuales, son precisamente las que hacen que la masa del capital fijo empleado, así como la de las materias primas y auxiliares, aumente en proporción creciente con respecto a la masa del trabajo vivo empleado.

Carlos Marx. **El Capital. Libro III**, capítulo XIII, 1894

Tasa de plusvalía



Relación entre la plusvalía obtenida y el capital variable utilizado en el proceso productivo.

La Tasa de plusvalía es la medida de la **plusvalía relativa** obtenida por el capital.

Tasa de plusvalía = plusvalía / capital variable

Trabajo



Actividad consciente y deliberada de transformación del medio por la especie.

El trabajo y la especie humana

Desde los filósofos de la Antigüedad se había discutido la naturaleza social de nuestra especie en términos esencialistas y metafísicos. Pero en 1859 la ciencia da un salto de gigante con la publicación de «El origen de las especies». La teoría de la evolución da por primera vez una base material al famoso «qué somos y de dónde venimos» manoseado por todos los idealismos y religiones hasta hoy.

Para el joven movimiento obrero revolucionario aquel avance fue una conquista científica especialmente valiosa que reforzaba e impulsaba su propia visión de la especie y su futuro. Nada que ver, desde luego con el burdo y anticientífico «darwinismo social» desarrollado luego

por la burguesía británica que torcía la metáfora darwinista para justificar la concentración de capitales y la pauperización de las grandes masas de trabajadores.

La lectura que hace entonces Engels es **materialista y dialéctica**. Materialista porque la forma de adaptación de los antecesores de nuestra especie, la transformación del medio mediante el uso de herramientas -es decir, el trabajo- no tienen otro origen ni motor que las puras necesidades materiales de la supervivencia; y sus consecuencias serán materiales también -el particular y característico desarrollo del cerebro humano. Dialéctica porque ese desarrollo se producirá en una relación compleja con el medio manifestándose como la interacción y alimentación mutua entre el lenguaje, el pensamiento, la capacidad de percepción y la misma capacidad de transformación de la Naturaleza, el trabajo.

[El trabajo] es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio Hombre. (...) Primero el trabajo, luego y con él la palabra articulada, fueron los dos estímulos principales bajo cuya influencia el cerebro del mono se fue transformando gradualmente en cerebro humano (...) Y a medida que se desarrollaba el cerebro, desarrollábanse también sus instrumentos más inmediatos: los órganos de los sentidos. (...)

El desarrollo del cerebro y de los sentidos a su servicio, la creciente claridad de conciencia, la capacidad de abstracción y de discurso, cada vez mayores, reaccionaron a su vez sobre el trabajo y la palabra, estimulando más y más su desarrollo y cuando el Hombre se separa definitivamente del mono, este desarrollo no cesa ni mucho menos (...) avanzando en su conjunto a grandes pasos, considerablemente impulsado y, a la vez, orientado en un sentido más preciso por un nuevo elemento que surge con la aparición del Hombre acabado: la sociedad.

Federico Engels. «El papel del trabajo en la transformación del mono al Hombre», 1876

Esa relación, ese «metabolismo» social entre especie y naturaleza, mediado por el trabajo ya había sido señalado en «El Capital»

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma.

Carlos Marx. **El Capital**, 1867

Las formas y significados históricos y sociales del trabajo

Nuestra especie, «en la producción social de su existencia» establece relaciones sociales, «independientes de su voluntad», relaciones de producción que corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales». Estas relaciones que «constituyen la estructura económica de la sociedad», significan y enmarcan el trabajo dentro de la estructura de clases de cada modo de producción.

Por eso el significado social del trabajo ha variado históricamente de un modo de producción a otro. El trabajo esclavo en el esclavismo, el trabajo servil en el feudalismo y el trabajo asalariado en el capitalismo representan una evolución de las formas de explotación y exacción de la riqueza creada por la clase trabajadora, paralela al **progreso** de las **fuerzas productivas**.

En la siguiente revolución ya posible para la humanidad, el **socialismo**, fase de transición hacia el **comunismo**, el trabajo se liberará progresivamente no solo de la exacción y del carácter

obligado que ha tenido en todas las sociedades de clase, sino de la misma división entre trabajo manual e intelectual. Con ello tiende a desaparecer la frontera entre tiempo libre y tiempo productivo y la **alienación** característica de todos los sistemas de explotación.

Habrá desaparecido la avasalladora sujeción de los individuos a la división del trabajo, y con ella también la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, el trabajo no será ya sólo medio de vida, sino que incluso se habrá convertido en la primera necesidad vital, (y) con el desarrollo multifacético de los individuos habrán crecido también sus capacidades productivas y todos los manantiales de la riqueza colectiva fluirán con plenitud.

Carlos Marx.**Crítica del programa de Gotha**, 1875

Trabajo asalariado



Forma que toma la gran mayoría del trabajo social bajo el capitalismo.

El trabajo asalariado, originalmente puntual en el mundo precapitalista, se generaliza con la **acumulación** del capital y el vaciamiento del campo e industrialización que la acompañan.

Bajo esas nuevas condiciones, el **plustrabajo** arrancado a la masa de explotados tiene lugar a través de la producción y venta de mercancía, y los explotados obtienen, a cambio, la parte del capital invertida en asegurar el mantenimiento de su **fuerza de trabajo**, el **salario**.

Tragedia de los comunes



Argumento neo-malthusiano para arguir el supuesto carácter insostenible de la propiedad comunal y de modo general de la organización no mercantil de la producción.

La «tragedia de los comunes», más correctamente, «tragedia del comunal» o «de los bienes comunales», es un argumento desarrollado por Garrett Hardin, uno de los neo-malthusianos más influyentes de la segunda mitad del siglo XX. No se trataba de un economista, sino de un ecólogo, y es a partir de esta disciplina y su profundo amor por Malthus que publicó el famoso artículo «La tragedia de los comunes» en la revista Science:

La tragedia de los bienes comunales [«commons»] se desarrolla de la siguiente manera. Imagine un prado abierto a todos. Se prevé que cada pastor intentará mantener el máximo de vacas posible en el prado común. Un plan así pudo funcionar razonablemente bien porque las guerras tribales, caza furtiva y la enfermedad mantenían la población de animales y personas bien por debajo de la capacidad de carga de la tierra. [...] Al final llega el día cuando la paz social se vuelve realidad. [...] Llegados a este punto, la lógica inherente de los bienes comunales [«commons» en inglés] causa una tragedia.

Como ser racional, cada pastor busca maximizar su ganancia. [...] El pastor racional concluye que la única estrategia racional que puede seguir es añadir otro animal al rebaño. Y otro; y otro... Pero esta es la conclusión alcanzada por cada pastor racional compartiendo un prado comunal. Aquí yace la tragedia. Cada hombre está atrapado en un sistema que le empuja a aumentar su rebaño sin límite... en un mundo limitado.

«The Tragedy of the Commons», Garrett Hardin, 1968

Se trata de uno de los argumentos más usados por el **ecologismo** hoy en día. Siguiendo la pura «racionalidad económica», los seres humanos serían incapaces de explotar en común los recursos del planeta sin actuar como una especie depredadora que acaba con todo como una plaga de langostas. La tragedia de los bienes comunales aparece en incontables libros de ecología y ha influido muchas discusiones económicas y políticas, pero como era de esperar, un mero repaso al registro histórico y social de la humanidad basta para rechazar tales afirmaciones.

Esa fue la crítica que en 2009 le valió un Nobel a Elinor Ostrom. Sin embargo, aunque la falsedad histórica del supuesto dilema era claramente demostrable, las soluciones propuestas no superaban el horizonte capitalista ni de lejos. Para conseguir cuadrar el círculo de una gestión de los bienes comunales tradicional sin superar la misma economía capitalista que los había destruido, Ostrom y su escuela sólo podían sugerir pesados **aparatos burocráticos**. Todo ello con una salsa de intercambios comerciales con cláusulas por contaminación, así como mecanismos impositivos y financieros varios contra el cambio climático.

La realidad de los bienes comunales

En las sociedades agrarias de todo el mundo han existido durante siglos e incluso milenios mecanismos locales para impedir la sobreexplotación y para repartir las tierras y recursos comunes entre la colectividad. El mundo campesino siempre fue extremadamente variable en términos de propiedad y mecanismos, incluso entre provincias cercanas. En las tierras que fueron recientemente conquistadas en bloque, generalmente se encuentran latifundios y colonos, ya sean en el sur de Europa, en Sudamérica o en África oriental.

Sin embargo, en las tierras cultivadas establemente (aún teniendo en cuenta las migraciones) durante siglos por todo el mundo se encuentra generalmente un mecanismo local muy parecido, el del cultivo de las tierras por la comunidad con redistribución cíclica de los terrenos cultivables. El modelo se puede encontrar en la India del siglo XIX:

Las áreas a cultivar eran distribuidas al azar [...] Si la tierra a distribuir era variable en cualidad, las autoridades del clan prepararían un número de círculos o series, consistiendo en tierras buenas, regulares o malas, o distinguibles de algún otro modo. Entonces los grupos de cultivadores tenían que tomar sus tierras equilibradamente en cada grupo de calidad. [...] Pero en todo caso, incluso teniendo en cuenta la clasificación del suelo, la desigualdad en las propiedades no podía ser excluida, por lo que un sistema periódico de intercambio o redistribución se practicó durante un largo período.

El principio de tierras explotadas en común y combinadas con parcelas asignadas al azar y redistribuidas cíclicamente entre los diferentes miembros de la comunidad también se podía encontrar en la Escocia del XIX y gran parte de Europa antes de los grandes cercados de campos:

En vez de que cada arrendatario posea una casa en una granja distinta, un grupo de pequeñas chozas están apretadas juntas en una Township, como en un pueblo rústico. En esta residen arrendatarios y pequeños campesinos. La tierra alrededor del pueblo les pertenece a todos en común. Los prados son el campo común donde pacen todas sus vacas. La tierra arable a veces es cultivada y cosechada en común también, dividiendo los resultados de la cosecha entre ellos.

Esta es una de las más antiguas costumbres de nuestro país. Es una reliquia de la edad pastoral, o sistema feudal. Pero es ruinoso para el interés del terrateniente, el arrendatario y el público, según nuestra agricultura ilustrada de hoy en día. Donde las tierras no son la propiedad de Townships, lo son generalmente de Run-rigs.

Este modo de ocupar la tierra originó de la misma fuente. Es el resultado natural de la Township, y sin duda fue creado como una mejora del plan anterior. En lugar de que la tierra arable sea poseída, cultivada y cosechada en común, cada individuo tiene una parcela asignada. A veces, en lugar de una, tiene dos o más, especialmente si la tierra arable es de calidad desigual. En este caso los campesinos tienen una parcela en la mejor y otra en la peor parte.

En la era feudal, este tipo de propiedad prevalecía sobre Bretaña y quizás sobre Europa entera. César menciona que era la práctica tradicional entre los Galos.

«General report of the agricultural state of Scotland», Sir John Sinclair, 1816

Los ejemplos decimonónicos podrían dar la impresión de que estos sistemas desaparecieron por alguna «fuerza» inexorable, pero este tipo de sistema de redistribución no sólo se mantiene si no es activamente destruido, sino que reaparece en los campos cuando la dominación estatal se debilita o desaparece. Así ocurrió en Japón del siglo XVIII, cuando el debilitamiento del poder central permitió la reaparición de los Iriaichi (入会地), las tierras comunes cuya explotación se asignaba por lotes al azar y reasignaba regularmente. Algo parecido ocurre hoy en el sur de India, donde la debilidad del estado permite la existencia de pueblos con consejos electos que deciden la redistribución periódica de las tierras y mantenimiento común de los regadíos.

Sin embargo, si algo caracteriza al campo es su heterogeneidad. Los pueblos en India con consejos electos se encuentran rodeados de pueblos con pequeña propiedad privada sin rotaciones ni comunal. La escala local de las instituciones las hace inconexas y frágiles ante los ataques de una clase dominante.

En Francia, aunque los señores feudales permitían la existencia de «comunidades» campesinas más o menos independientes y hasta muy tarde no se dedicaron a expropiarlas, algo distinto ocurría con la burguesía medieval. Las ciudades comerciales causaban un gran efecto en el campo que las rodeaba, los comerciantes compraban y expropiaban los campos circundantes para hacer pastar ganado. Este ganado servía no sólo para alimentar a la ciudad, servía sobre todo para proveer a la manufactura local con la lana para la principal industria de lujo del medievo, la pañería. Esto ponía en conflicto directo a los campesinos con los burgueses de las ciudades.

Los campesinos franceses tenían un ingenioso sistema para mantener sus campos en común: Los pequeños terrenos (generalmente la extensión rectangular que podía labrarse en un día con un arado

tirado por bueyes) que se redistribuían entre los campesinos de la comunidad estaban entremezclados entre ellos y se cultivaban en común.

Estos se cultivaban en la serie trigo de verano, trigo de invierno y barbecho (tierra sin cultivar) con una etapa por año y se repartían de modo que había campos en cada etapa en un año dado. El barbecho se mantenía para restaurar los nutrientes del suelo con el trabajo de las malas hierbas y los excrementos del rebaño común. No se restringía el acceso al rebaño común a ningún campo no cultivado, fertilizando con ello los campos de todos y asegurando que los animales de todos tenían suficiente comida. Nadie tenía incentivo alguno para aumentar el número de sus animales y entrar en conflicto con el resto de comunidad para vender en un mercado inexistente lejos de las ciudades.

Con el auge de la manufactura pañera, los burgueses empiezan a comprar y cercar los campos colindantes con las ciudades Normandas a partir del siglo XIV para hacer pacer rebaños cada vez mayores de ovejas. La situación es mucho peor en Provenza, donde las grandes trashumancias se aprovechan de los campos abiertos de los campesinos para pacer (con el permiso de los grandes señores) a lo largo de su recorrido. Son los estragos de la trashumancia los que obligaron a los campesinos provenzales a cercar sus campos para defenderlos de los ataques de las ovejas que propulsaban el comercio de las ciudades.

Ni los prados comunes ni las tierras en barbecho estaban seguras. Sin embargo, la inmensa mayoría de la población de Francia seguía viviendo en el campo y manteniendo campos y propiedades en común, como indican los textos de la época de Luis XIV:

Cada poseedor de una parcela englobada en un «barrio» de parcelas igualmente orientadas cultiva -y no puede ser de otro modo- en las mismas fechas que sus vecinos, y practica el mismo ciclo de rotación. Cuando el campo estaba en barbecho o lleno de rastrojos, se abría – y aún es así hoy en día [1931]- a todo el ganado del pueblo sin distinción, como decía el jurisconsulto Laurière bajo Luís XIV: «cuando la cosecha ha sido recogida, la tierra, por una especie de derecho de la gente, se vuelve común a todos los hombres, sean ricos o pobres».

«Les caractères originaux de l'histoire rurale française», Marc Bloch, 1931

La situación fue mucho peor en Flandes, donde el cercado de campos alrededor de las ciudades comerciales fue mucho más extenso y los campesinos se vieron muchas veces reducidos a participar en la industria textil doméstica para abastecer a las ciudades. Y es de aquí a finales del siglo XVII de donde saldrá una de las principales fuentes de lo que más tarde se desarrollará como la ideología capitalista.

El origen malthusiano de la «tragedia de los comunes»

No es casualidad que Hardin usara como inspiración el ensayo de un economista inglés publicado en 1833, en plena campaña ideológica para acabar de expulsar a los campesinos del campo y hacer pasar las nuevas «Poor Laws» metiendo por la fuerza al nuevo proletariado británico en la manufactura.

Después del choque económico causado por la entrada de cantidades ingentes de metales preciosos de América, la inflación de precios causó una bajada en los ingresos de la nobleza, porque las rentas a pagar por parte del campesinado estaban establecidas por tratado y

no por el mercado. Muchos aristócratas y no pocos burgueses empezaron a dedicarse a la mejora agrícola y adquisición de campos a partir del siglo XVII.

Los primeros tratados de agricultura salieron de las grandes ciudades comerciantes, primero de Venecia y luego de Flandes para luego extenderse desde Inglaterra hasta Francia. Los señores iniciaron mercados de alquileres para incrementar la productividad de sus arrendatarios y se aplicaron los descubrimientos de la nueva ciencia. Era posible aumentar la productividad de las parcelas haciendo rotaciones con tréboles (leguminosa que fija nitrógeno) y nabos, que podían venderse además en el mercado naciente como forraje para obtener dinero.

Los nuevos cultivos rompían el ciclo de la agricultura comunitaria. Ya no había campos en barbecho, sino que había que cercar los campos para que los rebaños comunales no se comiesen el forraje de los campos. En el XVIII, el nuevo movimiento de los fisiócratas en Francia haría el máximo de proselitismo para que los curas de cada parroquia rural anunciaran las bondades de la mejora agrícola y el cercado. Pero las inversiones para adquirir más hectáreas y emplear braceros no salían gratis, por lo que los fisiócratas impulsaron el endeudamiento de buena parte del campo. Todo esto mientras fisiócratas y economistas ingleses intentaban unificar el mercado nacional para permitir la circulación y acumulación del capital a nivel nacional.

Sin embargo, aún quedaban campesinos arrendatarios que defendían y usaban las tierras comunales, como bien indica el texto de arriba sobre los «run-rigs» en 1816. La ola de expulsión final del campo en Gran Bretaña concuerda no por casualidad con el triunfo definitivo de la «Economía política» (= teoría económica). Para conseguir pagar sus deudas y rentas, gran parte del campo había pasado al monocultivo de trigo. Debido a ello, las malas cosechas y la volatilidad de precios

durante las guerras napoleónicas arruinaron a millones de pequeños productores que se vieron obligados a vender sus campos a los grandes propietarios. Algo similar pasaría en el sur de Francia más tarde, cuando el monocultivo de viñedos fue arrasado por la filoxera.

Pero los economistas malthusianos tenían planes, grandes planes. Finalmente consiguieron la abolición de las ayudas al campesinado en 1834 para, abiertamente, proveer de fuerza de trabajo circulante a la industria. Todo en nombre de reducir la fricción y mejorar el funcionamiento de la «gran máquina social»:

La teoría pura nos inculca la tendencia natural y necesaria hacia un ajuste justo [de los precios], ignora las dificultades intermedias fuera de cuestión, como las fricciones un problema mecánico; y justamente condena la locura de intentar rectificar la desigualdad por la ley. Pero las leyes, aunque no puedan rectificar el problema, pueden empeorarlo. Esas mismas fricciones pueden ser resueltas con esmero y arte. [...] Por lo tanto el trabajo de un obrero manufacturero es un bien transmisible comparado con el de un campesino. La competencia instruye al propietario sobre su valor y circula libremente por aquellos distritos por el cual se le necesita.

Edward Copleston, 1819

Aunque la burguesía, después de su victoria, pasaría a pretender que la tendencia a la privatización y sobreexplotación era parte de la naturaleza humana, lo que se estaba naturalizando era una victoria aplastante de la clase dominante sobre los explotados.

La tragedia de los comunes, la «naturaleza humana» y el

capitalismo

Lo que la moral burguesa llama pretenciosamente «Naturaleza humana» no es otra cosa que la racionalidad capitalista. En la realidad, el problema de la burguesía no era que los pastores o los agricultores sobre-explotaran el comunal y el sistema entero colapsara, sino lo contrario: el sistema era demasiado estable como para permitir que la **mercantilización** avanzara.

Los campesinos no tenían ni ganas ni necesidad de convertirse en jornaleros, braceros ni obreros industriales. Y sin **absorber su trabajo bajo la dirección del capital** era imposible redoblar la productividad rural incrementando la **explotación en términos absolutos**. Sin alimentos baratos, **convertir a los propios campesinos en obreros industriales** haría la estructura de costes inviable a la nueva manufactura.

Cuando la burguesía consigue destruir las comunidades de tierras en cuantía suficiente como para forzar este doble movimiento de sobre-explotación campesina y migración masiva, necesita romper además las protecciones estatales contra el hambre... porque hasta vivir de la escasa beneficencia pública era más atractivo que convertirse en proletario industrial. La burguesía necesita entonces argumentar una nueva moral que afirme que el hambre y la miseria que estaba provocando eran en realidad «incentivos» para el **progreso**, poniendo al mismo tiempo la responsabilidad sobre los hombros del trabajador. Thomas Malthus y Jeremy Bentham serán los teóricos de esa nueva moral capitalista que afirma un nuevo tipo de «racionalidad» y con ella una nueva «Naturaleza humana».

Cuando casi siglo y medio después Hardin busque argumentos contra la propiedad comunal, solo tendrá que dar por hecho que la «Naturaleza humana» siempre ha sido la racionalidad capitalista para

demostrar... que la realidad histórica era «imposible». Esa es toda la jugada debajo de la «tragedia de los comunes». Y lo que es peor, también bajo la crítica de Ostrom que, incapaz de pensar el comunal en otro marco de relaciones sociales, intenta acompasar las instituciones históricas de la producción comunal con el capitalismo que las destruyó, a base de justificar **burocracias**, expertos y complejos sistemas que requerirían una capa gestora especializada.

Trotskismo



Nombre despectivo que el stalinismo da a la Oposición de Izquierda en Rusia, corriente que lidera la resistencia a la deriva contrarrevolucionaria del partido bolchevique hasta 1928 y que a partir de esa fecha agrupa a la gran mayor parte de la Izquierda Comunista Internacional. Después lo aplica a toda la Izquierda Comunista y sus consecuencias, sin importar sus contenido político y si están dentro o fuera del terreno de clase.

Orígenes del término

Para el stalinismo, inventor del término «trotskismo», será por tanto «trotskista» toda la **Izquierda Comunista**. Los internacionalistas aceptaron en su momento el término no sin un dejo de ironía. La brutalidad de la persecución y el asesinato en masa bajo la acusación de «trotskistas» de los militantes y dirigentes del partido comunista ruso de Octubre, convertían el nombre en un emblema. Sin embargo,

algunas tendencias nacionales de la izquierda comunista, las que no se integraron en la Oposición de Izquierda Internacional al **stalinismo** reniegan del término.

Incluso después del abandono por la estructura y las secciones más numerosas de la IVª Internacional del **internacionalismo** durante la segunda guerra mundial, los internacionalistas en ella que, una vez más, **han tenido que formar una fracción de izquierda** y finalmente romper con la organización internacional, siguen haciendo suyo el nombre.

Rompí formalmente con la IVª Internacional en 1948 -como Natalia Sedova-Trotsky hizo posteriormente- pero eso no me impedirá levantar la mano como trotskista frente a los calumniadores policíacos de Moscú o de Pekín.

G. Munis, 1972

Del «trotskismo» al «trotsko-stalinismo» tras 1948

En realidad, lo que queda en la fallida IVª Internacional tras la ruptura del II Congreso difícilmente puede reivindicar su continuidad ni con Trotsky ni con la organización que construyó para agrupar a la vanguardia de la clase en el curso de la guerra mundial que se avecinaba bajo las banderas de **derrotismo revolucionario**. Porque lo que quedaba eran precisamente las secciones que han apoyado el reclutamiento en una forma u otra en la «resistencias» nacionales europeas.

La organización que seguía llamándose a sí misma IVª Internacional y reivindicándose trotskista, tomó pronto una deriva que le convirtió rápidamente en satélite del **stalinismo**. Después de afirmar que la economía estatizada era **socialismo** afirmarán que la expansión imperialista rusa había creado «estados obreros» aunque con

«degeneraciones burocráticas» a los que cabía extender el principio de «defensa incondicional» hasta entonces aplicado al **capitalismo de estado** ruso.

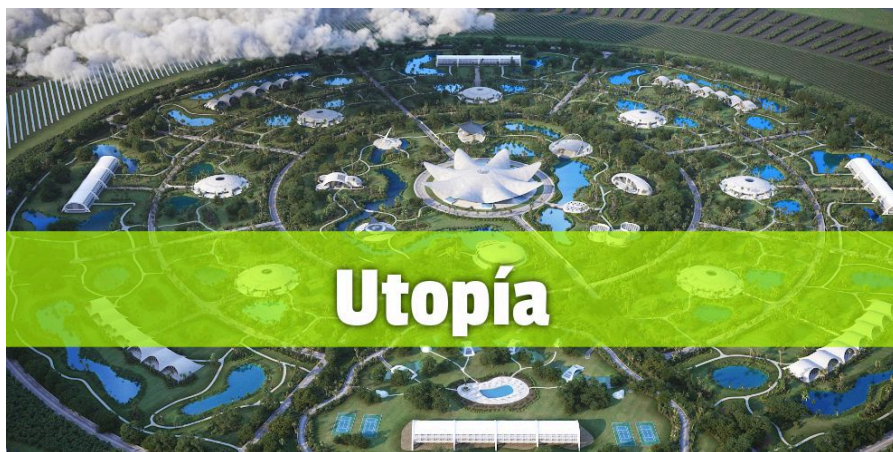
En 1953, el IIIer Congreso declara que la contradicción burguesía proletariado ha sido superada por la contradicción EEUU-URSS y que en caso de guerra los ejércitos soviéticos se verían obligados a ser revolucionarios. El trotskismo se fractura en dos. Se reunificará temporalmente por efecto del triunfo castrista, para volver a estallar después en decenas de nuevos grupos. Y sin embargo una serie de elementos comunes se mantendrán, exacerbando los elementos obsoletos del «programa de transición» escrito por Trotski para la IVª Internacional.

El resultado es el *trotskistalinismo*, el «trotskismo» con el significado comunmente usado hoy: escudero «democrático» y «de izquierdas» del **stalinismo**, defensor del capitalismo de estado como «socialismo con excrecencias burocráticas» y extendiendo la definición incluso en algunos casos hasta la Rusia de hoy. Posición que se completa con la defensa por principio de la **democracia** en abstracto -no las «islas de democracia obrera» de la fórmula de Trotski- y la **liberación nacional**, excusa perfecta para traicionar el **internacionalismo** a la mínima oportunidad, desde la guerra de las Malvinas a las masacres de Siria.

Sin embargo, que sean comunmente llamados «trotskistas» no significa ni más ni menos que lo que significa que los stalinistas sean llamados «comunistas», los socialpatriotas de 1914 «socialistas» o que el anarquismo más degenerado use la sigla AIT como si representara la continuidad de la I Internacional. Las grandes derrotas del proletariado hicieron la Humanidad perder un tiempo precioso y cientos de millones de vidas. Que se perdiera el significado común de

unas cuantas denominaciones que en su día blandieron las generaciones revolucionarias del pasado, no debería escandalizarnos ya.

Utopía



Plan imaginario de reorganización social, al margen de las dinámicas y fuerzas sociales realmente presentes, que se propone como solución universal en caso de ser impuesto a la realidad.

El carácter definitorio de las utopías no es tanto colocarse en un lugar imaginario como hacerlo fuera del tiempo histórico, es decir del movimiento real de la sociedad. La utopía es un plan a implantar, un esquema a imponer a la realidad. Por eso, a partir de las primeras apariciones del **proletariado** como clase política, las utopías son necesariamente reaccionarias: expresan más el deseo de situarse al margen de la **lucha de clases**, que el objetivo **comunista** que -con mayor o menor fundamento- muchas de ellas proclaman.

Por ello también, la **consciencia de clase** es «anti-utópica» y ya «El Manifiesto» se encarga de remarcarlo cuando caracteriza a los comunistas.

[Los comunistas] No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario, [...] teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

Carlos Marx y Federico Engels. «**Manifiesto del Partido Comunista**», 1848

Valor



El valor de la producción social es el producto de la cantidad de trabajo explotado en el sistema económico. Aunque resulta imposible calcular el valor de una mercancía individual sin tener en cuenta el mercado de capitales y la existencia de una demanda efectiva para ella, su valor tenderá hacia la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción.

Valor de uso y valor de cambio

Desde la Antigüedad, las propiedades de la **mercancía** en un sistema de intercambio generalizado se dividieron en dos tipos de valor:

- El valor de uso, el aspecto o propiedades físicas que hacen a una mercancía útil.
- El valor de cambio, la cantidad -medida en dinero- por la que se intercambia una mercancía específica.

En la gran mayoría de tratados económicos y en lo que sigue en esta entrada de diccionario, nos referimos al valor de cambio cuando hablamos de *valor*.

Valor y teoría económica (ideología)

Durante siglos, el problema del valor de la mercancía -y muy especialmente su imagen especular, el problema del valor de la moneda- fue una de las grandes preocupaciones de los estados europeos, cuya moneda sufría devaluaciones continuas y los precios de las mercancías eran extremadamente volátiles. Será en ese marco bajo el cual se desarrolle la primera teoría económica durante la era moderna, siguiendo el imperativo de estabilizar el valor de la moneda y la circulación general de mercancías. Desde entonces, el valor y su teoría vertebrarán la nueva ciencia de organización social del absolutismo y pronto de la burguesía.

Pero ¿qué implican en el mundo real todas estas teorías sobre el intercambio comercial, cuyo objetivo siempre fue, abiertamente, el de mejorar la administración de la hacienda personal de la clase dominante? En el mundo de la abstracción teórica, el valor es una propiedad intrínseca de la mercancía individual completamente contenido en ella misma. **El mundo económico se reduce a un circuito de transacciones mercantiles entre objetos.**

Sin embargo, el mundo cambió completamente entre los siglos XVI y XIX, cuando las haciendas estatales que antes se encontraban al límite pasaron a una sociedad en pleno boom económico. La actividad económica se seguía midiendo en valor; la moneda seguía siendo moneda y la mercancía seguía intercambiándose según su valor. Millones de campesinos habían sido expulsados del campo, todo el sistema productivo -el mismo que producía las mercancías que ahora

inundaban los mercados externos- había cambiado, pasando de artesanía a gran industria y se había multiplicado una clase social que vivía de producir cobrando un salario.

La teoría del valor trabajo

¿Era la antigua cantinela de la teoría del valor un reflejo veraz de lo que ocurría realmente en la economía y la sociedad? Uno de los primeros grandes economistas en cuestionarla fue David Ricardo, quién reconoció que la gran masa de trabajo asalariado en la sociedad era uno de los principales determinantes, de hecho el principal, de lo que se conocía como el valor.

Con la teoría de valor trabajo empezó a entrar la realidad social en el análisis económico. Sin embargo, esta teoría aún afirmaba que el valor era una propiedad no social, sino de la mercancía individual, en la que supuestamente ocurría una misteriosa transferencia cualitativa del trabajo del asalariado a la mercancía. El valor de una mercancía era la cantidad de trabajo que *contenía*.

La crítica (=demolición) de la teoría del valor trabajo por Marx

Será Marx el que estudie atentamente el trabajo de Ricardo y de los otros economistas para acabar desmontando todo el aparato de la teoría económica. El valor de las mercancías no responde a ninguna característica propia de ellas mismas tomadas individualmente una a una, sino que **el valor de todo el conjunto de mercancías producidas responde a la actividad coordinada de toda una clase explotada.**

El valor del cúmulo de mercancías responde a la cantidad de trabajo asalariado socialmente necesario para producirlas, pero este trabajo es social, es el del conjunto de la clase trabajadora en un momento dado y bajo unas condiciones dadas.

Este valor no está contenido en ninguna mercancía individual, es una consecuencia emergente de la producción industrial a gran escala y del intercambio generalizado de mercancías.

Es decir, es una consecuencia de la existencia del proletariado y de su explotación a gran escala por otra clase y no una consecuencia de la genialidad de ciertos capitalistas individuales.

Valor de la producción vs valor de una mercancía particular

Podemos saber, por tanto, cuál es el valor de la producción social bajo formas capitalistas, pues no es otra cosa que la masa de producto resultante de emplear el total de trabajo explotado. Pero ¿y el valor de una mercancía concreta?.

En su crítica (=demolición) de la teoría económica, y con ella de lo que los economistas llaman *valor*, Marx tiene que examinar paso a paso el conjunto de relaciones capitalistas desde su base. Pero tiene la **dialéctica** en la base de su crítica, así que no lo hace *agregando* partes, sino partiendo de una representación agregada global. Para facilitar el análisis reduce todo el capital a un único capitalista con una única aplicación para ese capital -una empresa- y un único grupo de trabajadores.

Y ahí se hace evidente qué es eso que los economistas encubren bajo el término valor: el producto del tiempo de trabajo explotado.

Evidentemente Marx se da cuenta de que este esquema es... simplemente un esquema, útil para desvelar el verdadero significado del *valor* cuya *eficiente* maximización sería la mayor virtud del capitalismo según los economistas de ayer y de hoy. Es bien consciente de que no es una descripción total del capitalismo como sistema.

De hecho es muy claro en la idea de que ese esquema deja dos partes fundamentales fuera: los **mercados extracapitalistas -sin los cuales el sistema entraría en decadencia desde su primer minuto** porque por definición la capacidad de compra de los salarios siempre será menor al valor del total producido- y los mercados de capital, sin los cuales no puede entenderse la dinámica esencial del sistema: **la acumulación del capital.**

La primera cuestión comenzará a abordarla en los materiales que luego de su muerte se recuperarán y editarán como libro tercero de *El Capital* y no se acabará de desarrollar como parte de la crítica marxista hasta la publicación de *La acumulación de Capital* de Rosa Luxemburgo. Para la segunda, Marx elaborará un largo y prolijo libro de apuntes -publicado postumamente como *Teorías de la Plusvalía*- que pensaba incorporar a futuros libros de *El Capital* que nunca pudo llegar a escribir porque murió antes.

Al estudiar qué hace el mercado de capitales, Marx descubre que su función en el sistema, es igualar -o tender a igualar- las **tasas de ganancia** de las posibles colocaciones del capital (las empresas). Al igualarlas hace saltar necesariamente por los aires la equivalencia entre la plusvalía extraída y la ganancia obtenida. De hecho, como regla general, **recalca Marx**, la plusvalía será diferente de la ganancia.

¿Qué significa esto para el valor de una mercancía individual? Que la desigualdad entre ganancia y plusvalía hace imposible calcular su valor individual como algo distinto de su precio. Sabemos, eso sí que **como media tenderá hacia la cantidad de *trabajo social necesario* para producirla**. Entendiendo **trabajo social necesario** como la cantidad media de horas de trabajo necesaria para producir su valor de uso en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo.

Salta a la vista que es precisamente la abstracción de sus valores de uso lo que caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías. (...) En cuanto valores de uso, las mercancías son, ante todo, diferentes en cuanto a la cualidad; como valores de cambio sólo pueden diferir por su cantidad, y no contienen, por consiguiente, ni un solo átomo de valor de uso.

Ahora bien, si separamos el valor de uso, del cuerpo de las mercancías, únicamente les restará una propiedad: la de ser productos del trabajo. No obstante, también el producto del trabajo se nos ha transformado entre las manos. Si hacemos abstracción de su valor de uso, abstraemos también los componentes y formas corpóreas que hacen de él un valor de uso. Ese producto ya no es una mesa o casa o hilo o cualquier otra cosa útil. Todas sus propiedades sensibles se han esfumado. Ya tampoco es producto del trabajo del ebanista o del albañil o del hilandero o de cualquier otro trabajo productivo determinado.

Con el carácter útil de los productos del trabajo se desvanece el carácter útil de los trabajos representados en ellos y, por ende, se desvanecen también las diversas formas concretas de esos trabajos; éstos dejan de distinguirse, reduciéndose en su totalidad a trabajo humano indiferenciado, a trabajo abstractamente humano.

Esas cosas tan sólo nos hacen presente que en su producción se empleó fuerza humana de trabajo, se acumuló trabajo humano. En cuanto cristalizaciones de esa sustancia social común a ellas, son valores.

En la relación misma de intercambio entre las mercancías, su valor de cambio se nos puso de manifiesto como algo por entero independiente de sus valores de uso. Si luego se hace

efectivamente abstracción del valor de uso que tienen los productos del trabajo, se obtiene su valor, tal como acaba de determinarse. Ese algo común que se manifiesta en la relación de intercambio o en el valor de cambio de las mercancías es, pues, su valor. El desenvolvimiento de la investigación volverá a conducirnos al valor de cambio como modo de expresión o forma de manifestación necesaria del valor, al que por de pronto, sin embargo, se ha de considerar independientemente de esa forma.

Un valor de uso o un bien, por ende, sólo tiene valor porque en él está *objetivado* o *materializado* trabajo abstractamente humano. ¿Cómo medir, entonces, la magnitud de su valor? Por la cantidad de «sustancia generadora de valor» —por la cantidad de trabajo— contenida en ese valor de uso. La cantidad de trabajo misma se mide por su *duración*, y el *tiempo de trabajo*, a su vez, reconoce su patrón de medida en *determinadas fracciones temporales*, tales como hora, día, etcétera.

Podría parecer que si el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo gastada en su producción, cuanto más perezoso o torpe fuera un hombre tanto más valiosa sería su mercancía, porque aquel necesitaría tanto más tiempo para fabricarla. Sin embargo, el trabajo que genera la sustancia de los valores es trabajo humano indiferenciado, gasto de la misma fuerza humana de trabajo.

El conjunto de la fuerza de trabajo de la sociedad, representado en los valores del mundo de las mercancías, hace las veces aquí de una y la misma fuerza humana de trabajo, por más que se componga de innumerables fuerzas de trabajo individuales. Cada una de esas fuerzas de trabajo individuales es la misma fuerza de trabajo humana que las demás, en cuanto posee el carácter de fuerza de trabajo social media y opera como tal fuerza de trabajo

social media, es decir, en cuanto, en la producción de una mercancía, sólo utiliza el tiempo de trabajo promedialmente necesario, o *tiempo de trabajo socialmente necesario*.

El tiempo de trabajo socialmente necesario es el requerido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo. Tras la adopción en Inglaterra del telar de vapor, por ejemplo, bastó más o menos la mitad de trabajo que antes para convertir en tela determinada cantidad de hilo. Para efectuar esa conversión, el tejedor manual inglés necesitaba emplear ahora exactamente el mismo tiempo de trabajo que antes, pero el producto de su hora individual de trabajo representaba únicamente *media* hora de trabajo social, y su valor disminuyó, por consiguiente, a la mitad del que antes tenía.

Es sólo la *cantidad de trabajo socialmente necesario*, pues, o el *tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un valor de uso*, lo que determina su *magnitud* de valor.

Carlos Marx. **El Capital**, 1867

Zinovietismo



Corriente centrista que entre 1924 y 1929, bajo la dirección de Grigori Zinoviev, preparó el camino para la destrucción de la Internacional y sus secciones con las políticas organizativas de «bolchevización» y «proletarización» en el marco de la táctica de «clase contra clase» que negaba la necesidad de objetivos transitorios en las luchas de clase.

Los tres ejes del zinovietismo

1. Bolchevización

La bolchevización se puede definir como una reinterpretación burocrática del «centralismo democrático» que destruye el **centralismo** sustituyéndolo, en nombre de la funcionalidad, por la centralización de las decisiones en los órganos ejecutivos y la

dirección, que acaban creando así organizaciones a su propia medida. Uno de sus portavoces en España, luego dirigente stalinista lo argumentaba así:

Los partidos comunistas, a diferencia de los socialdemócratas, son por esencia y fundamentalmente partidos de acción. Las discusiones entre los afiliados no se abren en virtud del principio democrático de la «igualdad», sino exclusivamente para fortalecer, para reforzar la acción de la vanguardia del proletariado consciente. Por eso nuestros partidos son partidos disciplinados; se entra en ellos, no para imponer su punto de vista particular, sino para consagrar todas sus energías a la defensa de los intereses supremos del partido. Por eso no queda lugar en ellos para las discusiones ociosas.

[...] En todas las situaciones críticas, la reivindicación de la democracia ha sido lo propio de los elementos reformistas, incapaces de comprender y, sobre todo, de aplicar o de soportar la disciplina de hierro bolchevique, sin la cual la clase obrera no puede forjar su partido político de clase.

Gabriel León Trilla. **Democracia burguesa y disciplina proletaria, 1926.**

Las secciones de la Internacional se irán convirtiendo así a partir de 1925-26 en organizaciones que siguen el viejo molde blanquista adornado por un militarismo extremo. En el partido solo se discute como ejecutar mejor las directrices del nivel superior, no se discute la línea a seguir. El zinovietismo ha preparado el camino al **stalinismo**.

La concepción pequeñoburguesa de la democracia, que ha penetrado hasta en los Partidos Comunistas, consagra un respeto sacrosanto a «la libertad de discusión», al derecho del libre ejercicio de crítica.

[...] Y cuando se les dice que los Partidos Comunistas no han sido creados para rendir culto a la democracia, cuando rechazamos el fetichismo de la «libertad de crítica y discusión», surgen los anatemas y las acusaciones. Cuando se les afirma que lo esencial para nosotros es la obtención de los fines políticos que nos proponemos y que si la democracia estorba, nos impide avanzar, restringimos o suprimimos la democracia, nos tachan, escandalizados, de querer ahogar el pensamiento humano, y aun si el escandalizado es algún pequeñoburgués que se ha introducido en el Partido, afirma que «dictatorialmente y por la violencia queremos ahogar la voz de la oposición».

«La Antorcha». Las fracciones y el partido, 1926

2. Proletarización

Es la creencia fetichista en que mediante la introducción de cuotas basadas en el origen social de los miembros de determinados órganos ejecutivos, se garantiza la naturaleza de clase de una organización... al margen de su programa y su práctica política.

3. Táctica de «clase contra clase»

Aunque la **izquierda comunista** criticó esta táctica como una negación del **frente único**, que lo era, en realidad iba mucho más allá: se trataba de una negación de la necesidad misma del **partido** en las luchas concretas de la clase, a las que se negaba a dar objetivos transitorios que sirvieran a su avance sustituyéndolos por la admonición de la necesidad de la revolución en abstracto, como si esta no fuera el

resultado de saltos en la **consciencia de clase** a partir de luchas concretas que escalan porque saben apuntar objetivos transitorios para salir adelante.